



Ni mentira ni verdad

Quince cuentos

ENRIQUE WEICH



TEXTOS DE DIFUSIÓN CULTURAL • UNAM



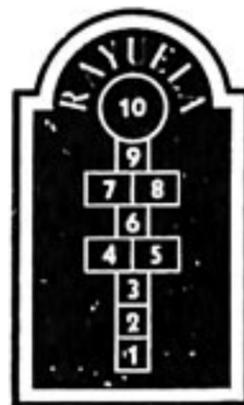
ENRIQUE WEICH nació en Polonia en 1937. Pasó los años de la guerra en Polonia y Rumania. Después de una larga travesía, llegó con sus padres a Argentina en 1948. Vive en Israel desde hace muchos años.

Es ingeniero civil, crítico de cine y ensayista.

Es autor de tres libros de cuentos publicados en Argentina: *Nada Es Mentira Nada Es Verdad, Puro Cuento* (2007) y *Yo Y Otros Cuentos* (2008).

La presente selección incluye algunos cuentos inéditos y otros publicados en sus libros anteriores.

*Ni mentira
ni verdad*
Quince cuentos



*Ni mentira
ni verdad*
Quince cuentos

ENRIQUE WEICH



Textos de Difusión Cultural
Serie Rayuela
(nueva época)



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Coordinación de Difusión Cultural/Dirección de Literatura
México, 2009

Diseño de portada: Ofelia Ayuso Audry

Primera edición, 2009

DR © 2009, Enrique Weich

DR © 2009, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D. F.
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

Impreso y hecho en México

ISBN de la serie 968-36-3763-9
ISBN 978-607-02-0537-8

UN TREN LLAMADO REGRESO

Mucho se ha escrito sobre este juego. Se ha personificado a las piezas, y la verdad es que, si mal no recuerdo, las piezas recibieron su nombre de seres humanos que en un piso enorme las encarnaban. Es decir que cada pieza hoy en día representa al que la encarnaba entonces, y no sé exactamente de qué "entonces" estoy hablando, el lugar será Persia tal vez, o más o menos esa región geográfica. Teniendo esto en mente, si no es tan exacto no importa, lo que cuenta aquí es la idea, y la idea es la de la representación. Mirándolo así, es más fácil comprender el dolor con el que el jugador se despide de una pieza, pero por otra parte hay ocasiones cuando la sacrificará para obtener una supuesta ganancia. En todo caso, no lo hace con una mente tranquila ni con un corazón ligero. Más aún, se puede imaginarlo susurrándole a la pieza, que lamentablemente tiene que ofrecer al rival para un logro más elevado. Y el rival se la come, si no se da cuenta antes de la argucia. Hay que prestar atención a esto: se la come. Si se tratara de seres humanos estaríamos ante un caso de canibalismo repetitivo, y no estaría de más agregar que el rival posee ese apetito innato de comer, sea porque se le ofrezca la pieza, sea porque ha hecho una jugada para, digámoslo sin reparos delicados, comer una pieza cualquiera. No es ésta una característica exclusiva suya, en ese sentido el jugador mismo es tan comilón como el rival que, con una voltereta de 180 grados, se podría convertir en el jugador

y el jugador a su vez en rival. Así es como mandan a sus piezas/ personas en poderosas y violentas expediciones que por fuerza terminan fatalmente para algunos(as) de ellos(as). Es un drama constante pues si no es el rival, es el reloj el que apremia. Hay tentaciones, planes, colapsos, muerte. En este último caso, más de una vez, el jugador sueña con poder regresar o devolver sus piezas a una posición anterior antes de la fatal combinación que provocará el resultado irremediable e irrevocable. Hay que revocar, retornar, retomar, regresar, rescatar para volver a jugar mejor. Hasta quizás volver al principio. Es que en el momento de mover la primera pieza, como en la tragedia —y ésta se revelará hacia el final—, el destino ya está sellado de una manera inexorable. El observador exterior que todo lo sabe y nada dice, y que no puede interferir en el desarrollo, es el testigo de la tragedia, pues no hay tragedias sin testigos, son ellos los que la confirman y la difunden. Es lo que le pide el agonizante Hamlet a Horacio, que vaya y cuente. Es lo que hace el que escribe esto de que Hamlet le pide a Horacio, es una especie de regreso infinito porque el escritor también ha sido escrito por otro y así todo se va para atrás para fundirse en una eternidad negativa.

¿Y por qué Hamlet? Como se sabe no hay casualidades y si no se sabe es lo mismo. ¿Verdad de Perogrullo? Sí. ¿Mentira? No. Esto parece un lema político, pero volvamos a nuestro asunto. ¿Y cuál es nuestro asunto?, se me preguntará. El asunto es la posibilidad de redención, la posibilidad de salirse de esa maraña de regresos infinitos prefijados. Y armado de estas reflexiones algo desordenadas fui a ver *Hamlet*. Otra vez más, luego de muchas otras veces. Esta vuelta me fui con una muy reciente amiga a la que quería impresionar. La conocí en el tren al que llegué abandonando subrepticamente el tablero y la posición y el cuarto y el lugar, a veces mis elucubraciones me fatigaban y necesitaba

aire. Conversamos, alguna impresión le habré hecho. Dijo que le gustan las telenovelas. Observó que para nombre de calle, Shakespeare, que no sabe quién es y piensa que es una calle, es demasiado largo y casi impronunciado. Imagínate, me dice con una carcajada, si tienes que preguntar donde queda esa calle y el tipo al cual le preguntas te pregunta a su vez por el número que estás buscando. Se lo dices y entonces después de pensar un poco te contesta, vea yo sé dónde queda ese número pero la calle, francamente, no sé. ¿Que harías tú en este caso? No me cabe duda que escribirías ahí mismo a la municipalidad que se deje de barbaridades. Tú tienes pinta de intelectual, siguió, y siempre se te ocurrirá qué escribir, en el peor de los casos le podrías pedir al tipo que te preste su bolígrafo sucio de hacer cuentas del almacén de la esquina donde trabaja.

Yo la convencí que dejáramos eso de las calles y que nos concentráramos en lo que está por venir: es, le dije, una especie de telenovela, basta con que cierres los ojos para imaginártela. Tenía un vestido azul que revelaba más que cubría un cuerpo succulento y el rubio del cabello resplandecía, me había dicho algo sobre un champú nuevo que me convendría porque, dijo, se te caería menos el pelo, mírame a mí por ejemplo. Y la miré largamente e inhalé ese perfume que no me disgusta, que recuerda hojas verdes molidas de alfalfa. ¿Tendrá razón?, me pregunté. ¿Adoptar su champú? Pero dejé eso en el aire porque llegamos al teatro, compré las entradas y empezó la obra. Bueno, me salteé eso del acomodador, programa y el resto. Y ya estaba ella con los ojos cerrados. Se los abrí a codazos ligeros no aplicados directamente a sus bellos ojos verdes sino delicadamente a sus deliciosas costillas. Me miró consternada y murmuró algo que no se escuchó por el bochorno que armaba Hamlet por su finado padre. Traté de adivinar lo que estaría pensando. ¿Sería eso de la madre casándose inmediatamente con

el tío ese, por ejemplo? Economía, dijo Hamlet, y yo creo que ahí tiene un punto a su favor. La verdad es que me maravilló fuerte durante la escena donde se aparece de la nada la figura del padre de Hamlet. Era un precio que había que pagar si yo quería llegar más tarde a un contacto directo con sus encantos tan prometedores, pues había que convertirlos en cumplidores. Esto lo digo porque yo estaba más concentrado en ella que en la obra que me conozco casi de memoria. Y además he visto muchas de las insípidas parodias que se hicieron sobre ésta u otra escena. Se le iluminó el rostro cuando apareció Ofelia, ahí por fin podría generarse algo romántico, versos de amor, canciones, besos y tal vez algo más, le decía su libertina imaginación; es lo que yo me imaginaba que se imaginaba. Pero Hamlet la decepcionó y la dejó a Ofelia para irse por sus asuntos tan importantes; seguramente no entendería cómo se le hace eso a una muchacha tan bonita, algo delgada y demasiado obediente al padre, pero bonita al fin. Y si ese Hamlet se empeñara un poco ya la tendría en sus manos, pero no, definitivamente no. Él, dale una y otra vez con la madre y el tío y después se le dio por hacerse el loco. Así pensaba que iba a llamar menos la atención pero cualquier niño sabe que justamente un loco llama más la atención. Y por eso se dieron cuenta rápido de que además de loco era peligroso. Que el viejo ese tuviera que morir para demostrar eso no importa, la idea misma está errada. Y francamente, veía en sus ojos, ahí estaba Hamlet aprovechando para hacer llorar a su madre, claro, quién podía impedirselo a ese niño mimado. Estaba sudoroso y seguro que apestaba y al final el desvergonzado le pega semejante beso a la madre. La cosa se estiraba para ella y cerró los ojos otra vez así que tuve que reanimarla con otra tanda de sutiles codazos. Nos estábamos acercando al momento culminante y quería que lo viera, si no después me estaría fastidiando que no sabía el final y que se lo per-

dió por mi culpa. Y hablando del final, tengo que admitir por mi parte que eso de ir a ver lo que uno ya sabe cómo termina —mal— podrá tener las explicaciones que ofrezca, se lo pidan o no, toda esa gente sabia, que de eso ha hecho su profesión; para mí hay otra cosa. Es una especie de esperanza vana que por ahí, no se sabe de dónde ni por qué, se aparezca algo o alguien que cambie el rumbo y esta vez el protagonista tenga mejor suerte; es una posible razón para ver la obra una y otra vez. Claro, Melina Mercuri en “Nunca los domingos” decía que al final Medea y familia se iban al mar; es como por ejemplo eso de las telenovelas de “miénteme, dime que me quieres”. Yo no estaba hasta tanto ahí pero si se traza una línea entre el final claro y definitivo y el de Melina Mercuri, yo me movía a su largo con una tendencia ligera, contra toda razón, hacia ella.

El partido de ajedrez se estaba desarrollando infaliblemente. Uno de los focos, medio torcido, me molestaba y me encandilaba cada vez que, por razones de la acción en escena, se prendía, y no eran pocas. Ella estaba algo intranquila, me susurró al oído que Hamlet la tenía preocupada, que no le auguraba un buen futuro. Demasiadas carreras por el escenario; se veía, me dijo, que el muchacho se había medido en camisa de once varas y para qué la había traído a ver algo tan triste. Me sentía presionado pues mis deseos de impresionarla iban derivando hacia algo que alejaba la gratificación que esperaba recibir más tarde y la ponía en peligro de naufragar. Y además estaba eso de lo inexorable que siempre me molestó.

En el escenario se desarrollaba el combate final entre Hamlet y Laertes. No eran grandes espadachines pero compensaban esa deficiencia con una muestra atlética bastante respetable. No puedo decir exactamente como fue, el foco, ella, mis esperanzas, un vago dolor en el estómago, pero de repente me encontré en el escenario tratando de quitarle la

espada fatal a Laertes. Los actores quedaron paralizados por un momento pero el público no reaccionó, tal vez porque pensó que era otra de esas originalidades que introduce cada director para agregarle un matiz propio, lo que después los críticos llaman interpretación personal. Tampoco reaccionó cuando saltaron al escenario dos acomodadores que me arrastraron hacia las bambalinas, no sin antes darme un golpe que me dejó aturdido. Y lo único que recuerdo más adelante es el aturdimiento en el viaje del tren entre dos hombres corpulentos de blanco, el azul había desaparecido; los costados de sus prominentes traseros comprimían el mío ya comprimido de por sí, y hablaban a voz de cuello comiendo enormes sándwiches y la mayonesa se les corría por el mentón.

Cuando desperté ya era tarde. Me encontraba otra vez en mi cuarto mirando al cielorraso. No me podía mover y la cabeza me dolía, la toqué con la mano libre y sentí que había una protuberancia en la frente. Además el olor a cloroformo me picaba la nariz. ¿O no era cloroformo? Con un esfuerzo llegué al timbre y llamé varias veces. Entró uno de mis enfermeros vestido de blanco y me preguntó burlonamente qué se me ofrecía. Que me liberara de las correas de la cama, que eso no hacía falta. Pues parece que sí, replicó socarronamente, si tomas en cuenta lo que sucedió ayer. Le rogué y después de un rato accedió, finalmente no estoy exento de simpatía, pero cerró la puerta con llave. El tablero todavía estaba ahí. Y también el partido que estaba jugando conmigo mismo. Parecía otra burla pero ahora de mi fabricación. Saqué todas las piezas y las ordené como para empezar. ¿Empezar? Volvía a regresar a cero. Otra vez empecé a pensar en las piezas y sus implicaciones. Empezar o no empezar, esa era la cuestión, ahora, otra vez, cada vez. Empecé y mandé al pobre peón a su destino fatal.

UN DESCUBRIMIENTO SENSACIONAL*

El último libro de la doctora musicóloga Beatriz K. ha tenido un éxito formidable, eso tomando en cuenta que generalmente trabajos de investigación musical sólo circulan en los círculos, vaya redundancia, de la Academia, y no trascienden al público pues se ocupan de temas no tan populares, y además el rigor científico los obliga a una disciplina con la cual es difícil familiarizarse. Pero ese es el destino del investigador, el de limitar su trabajo a un tema y profundizarlo, lo cual impide al lector frívolo acompañarlo en ese camino, el único que puede echar luz sobre el tópico. En nuestro caso, Beatriz K. ha tomado como tema de su investigación la recopilación y el análisis de canciones infantiles en la lengua ladina —judeoespañola— que, al parecer, está condenada a desaparecer, pues son cada vez menos quienes la hablan y como la tradición es mayormente oral, hay que rescatar de bocas de señoras ancianas canciones aprendidas en su niñez a través de generaciones y que datan desde la estadía de los judíos en España hasta su expulsión por los reyes católicos y, por supuesto, de lo que se creó más tarde. Acotemos: he dicho señoras, y la razón es que los señores son generalmente desmemoriados, qué se acuerdan ellos de las canciones que les cantaron en su in-

* La protagonista es una académica de renombre internacional; el cuento, imaginario, la admiración, real.

fancia; hay otra razón más poderosa aún, y más bien fatal, y es que mueren mucho más pronto que las señoras, pero esto es tema para otro artículo. Después de esta breve introducción volvamos al libro que llegó en un momento crítico, cuando las fuentes de información de la doctora Beatriz K. se iban agotando y su lugar en la Academia estaba en peligro, esto acompañado por una seria erosión de su confianza en sí misma.

Antes de presentar en breve el nacimiento del libro deben hacerse algunas aclaraciones: Primero, la lengua ladina no es el fuerte del autor de este artículo, y tampoco, es de imaginar, del lector singular de este texto, singular tanto en el sentido cualitativo como en el cuantitativo, y para entenderlo, tanto el lector como el autor, éste con la ayuda de una señora de edad ha vertido el ladino a la lengua española actual, si bien es posible que por razones de descuido o de injustificada suficiencia se hayan filtrado algunas expresiones ladinas, por lo cual se le pide disculpas al lector. Segundo, esto está escrito desde este lado, el de la ignorancia, es decir sin pretensiones académicas. No se ofrecerán aquí, pues, análisis musicales, ya que de tener esa capacidad, no sería imposible que el autor hubiera escrito el libro por sí mismo, pero como se ha dicho, en este caso su presunción no excede a su talento, algo que tal vez debería merecer algún aprecio en estos tiempos aciagos.

Pero volvamos a la historia que comienza en el humilde apartamento de Esterina en la ciudad de Ashdod. Es una joven de 85 años y la está visitando Sultanica, otra señora de más o menos la misma edad. Esterina está sirviendo una bebida típica.

ESTERINA: Muncho gusto me da que vinites a visitarme.

SULTANICA: Pues estás de lo más maja.

ESTERINA: Majadera querrás decir. Se me infló la tripa de

tantas molupitas y mostachudos, y apenas puedo caminar con un bastón, y mi nochada no ha sido nada buena.

SULTANICA: Pero se te ve muy animada.

ESTERINA: No te dejes guiar por las apariencias.

SULTANICA: Te he traído para tu cumpleaños este disco de boleros.

ESTERINA: Gracias hermanika. Veo que conozco a la mayoría.

Se ponen a cantar juntas ese de "Muñequita linda, de cabellos de oro, de dientes de perla, labios de rubí..." (conocida como "la canción del joyero").

ESTERINA: Pronto tiene que venir esa jovencica que me está grabando las canciones de la abuela, pero ya no tengo qué cantarle.

SULTANICA: Ah, también estuvo conmigo y estoy en lo mismo.

ESTERINA: Es tan simpática, me da pena defraudarla y además eso me entretiene.

SULTANICA: Sí, es un amor, pero ya no me acuerdo de nada y no puedo inventar.

ESTERINA: Claro.

SULTANICA: De repente se me prendió la lamparita. ¿Y si le inventamos algo?

ESTERINA: Eso sería desvergonzado.

SULTANICA: Pero qué tiene de malo, es para hacerla feliz.

Ambas siguen cantando el bolero con gran entusiasmo cuando suena el timbre. Esterina va a abrir lentamente apoyándose en su bastón. Entra Beatriz K. con su grabador. Se saludan efusivamente.

BEATRIZ K.: ¿Qué tal chicas?, escuché que estaban cantando, ¿qué era?

Ambas se miran.

SULTANICA: Es una canción vieja, no tiene importancia.

BEATRIZ K.: Para mí todo tiene importancia.

SULTANICA, *otra vez mirando a Esterina*: Es una canción que nos cantaban las abuelas, una canción de cuna sobre una niña que le canta a su muñequita.

BEATRIZ K.: Me interesa, ¿cómo es?

Esterina y Sultanica entonan la canción al estilo antiguo, con voz temblorosa, en ladino, cambiando el ritmo y parte de la letra.

BEATRIZ K.: Pero no cantan lo mismo.

AMBAS: Es que estábamos tratando de recordar, es tan vieja, del tiempo de mi tarapapú.

BEATRIZ K.: Saben qué, tengo que visitar cerca a Lea, voy y vuelvo y entretanto traten de recordar, que me interesa.

De más está decir que cuando vuelve a las dos horas, las ladinas amigas han perfeccionado la canción al mejor estilo (ladino) y ella graba con gran entusiasmo pero está inquieta por la autenticidad. Hace falta otra fuente independiente. ¿Qué hacer? La fuente surge en la figura de Mesodi en Melilla, adonde Beatriz K. llega dos meses más tarde. Entretanto Sultanica la ha llamado a Mesodi y le ha contado la historia y han decidido colaborar, todas aman a Beatriz K., y con el tiempo el círculo de sus benefactoras, y, por qué negarlo, también de sí mismas, se va ampliando.

Así nace una serie nueva y desconocida de canciones infantiles antiguas y Beatriz K. está contenta con el nuevo

caudal que se ha abierto cuando ya parecía agotado el repertorio, y eso además teniendo en cuenta la edad de las informantes y la posibilidad de su desaparición. Ya no hay dudas respecto a la fidelidad de las fuentes.

Pero esto es sólo la primera parte. Beatriz K. viaja a Cuba a un congreso de musicólogos y etnomusicólogos, uno de tantos. Una amiga escritora le regaló un CD de boleros famosos, no desconocidos para Beatriz, pero ella no les había prestado mayor atención, estaba con sus investigaciones, coros, bailes, nietos, etcétera.

En el hotel, después de todas las arduas y a veces aburridas sesiones, Beatriz prende distraídamente el televisor y ahí está Castro hablando sobre la cosecha de la caña de azúcar y el problema de la diabetes que ha introducido el demonio del norte para hacerla fracasar. Beatriz, con toda su simpatía decide dejar que siga hablando pero no para ella. En vez de eso se pone a escuchar el nuevo disco en su aparato portátil. A medida que van surgiendo las canciones, comienza a prestarles atención y se va topando con algo parecido, familiar. Le cuesta creer que está ante un descubrimiento sensacional pero ya le es imposible ignorar el parentesco, aunque lejano, con las recientes canciones infantiles.

Decir que se da cuenta de eso es como decir que Colón descubrió América por casualidad, pero una vez descubierta está ahí. Beatriz comienza a estudiar el tema con su ahínco acostumbrado, poniéndole aún más entusiasmo a lo que ahora se convierte en investigación académica formal y muchas cosas comienzan a aclararse.

Ya no cabe duda de que el famoso bolero que empieza con Muñequita linda, está tomado de aquella canción infantil que le cantaron Esterina y Sultanica a la doctora. Eso de Bésame, Bésame mucho, viene de otra canción donde el niño le pide a la madre que lo bese y resulta ser la base del famo-

so bolero. ¿Y hace falta señalar que el nombre de la autora es Consuelo? ¿Es eso mera casualidad? Hay que ser demasiado inocente o escéptico empedernido para creerlo.

Una nueva investigación, ahora de los orígenes de no pocos autores de boleros, descubre en ellos fuertes raíces judeoespañolas, y de ahí hay un paso para llegar a la abuela de éste u otro autor que le debe haber cantado esa canción que luego él habrá presentado con sus variantes latinas como si fuera su creación original.

Otro secreto del pasado y su conexión con el presente ha sido desvelado y Beatriz K. lo presenta orgullosa en el congreso de Varna donde recibe la merecida ovación que la inevitable envidia de los colegas no logra mitigar. El éxito le devuelve y hasta supera su privilegiada posición en la Academia, ya no hay problemas de confianza en sí misma.

Beatriz K. ha descubierto la relación entre los boleros y sus fuentes antiguas, y todo aparece en aquel nuevo libro del cual hablamos al principio. En la lista de agradecimientos, no es de sorprenderse que figuren prominentemente los nombres de Esterina y Sultanica, y con toda razón, como se ha visto.

Es el libro que les trae a Esterina y Sultanica al humilde apartamento de la primera, donde ha nacido todo esto, para festejar su cumpleaños, y qué año fue éste último. Esterina sirve una bebida típica y las tres amigas se emborrachan, y alegres y emocionadas se ponen a cantar a toda voz algunas de las canciones de las cuales habla el libro, de preferencia esa que comienza con Muñequita linda, en ambas versiones, la original y la del bolero. Y las tres viven un raro momento de plena felicidad.

CONVERSACIÓN

(Ella se sienta a la mesa, prende un cigarrillo, se sirve una copita, luego otra.) ¿Cómo no te acordaste de esto?, bueno ya conversaremos de esto cuando vengas, bah, si venís. Mejor me voy a la cocina a calentar otra vez la sopa *(sale y al minuto vuelve corriendo vestida de minifalda y con trenzas, voz de entusiasmo curioso)*. Hola, ah, sos vos, no me acordaba haberte dado el número de teléfono. ¿En la clase de pedagogía? Sí, ahora me acuerdo. ¿Que no en la clase? ¿Que no puede ser porque vos no estudiás ahí? ¿Y entonces qué hacías ahí? ¿En la cafetería? Te tomó bastante tiempo llamarme, hay que decir. Traspusiste el número y me estuviste buscando en el campus y no lograste verme. Entiendo. La verdad es que casi no me acordaba pero debés haberme hecho buena impresión para que te diera el número, no acostumbro a hacerlo con extraños a menos que, pero no importa, la cosa es que ahora estamos unidos y separados por la línea telefónica. No, no soy poetisa pero tengo mis momentos como todo el mundo. Entonces te acordaste de mí. ¿Encontrarnos? ¿En la cafetería? Yo prefiero no hacer planes de antemano, mejor si nos encontramos casualmente. No, no creo que debieras estar esperándome durante todas las horas del día, eso me parece muy exagerado. Generalmente estoy ahí en algunas tardes, me escapo de una de las clases porque la que la da es una verdadera bruja y no la aguanto. También con eso estás exagerando, no me veo mal pero de

ahí a desparramarte en superlativos, tampoco hay que abusar del diccionario, te estás pasando. Sí, no te voy a decir que no me gusta pero el empalago me da náuseas, mejor que seamos prácticos. ¿Que la cita que te propongo no tiene nada de práctico? Puede ser, pero y la excitación de la espera, de si sucederá el encuentro sí o no, ¿no es una nota que le agrega mucho a ambas partes y no meramente una cita banal con, generalmente, un resultado banal? Bueno, quedemos así (*cuelga*).

Pues nos habíamos encontrado antes, estaba ahí sentada con mi compañero de entonces, ay, esos nombres que se te van, estaba tratando de leer lo que anoté en la clase de pedagogía, tomando lentamente el café que no es gran cosa pero no hay otro lugar que lo sirva a centenas de metros a la redonda. Y ahí te apareciste de pronto, estabas muy guapo, esa barba incipiente no me gustaba demasiado pero elegiste muy bien la combinación de colores. Te acercaste porque lo conocías a él. Digo "te" pero entonces no eras ni "te". Te saludó efusivamente e inmediatamente se fue a encargarte un café. El atolondrado no hizo las presentaciones y éstas consistieron en holas, como desinteresados. Había una cola bastante larga y así pudimos conversar, y qué te voy a decir, me gustó cómo me mirabas, pero también me ruboricé y te agradecí mentalmente que no dieras señales de que lo habías notado. Ah, me acuerdo que también tenía un libro para alternar con el cuaderno de la clase aburrida, lo había terminado, creo que era una novela de no me acuerdo quién (¿Vargas Llosa? ¿Manuel Puig?), y ahí te pusiste a hablar del autor, y dijiste que te gustaría leerlo. Me parecías simpático y te lo ofrecí, pero me pediste el número de teléfono para devolvérmelo cuando lo hubieras terminado. Tuve alguna duda pero te lo anoté en un papelito, y justo en ese momento volvió el amigo mío y tuyo y pasamos a una conversación mucho más sobria y neutral, te tomaste el café

apresuradamente y argüiste que estabas apurado, que tenías un compromiso o una clase, te levantaste, yo no, me estrechaste la mano con mucha delicadeza, le diste un golpe en el hombro al compañero y te fuiste sin mirar para atrás pero a través del ventanal vi que te habías dado vuelta y sentí tu mirada, hasta podía percibir tus ojos marrones responsables del leve estremecimiento, totalmente inesperado, que me sacudió de una manera casi imperceptible para mi compañero. Creo que hasta agitaste la mano en señal de saludo. Era yo bastante ingenua, siempre lo decía mi madre, y todavía no sabía cómo hacerme valer, porque, francamente, ese cuento de la transposición me hubiera parecido, de ser más cauta, lo que era, un cuento. Vaya una a saber cuál fue la verdadera razón del llamado, si era yo, o alguna ausencia que pensabas que podrías llenar aun temporalmente.

Seguí con mi rutina de los estudios, mi compañero de entonces, pongámosle ya un nombre, Carlos creo que se llamaba, me asediaba para que, ya se sabe, pero yo era una niña recatada y mi pobre madre (todas las madres terminan siendo pobres madres) me había prevenido contra esos lobos que lo único que quieren es usarla a una y después tirarla (no tirársela, eso antes), lo dijo de una manera un poco vulgar si bien pensó que era educativa, como si se tratara de un condón usado, vamos, eso es lo que dijo, para qué andar con remilgos. De esa manera quería advertirme que, si por cualquier circunstancia, y Dios no lo quiera, sucediera eso por un momento de debilidad, que así describía eso otro que en las novelas llaman arrebatos de pasión, no se me olvidara, de todos modos, imponer la condición del uso de ese paraguas que debía protegerme contra la lluvia y sobre todo de lo que ésta podría producir después. Ella utilizaba esa metáfora sin saber que estaba construyendo una metáfora, bueno, no le era necesario como a todos no nos es necesario saber cómo fluirán los electrones por esos hilos

finitos, tal vez peleándose entre ellos por llegar, cuando prendemos la luz con un simple movimiento de un dedo, y ella lo hacía con un simple movimiento de su boca. Así que estás prevenida, y más te vale. Sí, claro que más me valía. Carlos, porque es muy factible que Carlos fuera Carlos, solía acompañarme, compañero —acompañarme, aunque nunca me atreví a llevarlo a casa porque no estaba demasiado orgullosa de mi familia; una de las características de esa falta de orgullo consistía en que temía la reacción de mi padre y sobre todo de mi madre, y en ese sentido aplicaba lo que ella recalca una y otra vez, mejor prevenir que curar. Una vez llegó hasta la casa y ahí estuvimos entretenidos un rato, yo dejándome estar y él intentando laboriosamente llegar a mis pechos a través de todas las capas de ropa, era invierno. Estaba bastante oscuro, la luz del farol de la esquina parecía haber agotado sus esfuerzos a unos pocos metros y lo que llegaba era una tenue iluminación, justamente propicia para sus degenerados propósitos. Fue algo así que dijo mi madre cuando apareció de repente abriendo la puerta de la casa de apartamentos donde vivíamos, dándole a él un empujón y arrastrándome por la manga del abrigo con una fuerza inusitada que casi me tira al suelo por lo desprevenida. (*Sale tambaleándose.*)

(*Suena el teléfono, vuelve como la adulta.*) Hola mamá, ¿que qué estoy haciendo?, esperando. Sí mamá, ya sé que me dijiste. Una sopa de calabazas, pollo asado, ensalada de frutas. Vino, claro que no él, la botella que me regaló papá. Bueno, beso, chau (*cuelga*). (*Mira la silla vacía.*) Hablar aunque sea sola me desahoga. ¿Dónde estaba? Ah, sí, como no sabía exactamente qué pensar de tu conducta, y la verdad es que tampoco de la mía, como decía el bolero refiriéndose a una mujer, ya sé que es un despropósito pero me dejo llevar por mis asociaciones, decía— a veces contestas enojada y otras ni te dignas contestar— tenía que buscar otro

modo para descifrarte y me dediqué un poco a la *esotería* esa de los horóscopos en los diarios u otros medios. De mi signo decía que “no entiende muy bien lo que está pasando pero reconoce no estar midiendo las situaciones como corresponde; muchas veces exagera y otras no toma en cuenta aquello que le pareció de suma importancia con anterioridad”. ¡Ajá!, me dije y lo rematé con otro ¡ajá! ¿¡Ajá!, qué? Si en un principio quedé consternada por lo que parecía profundidad mareante en su manera de catarme, al poco tiempo fue entrando en acción el frío raciocinio que comenzó a susurrar, bueno, ¿y qué quiere decir todo esto? Y, agregó, no es válido más que para esta semana. Te conviene, siguió susurrando (a veces se pone ronco), ver lo que sale la semana que viene, que tal vez aclare esas honduras que, de repetidas, de diferentes maneras, ya no te parecerán tales. Y esta vez me tocaba “Si está en la búsqueda del amor y de una pareja que le entienda, tal vez éste sea el mejor momento para cristalizar su sueño”. ¡Tal vez! Tantas reticencias me llenaban de incertidumbres. ¿Debía actuar? ¿Pero cómo? ¿El mejor momento? ¿Esta semana, precisamente? La semana anterior trajo un interrogante y ésta daba la respuesta, así interpreté la intención de los cielos que se despejaban para ver más claro. Llamarte y no dejar que el azar se tornase favorable por su propia iniciativa. Pero cuál no sería mi asombro cuando descubrí que el texto anterior con mínimas variaciones se había mudado a otro signo que no tenía nada que ver conmigo. Claro que eso ocurrió después. A instancias del horóscopo que no mencioné en nuestra breve conversación, te llamé, te sorprendiste, agradablemente me pareció, y te dije, haciéndome la remilgada, que a pesar de tu insistencia por concertar un encuentro, nada había sucedido. ¿No serías otro de esos picaflores que saltan de una flor (yo) a otra (hombres necios) y sólo se trata de palabras vanas pronunciadas con más énfasis que intención? Protestaste

inmediatamente, me habías buscado en innumerables ocasiones y, lamentablemente para ti, no coincidimos nunca, pero no habías renunciado a la esperanza de que algún día... Te dije que eso me sonaba como el gran éxito de Dalida —*Paroles, paroles*— que puede llegar a mis oídos pero no a mi corazón, o, creo, ahí ella decía posarse o tocar. Pero había que ser más concretos, así que te dije cuándo estaría ahí la próxima vez, ya se sabe que nunca se sabe pero me parecía una buena manera de poner las vaguedades a prueba. Y para no seguir con eso que mi madre llamaba, por mis horas en el teléfono, sexo oral, me despedí, algo urgente, sin especificar. No podía renunciar a soplar frío sobre caliente. Y viceversa, ¿por qué no? ¿No es que alguien dijo alguna vez “frivolidad, tu nombre es mujer”?

Con Carlos había ocurrido algo preocupante, no lo que se pueda pensar si me refiero a lo anterior. Otra cosa y esto te lo cuento, eso de Carlos, porque no estás, porque si no, olvidate. Resulta que después de la escena con mi madre quedó muy aturdido, se fue caminando lentamente, como alma en pena, eso lo dijo él, por la calle mal iluminada. Al poco rato se detuvo a su lado un patrullero del que salieron dos de civil y le pidieron documento de identificación. Afortunadamente lo traía en alguno de los bolsillos, pero la búsqueda nerviosa enojó a los policías que, después de recibirlo y consultar con la central, le dijeron perentoriamente que se cortara el pelo, tenía una melena bastante larga y desordenada, porque la próxima, rusito, ya no seremos tan gentiles. Se mataron de risa con eso de gentiles y se fueron. Sí, Carlos tenía esa identidad, digamos, que a mí no me molestaba pero mi madre con su iglesia hubiera puesto el grito en el cielo de haberse enterado. Pasaron algunos días de abstención de Carlos, como me había ordenado, pero todo tiene un fin, y por supuesto nos volvimos a encontrar en la cafetería, qué casualidad, y las cosas retornaron al lugar de

antes, a las andadas, como se dice, y ahora yo me había ablandado bastante y Carlos siguió haciendo progresos hasta casi casi lograr su objetivo que, de todos modos, era bastante inalcanzable en un cine, en no importa qué fila.

Parezco una estúpida diciéndole eso a la silla vacía, ya me vas a oír, pero como no estás, dejo fluir las cosas sin demasiado orden, así como me vienen a la mente, mejor me voy a tomar algo en la cocina.

(Suenan el teléfono, viene corriendo como la nena de antes.)
Hola. No, mi mamá no está. ¿Quién habla? ¿El padre de Carlos? Encantada, señor, yo soy su amiga. Ya lo sabe, bueno, yo decía porque nunca nos conocimos. Claro, ya habrá oportunidades. ¿Que qué? ¿Arrestado? ¿Por qué? Anoche me acompañó a casa, no entiendo, estaba bien. ¿La policía? ¿Y dónde está? La seccional 8, es un poco tarde, no me animo a andar sola por esos lugares mal iluminados. Ah, igual no hay nada que hacer hasta mañana. ¿Que ya hablará con mi mamá? No, por favor se lo pido, no hemos hecho nada malo, no entiendo *(cuelga y sale llorando a la cocina)*.

(Desde la cocina se escucha la voz de la madre.) No quiero oír hablar más de ese energúmeno y para peor de los de su calaña, vaya una a saber en qué se mete, nosotros ligados a delincuentes, no me digas una palabra.

(Vuelve de adulta.) Y así fue, a Carlos lo arrestaron esos infelices porque no se había cortado el pelo y ya no fueron tan gentiles como dijeron, lo tuvieron en una celda con un borracho, él estaba completamente trastornado el pobre, y uno de esos degenerados, haciéndose el gracioso a su manera, le dijo que su cumpleaños, faltaban dos semanas, lo celebrarían juntos ahí mismo, y cuando el borracho escuchó eso de celebración se puso a protestar porque era injusto quitarle la botella de whisky vacía con la que se había acostado en la calle, diciendo que era su mujer y no lo iban a separar de ella. A Carlos lo largaron a la mañana, bah, vino

su padre a buscarlo y no hubo más citas, y hasta terminé con los llantos que se renovaron cuando me di cuenta con quién estoy, pero ya no más. Y con quién estoy ya sabés, estoy con vos, en realidad con esa silla vacía, me enamoré como una estúpida, te viniste con el auto sport que te prestó tu hermano, más que me enamoré, me aflojé. Y eso fue cuando me llevaste a ver *El cartero golpea dos veces*, aquella escena con Jack y Jessica me hizo perder el juicio y ahí nomás me entregué, como se dice, bah, para qué seguir hablándole a una silla, Mitzi me escucha pero tanto como hablar, en fin, no se puede ser perfecta. Y ahora te espero para qué, para celebrar, no los años de casados, no eso no es motivo, Mitzi sí es motivo. No, hijos no, prefiero a mi gatita, se limpia sola, no berrea, no necesita pañales, no, no me voy a andar deformando por uno de esos chillones, ya hay bastantes en el mundo.

(Toma a Mitzi en brazos, va y prende la radio, tocan el bolero "Sabor a mí", canta y baila hasta que llega a "doy lo bueno", lo ve a él y apaga la radio.)

Ah, por fin volvió el señor. Y cómo apesta. Parece que te olvidaste de que hoy es el cumpleaños de la Mitzi y dijimos que vamos a celebrarlo en casita, en nuestro maravilloso hogar. Pasaron los minutos, media hora, una hora, y el señor no está, no hay señales suyas. El teléfono no suena, nada. Yo pienso. No, no te vayas, me vas a escuchar te guste o no. No te vayas te digo. Sentate ahí en tu lugar. ¿Que no tenés hambre? No importa, ahora me vas a escuchar y te aseguro que te vas a hartar, igual como yo estoy harta. Pasaron dos, tres horas y yo dando vueltas como en una jaula, y te aseguro que de leona no tengo nada. Por fin me atreví a llamar a la oficina. Ah, señora, ya todos salieron, me dice el ordenanza. Fíjese, hágame el favor, le digo yo. El tipo se conmovió con mi tono preocupado y fue a revisar si quedaba todavía algún trabajador diligente, o si ahí estaba mi sin-

vergüenza. Porque sos eso, un sinvergüenza, sí, sí, no me mires con esos ojos vidriosos. Pero miráme cuando te hablo, no te hagas el desentendido que no te va a ayudar, vas a tener que escuchar todo lo que tengo que decir. Ay mi pobre Mitzi que tiene que aguantar mis nervios. Venga, venga con mamita. Mirá cómo te mira, te tiene miedo. Y no es para menos si ayer ni le diste de comer y hasta trataste de acogotarla, seguramente estarías pensando en mí. No, no me mires con esos ojos inocentes, te conozco, pero no te vas a librar tan fácilmente de mí, más bien soy yo la que te va a dejar. (*Suena el timbre de la puerta.*) ¿Quién estará llamando a estas horas? (*Va a abrir.*) ¿Qué quieren? ¿Una donación? Para niños ¿qué? No, yo ya di, ¿cuándo?, ¿qué te importa, mocoso? Te dije que di y basta. (*Vuelve con la gatita en brazos.*) ¿Qué se creen, que encontraron a una tonta que esté repartiendo dinero para mantener a unos parásitos? Si por lo menos fuera para una gatita como la mía. No, no trates de acariciarla, mejor comé la sopa. ¿Qué? ¿Que está fría? No me digas, qué sorpresa. Es que cuando fijamos, estaba calentita, como yo, pero yo también me enfrié junto con la sopa y ya no hay modo de calentarme. Pero estoy caliente, sí, estoy que exploto con tus desdenes y tus tratos. El ordenanza vuelve al teléfono y me dice que efectivamente revisó todo y no hay nadie. Le pregunto para asegurarme, ¿está seguro? Sí, señora, segurísimo. Me quedo con la duda, habrá ido a ver o simplemente colocó el tubo y después de un intervalo que le pareció bueno me dijo algo para sacarme de encima. Tres horas y nada. ¿Llamar a la policía? El teléfono tuyo estaba desconectado. Claro, cuando estás con ella cómo vas a atender el teléfono si tenés las manos ocupadas. ¿Que no hay ninguna ella? No me hagas reír, ¿qué te creés que yo todavía creo en la cigüeña? ¿Que soy Caperucita Roja y vos sos el lobo que me cuenta cuentos? ¿Creés que no sé que tenés otra, que esos cuchicheos telefónicos de media

noche cuando hablás bajito son con la oficina como me querés hacer creer? Yo pensé que tal vez, una fiesta de cumpleaños, una vuelta a los tiempos de antes iba a ayudar. ¡Qué ingenua! No sé como me casé con vos. Ya me lo decía mamá y yo la tarada no la escuchaba a ella sino tus cuchicheos para engatusarme. Me acuerdo de la primera vez. Me fui a lo de mamá llorando y ella me dijo, hija, no quiero meterme entre ustedes pero francamente ese marido tuyo es un vividor, y eso te lo digo objetivamente, remató. Y yo traté de defenderte, dije, bueno, él dice que es la secretaria y se quedan trabajando hasta tarde. Y hasta le discutí a mi pobre madre, que Dios la tenga en su gloria. No sé por qué digo eso, mirá lo que me hacés decir, me volvés loca, que Dios le conserve la salud. Ya te gustaría que Dios la tenga en su gloria, nunca la quisiste a la pobre a pesar de los regalos que te dio. Yo, por ejemplo, ¿no soy un buen regalo? Cierto que como que querer darte ese regalo, ella no quiso tanto que digamos, exagero un poco. Fui yo la tonta que te di ese regalo y mirá ahora como me agradecés. Ah, y no fue aquella la única vez. Esa secretaria o lo que fuera te llamaba a cada rato, me pareció exagerado pero yo era una creyente, no en el sentido religioso, no te hagas el gracioso, y compraba cualquier cuento tuyo. Francamente deberías escribirlos, o por lo menos redactar un decálogo del marido sinvergüenza, para eso estás mandado a hacer. No te precipites sobre la comida, no seas un animal, el doctor me dijo que hay que masticar 25 veces cada bocado. Y yo le pregunté, doctor, ¿qué se cree, que soy una vaca? Veo que estás encantado con eso, pues para que sepas, el doctor me dijo textualmente que no encontró nunca una mujer más fina que yo, una verdadera *lady*, dijo. Yo le vi algo extraño en los ojos, como si estuviera bizco, y me dije, este tipo está tratando de ligar conmigo, más bien me pregunté. Pero no, yo no estoy para eso y se lo dije muy claramente, doctor, dis-

culpe, soy una mujer casada y hágame el favor de no mirarme así. No sé por qué yo les inspiro algo a los hombres, antes en la sala de espera había un bigotudo que estaba leyendo un libro y de vez en cuando me echaba una mirada. Alcancé a ver la tapa —*La mujer sensual*— decía, y había una tipa medio desnuda, medio acostada, chupando un helado que se parecía mucho a lo que te podés imaginar. El muy cochino seguía echándome miraditas, seguro que me imaginaba en esa posición. Ya no hay más respeto, claro, son todos como vos, no me debería sorprender, pero conmigo van muertos, y no soy como vos que caés por cualquier mujerzuela que se te cruce en el camino. Callate y comé, y masticá. El doctor me midió la presión y me dijo que estoy perfecta. Si me la midiera ahora me internaría inmediatamente. Sí, ya sé que eso te gustaría pero no te voy a dar ese placer. No, no me hagas gestos, te conozco. Después me comenzó a hacer preguntas íntimas pero yo lo paré en seco. Eso de que yo tenga irregularidades según usted, todavía no le da derecho a preguntarme sobre mi marido y cuantas veces lo hacemos, le dije. En realidad no quise decirle que hace rato, ya sabés, no pasa mucho. Y entonces el doctor paró, porque a pesar de que soy una mujer débil sé defenderme. Me miró largamente, me dio la mano y cuando salía me acarició el hombro pero no se propasó porque lo puse en su lugar. Así que figurate que me dijo que fijara una cita con la secretaria para dentro de poco, y la secretaria me dio turno para dentro de un mes y medio pero de repente recibió un llamado, se disculpó y dijo que se había equivocado, que el doctor se iba al exterior para una conferencia o no sé qué y el próximo turno no me lo podía dar antes de ocho meses. ¡Qué falta de profesionalismo! Bueno, que se embrome, no podrá verme con lo tanto que quería, por sus congresos de porquería. ¿Que por qué voy al doctor? Claro, si nunca te interesás por mí y ahora de repente se te dio por

interesarte. ¿Pero por quién me tomás?, ¿te parece que yo voy a comprar tus jueguitos? ¡Por favor! Lo que me pasa a mí ya no te concierne, yo estoy sola con mis sufrimientos y mis problemas. Ah, veo que te gusta la ensalada rusa, vos para no hablar te vas a llenar la boca con lo que sea. Un momento que voy a atender el teléfono.

Sí, ¿mamá? Sí, la joya volvió. Está un poco tomado pero es lo mismo, nunca está en plena posesión de sus facultades, como dicen en el juzgado. Ya sé, voy a estar muy calma a pesar de que siento que reviento. ¿Que qué hace? Está ahí sentado mirándome con esos ojos de ternero degollado. Está comiendo la ensalada rusa. ¿Que si le puse mayonesa? No mamá, a mí no me gusta la mayonesa. Huevos, papas, sí claro. Ah, y el aceite. Sí, me salió muy bien, ¿pero para quién? ¿Hígado picado? Sí, compré los hígados de pollo. En lo de Cosme. ¿Por qué? ¿Qué tiene de malo Cosme? Justamente parecían frescos, recién sacados. Y bastante limpios. 20 pesos. ¿De veras? Qué ladrón, no te creo. No mamá, es un decir, claro que te creo. ¿Quién? ¿Jaime? Pero si ese queda muy lejos y además no es muy limpio que digamos. Sí, tal vez tengas razón, podemos hacer una compra juntas y así también va a ser más barato. Esperá mamá que se cayó de la silla. (A él.) Levantate descarado, ¿qué es eso de acosarte en el piso? Vamos, que mamá está esperando. (Vuelve a la madre.) Bueno, mamá, está sentado de vuelta, no sé cómo lo aguanto. ¿Mañana? Bueno, me vas a ayudar a empacar. Chau, mamá, un beso. (A él.) Ah, ¿te despertaste? Sí, empacar, ¿o te creés que voy a seguir aguantando tus ofensas? A pesar de lo que pienses yo tengo mi orgullo y ya no puedo dejar que me sigas maltratando. Y para festejar algún cumpleaños vas a tener que buscarte a esa de la cual estás prendado para que te lo festeje, yo terminé. Sí, sí, ya sé, no tenés ninguna, ya me lo dijiste. ¿Pero a quién estás engañando? En vez de confesar como un hombre y sufrir las

consecuencias, ahí estás tratando de contarme cuentos. Otra vez el teléfono.

Hola, Marta. Sí, falsa alarma. No se murió en ningún accidente de tráfico. Aquí está vivito y coleando. Bueno, perdoná un momento. (A él.) Soltá el mantel, no te limpies la boca con él, cochino. (Vuelta al teléfono.) Qué te digo, Marta, no te imaginás lo que tengo que padecer con este infeliz. ¿Que no será para tanto? Pues sí, es para mucho más. No Marta, lo siento pero no puedo ser comprensiva. Yo sé que vos le tolerás muchas cosas a tu marido pero lo que es yo, no puedo. Ah, sí, ¿y qué hiciste? No me digas, es la primera vez que me contás eso. ¿Y cómo es? ¿Tu misma edad? ¿Qué me decís, Martita? ¿Y cuándo sucede lo que sucede? Ah, cuando él se queda trabajando. Bueno, por lo menos eso dice. No es mala idea, pero ya sabés, yo soy un poco santurrón. Bueno, para tanto tampoco. (A él.) ¿Adónde vas? Sentáte, todavía no terminé con vos. (Vuelta al teléfono.) No, Marta, con vos tampoco terminé, le estaba hablando al tarado de mi marido. Claro, escucha todo, si está aquí desde que volvió y yo todavía tengo bastante para decirle. Contame un poco más de tu galán. ¿De veras? ¿En la cocina? ¿No es un poco cochino? Ah, eso lo excita, qué raro, a éste de acá también solía excitarlo pero yo me cansé de andar por los suelos, finalmente, ¿para qué está la cama? De paso, buena pregunta, porque hace rato que no está para nada, más o menos como éste. ¿Y el perrito, qué tal? No me digas. Qué guasona, vos no parás en rojo, ja, ja, ja. Bueno, Martita tengo que dejarte, mañana hablamos. Mirá lo que me cuenta Marta, me hizo acordar de nuestros primeros tiempos. Cuando fuimos a ver *El cartero llama dos veces*. Vi que te encantó esa escena en la cocina y a mí, bueno, me pareció un poco cochina pero ya se sabe que chancho limpio no engorda. No sé qué tiene que ver esto, pero cómo lo hicieron Jack Nicholson y Jessica Lange. Al principio ella se resistió

pero después agarró viaje, y cómo. Y él le desgarró la bombacha después que la acostó en la mesa. Y cuando volvimos nos pusimos a practicar en seguida. Ya sé que yo no soy Jessica Lange pero vos tampoco sos Jack Nicholson. Sin embargo te funcionó a las mil maravillas, yo quedé con la espalda rota y el culo lleno de harina. Y vos te quejabas de las rodillas. Pero me cansé del asunto, una tiene una sola espalda pero cuando pasamos a la cama ya no era lo mismo. Te viniste abajo, y no en el buen sentido de la palabra. Y ahora que lo pienso, ¿quién será ese tipo que la tiene a Marta así? ¿No serás vos? No me mires así con esos ojos de santito, muy bien podría ser. Es mi mejor amiga pero no entiendo qué le viste. Es gorda, bizca, tiene mal olor de la boca, ¿no te molesta? Bueno, puede ser que no sea ella pero conociéndote, tus gustos son bastante raros. Sí, no seré Jessica Lange pero estoy muy lejos de ser Marta. Debería darte vergüenza, con mi mejor amiga, habrarse visto. Sí, sí, andá al baño pero volvé que todavía no he terminado contigo. Esas *migrenas* que tengo me las causás vos, no busques pretextos, lo veo en tus ojos. Otra vez el teléfono, ¿no se cansan? (*Él se va al baño.*)

Hola, ¿qué tal? Acabo de hablar con tu esposa. ¿Que ella no importa? Sí importa, yo me prometí a mí misma no salir nunca con un hombre casado. Ya sé que vos sos diferente, pero todos los hombres son unos cochinos. De paso, resulta, por si no lo sabías, que Martita tiene a alguien. No sé, ¿así que no lo sabías? ¿Y por eso ahora querés tomarte la revancha? Y qué soy yo, ¿un partido de fútbol? No, no me tomes así, ya sabés que con vos estoy bien pero es que estoy muy nerviosa con Julio que otra vez me falló y me descargo con quien sea. ¿Que él salió mientras vos seguiste trabajando? No me digas. ¿Te parece que hay algo entre ellos? ¡Sinvergüenza! Ya le voy a dar yo. No sé, mañana a la tarde tal vez, a la mañana tengo la escuela. Sí, la verdad que no es-

taría mal. Sí, el lugar de la vez pasada no estaba mal, pero ahora hacé la reserva para que no haya problemas. Perfecto, para las tres, pero no me vayas a retener. Sí, sí, yo también. Tengo que cortar, vuelve Julio.

Qué te pasó, ¿te caíste al inodoro? ¿O te resulta incómodo seguir escuchando lo que tengo que decirte? Mirá, eso de Marta no te lo voy a tolerar, esto desbordó el vaso. No te limpies la nariz con el mantel, puerco. Y no me contestes, no hace falta, ya me hice la composición de lugar, vos con la gorda por el piso de la cocina, qué asco. ¿Y cuántas veces lo hiciste? ¡Pero quién te puede creer algo! Cuando nos casamos no me podía imaginar las perversiones de las que son capaces los hombres. ¡Con una gorda y en el piso de la cocina! Y seguramente ahí no pararon las cochinas. ¿Pero que tenés vos con el piso de la cocina? ¿Eso te excita? En realidad, por otra parte, puedo creer cualquier cosa. Tenés en casa a una mujercita atractiva, delgada, los hombres se mueren por ella y vos te andás revolcando en cocinas con gordas. Nada les viene bien, una mujer que les prepara la comida, que los cuida, que los atiende, no, eso no sirve. Mejor una gorda, y para que haga juego, un piso de cocina. Yo conozco esa casa y limpia que digamos no es. Una vez hasta vi que el pobre perro se había hecho pis en la cocina porque a la holgazana de Marta le gustaba sentarse ante la televisión, llenarse la barriga con chocolates y mirar esas telenovelas tontas. Me hacía sentar en la sala con ella, pero yo los bombones ni los alcanzaba a tocar con la velocidad con que ella se los engullía. Qué le encontró a ese galán, no sé, pero me hizo notar que se parecía a vos, y yo, incauta, sólo pensé que quería halagarme. Y al pobre perro nunca lo sacaba, así que ahí estaba el charco en la cocina. Y ahí te revolcaste con ella, pero te habrás bañado porque no se huele nada, todo para despistarme porque limpio no sos precisamente. Y cuando lo hacían, ¿dónde estaba el perro?

No, no me hagas esos gestos, no te creo. Con el perro mirando, unos verdaderos degenerados, mejor que no siga pensando porque me da asco. Más asco me daría si fueras maricón, pero no lo creo a pesar de que a veces a mamá se le escapan algunas alusiones. No, no puede ser, de eso sí me habría dado cuenta sin duda. En seguida te surgiría una creatividad artística que ellos dicen que tienen. Pero vos, fuera de mentir descaradamente, que en eso sos un artista, no tenés nada de artista. No, no, mejor calláte. Mejor, antes de decir otra mentira, seguí comiendo.

¿Pero qué pasa hoy con el teléfono a estas horas? Sí, mamá, ¿te olvidaste de darme las instrucciones para mañana? ¿Que qué? ¿Que lo viste en la televisión a Julio? ¿Estás segura? ¿Haciendo qué? ¿Rompiendo una vidriera del Banco? ¡¿Julio?! ¿Una manifestación? ¿Que prenda la televisión ahora? Un momento. Sí, ahí está ese gentío, es cierto ya veo, no lo puedo creer. Alguna razón habrá. Mirá mamá yo sé que Julio nunca te gustó. ¿Que trató de matarte? Ah, ¿cuando pasó corriendo y te tocó y te caíste a la pileta? Pero estoy segura, a pesar de todo lo que tengo con él, que no fue a propósito. ¿Que él sabía que no sabés nadar? ¿Que casi te morís con el agua que tragaste? Pero no me digas que no te gustó que aquel joven bañero buen mozo te hiciera la respiración de boca a boca. Eso es algo que seguramente papá no... ¿Que justamente sí? Pero cómo hace, ¿no se te queda pegada la dentadura? No mamá, era una gracia, no te enojés, pero en serio, ¿no tiene miedo que eso ocurra? Bueno, mamá, no sabía que el viejo todavía está interesado, que porque aquí que digamos. No, eso de empacar por ahora no sé todavía. Que tengas buenas noches mamá y con mucho cuidado, esas dentaduras cuestan un ojo de la cara. Bueno, bueno, chau.

¿Qué estabas haciendo ahí rompiendo vidrieras de Bancos? Francamente no sé en que andás. ¿Y cómo podías

estar ahí si estabas con Marta? No me contestes, ya me da vuelta la cabeza con tus enredos. ¿Pero en que líos te metés? ¿Adónde iremos a parar? Te van a meter preso, estoy segura. Si sólo fuera por tu suegra, no sufriría, por lo menos eso está claro. Otra vez el teléfono, ya no se puede mantener una conversación con tranquilidad sin que la interrumpen a una.

¿Qué, quién habla? ¿Sergio del comité organizador? No él no está en condiciones de hablarle, dígame de qué se trata. ¿Que la manifestación tuvo una gran repercusión y que están considerando devolver el dinero? Ah, claro, el Banco. Gracias, pero no sé por qué me felicita, si yo no he hecho nada. Mi marido. Él, ¿un valiente? ¿Qué me dice? ¿Que mañana venga a la reunión a las diez? ¿Dónde? ¿Que él ya sabe? Pues no me diga, me ha dejado asombrada, y yo que no sabía nada porque él nunca cuenta lo que hace, la deja a una adivinando. Pues muchas gracias, Sergio. (A él.) Qué me decís, participando en manifestaciones y yo no sé nada. ¿Y por eso llegaste tarde? No hace falta que me contestes, todo está claro. Ya sé que a veces te trato como una maestra de escuela, pero es que soy una maestra de escuela y así hay que tratar a todos esos pequeños atorrantes que cuando crecen son como vos. Tal vez fui un poco dura. No, no me toques ahora, todavía no sabemos qué pasó con Marta. Vamos a la cocina y mostráme que hiciste con ella. (*Lo arrastra a la cocina seguida por la gatita.*)

(*Desde la cocina.*) Acá en la mesa, estás loco Julio, ya no estoy para eso. Ay, sí, bueno, esperá que corro las cosas. Ay, Dios, Jack, como te pusiste, estás hecho una fiera, sí, sí, tocáme ahí, sí, ay, sí, qué loco, llamáme Jessica, sí, dale, ay, aaaaaaaaay... Jack estás fantástico. No lo puedo creer, ¿qué te pasó? (*Vuelve al salón, desarreglada, seguida por la gatita.*) Se me pasó el dolor de cabeza, pero la espalda y otra vez la harina. (A la gatita.) Ay, Mitzi, ¿Estuviste mirando, degene-

radita? No importa, a vos te perdono todo. (*Grita.*) Jack, perdón, Julio, ¡Juliiiiito!. (*Sale a la cocina y vuelve.*) Se durmió sobre la mesa, que no se diga que yo lo aburro. Bueno, mañana será otro día, habrá dicho Scarlett, pero el de hoy aún no se terminó. No te creás que todo lo que hay que decir está dicho, yo justamente ahora estoy llena de energía y todavía hay bastantes cosas que ventilar, no te me hagas el acabado que todavía no hemos terminado esta conversación.

LA ALFOMBRA

Un verdadero escándalo. El primero que descubrió lo que había pasado fue el portero nocturno cuando salió a dar una vuelta para airearse después de las tres cervezas y el plato de pasta italiana con salsa de tomates que le había preparado su esposa. Al principio miró incrédulo los cortes que habían hecho en la alfombra y después, siguiendo su recorrido, vio que el pedazo que habían cortado más para el medio los llevó a arrastrar lo que quedaba como para disimular la fechoría. Es que la alfombra tenía que llegar hasta la acera dónde pararía el auto del presidente y éste, en cuanto se abriera la puerta, ya pondría sus pies famosos sobre la alfombra, y hete aquí que en vez de una blanda alfombra tendría que conformarse con baldosas irregulares que hasta podrían hacerlo trastabillar y con él a toda la nación. Cuando el portero alarmado llamó al director del museo que esperaba la inauguración de la nueva ala del recinto por el dignatario con una importante exposición de pintores nacionales, aquél al principio no entendió lo que un empleado tan inferior en el escalafón le estaba diciendo, estaba apenas descansando de una intensa actividad con una mujer ya no muy joven a la cual le había prometido una exposición inaugural con la cual ella siempre había soñado, pero no habría soñado que se convirtiera en realidad hasta que se decidió por esa intimidad a la cual se había sometido fingiendo una pasión que no sentía, y cómo iba a sentirla con

ese hombre corpulento y pelado; la cosa es que en el espasmo que siguió, él pensó que debía retenerla, la mujer hacía lo que esperaba y aún más, y halagado por los cumplidos decidió primero prometer, y después veremos, pero eso no lo dijo. Su política en este caso y en no pocos otros se podría asemejar básicamente a su manera de conducir. Si tenía que estar en el carril derecho para doblar a la derecha y el carril izquierdo estaba más libre, infaliblemente enfilaba por éste para cruzar primero el semáforo, y después veremos, eso le solía decir a una amiga que le insistía en que tomara el carril apropiado. Primero cruzar el semáforo y después veremos cómo nos meteremos en el carril adecuado. ¿De qué alfombra me está hablando, hombre?, profirió enojado. Ya instalamos la alfombra, dijo, y ahora déjeme dormir que hoy es un día pesado. Estaba por colgar, pero el hombre insistía. ¿Qué me dice, que cortaron la alfombra? ¡Eso es inconcebible! Miró a su aburrida compañera que estaba jugando displicentemente con un rulo, algo que lo estaba poniendo nervioso, así que le dijo que parara con eso. Pero, señor director, vino la voz del otro lado del teléfono, qué dijo, pero, señor director, cómo voy a parar. Yo no tengo la culpa, tenía que haber una ronda para vigilar pero parece que no hicieron nada y se fueron a dormir. El director lo interpeló —no estoy hablando con usted, bueno sí estoy hablando con usted. Se fijó en el reloj despertador que estaba ajustado para las 6 de la mañana. Era casi medianoche. La miró otra vez a ella, ahora con disgusto por su indiferencia mientras él, que ya había entendido al hombre, estaba sudando copiosamente. Lo único que le faltaba con todos los preparativos meticulosos que había supervisado durante todo el día. Colgó y encargó un taxi, por una maldita casualidad su auto estaba en reparaciones. Le dijo a la mujer que tenía que salir, que no sabía cuánto iba a durar el asunto, y ella también tenía que irse ya que no quería un espectáculo matinal con los vecinos,

y menos aún con su esposa que tenía que llegar a la madrugada de su viaje al exterior, probablemente esto último era más importante en sus consideraciones. Se puede decir que la mujer, llamémosla incipiente candidata a amante, se habrá ofendido, a ella le interesaba sobre todo esa promesa pero también tenía su dignidad y ser despachada de esa manera era ofensivo. Sin embargo cuando viajaban en el taxi ella volvió al tema y él distraídamente repitió su promesa, y para darle más peso la invitó a que viniera a la inauguración de la exposición, pero, por supuesto, por favor nada de proximidades, recalcó, no sería aconsejable para ambos. La depositó en otro taxi y al llegar vio el desastre, faltaba un tramo de la alfombra. La policía, que había arribado al lugar, adelantó la teoría de que el o la autora del atropello no cortó la alfombra para evitar las miradas de espectadores inesperados e involuntarios, y se internó unos metros más adentro donde su actividad sería menos ostensible. El trabajo que hizo, como se ha dicho, no fue muy prolijo que digamos, y eso de arrastrar la alfombra para cubrir el vacío la dejó suelta, probablemente por el apuro. El director estaba horrorizado, cómo podría conseguir ese trozo de alfombra para cubrir el principio en la acera en el poco tiempo que quedaba hasta el arribo de la gran personalidad.

Unos días antes, Rafael, que se ganaba la vida como plomero, había llegado a casa algo más tarde que de costumbre. Miriam había preparado la cena que por enésima vez se había enfriado. Una sopa de cebollas fría es realmente desabrida, por no decir algo peor, y no era de sorprenderse que Rafael se quejase. Claro, él se deslomaba trabajando y todo lo que lo esperaba era una mujer agria y una comida insulsa. Miriam optó por no contestar, sobre todo teniendo en cuenta que se estaba haciendo la dormida. Había llorado y estaba agotada. Esa tarde había descubierto una vez más una infidelidad de Rafael. Entre su ropa sucia, encontró en

un bolsillo de una camisa una nota que en escritura apresurada decía que lo esperaba mañana y que desde la semana anterior su cañería lo extrañaba, que el tratamiento que le había dado era estupendo y que de sólo recordarlo le volvía esa humedad de necesidad, eso escribió la desvergonzada. Rafael hacía trabajos en casas privadas y, siendo apuesto como un galán con apenas dos días sin afeitarse, un tipo a lo Alain Delon, si no una réplica exacta, por lo menos un parecido no demasiado vago, sus estragos en el sexo que llaman débil eran notorios. Había jurado que aquel breve romance con una artista de teatro había terminado, y desde ahora ni el más mínimo desliz. Como seguía despotricando dale y dale con la cena fría, y qué es esa sopa, y el bife quemado, Miriam sintió que la gota ya había rebasado el vaso y saltó de la cama hecha una fiera. ¿Es que él pensaba que ella era su sirvienta? ¿Es que la palabra vergüenza había quedado definitivamente proscrita de su diccionario, ni que decir de su conducta? Ella ya no iba a soportar que la tratase de esa manera, que le viniera con cuentos de trabajo inexistente mientras retozaba en los brazos de alguna de sus clientes.

Miriam —estaba deprimida— tenía la cara hinchada y en ese momento no hubiera ganado ningún concurso de belleza que se rigiera por los cánones convencionales. Era delgada, simpática, con una sonrisa cautivante pero no había nada de eso en aquel momento, sólo le quedaba lo delgada. Como había terminado estudios en Bellas Artes, algo tarde para su edad, y no tenía trabajo, estaba empleada provisoriamente en la limpieza de un museo a pesar de que tenía otras ambiciones; le había contado a Rafael otra cosa y él no insistió con preguntas, algo que también la había ofendido. Llevaban casados dos años. En cierto tiempo tuvo algunas ganas de tener un hijo, pero Rafael no participaba de ese deseo suyo, y en realidad no participaba de ninguna pa-

sión. Miriam esgrimió la nota y le gritó, ¡así que arreglando cañerías, eh! Rafael palideció pero se repuso y dijo que él no se había dado cuenta de que alguna loca le había metido un papelito provocativo en la camisa que se había sacado para trabajar, que no tenía la más mínima intención de seguirle la corriente, es más, no sabía quién era, y si lo descubriera, no volvería a ir ahí. Miriam para él era una reina, que le perdonara los malos humores que tenía del trabajo; él la iba a recompensar por todos los disgustos reales por cosas imaginarias. ¡Imaginarias!, exclamó Miriam, ¿y esto qué es? Ya te dije amor, eso no es nada y no tiene nada que ver conmigo, te lo juro. Rafael hizo un intento de abrazarla, pero Miriam le dijo que la dejara, que no estaba convencida, y que no hay cosa más fácil que poner cara de inocente, sobre todo para alguien que desconoce la vergüenza, que si seguía engañándola y engañándola con el engaño de que no la engañaba, ella se iría y que no se sorprendiera que un buen día no solo no hubiera cena fría, no habría nada. Rafael no quedó indiferente a la amenaza, pero no volvió a insistir en sus protestas de inocencia que no hacían más que enfurecer a Miriam, sólo dijo que para él Miriam tenía que estar en un pedestal y que aunque sus acusaciones eran infundadas, él las tomaba como algo que la afectaba, algo que él con su amor curaría. Es que él necesitaba un ancla realista como Miriam, una vida organizada, metódica y rutinaria.

Unos días más adelante, Miriam llegó muy tarde, era un día de mucha agitación ya que se esperaba la visita de un gran personaje, sin duda un evento que al parecer debía de ser importante por la conmoción que ocasionaba. Debía volver hacia la madrugada para terminar los últimos toques de la limpieza. Cuando abrió la puerta del departamento sintió algo extraño, como olor a quemado. Alarmada, prendió la luz y quedó atónita por el espectáculo que se presentaba ante sus ojos.

Estaba pisando una alfombra roja que iba desde la entrada hasta el salón. Ahí la esperaba una mesa con un precioso mantel, platos, vasos, botella de champaña, velas, y Rafael que, parado con un delantal haciéndole una reverencia, se acercó y le puso una corona de disfraz en la cabeza mientras se escuchaba esa canción que decía "he de adorarte reina mía". Miriam no lo podía creer, ese despliegue la dejó anonadada. Rafael la sentó gentilmente a la mesa y comenzó a servirle la comida que había encargado de un restaurante japonés —sushi, misu, tariaki. El olor a incienso llenaba el ambiente. Después del primer poderoso asombro Miriam se enfrió rápidamente, y a pesar de la contradicción sintió que la estaba comprando en forma barata. El día anterior había encontrado otra nota de la de las humedades en la cañería y después de sentirse dolida le vino el enojo de sentirse otra vez como una ingenua. En todo caso, se dijo, no es cosa de desechar una buena comida de vez en cuando y, si bien no era partidaria de los exotismos culinarios, el sentido del gusto prevaleció sobre su aprensión ante tanto teatro y para gran placer de Rafael expresó su aprobación, más con los hechos que con palabras. Los platos se iban vaciando, el sake hacía su efecto pero cuando Rafael quiso pasar a intimidades no necesariamente japonesas, Miriam, que a pesar de algún resto de indignación estaba inclinándose tanto literalmente como mentalmente por un contacto largamente diferido, de repente miró la alfombra de cerca ya que estaban por acostarse ahí mismo y una visión de su lugar de trabajo se presentó con gran intensidad y, sobresaltada, exclamó: no puedo ahora. ¿Por qué?, fue la pregunta lógica y algo decepcionada de Rafael, que ya había entrado en clima con una serie de caricias previas, el juego antes del juego, como le dicen, y se le hacía muy duro renunciar a la firmeza que estaba esperando su recompensa en ese momento álgido. Pues tengo que volver al trabajo porque

he prometido, y además si no voy me despiden, dijo Miriam mientras se alejaba en sentido vertical de la alfombra y se recomponía la ropa que había sufrido un cierto desorden ante las vehemencias de Rafael. En su fuero interior a Miriam le pareció que la salvó el gong, no quería hacérselo tan fácil a Rafael y faltaba poco para que sucumbiera a sus propios instintos, que no siempre son buenos consejeros ya que su visión del tiempo es muy limitada y no tienen ni idea acerca de lo que sigue después de quedar satisfechos.

Salió disparada al museo, tomó un taxi y llegó jadeando para encontrarse con el pandemonio de gente corriendo de aquí para allá y de vuelta sin ton ni son. Por sobre todos gritaba ese señor que le contaron que era el director. Trató de averiguar qué pasaba y una de sus compañeras de trabajo que estaba algo alejada del huracán humano le dijo que habían cortado la alfombra roja y que ahora no llegaba hasta la calle y esa era la razón del escándalo. Miriam se acercó discretamente a mirar la alfombra, de todos modos nadie le decía nada sobre lo que tenía que hacer. Cuando vio la parte cortada casi se desmaya. A pesar del alcohol y la vivencia en casa, la imagen del corte desigual era idéntica a la que tenía en casa, y ahora la cabeza le funcionaba a mil por hora. Rafael debió haber cortado la alfombra para esa ceremonia que fabricó en su honor. Pero qué loco, ¿no? Además del horror Miriam sintió algo de admiración por su marido que había llegado a una locura semejante para impresionarla a ella; a las mujeres les gustan esas gestas que antiguamente consistían en luchas de caballeros armados para recuperar el pañuelo que una dama había lanzado displicentemente a la arena. ¿O serían gladiadores? Y si lo descubrieran a Rafael, él se llevaría un castigo terrible. Y ella, ¿saldría indemne del asunto? ¿Es que ella podía hacer algo a esa temprana hora de la madrugada para corregir el desmán, o por lo menos encubrirlo?

Miriam decidió actuar. Nadie había reparado en ella, ni sus superiores inmediatos ni el director que estaba frenético corriendo de un lado a otro y gritando instrucciones que anulaba en cuanto salían de su boca. Miriam salió a caminar por la calle y paró un taxi, tuvo suerte. Llegó a la casa y le sorprendió que estuviera vacía. Las cosas habían quedado tal cual las había dejado cuando salió corriendo y Rafael no estaba. Miriam no se puso a pensar si tal vez estaría otra vez con la de las cañerías, no había tiempo para eso. Enrolló la alfombra pero se dio cuenta de que sería un bulto demasiado ostensible y no podría volver al museo sin llamar la atención. Decidió cortarla en dos partes, pero cuando lo estaba haciendo, de repente vislumbró algo, una idea se iba forjando en su mente y siguió cortando, el bulto era ahora más pequeño. Le había indicado al taxi que la esperara pensando que saldría en seguida, pero la actividad de cortar le llevó algún tiempo, sin embargo el auto estaba ahí y el taxímetro funcionaba sin parar llegando a una suma notable; tuvo que detenerse en un cajero automático para poder pagar.

Cuando llegó al museo, la situación no había cambiado mucho, eso sí, estaban pintando la acera de rojo para disimular la falta de alfombra. Miriam se llevó un tarrito de pintura y entró sin problemas al museo con el paquete. Nadie la detuvo. Llegó a una sala grande. Entretanto el presidente iba casi corriendo por la exposición porque había llegado algo tarde y su agitado y denso calendario no le permitía perder ahí más que unos minutos. Inauguraría el ala norte pronunciando algunas palabras que sus consejeros habían escrito en una hoja que llevaba en un bolsillo de la chaqueta, posaría para las fotos. Sin fotos no hay documentación y sin documentación no hay realidad. La comitiva lo seguía, tratando de no quedar atrás, y por supuesto los agentes de seguridad lo precedían como sabuesos en una partida de caza. Un vistazo aquí, otro allí, un apretón de manos a

un pintor presentado por el sudoroso director del museo y su esposa que estaba a su lado, y así se iba repitiendo ese ritual vertiginoso hasta que entró en una sala, la cuarta, y ahí se presentó un espectáculo inesperado. En el suelo había esparcidos pedazos de alfombra roja, sin un orden aparente, alrededor, como una especie de marco, los rodeaba una cinta de plástico como las de la policía cuando cerraba una zona por algo que había pasado ahí, y en una pared estaba escrito con brocha gorda con pintura roja — *VANDALISMO*.

El presidente detuvo su carrera desenfrenada y observó atentamente esa visión para todos extraordinaria, y sobre todo para el director del museo que parecía a punto de desfallecer y que se mantuvo en pie con la ayuda de su esposa y un asistente. Después de unos momentos, el presidente se dirigió a él y le preguntó por el autor de esa obra. El director estaba mudo, pero de entre la gente alrededor se adelantó tímidamente Miriam. Uno de los agentes de seguridad se precipitó sobre ella, pero el presidente le hizo una señal de que se detuviera. La asombrada Miriam reconoció en él a su Rafael y éste se detuvo en su lugar, no menos asombrado. El presidente se acercó a Miriam, le dio la mano y la felicitó calurosamente. Esta obra refleja magníficamente las condiciones de nuestros tiempos, dijo el presidente, apartándose del texto que le habían escrito. Esa alfombra de afuera, que nuestro amigo el director colocó con tanto cuidado, se podía oír el tono de ironía en la voz del presidente, yace aquí deshecha por un acto de terror, que es la plaga que nos azota. Hay aquí un mensaje directo y brutal de lo que nos ocurre y no se podía haber hecho de mejor manera, es una expresión artística que lo dice todo.

Miriam se había ruborizado hasta la raíz de sus cabellos rojos. Después de unas palabras más respecto a la inauguración, el presidente siguió por la exposición pero ella quedó ahí clavada. Ya no necesitaba promesas vanas. Se sentía

como una reina. En cierto momento creyó percibir una mirada de admiración de la esposa del director hacia Rafael. ¿Sería ella la de las cañerías?

Francamente, mi querido, le dijo mentalmente Miriam a Rafael emulando a Clark Gable en *Lo que el viento se llevó*, me importa un comino.

LA BÚSQUEDA

Hace calor. Sí, sin duda hace calor. ¿Qué dije? Ah, sí, que hace calor. ¿Y qué estoy haciendo aquí? ¿Para qué vine aquí? No me acuerdo para nada. ¿Será el calor? Sí, sin duda hace calor. ¿Preguntarle a este señor que va con su cartera de oficina? No me parece porque está muy apurado (y seguramente no me contestará). Hasta me mirará con desdén, como yo me miro en el espejo cuando veo mi facha. ¿Mi facha? ¿Cómo sé que es mía? Ah, me muevo y eso que está enfrente se mueve también. Como no estoy seguro, toco esa superficie y el dedo del otro lado también toca. Deberían limpiar esa superficie. Le voy a preguntar a esa muchacha (que justo está pasando). Disculpe, señorita, ¿cómo llego a...? No sé adónde y no se lo puedo decir, me mira extrañada y se aleja rápidamente. ¿Pensará que soy violento? Pero, ¿qué quería preguntarle? De repente se me hace una claridad en este mar de incertidumbre en el cual estoy flotando. Ya sé, tengo que volver al lugar de donde vine. Y entonces la pregunta tiene que ser: ¿de dónde vine? Esta señora que pasa con el cochecito con el niño tal vez sepa. ¡Qué niño más bonito!, le comento mirando con mucho interés el contenido del cochecito. La señora corpulenta y de cabello rubio desteñido me sonrío ligeramente. Me la estoy conquistando, me digo, pero ¿para qué? Como no sé qué preguntar, me concentro en lo que tenemos en común, el niño. ¿Varón o hembra?, pregunto y agrego, como tiene el pelo largo...

Es un varoncito, me dice. ¿Y qué edad tiene? Dos años y algo. La felicito, muy bonito realmente y se ve que es inteligente. Eso le gustó y sonrío aún más. Alentado y tal vez para salir de mi olvido le pregunto de dónde vino. Me mira con cierta desconfianza como diciendo muy bonito eso del bebé bonito, pero ¿a usted qué le importa? Sin embargo me informa que vino de Belgrano y me hace pensar que es la niñera y no la mamá que probablemente no le daría ese dato a un perfecto desconocido. Está entrando por ese portón enorme y yo la sigo. Todavía no me decido a preguntarle. Le pregunto si le gusta el lugar. Sí, muchas veces vengo aquí al zoológico, es entretenido para el niño y a mí también me gusta ver a los monos. Sí, sí monitos, se regocija el niño. No sé de qué habla pero finalmente alguien con quién hablar. Se me ocurre algo. ¿A ver si usted adivina de dónde vengo yo? Me mira con curiosidad, no sé lo que piensa. ¿Le gustan los juegos?, me pregunta. Piensooooo, pienso que usted es italiano, tiene algo de ese acento, me parece. ¿Podría ser que Vinitzky fuera Vincenzo y yo sea originario de Venecia? Y entonces lo que mamá nos daba de comer y que ella llamaba blintzes, ¿era en realidad lasagna? Entonces, ¿por qué le ponía azúcar? ¿Sería por eso que nunca me gustaron? Tengo muchas dudas pero, sí, es cierto, le digo porque no la quiero perder, ya así estoy bastante perdido. Vio, tengo un ojo que no falla, me dice y se limpia el sudor con un pañuelo. Sí, el calor, le digo y saco el pañuelo mío de mi bolsillo y hago lo mismo. Estamos caminando y no sé adónde. Hay jaulas con animales, algunos que conozco, otros que no sé qué son. Llegamos a una jaula grande. Ahí hay monos saltando, rascándose, haciendo cochinadas, y hay algunos chicos que les hacen gestos y se ríen. También se ríe el niño que le dice encantado, abuelita, viste como le gusta la galletita, y ella lo alienta y le dice, mira a los monitos qué monos que son. Bueno, parece que no es una lumbrera, pero tal

vez me pueda decir algo más sobre los italianos. Giuseppe arreglaba zapatos y yo lo veía a menudo. Mientras el niño le tira galletitas a los monos, le pregunto si conoce a Giuseppe. Sería una pista, creo. Está muy ocupada con el niño y los monos y no me escucha, tímidamente le repito la pregunta. ¿Giuseppe? ¿El del almacén? Pero si se llama Luigi. No, por ahí no vamos a ninguna parte. Mejor ni me presento porque con ese nombre, Jacobo, dejará de pensar que soy italiano. Pero si lo italianizo más o menos, por ahí, quién sabe. Me llamo Giacomo, le digo y extendiendo mi mano para saludar. Pero ella no se deja tocar, dice que es religiosa y se llama Bela, y las mujeres no deben andar tocándose con los hombres. La miro atentamente, hasta cuánto soy capaz, y veo que esa cabellera es en realidad una peluca, tal como corresponde a las mujeres judías religiosas. Ahora estoy en un dilema terrible. Si le digo que yo también soy de la confesión va a creer que le estoy tomando el pelo (eso está bueno) y se va a ir después de insultarme o tal vez hasta pegarme. Pero eso no puede ser porque no me debe tocar. ¿Pero tal vez con la sombrilla del cochecito? No, mejor me quedo, a pesar de algunas dudas con mi identidad italiana, haciendo de goy* simpático como hasta ahora. Parece que mi compañía no le disgusta, si no, ya me hubiera echado hace rato. Pero yo sigo con mi problema a pesar de que no puedo dejar de divertirme como el niño con las piruetas de los monos. Unos se rascan la cabeza, otros se la rascan a otros y yo como contagiado también me rasco la cabeza, no sé si por las mismas razones, a mí me parece que no les importa de dónde vienen, además ya están ahí. Bela está cansada por el calor y le dice al niño que se le terminaron las galletitas y que ya basta, pero el pequeño energúmeno

* goy: gentil. (N. del A.)

se pone a llorar. Ahí se me ocurre algo y me acerco al quiosco, compro unas galletitas y se las traigo a Bela que me mira con cara de enojo, no entiendo por qué, total, yo quería ser simpático con el niño. Ella no me acepta las galletitas, se da vuelta y se va. Estoy perdido, pero no renuncio, la sigo. ¡Qué calor! Finalmente se detiene debajo de un árbol y me pregunta qué quiero. No sé, le digo. Me mira atentamente. El del quiosco viene corriendo y me trae un papelito que dice que se me cayó. A mi me dan miedo estas cosas imprevistas y le digo que seguramente es una equivocación. Pero Bela arrebatata el papel, me mira atentamente y me dice, pero fíjese, si somos vecinos, pero no entiendo, acá habla de un Jacobo. Ese es mi hermano, miento descaradamente. Pero qué notable, dice Bela. Sí, vivimos juntos, digo, somos mellizos pero yo me crié en un convento, no, en una escuela religiosa, pero hace poco nos reencontramos y ahora estoy tomando lecciones de judaísmo con un rabino. Una ancha sonrisa ilumina el rostro de Bela, como si hubiera encontrado un alma descarriada (y yo realmente lo soy) y la pudiera devolver al camino recto. Ahora creo que lo he visto a su hermano alguna vez en la sinagoga, creo que en los días festivos. ¿Habrá salvación, por lo menos esta vez?, me pregunto. ¿Usted va a tomar un autobús o tiene un auto cerca?, indaga Bela. No me acuerdo, así que prefiero callar. Ella no hace caso y continúa, porque a mí me viene a buscar mi hija, así que si quiere puede ir con nosotras. El niño sigue berreando, así que corro al quiosco y le compro un chupete y vuelvo corriendo, no son muchos pasos pero el sudor se me desliza por la camisa hasta los calzoncillos. El niño acepta el chupete, un punto más a mi favor. Sí, le digo a Bela, hace mucho calor y mejor me voy, gracias. Caminamos hasta la salida. Pero de repente me doy cuenta de que si no voy en seguida a los aseos, sucederá una desgracia. Miro alrededor y me contengo a duras penas. Bela me mira pre-

ocupada, si está buscando los aseos ahí están a la vuelta de la oficina de entrada. Ya no corro, apenas camino. Entro, no hay nadie pero hay muchos uriniales. ¿Cuál elegir? Es un dilema que siempre tengo y me hace acordar del cuento del caballo que murió de hambre porque no podía elegir entre la alfalfa y el pasto. O algo por el estilo. Y en mi caso, de no elegir, me haría inmediatamente en los pantalones, quizás eso hasta haya sucedido alguna vez. Me gusta como funciona mi cabeza en este caso porque inmediatamente elijo el, eh, tercer urinal. No sé por qué. En el apuro me mojo un poco, y no sé cómo saldré y me presentaré a los ojos de Bela. Me lavo las manos y me salpico un poco. Bueno, el sudor, el calor. Salgo pero no sé dónde está Bela. Otra vez estoy perdido, pero de repente oigo que alguien, una voz de mujer grita: ¡Giacomo!, ¡Giacomo! Tal vez sea un niño que se perdió al que están llamando, no creo que tenga que interesarme por cada mujer que llama a alguien y sigo buscando a Bela. De repente siento un tirón en la manga. Me doy vuelta. Es Bela que algo ofuscada me dice, Giacomo, ¡lo estoy buscando! ¿Cómo se ha mojado así? Y agrega sin esperar la respuesta que no tengo, ya ha llegado mi hija, ¿o es que usted no quiere venir con nosotras? Me emociona su preocupación y casi la abrazo pero me acuerdo a tiempo y me contengo. Sí, claro que quiero. La sigo, llegamos al auto, el niño ya está instalado atrás y la hija, una mujer colorada, pecosa, nerviosa, está sentada al volante y me mira con disgusto. No parece que ella sea religiosa como su madre. Ésta nos presenta, Flora, mi hija, Giacomo, un vecino. Me siento al lado del niño y pienso en la aventura en la que me estoy metiendo. ¿Y si estas dos fueran delincuentes? Bueno, ¿qué me pueden robar? Pero tal vez pueden asesinarme y se trate de una trampa. Pero con el calor, mejor estar en el auto, no me parecen tan peligrosas que digamos. Flora maneja como una condenada y casi choca con un taxi y el

chofer de éste la comienza a insultar y yo me encojo en el asiento, lo único que falta es que saque la cara, pero el incidente termina rápido y Flora comenta sin mirarme, porque está manejando, que hay hombres que no merecen ser llamados así, más bien son lauchas y ya puede esperar una que la defiendan, en fin, estoy contenta de que me libré del parásito ese y no sé por qué te gusta complicarte la vida, agrega mirando a Bela. Ésta se defiende y dice en voz baja, pero no como para que yo no escuche, que el pobre hombre estaba perdido y ya sabes hija, una buena acción siempre cuenta en última instancia. Pero mira la facha que tiene, dice Flora en voz alta y de manera inconfundible, para que se oiga, y además no vuelvas a repetir, ya sabes. Bueno, ya, dice Bela y pasa a contar las gracias de los monos y cómo el niño gozó. Flora se distiende un poco cuando se habla de su crío y dice, respecto de mañana todavía hablaremos, me pone nerviosa lo que intuyo. Bueno, dice Bela, no te preocupes. Así transcurre el viaje, con uno que otro incidente con uno que otro automovilista que cruza en rojo o que ella cruza en rojo y el choque se evita a duras penas. ¿Quién dijo que no son peligrosas? Ya quisiera que llegáramos pero no sé adónde, la cosa es salir de este vehículo fatal. La verdad es que tengo miedo y se me ocurre algo. Miren, les digo, lo siento pero veo que no tengo la llave, debe haberseme caído cuando saqué el dinero para pagar en el quiosco, como el papel que se me cayó y que afortunadamente el hombre se dio cuenta pero no habrá visto la llave. Flora para el auto bruscamente, mire, dice, yo no lo puedo llevar de vuelta pero lo llevo a una estación de autobús que lo deja ahí mismo. Al minuto para en la estación y Bela me dice que tome el 25 y le diga al chofer que voy al zoológico. Cuando salgo, oigo que comenta, pobre hombre, ¡tiene una confusión!, y veo cómo Flora la mira enojada. Me siento en la estación de autobús y no sé qué hacer. Cavilo, pero nada se me ocu-

rre. Al tercer autobús me subo sin pensar y me deja en la entrada del zoológico. Me bajo sudando, pero menos porque con la tarde tan avanzada ya ha amainado el calor. Entro y voy caminando mecánicamente y me encuentro ante la jaula de los monos. Afortunadamente tengo una botella de agua en la bolsa plástica, tomo grandes tragos y luego la lleno de vuelta con el artefacto cercano. El quiosco ya está cerrado, tengo hambre pero eso se puede aguantar. Lo que no se puede aguantar es lo otro. Me voy atrás de un árbol, ya casi no hay gente y los monos no me prestan atención. Se está poniendo oscuro y me quedo ahí mismo porque todavía pasa gente de uniforme, barriendo, juntando la basura que la gente deja, especialmente ante la jaula de los monos. ¿Y después silencio? ¡Que va! Después comienza el bochinche de los animales que seguramente se comunican impresiones sobre los visitantes. Me lo puedo imaginar y hasta puede ser que los monos hablan entre sí sobre ese señor medio pelado que antes estaba aquí (¿habrán dicho señor?), de camisa sin planchar y pantalón gris, con anteojos gruesos y con cara de no saber dónde está ni qué hace. De vez en cuándo se inclinaba sobre un niño que lo miraba asustado y al final, cuando ya se le ocurrió traer galletitas, la señora las rechazó olímpicamente (no estoy seguro de esto último, no creo que los monos sepan algo de olimpiadas). Me siento en un banco apartado y trato de dormir y eso no es fácil con el ruido de tigres, elefantes, leones, lobos y qué sé yo, que seguramente también retornarían al lugar de dónde vinieron si pudieran saltar los barrotes o los pozos con sus muros. Pero de repente un monito logra salir a través de los barrotes. Alentados por esta proeza, otros monos se acercan y comienzan a forcejear con los barrotes hasta que un enorme orangután, al cual no había visto antes, consigue doblar uno de esos hierros y sale y atrás toda la población de la jaula. Estoy con mucho miedo pero ni me hacen caso, ape-

nas algunos me miran y otros se van corriendo a otras jaulas y se dan maña para abrirlas y en esa plaza frente a la jaula de los monos se comienza a reunir una asamblea de los animales más diversos, pero parece que los que comen a otros no amenazan a nadie porque ninguno de los animales sale corriendo. Yo me acurruco en mi banco para que no me descubran pero no sé cómo de repente aparece mi mamá y les da un discurso a los animales diciendo que tienen que tenerme consideración porque yo soy un pobrecito que no se acuerda de nada. Y yo me paro sobre el banco y recito un verso, algo de la vecinita que no me acuerdo, resulta que mamá tiene razón pero así como vino desaparece, y los animales también y los monos que volvieron a la jaula me tiran galletitas, cáscaras de bananas, cáscaras de naranjas y siento que me zarandean y una voz lejana me llama con un nombre que no conozco y no entiendo, pero abro los ojos y veo a Bela con el cochecito que me mira asombrada y preocupada. ¿Qué hace usted aquí?, me pregunta. No sé qué decir, menos mal que la reconozco, le digo que me gusta venir temprano porque aquí me siento bien, pero no creo que me crea. ¡Pobre hombre!, exclama Bela, ¿encontró la llave? ¿Qué llave? Pero Giacomo, usted se bajó del auto para buscar una llave que se le cayó. Ah, la llave. Sí la encontré, y saco una llave del bolsillo del pantalón. Bueno, mire, hoy no pierda nada y podrá volver conmigo, me imagino que su hermano ya debe estar preocupado por su ausencia. Como en una bruma va retornando el día de ayer, comienzo a entender que hoy no es ayer con sus incidentes y sus angustias, sobre todo esa de no saber de dónde vine. Respecto de que parte de ayer me acuerdo, sé que vine del auto de la hija de Bela, pero el principio de ayer es un vacío. Aparte, apesto, ya tengo una barba de dos días y ahora recuerdo que tengo un hermano, Jacobo, es lo que le dije a Bela. Venga, Giacomo, vamos a los aseos para que se refres-

que un poco. Me dejo llevar, estoy muy fatigado, me duelen los huesos, estoy en un presente nebuloso como suspendido en el tiempo. No hay que ir hasta la entrada, me lo temía pero no dije nada, afortunadamente los otros aseos están ahí nomás. En los ojos de la gente que me mira veo disgusto, hasta repulsión, pero el cansancio me hace perder el recato. Entro, elijo un orinal, esta vez sin dudas filosóficas, me lavo un poco, hago gárgaras. Salgo todo salpicado. Bela me mira, por Dios, Giacomo, debiera tener más cuidado. Echo una mirada al cochecito y veo que en vez del niño hay un muñeco, me pregunto si ese será otro de esos sueños que me persiguen. Ella me lee el pensamiento, es que hoy me peleé con Flora por cómo lo trató ayer a usted, y entonces me prohibió llevar al niño, pero yo no puedo vivir sin ir al zoológico con él y por eso por lo menos me llevé el cochecito. ¿Y el muñeco? Ah, es uno de mi niñez que me hace acordar de él. ¿Y eso sucede a menudo? Sí, cuando mi hija se enoja no hay quién la ponga en línea. Yo le sigo la corriente, ¿y quién le tira galletitas a los monitos? Pues lo hago yo para que me reconozcan, dice Bela y continúa, y hablando de reconocer ayer estuve buscando a su hermano Jacobo pero no pude dar con él, en la sinagoga no estaba, algo bien raro porque siempre lo veía ahí. ¿Siempre?, pregunto y pienso que no está en sus cabales. Bueno, siempre es una exageración, dice, pero quería decirle a él que vi a su hermano, el goy, o casi, ir a su casa no me atreví, ¿qué pensaría de mí? Yo, el goy, italiano para más, ahora me acuerdo, menos mal que me hizo acordar que si no seguro que meto la pata. Bueno, no soy tan goy que digamos, comienzo a desandar una senda segura pero me parece que mejor así, lo que pasa es que no sé nada de religión, por eso me presento así, pero es en broma. Bela me mira al principio severamente y luego se echa a reír, ya lo devolveremos a la buena senda. ¿Qué le parece, vamos a ver a los

monitos o nos vamos?, a usted un baño le vendría muy bien. ¿Un baño? No sé que pensar, así que no pienso. Me dejo conducir por Bela con su cochecito. En cierto momento siento que me gustaría estar en el cochecito, no tendría que vivir esta confusión constante. Por un lado me gustaría quedarme en el zoológico pero por el otro no me quiero quedar solo, ella es simpática y me siento protegido como un niño. Nos vamos al autobús, el 15, y el conductor murmura algo sobre gente con cochecitos sin niños, pero nos deja subir. Miro al muñeco en el cochecito. ¿Estará bien ésta Bela? ¿Y si me lleva no sé adónde? Pero claro, me digo, por supuesto que me lleva no sé adónde, que si no, podría ir solo. En el autobús un viejo se está quejando a la que parece su nieta de que cierta gente tiene unos olores que no digo, y me mira pero yo no le hago caso, y si vamos a comparar él tiene un olor de la boca que marea. Me he quedado parado a pesar de que hay lugar, prefiero no sentarme para estar preparado cuando haya que bajar. Y así llegamos porque Bela me indica que bajemos. Me encuentro en una calle que no conozco. Árboles, autos, casas de tres o cuatro pisos. Bela me dice que ha preguntado dónde vive mi hermano y tiene una idea, debe ser cerca, agrega, pero sugiere que primero vayamos a su casa para dejar el cochecito y ahí me podría dar una ducha. ¿Qué le parece? Miro el cochecito y noto que no es el mismo de ayer, ¿será que Bela tiene en su casa un cochecito para cuando hay desavenencias con su hija? No le pregunto pero asiento a su proposición con un leve movimiento afirmativo de la cabeza, estoy muy fatigado. Después cambio de opinión, y si ella no fuera de fiar, no sé. Le digo que debería ver a mi hermano porque tal vez esté preocupado por mi ausencia. Lástima que usted no quiera reposar un poco antes, asearse y estar más presentable, dice Bela, si su hermano lo ve así, seguro que se va a preocupar. Ella había dicho algo sobre mi hermano y su casa,

y no puedo preguntarle directamente pero le digo que con mi cansancio no sé si estamos cerca de la casa de mi hermano. Es aquí no más, dice Bela, espéreme a que deje el cochecito y lo acompañe. Me quedo parado en la vereda sin saber qué hacer. Espero y Bela no sale. En cambio sale una mujer vestida de blanco que se me acerca y me saluda con mi nombre, no el que le di a Bela. Me dice que es una gran suerte que haya vuelto y tengo que agradecerle a mi ángel guardián porque ellos ya estaban muy preocupados. Me conmina a no salir más sin avisar y me acompaña por las escaleras a la entrada. Cuando estoy entrando veo que Bela está saliendo y me saluda por mi nombre, y comenta alegremente al hombre vestido de blanco que la acompaña que éste es otro de los casos de perdidos que ella ha logrado solucionar con toda la delicadeza posible y sin problemas. No lleva el cochecito.

LA HUCHA

Veamos un poco lo que representa una hucha. Representa al ahorro. Tendrá todas las formas que se quiera, el aspecto que se quiera, el peso, la figura, el material, pero básicamente es un recipiente, generalmente con una ranura para introducir monedas y tal vez otra para introducir billetes. Puede ser transparente para que el dueño se dé la satisfacción de ver crecer el contenido o disgustarse por su lento crecimiento, si lo hay del todo. Responde a una necesidad humana, la de ahorrar para algún futuro cuando se haga uso de los tales ahorros, como cumplir un sueño, por pequeño que sea. Y en general este tipo de cajas de ahorro, llamémosles así, es parte de la infancia, pero no necesariamente. Hay, por ejemplo, huchas que sirven para donaciones a propósitos de orden nacional, a necesitados, a enfermos, a quien se le pide a uno beneficiarlo por la causa que sea, que se supone es también la del que está dispuesto a donar y sentirse generoso y buena persona, haciendo una pausa entre la indiferencia, la apatía y alguna que otra maldad gratuita. El tamaño, como norma, en general es importante, por ejemplo, un lugar regular rodeado de agua se llama isla, y uno grande se llama continente. Pero las huchas, a menos que se trate de algo fuera de lo común, son relativamente pequeñas, así que no hace falta inventar definiciones alternativas. Podría seguir en esta vena, pero prefiero llegar a lo que me parece relevante. Estando en París, hace unos años,

iba caminando por los centros comerciales en busca de regalos para la vuelta a casa. Finalmente entré a un negocio que ofrecía la mayoría de lo que había a la vista por un precio único, cinco o diez francos, algo así. Siendo ahorrativo, me debatí entre mi estado pecuniario después de los numerosos gastos del viaje y la necesidad de traer cosas que no se vieran como elegidas para salir del paso, y hasta como demostración de una tacañería mal disimulada. No encontré ahí nada notable, pero una hucha particular me llamó la atención, sería un buen regalo para mi sobrino chico, pensé. Era de barro cocido en forma de elefante con una ranura en su espalda para poner monedas, el color era gris como el del animal pero lo curioso era que en vez de cola tenía otra cabeza con su correspondiente trompa y colmillos. Costaba veinticinco francos, algo que no me pareció mal. Estuve esperando en la cola durante varios minutos, el truco comercial del precio único estaba dando resultados y había muchos compradores por delante. Casi decidí renunciar, cuando se abrió otra posición y me apresuré a llegar y ser el primero, para gran enojo de los que me precedían, pero no les hice caso; a pesar de entender y hasta hablar francés, me hice el burro. El de la caja me miró con ojos extraños cuando le mostré lo que quería comprar, me pidió que esperara un momento, entró a una oficina y volvió a salir algo abochornado, y me dijo que había un error, que esa hucha no era parte de la oferta general, que quien la puso ahí se había equivocado y lo lamentaban pero no podían vendérmela. En otras circunstancias hubiera renunciado, aceptado las disculpas y me hubiera ido algo decepcionado, pero no gran cosa. Ahora, después de estar esperando una hora yo estaba con un estado de ánimo combativo y le dije firmemente al hombre que yo había elegido ese objeto, que estaba ahí a la vista y cualquiera podía haberlo elegido, y que si ellos habían cometido un error, mala tarde, yo lo quería y

él tenía la obligación de vendérmelo si yo pagaba lo que estaba indicado. El hombre dijo que estaba dispuesto a pagarme una indemnización, hasta cinco veces el precio, y al ver mi cara de enojo, dijo diez, pero yo ahora estaba emperado, no sé por qué, y le dije que le prometí a mi sobrino traerle ese objeto y que terminara de regatear conmigo, generalmente tenía que ser al revés, y además estaba enojando a los otros compradores; esa actitud era un ejemplo pésimo de alguien que fuera del negocio anuncia una cosa y después resulta que lo que anuncia no cuenta para nada. Los que estaban detrás de mí comenzaron a protestar dándome la razón, dos mujeres corpulentas se adelantaron y en un francés nada literario le gritaron al vendedor que le iban a arrancar los pocos cabellos que le quedaban, en fin, se armó un pandemonio. Algunos clientes pusieron sus futuras compras en protesta sobre el mostrador y se fueron despotricando. Finalmente alguien salió de la oficina y comenzó a hablar con el vendedor, y yo aprovechando la confusión no esperé más, puse el dinero que correspondía sobre el mostrador y salí de lo más campante entre los aplausos del público que se había formado a raíz del escándalo. Me sentí como un héroe y me fui caminando muy ufano como si hubiera ganado una medalla de oro en una prestigiosa competición deportiva. Llegué a la calle Rivoli, buscando ofertas para las otras dos sobrinas, pero algo en mi mente me estaba picando, una curiosidad, una intranquilidad. ¿Por qué los del negocio estaban tan interesados precisamente en esa hucha específica y nada distinguida? ¿Es que tenía algo especial, o hasta encerraba un secreto? Había ahí algo misterioso y cuando la miré en el hotel, antes de envolverla cuidadosamente para el viaje de vuelta, no pude encontrar en ella nada extraordinario, el elefante de doble cabeza callaba y si había algún secreto lo tenía bien guardado, era una hucha al fin. Sonaba a vacía, es decir, no

sonaba a nada, y además se trataba de un elefante y no de un halcón que me hubiera llevado a otra historia. Al siguiente día volví a Tel Aviv, a mi apartamento compartido con Marta (con la cual estaba viviendo en pecado, por así decirlo), y a mi trabajo de supervisor de la construcción de edificios. Para el fin de semana debía visitar a mi hermana y llevarle los regalos. Después de las pequeñas vacaciones que eran solamente parciales, ya que también fui a una gran exposición profesional, retorné directamente al trabajo. Volví cansado a casa y después de mirar algunos programas de televisión me dormía en el sillón. Si Marta me hubiera visto en esa situación se habría enojado sin duda, pero ella había ido por dos o tres semanas a dos seminarios de literatura francesa, su especialidad, primero uno en Lyon y después otro en París; lamentablemente no coincidimos. Cuando me dormía de esa manera después de unas cervezas y una pizza, todo el salón estaba hecho un desastre, y si bien Marta me faltaba, y tal vez me faltaría para siempre algún día, yo en su ausencia me permitía sacar a la superficie mi lado más vulgar: era una oda al desorden pero no necesariamente a la suciedad, como ella solía decir a veces. El viernes a la tarde fui a visitar a mi hermana, no trataba de congraciarme con mis sobrinos, eran demasiado pequeños para que yo pudiera establecer una comunicación, pero de todos modos les traje los regalos. Cuando los saqué del bolso, estaban las muñecas para las mellizas pero para mi gran sorpresa había olvidado traer la hucha, y mi sobrino, el menor, me miró enojado y se desentendió completamente de mi presencia. Mi hermana, una rubia atractiva en su tiempo, que había engordado paralelamente con el crecimiento familiar, me reprochó la falta de atención, estaba nerviosa con el marido ausente en otro de sus viajes de negocios y ella se tendría que aguantar sola el disgusto del pequeño. Ninguna explicación sirvió y la promesa de corre-

gir mi falta no ayudó para cambiar el ambiente. De esa manera la reunión familiar terminó pronto y volví a casa y ahí estaba el elefante sobre la mesa, sin siquiera estar envuelto y eso me sorprendió porque recordaba que lo había empaquetado. Algo realmente extraño. Lo miré otra vez muy atentamente, pesaba bastante, le di vuelta y descubrí algo que no había notado antes, sea por falta de luz o falta de atención. Abajo, al lado de una pata había grabadas pequeñas letras que parecían constituir una dedicatoria: P — ASE (el guión era una flecha de P a ASE). Que quedara perplejo no debería sorprender a nadie. ¿Qué demonios quería decir eso? ¿De quién a quién? De repente se me ocurrió una frase de un cuento que había leído hace mucho y me había gustado. Lo más importante nunca se ve... Eso era. Ahora mi memoria comenzó a vagar sin rumbo buscando no sabía qué. Ni dónde. Pero como soy terco y mi memoria no acepta fácilmente fracasar en desafíos, el pensamiento de que yo conocía esa frase, que la había leído, me martillaba la cabeza y no me dejaba desecharlo para pensar en otras cosas. Tenía algo que ver, recapacité, con cosas que se ven pero que esconden otras cosas y si no se presta atención y se pasa de largo... De repente se hizo una luz, primero tenue, y después potente. En *El Principito*, ya al principio se habla de la incapacidad de los adultos de ver, por ejemplo, que debajo del sombrero que dibuja el autor se esconde un elefante. Encontré el libro en mi desordenada biblioteca, si en general ese montón de libros apilados podría ser merecedor de tal nombre. Estaba muy gastado pero no le faltaban hojas. Todo el mundo conoce el cuento de Antoine de Saint-Exupéry, el del Principito, su encuentro en el desierto donde aterrizó o cayó su avión, los diversos lugares y personajes que le va mostrando el pequeño personaje, cómo la imaginación infantil es algo que se va perdiendo, lamentablemente, y sólo puede resurgir si se rescata algo de aquello que

permite fantasear y soñar como cuando se era niño. Al final Antoine se tiene que despedir con tristeza de su interlocutor y volver al mundo inclemente de los adultos, pero quién le quitará lo bailado, como se suele decir. En la última hoja, bastante emocionado por las extrañas vueltas que dio mi cerebro, encontré aquella frase; es cuando el principito se está despidiendo para volver a su planeta y lo deja a Antoine sumido en su dolor. ¿Antoine? ¿ASE? ¿Se trataría de un regalo póstumo del Principito que no se ha mencionado en el libro? ¿Y cómo habrá llegado esa hucha a aquel negocio parisino de baratijas? Por lo pronto, entre los pensamientos que andaban relampagueando en mi mente llena de dudas, uno se convirtió en certeza: tendría que comprarle otro regalo a mi sobrino porque esa hucha estaba perdida para él. Ahora me maravillaba de mi "olvido", ¿podría haber sido casual? Estuve en bastantes terapias analíticas como para entender que eso no podía ser casual a pesar de que muchas veces esa idea de la no casualidad tal como se la usaba en el análisis era la única definitivamente no casual ya que permitía escarbar donde hubiera o no hubiera algo, y finalmente, escarbando, siempre se llega a algo. Y este pensamiento no me llegó casualmente justo cuando estaba reflexionando sobre la hucha. Habiendo llegado a la conclusión de que era una dedicatoria, la cosa sería entender cómo era que no aparecía en el libro. En algún lado había leído que ASE, tuvo planes de retornar al lugar donde sucedió toda la historia, poseído por una nostalgia incontenible. Pero también es posible suponer que escarbando la arena para poner un recuerdo de su visita, una bandera o algo parecido, hubiera encontrado esa hucha que el Principito habría escondido para dársela pero por las circunstancias dramáticas y tristes de su despedida no hubiera alcanzado a entregarle la alcancía. Se habrá emocionado hasta las lágrimas pero tal vez no habrá querido que nadie fuera partícipe de

esa vivencia. Su relato siempre fue tomado como una fantasía educadora y moralista, y el hecho de ser ficción le daba mucho peso en la realidad. Si se hubiera descubierto una huella material de la existencia del principito, se pondría en duda el elemento inventivo y de ahí la duda se extendería a su persona, como si fuera un farsante con un golpe teatral de efecto barato que se desprestigiaría ante todo el mundo.

Se me podrá culpar de misticismo, tengo una cierta inclinación a la superstición a pesar de que se acostumbra pensar que los ateos, como yo, no creen en nada. Yo no lo creo. Estaba sumido en mis devaneos cuando miré otra vez la hucha. Se quedaría conmigo, eso ya era una resolución, pero ¿qué haría con ella? Usarla como se usan habitualmente, me parecía ridículo. ¡Yo ahorrando moneditas día a día para llevarlas luego al banco y colocarlas en una cuenta que hubiera abierto oportunamente a mi nombre! ¡Qué tontería! Pero dejarla así como estaba, sin darle un objetivo, tampoco me parecía una idea buena. De repente, y realmente no sé de dónde, me vienen estas cosas, me acordé del Muro de los Lamentos en Jerusalén. Uno se impresiona ante la vasta explanada, uno puede pensar lo que quiera de los religiosos y sus imposiciones, pero a pesar de no ser creyente, uno se acerca al muro y pone una notita con sus deseos, empujando otros papelitos, porque ya todo está lleno, en cualquier rendija entre las piedras que, según la tradición, formaron parte del sagrado templo bíblico. Y todos los que conozco lo hacen a pesar de que su vida no tiene un asomo de religión. ¿Y qué tiene que ver esto con la hucha? Se me ocurrió que podría convertir a la hucha en un lugar de secretos y de complicidad personal. ¿Un objeto de culto pagano? No me parecía, más bien sería un ritual inocente, exento de las perversiones que muchos tienen y practican, o hábitos que suponen que pondrán algún orden en sus vidas y conjurarán

a la mala suerte a no presentarse. Era claro, esa hucha no podría ser un simple objeto decorativo, tendría que cumplir una función cuya naturaleza todavía me era desconocida. Así pues, sin demora, comenzaría a escribir pequeñas notas donde relataría inmediatamente al despertarme algún sueño del cual me acordaría y que si no anotara, desaparecería en cosa de minutos. Además anotaría pensamientos, fantasías, elucubraciones, poemitas, y los metería por la ranura y la hucha se iría llenando. Se iría acumulando todo ese conjunto de expresiones a veces racionales, otras intuitivas y otras más, copias de algo que me hubiera llamado la atención. No tenía la menor idea sobre la convivencia de todos esos papelitos con sus diferentes contenidos, tal vez tenía una vaga noción de que algún día los sacaría al azar y se formaría algo novedoso, algo extraordinario tal vez. Sin embargo había un problema práctico. La ranura era demasiado corta como para permitir la introducción de notitas. Pero siguiendo el consejo que recibí en un psicodrama, puse en práctica algo que siempre me había llamado la atención y que había funcionado en numerosas ocasiones: la cosa era hacer haciendo. Me compré un pequeño serrucho para agrandar la ranura, no sabía de qué tipo así que dejé que el muchacho de la ferretería con un severo ataque de acné tomara la decisión por mí, claro que no le dije para qué la quería porque seguramente me miraría de una manera rara y hasta pensaría que podría ofrecerme uno de los tornillos que me faltaban. Volví con el serrucho y miré otra vez la hucha. La mesa se movía un poco, quizás una de las patas estaba en discordia con las otras, era, entre otras cosas, algo que Marta siempre me reprochaba, pero yo no había hecho nada al respecto. Por si no me acordara de ella, ahí estaba en la pared el retrato que le había hecho uno de esos pintores que pueblan la orilla izquierda del Sena, bien bonita con sus cabellos negros flotando y su nariz respingada; su exis-

tencia seguía presente, su ropa estaba en el armario, pero en cuanto a lo de la hucha yo estaba solo. Antes de comenzar a agrandar la ranura, levanté otra vez a la hucha y me di cuenta de una tontería de la cuál hasta el más tonto se hubiera percatado hace tiempo: no había otra ranura o por lo menos algo parecido para sacar lo que hubiera adentro. Poniéndome a divagar como cuando no sabía qué hacer, se me ocurrió transponer más o menos el juramento de los testigos en el juzgado hacia esa otra variante: las cosas sirven para lo que sirven, sólo sirven para lo que sirven, y no sirven para todo. ¿Y para qué demonios serviría esa hucha de forma tan rara que ni era bonita? Ya me estaba arrepintiéndome de mi empecinamiento en aquel negocio de baratijas cuando me acordé de la resistencia a vendérmela hasta llegar a ofrecerme un premio tentador por no comprarla, algo que nunca me había sucedido. Y además estaba lo del Principito. ¿Estaba lo del Principito? ¿Y si yo me equivocara de medio a medio? Como me había escabullido no me acordaba de la dirección exacta del negocio, pero decidí llamar a Marta para decirle que la extrañaba (un consejo práctico suyo me vendría muy bien) y pedirle que fuera a ese lugar y viera si habría en venta una hucha de barro cocido gris en forma de elefante tal como se la estaba describiendo. Le pedí que se fijara si tenía alguna inscripción. Me preguntó si estaba loco y le dije que lo estaba por ella pero en realidad yo también pensaba que mi cabeza estaba tocada pero no quería confirmárselo. Como buena deportista me prometió que haría lo que le pedía a la tarde siguiente, de mañana estaba ocupada. Esa noche no dormí mucho, la hucha ya se había convertido en obsesión. Soñé que me iba a pescar al río, tenía un sombrero ancho y el sol lo golpeaba sin poder pasar. De repente pesqué un pececito, y era de oro, así que estaba seguro en el sueño mismo de que estaba soñando. Sí, ya sé, le dije con sarcasmo, si te suelto me vas a

conceder un deseo. No, tonto (me dijo "tonto"), deja esas banalidades, gracias a ti me puedo convertir en una hucha. Y ahí nomás se transformó en una hucha de oro, y ahora estábamos en el desierto y yo excavaba y excavaba y le echaba arena encima y de repente me di cuenta que estaba arañando la sábana y hasta había hecho un agujero y una uña sangraba porque se había roto. Me preparé un café, miré a la hucha con hostilidad y fui al trabajo. A la tarde recibí una llamada de Marta. Primero se quejó de las misiones que yo le imponía. Yo no impongo, dije, yo pido amablemente. Bueno, el asunto es que encontré el negocio a pesar de tu descripción vaga y realmente venden ahí cosas a precios ridículos, hasta me compré un artefacto para toda clase de labores pequeñas en la cocina. Tú y cocina no van juntos, reí (era verdad, pero yo tampoco era un gran cocinero que digamos). Pasemos a otra cosa, replicó. Me dijo que hasta había encontrado la extraña hucha. Y sí, tenía una inscripción como la que yo le había referido y más o menos en el mismo lugar. Trabó conversación con uno de los vendedores y le estuvo sonsacando información general (yo le había contado el incidente, pero de mis teorías, sólo alusiones) hasta que llegó a lo de la hucha. El joven le dijo que era una réplica de una que había pertenecido a la familia de alguien importante y ellos la habían heredado y, como pensaban quizás por rumores o algo por el estilo que había ahí un secreto, decidieron dejarla tal cual, y como les había parecido original habían hecho réplicas como esa, pero lamentablemente alguien había comprado la original que habían expuesto por error. Sobre la inscripción no tenía idea. Hay cosas así, comentó Marta, y si hubiera querido comprarla no tendría problemas. Deberías olvidarte del asunto, amor mío, agregó Marta tratando de tranquilizarme, pero qué va, ahora volví a mis obsesiones y mis ideas por absurdas que fueran, con renovados bríos. Con el serrucho traté

de agrandar la ranura pero muy pronto me di cuenta de que se trataba de un simulacro de ranura, estaba tapada. Ya con los nervios de punta seguí el principio de que lo que no va por la fuerza, irá con más fuerza. Traje un destornillador, un martillo, y comencé a golpear en la supuesta ranura, pero de repente la mesa se movió y el martillo en vez de darle al destornillador descendió sobre la hucha y esta se rompió para mi gran consternación. Traté de juntar los pedazos, me daba vergüenza de que Marta, aun ausente, tuviera otra demostración de mi negligencia y mi torpeza. Pero durante la operación realizada a la ligera, noté que había algo adentro. Separé una de las partes y ahí estaba: una hermosa rosa roja en perfecto estado. La saqué y la miré, era idéntica a la descripción de la del libro. Pero en cuanto tomó contacto con mis manos, comenzó a marchitarse e irse desvaneciendo en cosa de segundos. Fuera de su pequeño sarcófago dejó de tener vida, acaso sería el espíritu de la rosa que el Principito quería legar a su autor, pero que una vez descubierto se volvió a unir a la rosa imaginaria de su planeta. Todo lo que me quedó a mí fue el pinchazo de una espina, una hucha que ya no lo era y un libro que yo no había escrito.

SUBRAYAR

Es extraña esa costumbre que tienen muchos, o al parecer muchos, de marcar, subrayar, señalar, palabras, frases, párrafos de libros. Extraña para quien no lo hace, sea por costumbre, por respeto, por molicie, o lo que sea. Se trata en todo caso de libros de segunda mano que le llegan al lector una vez marcados, señalados, etc. Y digo libros, como podría decir revistas o artículos pero lo de los libros me interesa más. En cuanto me topo con la primera marca, palabra que servirá como representante de toda esa gama de incursiones gráficas en el libro, tengo que detenerme y salir por un momento del flujo, de la novela, por ejemplo, para tratar de descubrir qué es lo que ha llamado la atención peculiar del marcador (el lector o los lectores anteriores) para poner su impresión en ese lugar y de esa manera. Se produce así un diálogo conmigo que en este momento soy el lector —consumidor— del libro. En realidad, no tanto diálogo que digamos, porque no hay reciprocidad, sin embargo hay un discurso, porque ahora se me está diciendo algo involuntariamente o quizás no tan involuntariamente, se le está diciendo a quién está leyendo que en este caso es un accidental yo. Por lo pronto, al hacerme parar, se pone en funcionamiento otro mecanismo para descifrar, diferente del regular que acompaña al libro. ¿Si el autor original no vio la necesidad de marcar lo que hizo el marcador, qué nos quiere decir éste? Y si se focalizan las marcas, ¿es que hay

una idea que las liga, un modo de ver el texto? No se marcará nada superfluo a menos que se trate de una corrección, pero este no es el caso.

Específicamente en el libro al cual me refiero y sobre el cual no voy a entrar en detalles porque no viene al caso, las marcas comienzan ya al principio, van aumentando, después disminuyen y después de un tercio o dos quintos casi desaparecen para reaparecer en el octavo final. ¿Es que en toda esa superficie árida no había nada que llamara la atención? ¿Estaba todo perfecto de modo que no se necesitaba marcar nada, o mejor aún, no había algo iluminante que mereciera ser señalado? ¿O podría ser que nuestro lector se habría fatigado y habría dejado vagar su atención, o a flotar sin posarse siquiera sobre una palabra, ya ni que hablar de un signo de puntuación? ¿Impensable? ¿El rigor del principio se fue diluyendo? ¿Fatiga? Probable. ¿Falta de interés? Poco plausible. Lo digo porque tengo una idea acerca de la identidad del autor de las marcas, o, mejor dicho, estoy casi seguro. ¿De todas las marcas? Tal vez o más que tal vez. ¿Será posible que no haya leído el texto no marcado? No lo creo. ¿Será posible que hubieran habido distracciones que lo distrajeran por ser tales? ¿Una esposa? ¿Una amante? ¿Un amante? ¿Alguien que se queja de falta de atención? ¿Quién es el lector marcador? ¿Un profesor de literatura? ¿Casado con una mujer no necesariamente gorda, pero robusta? Él, en nuestro caso, sería flaco, alto, desgarrado, de cabello largo donde el blanco hace serios avances entre la mata castaña. ¿Ella médica? ¿De niños? ¿O tal vez psicóloga?

Cuando miro a una mujer realmente corpulenta me pregunto lo que siempre me pregunto en la calle cuando veo a alguien corpulento, especialmente una mujer. ¿Se acuesta, o más fino, hace el amor, o menos fino, *coitea*? ¿Con quién? ¿Cómo? ¿Cómo ese ser de poco atractivo puede ser atrayente? ¿O es simplemente rutina? ¿Me tocará hoy?

¿Mañana? ¿Tentación? ¿O? ¿O qué? ¿Hacerlo y ya? Si perteneciera a una cultura oriental como la árabe no habría ningún problema, a ellos les gusta la mujer succulenta, hay más mujer, entiéndase como se entienda. ¿Será sinónimo de salud en esas culturas como en la Europa de hace tiempo, cuando opulencia corporal indicaba que había suficiente comida y por ende se relacionaba directamente con la opulencia pecuniaria? En fin, hoy en día es al revés, es decir falta de comida "sana", así que quien tiene ese físico tiene una carga y además tiene que cargar con la carga. Sobre peso, le dicen. Y para no ser machista, me imagino que las mujeres piensan lo mismo sobre alguien parecido de nuestro sexo. Las atraen los que tienen una masa considerable de músculos que, sin un poco de envidia, imposible, poseen una masa cerebral inversamente proporcional a la de su cuerpo.

Volviendo a la pareja, puedo decir que esa costumbre suya de andar marcando libros o en libros, para ser más preciso, a ella le disgustaba, por no decir que la aborrecía. No databa de hace mucho tiempo, pero sí lo suficiente como para enervarla sobremanera. Es que ella trataba de leer los libros que él compraba pero eso de andar viendo su marca a lo largo de las páginas la sacaba de quicio, sobre todo porque se tenía que parar a pensar qué es lo que él quería decir con sus marcas, y si hubiera acaso algo que ella se estuviera perdiendo si no entendía la razón de sus subrayados, y, peor aún, si quisiera decirle algo personalmente sabiendo que ella leería el libro en algún momento. Se puede suponer que después de cierto tiempo de casados y sin hijos la comunicación ya no era la de antes, y con las marcas en los libros le pasaba a ella lo que estaba sintiendo respecto de su vida en común que hacía tiempo se había convertido en una vida común, como dice la canción: la semana es larga cuando no hay pasiones. El hecho de ser psicóloga clínica,

he optado por esta alternativa, le podría, tal vez, ayudar a sus numerosos pacientes, pero como ya se sabe, en casa de herrero, cuchillo de palo. Cuando se acostaba de noche, trataba de repasar cómo se había llegado hasta aquí, a esta situación, y ninguna respuesta le parecía satisfactoria. Hubo en su tiempo, amor, pero con los años se fue desgastando, incesante, como dice Borges en uno de sus poemas más duros. Eso le faltaba y por eso aumentaba sus horas de trabajo, sus sesiones con amigas, sus participaciones en conferencias, seminarios y otras exquisiteces por el estilo que ofrece el mundo académico. Una especie de sublimación pero al revés, más por ausencia de pasiones que por insistencia. Él por su parte estaba metido de lleno en la literatura, su profesión, y su admiración por la vanguardia iba en aumento, sería descabellado decir día a día y tal vez también quizás sería descabellado atribuirle ese mismo calificativo a su admiración, pero ésta espoleaba a lo que se había convertido en su caballito de batalla, la literatura de vanguardia. Pero eso no impedía que leyera otras cosas, tal vez para un estudio comparativo, y hasta había leído lo que probablemente era un cuento infantil, o algo por el estilo, sobre un envío de libros desde un país latinoamericano. Debido a una escasez pecuniaria enviaron los libros por barco, una manera que si tiene éxito ya es un éxito por sí misma, y otro éxito sería que los libros llegaran en buen estado o, digamos, en estado aceptable. Pero hete aquí que se trataba de un barco que llevaba bandera panameña pero en realidad pertenecía a una compañía americana o española que en su tiempo se había especializado en el transporte de esclavos para América. Sería exagerado decir que ese barco databa de aquella época, a pesar de que no sería sorprendente que así fuera si se tomase en cuenta su estado, que le hacía honor a la palabra deplorable, y sus bodegas infestadas de ratones desesperados, que no pensaban abandonar ese barco

ya que con tanto tiempo que aguantó no era posible que se hundiera, pero había que comer algo. Ya habían comido la cobertura de los cables eléctricos, algunas sogas, y así fue como algunos finalmente llegaron al compartimiento donde se había guardado los libros. Se precipitaron sobre ellos con fruición y comenzaron a roerlos siguiendo la tradición milenaria de su especie de roedores. No se puede suponer que ese acto les hubiera agregado inteligencia a la poca que tenían, pero de todas maneras siguieron en su tarea, hasta que el veneno esparcido en el piso hizo su efecto y lentamente fueron muriendo con la boca llena de letras, palabras, y algunos comilones, hasta de frases enteras. Ya no entraron más ratones a ese recinto porque cuando vieron a sus colegas bibliófilos esparcidos por el suelo en las diversas posiciones de *rigor mortis* que la parca les había asignado, habrán decidido que prestar atención al eco del afán literario o de la consumición literaria puede ser peligroso y hasta fatal; bueno, pero ellos son pequeños y qué saben.

Al llegar el barco a su destino, el capitán fue informado de los desmanes de las pequeñas bestias, y como el cargamento estaba de todas maneras asegurado, algo que no ocurría con los esclavos de antaño, ordenó que se reparara la envoltura de los libros o, en su defecto, se les pusiera una nueva. Tal vez albergaba la esperanza de que el destinatario entretanto hubiera pasado a otro lugar, esos barcos demoraban bastante, de tal manera que no habría a quién entregarle los libros, o que hasta hubiera pasado a un mejor mundo, eso también sucede a veces. David, poseedor de un nombre común pero apropiado, había podido terminar de leer el cuento, a pesar del horror de todo el asunto y la posibilidad de que los libros que él mismo había encargado no llegaran, pero en el cuento los libros llegaron a su destino mas hubo una fatalidad, ya que al destinatario al abrir el paquete se le cubrieron las manos de un polvo gris y al tratar de leer mo-

jándose los dedos con la lengua, contrajo una grave enfermedad y nunca más se supo. Se supone que los deudos siguieron felices y comieron perdices porque no puede haber cuentos infantiles, o algo por el estilo, sin un final feliz, aun si este cuento no especifica, como es habitual, quiénes son aquéllos quienes en este caso serían los felices acreedores a la felicidad. En el caso de nuestro literato o profesor, los seis libros que él había encargado llegaron a su destino, y aleccionado por el cuento infantil que lo impresionó, tuvo mucho esmero de lavarse las manos después de tocar los libros, y hasta les pasó con todo cuidado un trapito para limpiarlos del polvo gris que se había metido en la envoltura cuyo exterior no reflejaba el caos interior, y a veces eso no va sólo para paquetes de libros. Cinco de los libros estaban completamente destruidos y el sexto, que afortunadamente estaba ubicado abajo en el paquete, ostentaba rastros del paso de los pequeños seres hambrientos, no necesariamente de hambre de saber sino de hambre vulgar y silvestre, y los estragos eran irregulares y difícilmente se podría divisar un patrón común en la actividad de los roedores. Aquí faltaba una letra, allí una palabra y más allá una frase entera. Como buen estudioso, después de superar el disgusto y el asombro por lo ocurrido y maldecir a los remitentes por su tacañería, se trató de interesar si acaso se podría recomponer el texto original, pero a medida que iba estudiando se dio cuenta que también se podría hacer uso del daño y llegar a algo sorprendente y hasta novedoso. Ahora estaba embarcado en una actividad febril tratando de darle sentido a lo que quedó del libro, que no era poco, la actividad a la cual éste había sido sometido permitía a veces completar faltas y en otras ocasiones quitar cosas que pudieran parecer superfluas. Podía optar por los diferentes estilos literarios, por los diferentes géneros, y había además como una especie de ocupación no habitual, ahora no se trataba de marcar

y decodificar, sino de completar y codificar. No sabiendo lo que contenía el libro es pertinente tenerle confianza al literato cuando decide meterse de lleno en una empresa distinta. Sin duda el hecho de saber tanto le ayudó mucho y si antes parecía estar ocupado, ahora lo estaba mucho más y no se puede decir que su dedicación no ocasionara celos en Raquel, en este caso celos por ausencia y no celos por otra presencia femenina en su vida, una posibilidad que descartaba de plano porque no le parecía que él tuviese ese tipo de intereses, y de todas maneras, a pesar de los años, quedaban residuos considerables de afinidad y cariño. Estuvo pensando en una manera de acercamiento mutuo y la idea le llegó como a tantos otros.

Muchas veces había visto anuncios de lo que empezó llamándose en inglés *time sharing*, que se traduce como “tiempo compartido”, término que pasó a otros idiomas, entre ellos el castellano. En los anuncios se trataba, y aún se sigue tratando, de la venta de habitaciones en sitios vacacionales, algo parecido a hoteles, y al comprar uno no se hace dueño de la habitación sino de parte de ella, no en el espacio sino en el tiempo, es decir se adquiere el derecho de uso de la habitación por una fracción de tiempo durante el año, digamos por ejemplo, dos semanas. Una de las ventajas, y no es extraño que en los avisos publicitarios se hable sólo de ventajas (que en no pocas ocasiones, además de rimar, pueden revelarse como mortajas), es que este tipo de proyectos hasta puede ser internacional y ofrecer facilidades en lugares impensados y exóticos en el globo. El acercamiento de los distribuidores del producto, por llamarlos de alguna manera, está basado en un *marketing* generalmente insistente, persistente, tenaz y bastante agresivo. Además también funciona el ejemplo de celebridades que se han sumado a clientes satisfechos, es de imaginar que pagando mucho menos o, al revés, siendo pagados generosamente

para prestar su nombre a las campañas publicitarias. No es de extrañarse que en cuanto mostró interés, a Raquel también le comenzaran a llegar folletos con detalles y promesas de vacaciones inolvidables en condiciones paradisíacas en lugares de ensueño. Después vinieron las llamadas telefónicas y, finalmente, las invitaciones a encuentros de presentación sin ninguna obligación ulterior. No es desagradable sentirse cortejada y también halagada al formar parte de un grupo supuestamente selecto de gente que ha sido invitada a un encuentro basado en la calidad social y cultural de los participantes, una no puede, aunque trate de hacerse la ignorante, no ablandarse ante lisonjas no demasiado obvias y no demasiado directas, algo que les quitaría credibilidad. Así que aceptó una invitación de una de esas compañías y después que le explicaron las ventajas de la transacción, compró dos semanas de uso de uno de sus departamentos en lugares diferentes del mundo. Ciertamente que como toda profesional que se precia, trabajaba también parcialmente en un hospital psiquiátrico, pero dinero no le faltaba, su aporte era superior al de David, ya se sabe, su ocupación privada lo traía en cantidades ya que la única clase que puede permitirse el tratamiento es pudiente, y los vasos comunicantes funcionaban sin problemas. Pensó que, tal vez, una vacación con su marido, algo extraviado desde su punto de vista y quizás un caso típico de profesor distraído, podría ser beneficiosa, pararía esa corrida loca de cada uno en busca de pasiones que reemplazaran a la que se había extinguido lentamente, y los pondría frente a frente sin pretextos ni obstáculos, finalmente, tiempo compartido, según rezaban los avisos. Cuando durante la cena, en la amplia cocina en la cual ninguno de los dos cocinaba, le anunció su adquisición, y los planes que había hecho sin consultarlo, David la miró de una manera extraña y, después de asimilar lo que ella le estaba diciendo, comentó que era

una buena idea a pesar de que estaba muy ocupado. Ella no le preguntó en qué para no entrar en discusiones acerca de cómo la descuidaba. Siguieron comiendo en silencio lo que había preparado la muchacha de servicio que también hacía las veces de cocinera, no gran cosa porque ambos preferían la comida simple, él por costumbre y ella porque estaba metida en uno de sus tantos regímenes de adelgazamiento que, esta vez, se había dicho, tenía que triunfar. Ahora, después de la cena que la dejó con hambre pero que no quebró su voluntad, el asunto era fijar cuándo y dónde se tomarían las dos semanas de vacaciones, y había que hacerlo con bastante anticipación para lograr ir adonde y cuando se quería. Y ahí Raquel salió con otra sorpresa. Conociendo más o menos el calendario de ambos, y sabiendo que les gustaba la playa, había reservado un lugar en una isla griega para dentro de un mes, y había tenido suerte porque era uno de los últimos vacantes. No se sabe a ciencia cierta si tanta energía positiva fue del agrado del cónyuge, David simplemente se limitó a mover la cabeza en sentido afirmativo, como si asintiera y volvió rápidamente a ocuparse de su proyecto. No tenía una idea clara acerca de cómo se publicaría una vez terminado el libro que estaba confeccionando, si se lo adjudicaría al autor original como si se tratara de una obra desconocida y casualmente descubierta aprovechando la ventaja, al parecer general, de que el personaje había pasado a mejor vida, algo no muy difícil considerando la que tuvo. Presentarlo como obra anónima no lo entusiasmaba demasiado, invertir tanto trabajo para quedar en la oscuridad le parecía un derroche de energías. Había otra posibilidad, la de publicar el libro como suyo, finalmente lo era en cierta manera, creando un revuelo entre los colegas que seguramente lo aplaudirían con mal disimulada envidia, una satisfacción digna de consideración por ambos motivos. Pero todavía había mucho por hacer y de repente,

percatándose de lo que le había comentado su esposa, es posible que hubiese pensado que no sería mala idea hacer una pausa, tomar distancia, para volver a su proyecto con nuevos bríos.

No se registraron grandes cambios hasta la salida a las vacaciones. Cada uno siguió con su actividad compulsiva hasta el último momento, cuando ya el taxi estaba esperando para llevarlos al aeropuerto. Era la primera vez en años que salían de vacaciones tan organizadas, llevaron todo lo que hacía falta, y Raquel metió en su maleta la nueva malla que pensaba estrenar después del relativo éxito de su régimen, no un éxito rotundo pero sí un cambio que se notaba en su figura, todavía no se acercaba a las gráciles figuras de los avisos publicitarios pero ya no era la mujer algo corpulenta de hace unos meses que me hizo tener esos pensamientos antes mencionados. Unos días antes de la salida, ella hizo lo que solía hacer de vez en cuando, entró al cuarto de trabajo de David. No había cambiado mucho, los libros estaban apilados sobre la mesa, en el suelo, en los estantes, todo en completo desorden. Le llamó la atención un libro sobre el escritorio que parecía haber sido comido por ratones, algo que le produjo un serio susto, ya se sabe que las mujeres en general le tienen horror a esos seres, y como en este caso no había chicos, Raquel no estaba familiarizada con el simpático Jerry que se divierte haciéndole malas pasadas a Tom. El libro tenía pegadas palabras, frases, en fin, algo completamente inusual que en cierta manera despertó su curiosidad debida a la deformación profesional que le sugirió que quizás David estaba un poco tocado y esas vacaciones hasta tendrían un valor terapéutico. Decidió llevar algunos libros para las vacaciones, tenía pasión por la lectura, y prefirió libros de cuentos de Cortázar, ese del fuego y otros, no tenía paciencia para novelas largas, preferible cuentos que no fatigan demasiado, empiezan y termi-

nan y no la dejan a una colgando o paseándose por sus zonas áridas para llegar a oasis largamente diferidos. Respecto a ese libro misterioso de los ratones, así se lo planteaba Raquel a ella misma, una pregunta casual o como si fuera casual trajo tal reacción emocional de David, que decidió dejar el tema para no crear un conflicto, eso intuyó que sucedería si insistiese. A David no le gustó para nada la pregunta y estaba preocupado por su proyecto secreto, estuvo dudando si llevar el libro que ya estaba comenzando a tomar forma pero optó por dejarlo, era un ejemplar demasiado valioso como para andar ventilándolo en lugares desconocidos, pero lo que sí, tenía la copia que había hecho con todas sus anotaciones y la llevó, por ahí me aburro y puedo seguir haciendo algo de provecho, se dijo a falta de otro interlocutor. Se llevó el sombrero de vaquero que había usado hace años, una cantidad respetable de *jeans*, camisas de colores caribeños chillones y un traje, por si hubiera una fiesta que requiriera una presencia más formal. Primero un vuelo a Atenas y luego un viaje en trasbordador a la isla, ya en ese viaje comienza la aventura porque es una cosa distinta que no han hecho hace años, antaño simplemente la falta de dinero no era un obstáculo para ir por ahí de la manera más directa y no necesariamente económica, siendo este último término aplicado no solamente al lado directamente pecuniario sino también, y quizás al revés, a esa voluntad constante de no ahorrar energías cuando se quisiera hacer lo que se tuviera ganas de hacer.

En el trasbordador, David y Raquel prefirieron la cubierta donde un pequeño conjunto musical ofrecía un repertorio de canciones griegas para entrar en ambiente, y un camarero bigotudo iba pasando con vasos de ouzo, que había que aceptar para no ofender, beber es otra cosa. Se llegó en unas horas a la isla, el edificio estaba al lado de la playa separado solamente por una franja de arena, el mar tranquilo como

un lago, el sol brillaba. Recibieron una pieza en un quinto piso con todas las facilidades de un hotel de categoría, y en cuanto descansaron un poco y hasta hicieron unos amagos corporales, se fueron a la playa. De ahí en adelante durante varios días esa fue su actividad, o si se quiere su pasividad, fuera de la lectura de los libros en la cual se sumergió Raquel, mientras David escribía notas en el voluminoso cuaderno marcando algunas páginas fotocopiadas del libro que había traído, la tentación de seguir con él era demasiado grande. A los pocos días apareció en el lugar otra pareja, dos mujeres, y casualmente David las conocía, eran colegas de su departamento en la universidad. Esa presencia no le gustó mucho a Raquel, que ya llevaba a cuestas un resentimiento porque David no le había comentado nada sobre su malla nueva, y por supuesto su figura, pero lo había relegado porque de todos modos él se mostraba cariñoso y había renacido lo corporal, largamente descuidado. Pero ahora él se enfrascaba en discusiones literarias con Susana, que respondía a lo que se llama una mujer atractiva, pelo negro, ojos verdes, buena figura, vivaz, atlética. Raquel no podía participar en sus conversaciones a pesar de que la invitaban, no le interesaba el tema y usaban una cantidad de términos desconocidos tal que esa compañía acabó por fastidiarla. Además los celos iban creciendo. Susana se dedicaba exclusivamente a David, y su amiga, que al parecer era del bando del sexo adyacente se iba a bares de mujeres en busca de mujeres. Lentamente Raquel fue fraguando la sospecha de que la presencia de Susana no era mera casualidad, ahí sí que su deformación profesional se había puesto en marcha. Recordaba de repente largas conversaciones telefónicas de David que se apresuraba a su cuarto de trabajo, para no molestarla con sus pavadas, decía. Un día volvió de la playa y se equivocó de piso, y para su gran sorpresa vio a David saliendo del cuarto de Susana, cuando él le había dicho

que no la acompañaría porque tenía que ir al correo a despachar unas cartas. Hubo otras instancias, un baile muy apretado en una taberna, a media luz, y Raquel los vio besándose pensando que la oscuridad los amparaba o se lo habrá imaginado, ya nada la sorprendía. Además, David se había enfriado, pretextaba dolores de garganta u otros inventos semejantes. Volvieron a su mente algunos subrayados, enigmáticos por la falta de misterio aparente, que antes había adjudicado a esa manía de buscar el debajo del debajo, y que ahora parecían tener un significado acorde con lo que estaba desarrollándose ante sus ojos: “el placer de verte”, “tu carrera literaria”, “alma gemela azabache”, “un poema en el cielo para mí”. Todo estaba claro. El resto del sueño del tiempo compartido se convirtió en pesadilla porque el tiempo lo compartía David mayormente con Susana. Cuando terminaron las dos semanas, Raquel ya ardía en cólera y despecho pero se había propuesto seguir siendo civilizada y decidió hacer la vista gorda, qué ironía amarga, se dijo pensando en el despropósito de ese lugar común después de su sufrida dieta. Y si le faltaba algo para rematar sus conclusiones, la despedida emocionada de Susana y su abrazo interminable con David confirmó todas sus sospechas. No podía entender cómo eso había ocurrido, cómo ella no se había percatado, y sufría por la triple ofensa, el hecho mismo, su ceguera y la inversión de dinero para nada. No hablaron mucho durante el viaje de regreso y cuando volvieron, David se encerró otra vez en su cuarto para trabajar sobre el libro que ya prometía un fin próximo, y ya era hora de pensar cómo presentarlo.

La pareja siguió con su rutina de antaño pero unas semanas después, un misterioso cortocircuito nocturno no le permitió a David seguir trabajando, y la lámpara para esas circunstancias también dejó de funcionar. Se fue a la cama a dormir al lado de Raquel que ya no dormía hace tiempo.

A medianoche David despertó sobresaltado, un olor a humo le picaba la nariz. Sacudió a Raquel pero nada. A tientas subió las escaleras y cuando abrió la puerta de su cuarto de trabajo la cara se le llenó de calor y humo. Trastabilló hasta su mesa, sintió calor en una manga del pijama y recobró el libro chamuscado. Bajó las escaleras gritando pero Raquel ya había ido a la puerta de entrada para abrirla a los bomberos alertados por los vecinos. En poco tiempo apagaron el incendio pero la biblioteca había ardido; el bombero jefe habló de una vela caída, de una ventana abierta a pesar del vientito fresco, de las largas cortinas combustibles y de que, en general, todo era combustible. Contestando a las preguntas de la práctica Raquel, el jefe, que tenía vocación filosófica, comentó mirando severamente al estupefacto David sentado en el salón: “ ¿destino?, ¿descuido?, ¿desatino?, quién lo sabe. Muchas bibliotecas han sido quemadas y ahí, sin ir más lejos (yendo lejos), está la de Alejandría o la de la abadía medieval, esa de cuyo contenido no se sabe mucho y...” En ese momento David se precipitó sobre él gritando: ¡pero yo sé! Lo tuvieron que amarrar y Raquel le administró un fuerte sedante. No es difícil de imaginar que la experiencia traumática llevara a David a un hospital psiquiátrico, había sufrido un derrumbe mental, padecía de una gran depresión y Raquel había logrado que lo admitieran en su hospital, por supuesto al cuidado de colegas.

Al principio lo visitaba poco, él casi no la reconocía, pero después las cosas fueron mejorando y las visitas se fueron incrementando lentamente. El director del hospital le explicó que había que adaptarle a cada paciente un tratamiento individual, y en el caso especial de David, habían llegado a la conclusión de que, además de los fármacos, se le leyeran novelas rosas y se le alentara a ver telenovelas y prestar atención a su música. Agregó que la cosa estaba dando resultados y con el tiempo se había hecho independiente y ya

estaba leyendo sólo por su propia iniciativa. En una de sus visitas, ya menos espaciadas, Raquel notó con agrado que ahora David ya la reconocía y hasta la comenzaba a tratar con cariño creciente invitándola a volver pronto. Miró alrededor y le gustó el cuarto amplio y luminoso con un gran ventanal al cual lo habían trasladado, pulcro, sobrio, una mesa, dos sillas, un sillón y un aparato de televisión sobre un artefacto en la pared; alguna influencia tenía ella ahí. Abrió uno de los cajones de la mesita de luz, y ahí estaba una de esas novelas. La abrió al azar y leyó al final de un capítulo: ¿Despertará de su letargo? ¿Se acordará el héroe de su amada? ¿Volverán a reunirse? ¿Reflorecerá el amor? Raquel le sonrió apenas a David y éste le devolvió una sonrisa encantadora. Por supuesto que entre las preguntas en ese libro no figuraba ninguna sobre una biblioteca quemada y ratones bibliófilos, ya que esos no son temas para una novela rosa.

POSTE RESTANTE

Ellos se preguntan por qué nos interesamos por algo que no les interesa para nada, cuando en realidad somos nosotras, las que les interesamos. Ahí, por ejemplo, estuvo aquella ocasión en la cual él esperaba que yo me le uniera en el dormitorio y yo no di ninguna señal de participar en un anhelo semejante, cuando me dediqué a mirar los juegos olímpicos con olímpica indiferencia. Yo miraba cómo éste u otro espécimen masculino hacía un esfuerzo sobrehumano para alcanzar no sé qué, como por ejemplo el macizo tipo que se dedicaba a lanzar una bola de plomo o algo así a una distancia que se suponía increíble, después de girar varias veces sobre sí mismo. Y era verdad, eso no me interesaba pero tampoco quería volver a lo que sentía que se estaba muriendo, no lo suficiente como para cortar ahí mismo, pero lo suficiente como para no darle el lugar que él quería. Ellos se creen que somos sensibles a sus cariños cuando se les ocurre mostrarlos, como si lo que los precede no tuviera importancia. Pero sí la tiene. Yo me preguntaba qué quedó de lo que quedó. Muy poco. Y muy poco me importaba que pensara que la verdad era que no me interesaban los juegos olímpicos a pesar de mi afirmación en sentido contrario. No me interesaban, pero era la única manera de evitar un contacto que ya no era lo que yo anhelaba. Y no era él a quien anhelaba, si bien el lugar de un posible quién, estuviera vacante en ese instante, un instan-

te largo por así decirlo. Dicho de otra manera, todavía no había otro quién, ni tenía idea si lo habría alguna vez, pero éste quién ya no era un quién. Ya no había pasión, ya no había cariño, y yo no podía seguir en esa marea de indecisión donde yo me había dado toda y él con sus vacilaciones me fue cortando las alas inexorablemente. Y esa fue una segunda vuelta en la cual me embarqué no sé exactamente por qué. Dicen ellos que no entienden nuestra lógica pero yo por mi parte no entiendo la suya. En realidad yo le había dicho que no podía seguir de esa manera, siendo él incapaz de definirse y teniendo yo sólo retazos de su vida cotidiana, que extrañamente me incluía, aunque la mía no incluía la suya. La primera vuelta, años atrás, fue mucho más pasional, la diferencia de años no era tan grande pero sí la intensidad de algo nuevo y exigente hasta el último gramo de energía. Entonces, me acuerdo de una ocasión en la cual ambos nos dormimos en el cine, agotados al parecer por esos sentimientos sobrecogedores, esa proximidad cómplice con la cual comenzó todo. Antes de esa experiencia con un film del cual obviamente no me acuerdo mucho, ya había insinuaciones que fueron en aumento día a día. Y en uno de aquellos días decidimos ir al cine, ninguno tenía hogar porque el hogar estaba ocupado por los respectivos cónyuges que, creo, no tenían idea de lo que se estaba cocinando bajo sus narices. En el camino al cine, un día de primavera con el tiempo constantemente cambiante, me preguntó cómo me sentía y yo le dije la verdad, que me dolía la garganta, algo de lo cual me había quejado pero no quise que interfiriera en el plan de ir al cine, que no se extendería más allá de esas dos horas. Sin embargo, para mi sorpresa me oí agregando que pronto le dolería a él también. No dio muestras de acusar recibo, tal vez por lo espontáneo de esa salida que podía insinuar algo, pero no necesariamente. En el cine, que estaba bastante vacío, todo ocurrió de repente, no

sé cómo llegamos a eso, como una especie de extinción de luces, sonidos, todo, y cuando salí de ese estado de desvanecimiento momentáneo nos estábamos besando con fruición, con pasión, con todos los sentidos, y los sonidos que venían de la pantalla parecían venir desde una gran distancia, como de otro mundo, como de un cuarto lejano en una casa enorme. Los espectadores no estaban ahí, nadie estaba ahí fuera de nosotros. Pero después de unos minutos interrumpidos cada vez por la necesidad de respirar, decidimos de todas maneras pasar a la última fila, como si por un pequeño rato el decoro hubiera despertado de su letargo y nos hubiera conminado, de común acuerdo, a pasarnos a un lugar que estaba detrás de los espectadores, y si algún curioso quisiera seguir nuestras evoluciones tendría que girar la cabeza en algo cercano a los 180 grados. Ahí seguimos con esa misma actividad febril *in crescendo* incesante que se prolongó durante todo el film, que realmente nunca nos importó y que es posible que yo haya visto en alguna otra ocasión, pero no podría precisar si era uno con Julie Christie o Jeanne Moreau, algo que de todos modos, objetivamente, constituía una diferencia no sólo en el aspecto sino también en el idioma. Los días que siguieron fueron de locura, locura de posesión, locura de anhelos, locura de angustias, locura de pasión, locura de locura. Perdí totalmente el apetito, no podía comer, no podía dormir y, sobre todo en la presencia de gente cercana, me sentía totalmente enajenada, no podía creer que fuera yo la que estaba hablando, funcionando de alguna manera, estaba contestando como una zombi que ocupaba mi lugar mientras yo, estando presente, me ausentaba. Fueron esos meses de locuras, de incertidumbres por un lado y certezas absolutas por el otro, y parecía imposible que esa intensidad y esa complicidad pudieran seguir al mismo ritmo pero sin embargo así fue. Y fue así hasta que salí de viaje, con esa persona con la cual

convivía. El porqué del viaje era que se trataba de algo planeado desde hacía tiempo y se cumplía a pesar del dolor de la separación, era algo contra lo cual no se podía luchar y tal vez no se quisiera luchar porque era como un respiro en la pasión desenfrenada de la cual éramos presa. Pero de todos modos, ¿cómo soportar esa separación insoportable? Acordamos que nos comunicaríamos por el único medio disponible entonces. Sabía más o menos mi itinerario, pero no tenía idea de las fechas exactas ni de los lugares donde me hospedaría. Por lo tanto, para circunstancias tales, en aquel tiempo se usaba lo que se conocía como poste restante. Se escribía el nombre, la ciudad y por supuesto el país, y la carta llegaba al correo central de la misma, y ahí con un documento de identidad se podía retirar la ansiada misiva inventando cualquier pretexto para llegar al lugar sin compañía y después leer velozmente y con el corazón batiendo a mil por hora lo que se escribía desde otro lugar del mundo. Esa era la idea, pero, como de costumbre, lo que parece tan fácil no siempre lo es. Por lo pronto tiene que haber una carta, y después que una pueda llegar a tiempo al correo para recibirla. Yo estuve en España tomada de la mano de quien me poseía legalmente, por así decirlo, pero soñando con la mano de ese otro que se había metido en mi corazón. Cerrando los ojos hasta podía imaginar que el que estaba del otro lado de la mano era él. Claro que había un problema, cuando ese indeseado, en el más estricto sentido de la palabra, hablaba, de alguna manera se rompía el sortilegio. Eso me hizo pensar en más de una ocasión en el hecho de que las orejas no tienen párpados que puedan cerrarse y en el misterio que ese designio extraño de la naturaleza conlleva. Muchas veces una no quiere oír, por ejemplo, las tonterías de publicidad en el cine. Si no las quiere ver, cierra los ojos, ¿pero las orejas? Ya sé, se pueden tapar con las manos. Pero eso es demasiado ostensible y

podría hasta ser ofensivo por esa razón. ¿Sería porque la persona tiene que estar sobre alerta aun cuando ha cerrado los ojos, para oír si han entrado ladrones a la casa? Mucha más preponderancia de lo que parece (“a primera vista”) tiene el sentido auditivo. Pero me he alejado en mis divagaciones. Volviendo a lo del indeseado, ya no hablo de eso de tener que compartir la cama en esas circunstancias, supuestamente románticas (paseo en el exterior), con alguien que se vuelve absolutamente odioso sin saberlo, y los pretextos que hay que inventar para no darle esa pequeña satisfacción que no tiene ningún significado pero produce celos terribles cuando se piensa en el otro haciendo lo mismo, es como si absteniéndose se conjurara a la persona amada a abstenerse por su lado. Eso de la falta de significado no es un consuelo, me había dicho él, la mera fantasía basta para revolver el estómago. En Madrid, con el calor y todo, encontré la oportunidad para ir al correo, pero el empleado me miró como una loca cuando le insistí para que revisara si había algo a mi nombre, o al apellido, en fin, se enojó y pensó seguramente algunas cosas que, me imagino, harían ruborizar estas páginas. No hay nada, ¿entiende señora?, me dijo de mala gana en un inglés muy básico, lo que pensaba de mí se lo formuló solamente en la cabeza en su idioma original, que le dije que domino bastante, aunque con el enojo no me hizo caso. Pero yo no me doy por vencida tan rápidamente. Me quedé ahí parada después de otra negativa, mientras un joven con mochila y un peinado que no había visto un peine en mucho tiempo se salía con varias cartas. Lo miré con envidia y esa mirada no pasó inadvertida al hombre de la oficina que estaba sudando por el calor que hacía ahí, y en realidad no veía el momento de pasar a un lugar más cómodo. Finalmente me hizo repetir el apellido y al rato volvió con una carta que me entregó con un gesto que también indicaba que había hecho todo lo posible

y ahora yo me debería retirar para permitirle retirarse a su vez. Miré la carta y sentí algo muy extraño. Por lo pronto estaba dirigida a mi marido y venía de una oficina de investigaciones. No tenía idea de qué se trataba, pero me encontré rumiando el dilema que se me presentaba en el escaso tiempo que tenía hasta la salida del lugar y el encuentro con mi marido, que había ido al banco cercano y seguramente ya me estaría esperando una vez terminada su gestión. Podía decirle que yo no había recibido nada pero había algo para él y entregarle la carta, pero descarté la idea inmediatamente. Por lo pronto esa honestidad conllevaba el peligro de no ser bien vista ya que cabía la pregunta de por qué me habían entregado una carta personal para él y cómo era que yo no preguntaba de qué investigación se trataba. El otro peligro, peor aún, era que si yo podía retirar cartas dirigidas a él, él podría hacer uso del mismo inesperado privilegio y retirar cartas dirigidas a mí. Así que opté por no mencionarla y postergar la lectura para un momento más propicio. La curiosidad me tenía en vilo. ¿Qué podría ser tan importante para él como para andar recibiendo cartas de esa manera conspirativa? Ese era el aire que yo respiraba entonces en esa institución dadas mis circunstancias, pero en ese momento yo no tenía cabeza para andar considerando y desechando alternativas. Volvimos al hotel a la noche, después de deambular por la ciudad, especialmente por el parque Retiro que yo no conocía pero que me gustó de entrada, no sé, tal vez el ambiente despreocupado que se respira ahí, niños corriendo, adultos caminando, parejas abrazándose, ancianos sentados en bancos mirando el vacío y encontrando en ese vacío otro vacío y más vacíos que se multiplican hasta el final del horizonte vacío, grupos tomando fotos, en fin, un presente muy presente. Si bien yo podía observar todo eso y hasta sentir algo de eso yo misma, estaba sin embargo preocupada sin haberle dado

aún a mi preocupación un contenido concreto. Me encerré en aquel cuarto de baño durante mucho tiempo, haciendo caso omiso de golpes de otros huéspedes impacientes, ya que se trataba de un baño para todo el piso. Roberto dijo que los hoteles eran caros, yo no tenía ganas de discusiones y por eso llegamos a ese hostal. Ahora el baño era un refugio al cual no renunciaría tan rápidamente. Me dediqué a leer la carta que le habían enviado a Roberto que más o menos decía algo así:

Querido R., espero encontrarte gozando de tus merecidas vacaciones. He averiguado lo que me has pedido y mis noticias por ahora no apuntan a algo que podría considerarse bueno, si bien ya se sabe que lo que es bueno para uno no es necesariamente bueno para otro. Estuve dudando si mandarte este primer informe pero conociéndote yo sé que no me perdonarías no haberte enterado inmediatamente de lo que me pediste y de verdad no me fue muy difícil investigar. Resulta que L., que estudia psicología, eso no es novedad para ti, en los últimos tiempos ha faltado a bastantes clases y me he concentrado en averiguar si había algún otro estudiante de esa materia que hubiera incurrido en lo mismo. Ya sé que esa primera aproximación te puede sonar algo primitiva, pero en mi experiencia lo que se supone que es obvio y por eso se descarta, es justamente lo que no debe descartarse. He llegado a esa conclusión durante mis estudios, y particularmente en mis exámenes. Solíamos hablar y comparar resultados a pesar de la presencia del celador precisamente cuando nos estaba mirando, con la correcta e infalible suposición de que él no sospecharía que estuviéramos haciendo justamente eso cuando estábamos bajo su vigilancia...

La verdad es que estaba perdiendo la paciencia, tenía una idea acerca de quién escribía, por el estilo rebuscado, pero decidí seguir de todos modos sin saltarme nada, no fuera que me perdiera algo importante.

Yo me imagino que no es eso lo que precisamente te interesa pero ya sabes que soy bastante metódico y quiero explicarte lo que he

hecho y cómo llegué a las conclusiones a las que llegué a pesar de que no poseo pruebas contundentes que me ofrezcan una verdad irreductible e irrefutable. Cuando insinuaste tus preocupaciones como si fuera de pasada o como si tuvieras vergüenza, algo bastante comprensible, yo te tomé en serio a pesar de que al principio me parecieron descabelladas porque finalmente un amigo no anda ventilando por ahí sus cosas íntimas como si fueran frutas en el mercado, por así decirlo. Te pregunté en qué te basabas para llegar a celos que te quitaban la calma y te hacían sospechar viendo lo que tal vez no eran montañas sino sombras de montañas, producto de tu, no diré fértil pero sí diré febril imaginación. Me dijiste que era una sensación, que ella en el último tiempo se mostraba indiferente, que de repente sonaba el teléfono y dejaba de sonar después de dos timbrazos y que eso se repetía con una enervante regularidad empeorada por el hecho de que ella se precipitaba al teléfono, marcaba un número y en seguida colgaba. Dos o tres veces le pregunté a quién estaba llamando, dijiste, y ella contestó que llamaba a su mamá porque había olvidado cómo se hacía la sopa de calabacines, o en otra ocasión los niños envueltos y en otra el bife Stroganoff...

Yo me seguía armando de paciencia, algo que no compartía mi trasero sudado que se pegaba a la tapa del asiento de plástico del inodoro sobre la cual me había sentado, así que me levanté y seguí leyendo parada mientras otro golpe en la puerta denotaba la creciente impaciencia exterior. Estaba haciendo mucho calor y gotas de sudor caían sobre esa maldita carta que me crispaba los nervios.

En resumen, me dejaste la llave de tu apartamento para mi uso personal, algo que siempre te agradeceré ya que mi situación económica no me permite darme los lujos que quisiera y hete aquí que tu oferta era como un regalo del cielo. Interesante esta digresión pues es extraño que el cielo dé regalos que en este caso sirven para violar sus normas en todas las religiones conocidas, pero qué dominio tenemos nosotros sobre expresiones que la lengua ha consagrado y de las cuales hacemos uso además de otros usos que hacemos de la lengua. Y con esto te quiero decir que he traído a M. a tu apartamento y ciertamente hemos hecho

esto y lo que insinué antes y no es necesario entrar en detalles. Y fijate que no olvidé lo que pediste off the record de mi incipiente agencia de investigaciones. Como escribí más arriba, a pesar de que todo el mundo se ríe de eso de andar buscando la moneda perdida bajo el farol, no hay que desechar esa posibilidad por obvia. Sin andar con más ambages, mientras descansaba de los ejercicios con M. después de devolverla a su casa, bueno, a la vecindad de su casa, volví a tu apartamento para poner un poco de orden, ya sabes que soy un poco compulsivo en ese orden (esto es gracioso —orden, orden), y he aquí que mientras me inclino para arreglar el cubrecama descubro un librito oculto debajo del colchón, del lado de L. Adiviné que era el de su lado por lo que había sobre la mesita de luz, perfume, algodón, cremas. Fue algo sorpresivo porque estaba bien escondido pero por el ejercicio, como dije antes, el colchón se habrá movido y el librito habrá sido empujado afuera, lo quisiera o no. Interesante que no te haya pasado a ti pero no quiero hacerte preguntas embarazosas...

Esto seguía y yo estaba sudando copiosamente así que decidí que había llegado el momento de darme un remojón de dos minutos. Me estaba envolviendo en mi toalla cuando otra vez golpearon a la puerta. Yo ya estaba harta de muchas cosas así que abrí violentamente la puerta y quedé muy sorprendida al ver que era Roberto, despeinado y no con muy buena cara, el que golpeaba. Le grité con toda la furia acumulada (preferible al miedo acumulado) que qué era lo que se creía, que era insoportable ese golpeo continuo, que me dejara tranquila y en fin, que desapareciera de mi vista. Roberto se fue muy compungido y yo pude volver a mi actividad anterior, seguir sumergida en esa interminable carta.

Eureka, me dije, hablando conmigo mismo a falta de un interlocutor exterior. Ya se sabe que uno mismo no es siempre capaz de distinguir lo que ocurre a su alrededor, para eso hacen falta amigos, nuestro caso, o profesionales, también nuestro caso. Abrí el librito ya que me pediste averiguar si ella tenía otros intereses, llamémoslos así, y ahí estaba algo que por lo menos se podría

describir como inapreciable. Era un diario. Acorto, no te contaré todo lo que vi, conversaciones con la mamá, poemitas, impresiones de varios años, etc. Me concentré en las últimas entradas, digamos los últimos meses. Y ahí había algo recurrente. Describía con letra pequeña, más pequeña que la anterior, vivencias extraordinarias con F., de cómo ella temblaba de emoción cada vez que lo veía a pesar de que todavía no sabía qué le pasaba a él, de cómo finalmente planeó una salida al cine, de cómo esa complicidad en la oscuridad prendió un fuego incontenible, de cómo fueron a un parque y se abrazaron, de cómo hablaban horas por teléfono cuidando difícilmente esa intimidad amenazada por ambos lados, de cómo ese viaje planeado hace tiempo se le hacía insoportable. Te ahorro otros detalles porque no quiero herirte más pero en un principio las cosas parecen bastante claras y lo que me queda por averiguar es quién es ese tal F., en general, si existe el tal F. o es producto de su fantasía nutrida, por ejemplo, por una carencia emocional que produce tales estragos en el frágil corazón de tu cónyuge a la que alguna vez consideré como una amiga, pero en fin, uno se equivoca, yo menos que tú en este caso. Recibe mi simpatía y te seguiré escribiendo en cuanto tenga más datos. Un abrazo fuerte para que seas fuerte. P.

El tonto ese me resultaba conocido y su naturaleza pretenciosa, conspirativa y necia explicaba lo de las siglas en lugar de nombres enteros. De todos modos ahí estaba lo que había temido hacía tiempo, bueno, no tanto tiempo. Todavía no habíamos discutido un futuro común con Felipe, había evidentes obstáculos objetivos, él hasta tenía un hijo pequeño, pero nuestra pasión iba viento en popa, ascendiendo a nuevas cimas con cada encuentro y de ahí la sensación de vacío y angustia debida a esa separación. La cosa era qué hacer con esa carta que, de llegar a manos de Roberto, podría transformarse en un arma peligrosa de imprevisibles consecuencias. Roberto podía ser muy violento y no era cuestión de poner ese aspecto de su personalidad a prueba. Paralelamente un sentimiento de indignación me estaba invadiendo. Cómo el infeliz de Roberto era capaz de

andar siguiéndome y, peor aún, envolviendo a un supuesto amigo de ambos en una pesquisa destinada a mi persona, y, si era capaz de eso, ¿qué más se podía esperar de él? Cierto que éramos amigos de la infancia y nuestro casamiento fue la consecuencia natural de esa amistad, pero ahora que había descubierto lo que es el amor pasional, Roberto se había convertido en un extraño, y no meramente un extraño sino un extraño molesto. Guardé la carta en el sobre y el sobre en la bolsita de tocador. Salí conmovida del baño y apenas me fijé en las miradas coléricas de algunos huéspedes que compartían nuestro piso, la tacañería de Roberto ya me había enfurecido bastante pero ahora había algo más importante. De más está decir que rechacé los avances de Roberto, ya se sabe, dolor de cabeza, fatiga, menstruación, no me acuerdo qué, pero no podría soportar su contacto, especialmente después de esa revelación; ya lo soportaba apenas de vez en cuando desde Felipe. Pero no podía dormir a pesar de hacerme la dormida. Toda clase de pensamientos surcaban mi cabeza como si fueran navegantes en un mar agitado. Ya no hablo de recientes recuerdos con Felipe que me ponían la piel de gallina. De repente una idea se abrió paso y tomó cuerpo a gran velocidad. Esperé hasta estar convencida de que Roberto estaba durmiendo, prendí la luz y me senté a escribir una carta que hasta a mí me iba sorprendiendo. Roberto se despertó y preguntó qué estaba haciendo, yo le dije que siguiera durmiendo, que le estaba escribiendo una carta a mi madre. Tu madre, farfulló y se volvió a dormir. Terminé de escribir y al día siguiente le propuse a Roberto que mientras él estuviera viendo el partido de fútbol, que a mí no me interesaba, yo andaría por los negocios y despacharía la carta que había escrito. Pero al salir me vino otra idea, yo no podría mandar esa carta escrita a mano porque mi escritura no era extraña y todo el asunto se vendría abajo. Caminando por la calle vi un ne-

gocio de artefactos de escritura que exhibía máquinas de escribir en el escaparate. Entré y le dije al dependiente que buscaba una máquina de escribir para nuestra oficina de la embajada. Me mostró varias y yo elegí una Olivetti, pero le observé que no podría comprarla ahí mismo sin probarla, más bien debería traerle una hoja de prueba a mi jefe. Me miró extrañado, pero qué no se hace para vender, me trajo una hoja y ahí imprimí lo que había escrito en mi desvelo:

Mi querido Roberto:

Te escribo a máquina porque tengo una letra espantosa. Estoy segura de que esta carta te llegará, si te llega, como una gran sorpresa, y la verdad es que a mí también me sorprende, mi, digamos, osadía. Yo sé que estás con Lea y que tal vez ni esperas una carta, y menos aún mía, pero no puedo contenerme. Tal vez te habrás dado cuenta de que cada vez que nos encontramos me ruborizo, algo que Lea me hizo notar, y yo pretexté diciendo que era por la emoción de vernos en general. Pero si fuera más precisa diría que es la emoción de verte a ti, mi querido Roberto. Para qué andar con vueltas, estoy enamorada de ti desde hace mucho tiempo y ya no puedo callar; te preguntarás de dónde viene esta tontería de escribirte precisamente ahora y a Poste Restante a Madrid, un lugar (averigüé por Pablo que pasarías por ahí) en el cual probablemente no recibirás mi carta. No tengo una respuesta lógica, es más bien un tiro al aire. No me atreví nunca a manifestar abiertamente mis sentimientos, sea por vergüenza, sea por recato, mi marido, sabes, siempre dice y él cree que es un gran chiste, que si no me hubiera casado con él ya hace tiempo estaría en un convento a pesar de no ser cristiana. Si supiera. La cosa es que Pablo me anda asediando hace un tiempo y él es muy insistente, ya sabes, y yo pensé que no sería mala idea encontrarme con él para ventilar la presión y hacerle entender delicadamente, si bien él no entiende delicadezas, que debería concentrar sus esfuerzos hacia otra persona. Casualmente, el café donde nos citamos estaba cerca de tu apartamento y eso ya me hizo algo. En cierto momento, Pablo, que me estaba llenando la cabeza con sus largas peroratas, me propuso que yo lo acompañara a tu apartamento ya que le habías

pedido que regara las plantas. ¡Qué estupidez! Pero yo decidí acceder ya que tendría la oportunidad de estar en ese lugar tuyo sin la presencia de Lea. Cuando llegamos, él se fue al baño o no sé, y yo entré a tu dormitorio y me acosté en el lugar de Lea empezando a soñar con ocupar del todo su lugar. Metida como estaba en mis fantasías no oí como Pablo salía del baño y de repente lo sentí encima mío besándome y manoseándome. ¡Qué horror! Luché con él con todas mis fuerzas, traté de hablar pero no podía sacar un sonido. Era muy fuerte y nos estuvimos revolcando en tu cama porque no me dejaba levantarme, y de paso me jadeaba en el oído lo loco que estaba por mí, que tenía un par de senos magníficos y ya no sé qué más. En cierto momento logré darle un rodillazo en su parte más sensible, se dobló de dolor y aflojó. Yo aproveché para salir corriendo tal como estaba, con la blusa desabrochada, la falda subida y descalza. Así me fui caminando a casa y todos me miraban como si estuviera loca. Afortunadamente no había nadie, me tiré sobre la cama y lloré pero al rato me tranquilicé un poco de esa experiencia terrible. Entonces comenzaron a volver a mi mente esos momentos de ensueño en tu cama. ¡Qué terrible! Roberto, te amo y no sé cómo viviré sin ti. Perdóname por esto de desnudarme así. Espero que no sea irreparable. Si sientes algo por mí contéstame. Si no, me gustaría no usar un lugar común pero es inevitable, me hundiré en mi dolor.

Te amo, amo tus ojos azules, tu voz masculina, en fin, amo todo. M., (ya ves, mi recato es más fuerte que mi pasión pero puedes adivinar de quién se trata) que quisiera poder escribir —tu— y ser tuya.

¿Por qué M.? No me molestaría que Roberto tuviera algo con ella, eso facilitaría las cosas con Felipe. El dependiente me miraba entre fascinado y enojado pero yo no le hice caso hasta terminar de imprimir esa carta. Le dije que tendría noticias mías mañana, metí la carta en un sobre, pegué con mucho cuidado las estampillas de la otra carta que por suerte no estaban selladas, escribí Roberto con el apellido y me fui al correo central. Hacía un calor infernal y otra vez entré a esa pequeña oficina, bañada en sudor. Le sonreí al emplea-

do, afortunadamente otro, y le dije que quería dejar una carta para alguien que tal vez pasaría por Madrid a retirarla, me imaginaba que sería muy pronto. Lo miré con dulzura sobreponiéndome a su aspecto escuálido y a la notable ausencia de desodorante que emanaba de sus transpiradas axilas. Finalmente aceptó la carta. No pregunté por cartas para mí para no revelar el apellido y provocar sospechas. Salí bastante aliviada y volví a nuestro malhadado hotel, u hostel, ya no sé. Roberto estaba decepcionado del partido y preguntó por dónde había andado. Le dije que anduve por los negocios del centro y, como de pasada, agregué que fui a despachar la carta a mi madre y de paso entré al poste restante y pregunté si había correo para mí. El empleado me dijo que no había nada, pero de repente comentó que justamente había carta para alguien con el mismo apellido, qué casualidad, ¿no? Pues deberá ser para mi marido, repliqué secamente. Estaba casi dispuesto a darme la carta, algo que me dio mala espina ya que ellos tienen que ceñirse a darle la correspondencia sólo al destinatario, y le dije que no aceptaría tal cosa, que él no hiciera eso con nadie, aun con familiares porque sería una invasión a la privacidad, algo inadmisibile. Se disculpó pero yo ya no quería estar en ese lugar maloliente, así que me fui y no lo dejé terminar su discurso. Mi acción era una medida preventiva, por si se le ocurría darle a Roberto algo mío y todo lo que acababa de hacer hubiera sido inútil. Roberto estaba visiblemente picado, la sorpresa, tal vez una sombra de preocupación. Le propuse que fuéramos al Correo Central, le dije que lo acompañaría y mientras él estuviera adentro haciendo sus gestiones, yo le echaría otro vistazo a unas sandalias que me habían llamado la atención. Mi propuesta se basaba en que probablemente no le gustaría la idea de que lo acompañara al correo, tal vez estaría pensando en la carta que no recibiría sin poder imaginarse qué carta sí recibiría. Salimos, fuimos, yo a las sandalias y él al

correo. Le di mucho tiempo midiendo las sandalias que yo quería y otros modelos y cuando fui a buscarlo estaba parado afuera. De la carta misma ni rastro, pero en la cara sí, se notaba la confusión, el asombro, hasta cierto entusiasmo, diría. Le pregunté si había recibido la carta, al principio ni me contestó, pero luego dijo bastante impasible que eran unos ineptos y eso a pesar de ese régimen que se preciaba de ser eficiente, que no había una carta. No sólo había mordido el anzuelo con el cebo sino se le había metido hasta la boca del estómago, por así decirlo. Lo conminé a que se cuidase, que esas opiniones no se debían expresar en público, que estaba sorprendida pero que por mi parte había comprado las sandalias, así que algo había resultado de esa larga caminata. Y recapacitando agregué enojada que esto no podía ser, que volviéramos a entrar y que quería verle la cara al tipo que me había dicho que había una carta y de repente no había nada. Roberto dijo que no valía la pena, que no quería provocar un escándalo (otra confirmación de lo del anzuelo) y que por ahí se la había llevado la censura así que mejor no meterse. ¡Ahora era él el cuidadoso! Todavía discutimos un rato pero luego “me rendí” ante sus argumentos y volvimos al hotel, pero inmediatamente él se fue al baño donde estuvo encerrado mucho tiempo. Por mi parte no vine a molestarlo como él había hecho, no me hacía falta y prefería dejarlo deleitarse con “su” carta. Un pensamiento se me cruzó por la cabeza: ¿Y si sin proponérmelo mi martillo agitado en el aire hubiera dado en el clavo y eso de M. no fuera tan descabellado, y Roberto sospechara que se trataba de una patraña? Para usar un lugar común, esas nubes de dudas no desaparecerían tan rápidamente y un cielo límpido no ocuparía su lugar, pero el juego estaba en marcha y ya no era cuestión de echarse atrás, y tampoco se podía. Roberto se demoraba mucho y la naturaleza me mandó al baño. Golpeé y como no había respuesta, abrí. No

había ningún Roberto ahí. Después de hasta tomarme el tiempo para refrescarme con una ducha volví al cuarto, intrigada acerca de adónde se habría ido Roberto. Éste volvió después de mucho más tiempo del requerido para el uso del baño y la lectura detenida de la carta. Noté su cara alterada, no parecía que se hubiera lavado pero yo me limité a mirarlo sin decir nada. No esperó que preguntara e inmediatamente me dijo que estaba preocupado y por eso en vez de ir al baño se fue a llamar por teléfono a su madre, había esperado recibir una carta de ella pero su ausencia lo golpeó de repente como si fuera una premonición y no había querido preocuparme. Pero tuvo razón. Su madre estaba enferma y su hermana le dijo que la situación no era buena, había que decidir urgentemente respecto de una operación y su telefonema le vino de manera providencial porque no quería decidir sola. La cosa, en resumen, era que él suspendía el paseo y volvía a casa. Ya había hecho la reserva para la madrugada (algo inusitado en alguien tan tacaño, ya que había que agregar bastante dinero) con complicaciones de vuelos, algo que en realidad me sorprendió mucho más de lo que me disgustó. Yo podría seguir, dijo, no había ningún motivo para que yo me perdiera lo que habíamos planeado y hasta esperaba que fuera posible que después de unos días él se me uniera para reanudar juntos el viaje, probablemente en Roma. Yo justamente había conocido bastante a su madre, una mujer vital y llena de salud, pero me abstuve de comentarios, sólo dije que lamentaba el hecho de que tuviéramos que separarnos, pero el hombre propone y la mujer (dije mujer en vez de Dios) dispone. ¿Será Dios mujer? No venía al caso. La despedida de Roberto ni la recuerdo porque me dormí y cuando desperté ya no estaba. A mediodía fui otra vez en el autobús atestado de gente, que olía mal, a la oficina de Correos. Esos viajes me provocaban una sensación de claustrofobia porque me sentía como asediada, sobre todo

teniendo en cuenta mi estatura más baja que la del promedio de los pasajeros. Además estaba el asunto de cuidar la cartera y cuidar el traste ya que siempre había algún calentón que se apretujaba detrás de mí haciéndome sentir su orgullo carnal, algo que francamente me daba asco. La cosa era quedarse quieta, lo que podría ser interpretado como aquiescencia, o moverse, lo que provocaría una reacción de seguimiento que excitaría al desagradable seguidor. Optaba, entonces, por un movimiento violento que me sacó de mi desventajosa posición para, al poco rato, caer en otra no mucho mejor. Así pasaba ese viaje sudoroso hasta que se llegaba al lugar, específicamente, por supuesto, a poste restante. Ahora ya no tenía que contarle cuentos a nadie. Me atendió un nuevo empleado, joven, buen mozo, como salido de una película con Alain Delon haciendo el papel principal. Me dio una carta de mi madre, algo que me desilusionó porque esperaba finalmente una de Felipe, yo le había escrito dos a poste restante, y respondiendo a una pregunta displicente me dijo que le habían entregado ayer dos cartas a mi marido, pero que hoy no había ninguna. ¡Dos cartas! ¿De quién sería la otra? Y además, si no le hubieran entregado la mía, ¿de quién serían las dos cartas? Por supuesto, después de barajar esa posibilidad, expuse al empleado a un sutil interrogatorio, no demasiado para no atraer sospechas pero no poco como para no quedar segura de que me estaba entendiendo. Se arregló el cabello con un peine que llevaba detrás de la oreja, como un lápiz, me miró con una sonrisa de complicidad, y me dijo que se iba para adentro para traer la respuesta. Y al rato apareció con algo que yo no hubiera sospechado de ninguna manera ya que había reducido mis esperanzas a lo mínimo, a una respuesta pertinente. Una de las cartas es la que usted misma entregó, nos llamó la atención de que esa fuera la manera de comunicarse con su esposo, pero en este departamento ya hemos visto de todo.

Figúrese que, según me contaron aquí, hace como un año o algo por el estilo, un hombre entró blandiendo un revólver y exigió una carta que se le hubiera dado de cualquier manera si existiera, pero él siguió, insistiendo en que había un complot y que querían asesinarlo y para el gran asombro de los colegas atraídos por los alaridos, el hombre gritó que lo habían robado, que no lo lograrían y se pegó un tiro, un desafortunado, qué horror ¿no? Y no le cuento más vivencias de este lugar tan especial para no asustarla. ¿Y la otra carta?, pregunté tímidamente. Ah, sí, disculpe, dijo y se peinó otra vez y volvió a entrar no sé adónde. Esperé con paciencia y al rato salió y me dijo que había averiguado y que le habían dicho que yo había exigido que no dieran información privada de otras personas. Ese era el momento adecuado, me llevé un pañuelo a los ojos y empecé a sollozar quedamente pero de una manera bastante perceptible, eso es algo que los hombres en general no entienden y no pueden resistir sin tratar de calmarnos, así que después de medio minuto la determinación de ese hombre apuesto pero algo tímido comenzó a flaquear y después de otro medio minuto me dijo que me calmara, que lo sentía, y que era una carta del mismo remitente que me habían dado el día anterior. Inmediatamente paré de llorar y le dediqué una sonrisa, como si se tratara de partes de cielo despejado a través de las nubes lacrimógenas que lo cubrían unos momentos antes. No me importaba, sorprendentemente, lo que hubiera en la otra carta, si fuera algo grave lo hubiera notado en la cara de Roberto.

Nos pusimos a hablar de otras historias de ese lugar que ahora se estaba poniendo interesante a pesar de mi profunda decepción por la ausencia epistolar de Felipe, ya no hablemos de su ausencia personal. Parece que contrariamente a los empleados anteriores, éste sólo estaba ahí un corto tiempo y todavía no había adquirido el aspecto y los andares del funcionario público típico que, de tanta rutina

y repetición, ya ni estaba aburrido, simplemente no estaba porque para adaptarse a su trabajo había tenido que declarar vacante su personalidad.

Decidí quedarme unos días más en el lugar, finalmente estaba sola en ese hotelucho, lo cual no estaba nada mal, y mis intereses turísticos no andaban por las nubes. No podía entender qué había pasado con Felipe, por qué no escribía y me sentía frustrada ante mi impotencia de comunicarme con él. Algo debía haber pasado, deduje. En todo caso me despedí del empleado con otra sonrisa y le dije que vendría mañana a ver si me habían escrito. El resto del día lo dediqué a la cultura, uno o dos museos, y ahí también se me aproximaban otros pretendientes pero teniendo en cuenta la amplitud del lugar, no tenía que lidiar con apretujones y podía moverme según me diera la gana dejándolos atrás y por supuesto sin mirarlos, ya que una mirada directa en seguida parecía una luz verde de semáforo como para iniciar un viaje promisorio, para no decir promiscuo. Pero menuda sorpresa me llevé cuando a la tarde en una de las salas se me acercó aquel empleado apuesto del correo, muy cortés y distinguido, me saludó afablemente y después de acompañarme por unos minutos, fingiendo, digo yo, un interés por éste u otro cuadro de Rubens con sus mujeres opulentas, me propuso una pausa en la cafetería y no vi ninguna razón para oponerme, más bien era una oportunidad para descansar un poco de ese andar concentrado y ceremonioso que fatiga bastante después de un tiempo. Así que nos fuimos a la cafetería. Y ahí, como buen caballero, me hizo sentar en una mesa y me trajo el café que había pedido y hasta un *croissant*. Mientras esperaba miré a algunos de los otros clientes, hombres jóvenes, mujeres de nariz alta mirando catálogos con interés, una que otra pareja con un niño, todos hablando muy quedito, como si aún estuvieran en una sala llena de cuadros. Cuando reapareció con los productos, se

presentó, era Francisco pero yo podría llamarlo Pancho si se me antojaba. No se me antojó, pero le dije que yo soy Lea. Comenzó a interrogarme delicadamente sobre mí, mi marido, y cómo era que éste dejaba a una mujer semejante sola en este país de lobos. A lo cual comenté que a pesar de mi estatura sabía defenderme muy bien. Y él replicó que no se incluía en esa categoría, que era más bien tímido pero no podía dejar de expresar su aprecio hacia mi encantadora persona. Yo más bien soy modesta, pero como sucede infaliblemente en estos casos, me sentí halagada. Seguimos desmenuzando, no demasiado, esas primeras informaciones, o mejor, informaciones primarias. Él trabajaba en ese lugar donde lo conocí, temporalmente, era un estudiante de abogacía y como uno de los empleados era conocido de su padre le consiguió ese puesto por unos meses. La charla era agradable, pero me dijo que tenía que volver para el turno de noche, hasta las 10, que lo lamentaba pero el deber es el deber. De repente me surgió la idea de que me gustaría acompañarlo. Me dije que quizás tendría una sorpresa, y es que me sentía muy apremiada por la ausencia de alguna carta de Felipe y quizás habría llegado algo, un pálpito, y tal vez esa visita me ahorraría la de mañana. Además, él me había caído muy bien y no tenía ganas de volver al hotelucho. Cuando le sugerí la idea de acompañarlo para ver si había una carta me dedicó la más amplia sonrisa y me dijo que encantado me mostraría su lugar de trabajo. En esa ocasión tomamos un taxi y puedo decir que el contacto leve de su cuerpo sentado a mi lado no me fue desagradable. Me llamó la atención que tomara un taxi con el pequeño sueldo que, me imaginaba, estaría ganando ahí, pero no comenté nada por temor a ofenderlo. Ya las calles estaban semioscuras y había poco tráfico, la ciudad a esa hora temprana se iba a dormir a pesar de la costumbre de las cenas tardías, que probablemente se tomarían en las casas. En ese lugar

tan populoso durante el día había poco movimiento. Cuando llegamos a la oficina entró, me dejó esperando unos minutos en la sección destinada al público, en los cuales mi atención vagó hasta posarse en el ventilador del techo que chirriaba a cada vuelta, aunque algo de aire echaba. El olor de la mañana había menguado bastante pero seguía ahí ese tufillo a rancio, pero muy ligero. Al rato volvió y me dijo que habían registrado una carta para mí pero todavía no la había encontrado, el empleado anterior no era muy ordenado que digamos, comentó, pero si yo quería, que lo acompañase a la oficina de atrás y entre los dos daríamos más rápidamente con la misiva. Esto lo acompañó con una sonrisa muy amable, y yo no vi ninguna razón para no seguirlo y, efectivamente, pasé con él a otra oficina. Había ahí una enorme mesa con diversos montones de cartas, una puerta que daba a los aseos, y otra que comunicaba con los interiores de la oficina central, me explicó. Todo estaba extrañamente silencioso. Tomó un grupo de cartas y me dio una parte. Yo me entretenía mirando los sobres y las estampillas de los lugares menos pensados del mundo. Y los nombres. Mientras estaba concentrada en esa actividad esperando finalmente dar con una carta de Felipe, presté atención a que su respiración estaba cambiando y se volvía más jadeante. No me pareció que estuviéramos embarcados en una actividad física intensa, así que levanté la cabeza y vi un extraño brillo en sus ojos azules. La sonrisa había desaparecido y estaba muy serio. Le pregunté si le pasaba algo y me contestó que una de las cartas lo había impresionado ya que se trataba de una carta de Suecia, que él sabía que la madre de la destinataria estaba muy enferma y ahora alguien diferente escribía con la misma dirección, así que seguramente eran malas noticias. Me impresionó esa muestra de sensibilidad y le sonreí ligeramente tratando de alentarlo, pero lo que sucedió inmediatamente me dio la pauta acerca

de cuán equivocada estaba. Mirándome fijamente se me acercó y trató de abrazarme diciendo que necesitaba cariño, que yo era la mujer ideal y que desde que puso sus ojos en mí no podía desprenderlos. Yo traté delicadamente de desprenderme de su abrazo pero su fuerza crecía a medida que yo aumentaba mis intentos por librarme. Muy pronto me estaba besando y a pesar de que yo lo empujaba, él no cedía. Le dije que iba a gritar pero eso no le hizo ningún efecto, hasta podría decir que aumentó sus intentos ahora ya de desvestirme. Comencé a gritar pero él me tapó la boca, sacó un pequeño cortaplumas del bolsillo y me dijo enojado pero tranquilo que si apreciaba mi cara, que hiciera lo que él me pedía. Yo estaba llorando y él me acostó en el piso, me sacó la bombacha y yo ya no tenía fuerza para oponerme. Me dolió y volví a gritar pero él ya estaba embalado y jadeando y muy pronto se vino y aflojó el abrazo. Se levantó y cerró la cremallera. Yo lloraba a moco tendido. Me sentía sucia del sucio piso de baldosas frías, y sucia también por dentro. Lentamente me levanté, me arreglé la ropa y salí al otro cuarto, el del público. Él me siguió y volvió a sus amabilidades, me pidió que lo perdonara, que no había podido dominarse, y yo, tonta de mí, le dije que ya, que me quería ir y que olvidáramos el asunto. Simplemente temía una nueva intentona de su parte, pero no hubo nada de eso, salí con los pies temblando, corrí por la calle como una loca y sólo paré a unos cien metros y me puse a llorar desconsoladamente. Luego me puse a caminar sin sentido hasta que pasó un taxi y volví al hotel haciendo caso omiso de las miradas del taxista que con la facha que tenía seguramente pensó que soy una mujer del oficio. Me encerré en el baño durante no sé cuánto tiempo y me duché y me fregué y cuánto más fregaba más suciedad iba aflorando. Volví a mi cuarto agotada, me acosté en la cama y al rato llegó el sueño para interrumpir la pesadilla. Tuve sueños horribles, con

sobresaltos donde me despertaba gritando, ahí estaba el miserable que con toda amabilidad me introducía su cortaplumas en el estómago, ahí estaba Felipe con colmillos en el lugar de las uñas agarrándome y lastimándome, ahí estaba en la ducha que llenaba el cuarto de baño de agua y me estaba ahogando: así pasó esa noche y finalmente a la madrugada me dormí hasta que llamaron a la puerta para limpiar. Me vestí apenas y bajé al comedor para el desayuno insípido de café con tostadas. El café me despabiló un poco, ya no había nadie ahí y no tenía que esgrimir ninguna sonrisa forzada. Pensé en ir a la policía pero postergué la idea porque me imaginaba que me harían mil preguntas para cerciorarse de que no estaba inventado falsas acusaciones, ¿en todo caso por qué lo acompañó usted a la oficina después de las horas de trabajo? No, mejor ir primero a la oficina a la tarde a confrontarlo, tampoco tenía claro para qué. Decidí salir mientras limpiaban el cuarto y para distraerme compré un diario en el quiosco de la esquina y volví al hotelucho, al *lobby*. Estuve hojeándolo sin prestar atención cuando reparé en una noticia extraña. “Apresado violador de cartas”, decía el título. Leí con creciente sensación de mariposas en el estómago. La noticia decía que ayer, la policía en una emboscada nocturna arrestó a un empleado temporal de Correos con un fajo de cartas que había sacado del departamento de Poste Restante. Habían recibido denuncias de apertura de cartas, de hurtos de contenidos, etc. y la sospecha recayó en Francisco X., un hombre joven y apuesto. Además constaba una denuncia por abuso sexual de una turista sueca que lo describió con detalles. El diario había decidido no muy ingeniosamente como de costumbre, unir las dos actividades y apodarlo El violador de las cartas. Ya ni hacía falta que me quejara, la cosa estaba clara y en este caso, como dicen en mi tierra, la tarea de los justos la hacen otros. Ya no iría a ese malhadado departamento de correos

y lo que ansiaba era irme, volver a casa, a mi ambiente, qué incauta había sido, qué tonta dejando al infeliz ese aprovecharse de mi debilidad. Hice las gestiones necesarias, no le avisé a nadie y conseguí una serie de vuelos que me depositaron en el aeropuerto y llegué a casa a la nohcecita. No había nadie pero vi una mesa preparada para dos, platos, cubiertos, vasos de vino. Roberto volvió a la hora y cuál no sería su sorpresa de verme en la casa, sus cejas volaron hacia arriba y su color de cara cambió varias veces antes de depositar un beso en mi frente. Me preguntó por qué no le había avisado, pero yo pregunté para quién era esa fiesta, seguramente no para mí. A lo cual él me dijo que no entendía por qué estaba cambiando de tema. Y yo a mi turno le dije que no sabía que teníamos un tema. Entonces contó que había invitado a su mamá para celebrar el hecho de que no hacía falta ninguna operación, y tenía que salir a traerla. Otro invento. Perfecto. Salió. Sonó el teléfono. Dos veces. Unos minutos después sonó otra vez. Tomé el auricular a tiempo. Del otro lado una respiración agitada pero nada más. ¿Un maniático sexual? Poco probable, sobre todo porque conozco esa técnica que empleaba con Felipe ¿Sería la tal M.? La esposa de Felipe también se llama M., ¿sería posible que yo tuviera dotes de vidente cuando compuse la carta y ni soñaba que tuviera algo que ver con la realidad? Sin duda una sorpresa, ¿podría ser que en este caso fuera justamente la esposa la última en enterarse? No me importaba demasiado, después de lo ocurrido antes, era evidente que lo único que teníamos en común Roberto y yo, eran esos otros personajes inventados o reales, yo ya no estaba segura de nada. De lo que sí estaba segura era de que, como decía la canción: “a pesar de que sigas viviendo, para mí ya estás muerto” (Felipe). Más adelante me asediará aún con llamados que nunca contestaré porque él ha muerto en el sucio piso de baldosas frías en la oficina trasera del Poste Restante.

X

Reclinarse satisfecho, aunque sólo sea por unos momentos breves, es, entre otras cosas, resultado de la fe en el conocimiento del dominio sobre lo que le rodea a uno, es decir, la confianza en que las cosas se regirán como se ha pensado, y si no se ha pensado, por lo menos, en la manera según la cual se ha intuido se comportarán. Eso, en el caso de la satisfacción, pero como ésta no siempre se da, hay también lo que puede llamarse la confianza en que las cosas a las cuales no se les dedica pensamientos se comportarán como se espera a pesar de no prestarles ninguna atención, sea intencionadamente o por omisión. Un ejemplo viene al caso. Nadie, a menos que se encuentre en un estado mental especial, revisará, en su sano juicio, si la silla en la cual se propone sentarse tiene todas las patas bien o alguna ha sido serruchada, no importa ahora por quién; esta observación es pertinente para quien le guste entrar en detalles irrelevantes. El que se va a sentar, a menos que haya un defecto evidente, considerará la forma del asiento, del respaldo, si elegir ésta u otra silla, pero nunca se detendrá a pensar en la posibilidad arriba mencionada si no le ha ocurrido alguna o varias veces un accidente que tenga que ver con semejante falla. Eso se debe a que la atención no puede dedicarse a todo, hay que seleccionar y enviar una parte a lo que la mente considera como lugar seguro, que no necesita comprobaciones ulteriores. De no ser así, y no se habla de situa-

ciones extraordinarias, nadie podría actuar porque cualquier paso próximo a dar implicaría tal serie de consideraciones previas que probablemente impedirían su llegada al mundo y, en general, toda posible actividad quedaría paralizada. Así actúa la gente normal, y con razón. Aun los que se autodescriben como escépticos creen en algo, aunque no se trate de otra cosa que la pata de la silla en la cual irán a sentarse. Si alguien se propusiera alterar ese tipo de creencias, el afectado casi inmediatamente pasaría a un mundo inseguro, en el cual no se puede confiar en nada, algo que sin duda incidiría en su estado mental y lo trastornaría, si no gravemente, por lo menos seriamente. Algo más peligroso que lo de la silla podría ser cruzar una calle. Para eso, en los lugares civilizados, se marca un paso de peatones, generalmente en las esquinas, y el peatón que se dispone a cruzar sabe que al poner su pie en el pavimento así marcado obligaría al auto que se acercase a detenerse y esperar a que el peatón en cuestión llegara a salvo a la otra acera. Cuál no sería la sorpresa de éste último, si en vez de detenerse, el auto siguiera viajando, aun a velocidad moderada, y la colisión resultante lo tumbara al suelo y estando ahí alcanzara a ver que el auto había continuado viajando y hasta aumentando la velocidad, por lo que no se habría tratado de una cuestión de los frenos, por ejemplo. Qué le digo, doctor, un animal o una, no sé ni me importa, habría que encerrarlos en un manicomio. Estoy escandalizada, comentaría la esposa que habrá venido a verlo al hospital, frotándose el mentón aún dolorido del golpe de la mañana por quemar la tortilla, y pondría la cara más seria de su repertorio, algo que probablemente contrastaría con una leve sensación de placer de revancha enviada por los cielos, algo inusual en todos los días de su vida conjunta, por lo menos hasta ahora. Pero también sería posible que el peatón no estuviera casado, no por eso dejaría de pensar que al chofer le correspon-

dería un castigo ejemplar, eso además de catalogar a su madre como una de esas que andan vendiendo su cuerpo a pesar de su avanzada edad, y pensar que aún ella en su estado deplorable siguiera teniendo clientes. En suma, el hombre cruzó confiadamente la calle, ni por un momento se le pasó por la cabeza lo que podía haber ocurrido, y ocurrió al hacerlo, porque además de la ley, hay convenciones, y cosas así no se hacen. Y él o la que las hacen son anormales, no se comportan de acuerdo con la norma que, de paso, podría ser un tema por sí mismo ya que varía con el tiempo, la sociedad, el régimen, etcétera. Siempre se confía en un más o menos amplio marco de situaciones, objetos, personas que, se supone, no defraudarán esa confianza que sí se puede calificar de ciega, y otra de las razones de esa confianza se debería a que uno también cumpliría con lo que integra al marco, inclusive en el caso del ejemplo del auto. No se habla de conductas extraordinarias, se sabe que un mafioso es habitualmente más desconfiado en asuntos en los cuales el mortal común no lo es, pero aun él tiene su marco de confianza que le permite actuar en su terreno de actividades no automáticas, instintivas o parecidas.

Es lo que tal vez pensara X que, de esta manera, se pondría acaso, conjurar lo imprevisible entre lo previsible, que de eso se trataría y no de algo desconocido que por supuesto tendría la cualidad de imprevisible pero no se referiría de ningún modo a lo que no se puede prever en el ámbito de lo conocido que, de alguna manera, lo fija y lo congela. Eso sería el caos, es cuando surgen esas circunstancias en las cuales lo conocido se muestra bajo un aspecto diferente y, por qué no calificarlo, intimidante por esa misma razón, es como si lo que ocurriera apuntara a una rebelión de parte de lo conocido (cuyo alcance se trata constantemente de agrandar) por atreverse uno a identificarlo con lo dominado, lo que vendría a ser en realidad la clave,

el arma para combatir inseguridades e incertidumbres paralizantes.

No, la verdad es que adjudicarle la calidad de pensamiento es sin duda exagerado, en realidad X quizás intuía, como la gran mayoría, esas cosas sin pasarlas por un filtro de análisis ordenado, sentía que conocía la realidad y sabía cómo desempeñarse dentro de su espacio o afrontar lo que ésta le podría presentar en circunstancias que no sobrepasaran la imaginación civilizada. Claro que no tenía idea, o, más bien, no tendría idea acerca de cómo sería otra realidad inimaginable y por eso temida.

X es un hombre casado, no le gusta que se lo defina de esa manera, pero quién le pregunta. Lleva casado unos diez años con Julia. Es un hombre de edad más que mediana que pone el mayor cuidado para que el gradual avance del tiempo se haga lo menos visible, en otras palabras, se preocupa por, y luego se ocupa de, su apariencia. Es de estatura mediana, cabello negro que tiende a grisificarse pero de eso por ahora es bastante fácil hacerse cargo. ¿Lentes? Pues sí, marco de esos que los anuncios describen como elegantes. ¿Barbita? No, nunca le ha encontrado gusto a la de su socio, Manuel, un empedernido soltero *del alma* que ha vuelto a la soltería *oficial*, quien cada par de semanas se aparece con otra bomba sexual que lo incita, excita, e irrita a X por ese mismo motivo. Manuel no escatima presentaciones, Paula, Iris o Roberta, te presento a mi socio, X. X toma la mano blanda que se le ofrece pero Paula, Iris o Roberta le estampan un beso efusivo en la mejilla y, se supone, tiene que corresponder de la misma manera, pero lo hace con la timidez que le han inculcado, cree, años de casado y, anteriormente, un padre autoritario. Alguna de ellas le sugiere pensamientos pecaminosos porque además del opulento pecho que no oculta para nada, su presión contra el suyo le produce una sorprendente sensación en una región inferior

muy definida. Esa parte suya se ha vuelto mecánica, entra en breve en acción, no siempre a instancias de Julia, cuyo creciente incremento muscular en los muslos, eso piensa él, no demasiado acertadamente, le dificulta la llegada al objetivo, no es uno de esos superdotados de erección permanente que ha visto en alguna que otra película de las que le han provocado más envidia que excitación, ya que sabe que las tales supuestas beneficiarias la fingen en la absoluta mayoría de los casos, eso lo ha leído o ha visto documentales al respecto. A veces cruza por su mente un pensamiento fugaz, el de que en su propio caso, el arriba mencionado, la excitación, cuando se da, como que responde más a una convención, a lo que es apropiado sentir antes que a lo que en el fondo, acaso, y no está seguro, siente, porque no está muy conectado con ese fondo. No es de sorprenderse entonces que el contacto con Julia se haya reducido bastante, debido a su creciente renuencia, que puede justificar con el mucho trabajo que tiene, o a alguno de sus cada vez más frecuentes fracasos en ese ámbito que Julia no ha logrado mitigar, y precisamente por eso ha entrado en un estado de ánimo de no importa, de indiferencia, eso en cuanto a su estado civil y lo que éste demanda. A la relativamente apuesta Julia, algunos amigos y otros no tan amigos le agregan a veces el título de doña Julia. Antes de llegar a ese título social fue secretaria en la fábrica del padre de X, su secretaria personal durante años y en cierto modo se convirtió en su confidente lo mismo en cuanto al manejo de los asuntos comerciales que en la atención de sus asuntos personales, y se rumoreaba que esta parte de sus funciones la ejercía con diligencia y profesionalidad. En cierto modo, siendo su único heredero, el padre introdujo a X a los negocios, lo hizo comenzar desde abajo, como se acostumbra entre los hombres que llegaron al tope por sus propios esfuerzos, en inglés eso suena mejor. Con el tiempo X visitó

bastante las oficinas de su padre y así se fue formando un lazo con Julia que también tenía ideas sobre su propio futuro, que a la larga no podía incluir a su empleador, ya que los años harían lo suyo. La idea de un matrimonio lo tomó a éste por sorpresa y lo puso en una posición delicada, la razón de su oposición no la podía evidenciar y cualquier otra no condecía con sus principios que, contrariamente a los de arribistas comunes, no desdeñaban a la clase inferior. Además, Julia le había prometido que las cosas seguirían como siempre, y, otro además, no era prudente malquistarse su buena voluntad. Y realmente se celebró una boda bastante modesta, culminando con una reducida fiesta familiar. Acudieron los parientes más cercanos, los padres de Julia no, porque se habían separado y su hija no les había anunciado lo de la boda, no creía que hubieran sido lo suficientemente buenos, además sabía el juicio que merecía de parte de su madre por haber salido a trabajar, ésta le había advertido que estaba convencida de que lo que pensaba ocurriría y no se sorprendió demasiado al enterarse de alguna manera que había tenido razón. La vida matrimonial no cambió mayormente las costumbres de la pareja, ambos continuaron trabajando en sus respectivos puestos en la fábrica, Julia siguió su relación con el padre de X, ahora con más cuidado y más espaciadamente por esa razón. No pasó mucho tiempo hasta que X fuera incorporado al plantel directivo y de ahí, luego de una enfermedad que le impidió seguir al frente de la dirección, el padre le dejó entre otras pertenencias la fábrica de neumáticos y otros artículos de goma, pero hacia el final de su vida, algunos años después, le sugirió, o más bien lo obligó, ya que de todos modos estaba implicado en todo lo que ocurría en la fábrica aun en su ausencia, a tomar a Manuel, el esposo de su hija Claudia, de socio. No se puede decir que X estuviera feliz, con esa, llamémosle, sugerencia, pero no podía oponerse a la auto-

ridad paterna y no le dio voz a ese sentimiento, por no decir resentimiento, ya que había que asegurar el futuro de la pobre Claudia, como solía llamarla su madre, quien nunca se inmiscuía en los negocios de su marido, no se atrevía o no le interesaba. Lo que sucedió algunos años después fue que el matrimonio se deshizo, en otras palabras, culminó en un bastante estruendoso divorcio debido, oficialmente, a falta de afinidad de carácter e, inoficialmente, a las frecuentes infidelidades de Manuel. No son socios por partes iguales, X tiene dos tercios más o menos, pero no es ésta una aclaración que haga aquél cuando lo presenta a Paula, Iris o Roberta como su socio, hasta como implicando que es él el dueño mayoritario en la sociedad. Es una sensación que despierta otras en X. El divorcio de su hermana no ha contribuido a mejorar la relación pero tampoco la ha empeorado demasiado, se ha vuelto más formal a pesar de la insistencia campechana de Manuel. Es que el tal futuro económico de Claudia que quería asegurarle el padre ha quedado reducido a las regulares mensualidades que le había asignado el convenio del divorcio; a pesar de su malestar al respecto, X ha optado por la corrección y la civilización. Julia justamente se lleva muy bien con Manuel, que le prodiga cortesías, flirtea con ella, frivolidades que X conoce y hace como si no conociera, y así puede no sentirse obligado a interferencias por su parte. Mejor sin saber que sinsabor, se repetía un adagio que había escuchado en alguna parte, no todo hay que ver, y sobre todo no hay que mostrar que se ha visto porque eso requiere alguna acción, y X, por un ahora largo, no estaba dispuesto a tomar ningún curso de acción. Se está reservando a hacerlo para cuando lo juzgue oportuno. Manuel está invitado a todas las fiestas en la mansión de la pareja, heredada de los padres de X, donde hace los deleites del público femenino, entre el cual no se cuenta Claudia por algún escándalo que armó ahí estando

tomada o bajo la influencia de drogas, eso había comentado secamente su esposa y X no insistió, aceptó la decisión de Julia y no se hable más del asunto, un decir, porque se hablará tanto del asunto que resurgirá cuando menos se lo piense. No se podría decir que Julia haya estado muy contenta cuando el padre de X integró a Manuel a la sociedad pero en todo caso no mostró ninguna oposición, se guardó cualquier reserva que hubiera tenido, algo que por supuesto se puede explicar teniendo en cuenta las prolongadas relaciones con su benefactor a las que no quería renunciar, no porque le encantara seguir las sino porque creía que era conveniente para su futuro y el de X al cual había adoptado como su futuro pensando que algún día podría hacer cambios desde una posición bastante más ventajosa. Ese matrimonio tardío, ya andaba por los 35 o por ahí, le había quitado el temor de quedarse sin medios, ya se sabe que todo lamentablemente tiende a terminarse alguna vez, y el tiempo había hecho estragos, ya no estaba tan delgada, había algunas arrugas en las comisuras y algunas canas en su cabello moreno, aunque el estado atlético estaba bien. Desórdenes femeninos e incluso algunas veces hubo que deshacerse de posibles herederos producto de accidentes involuntarios, por lo menos así fueron presentados por ella, que habían eliminado casi totalmente la probabilidad de algún heredero legítimo. Para lograrlo a pesar de las pocas esperanzas habría que pasar por tratamientos engorrosos, largos y sin éxito seguro; en ese sentido, X no mostraba ningún apuro y parecía aceptar el hecho de que fueran un matrimonio sin vástagos, cierto que vagamente se habló alguna vez de adoptar alguno pero también eso quedó en el aire. Si había frustraciones, Julia las ocultaba bajo una febril actividad en el trabajo; siguió trabajando, como se ha dicho, pero luego de la muerte de su benefactor optó por ser benefactora de sí misma, se dedicó otra vez con la misma fiebre a la vida social,

amigas, tratamientos, gimnasia y comida, a la que se rendía contra su voluntad, como decía, pero cuyo efecto secundario anulaba los resultados de la intensa actividad corporal que practicaba y obligaba a incorporar nuevas recetas para adelgazar que por sí mismas sólo servían para hacer ostensible una intención admirable de hacer algo y hasta lograban tener éxito de vez en cuando.

Un día llama Claudia a X, bastante histérica por cierto, y después de los pedidos de calma de su hermano, le cuenta algo que no lo sorprende en general, pero de todas maneras lo sorprende porque está sucediendo ahora. Resulta que Manuel ha dejado de pasarle la mensualidad convenida, eso ya hace tres meses, Claudia habla a borbotones, pero X entiende que Manuel no contesta sus llamadas, y está desesperada. De alguna manera eso logra sacarlo a X de su pasividad, y el resentimiento constante y oculto asoma la cabeza, debe hacer algo, ¿pero qué? No quiere increparlo directamente a Manuel, eso le dará la posibilidad de inventar cualquier excusa, no es tampoco tiempo adecuado de conmocionar la sociedad ya que están ante un gran pedido japonés, tiene que venir una delegación de ese país y hay que presentarse de la mejor manera posible. X no considera abordar el tema con Julia, ya que sabe que le tiene ojeriza a Claudia que, en alguna ocasión, había hecho alguna seria alusión a sus relaciones con su padre y hasta con Manuel y Julia no se lo perdonó. El único familiar con el que tiene confianza X es el tío Jaime, le tiene cariño al hermano de su padre que posee una buena dosis de sentido común, y tal vez por ahí saca alguna idea. El tío Jaime es viudo, a pesar de la edad la cabeza le funciona bastante bien, está alojado en uno de esos hogares para la tercera edad y X, que de todos modos lo visita de vez en cuando, esta vuelta piensa si puede insinuarle el problema que tiene por delante. El tío no es gran admirador de Claudia, siempre juzgó su casa-

miento como algo negativo, y le critica su falta de entusiasmo en el trabajo que realiza, asistente social, justamente con ancianos a los que trata con distancia, por no decir casi desdén. Se te ve bien, dice X cuando se encuentran en el jardín del hogar. Tiene que repetir lo que dice porque Jaime es algo duro de oídos, pero completa lo que no oye leyendo los labios de su interlocutor, así que X pone cuidado de estar siempre enfrente. Mira, dice Jaime pícaramente, en una palabra bien, en tres, mejor no preguntes. X festeja débilmente la salida. Sigue una conversación algo trillada hasta que le pregunta al tío por su edad, pues más allá de los ochenta, dice Jaime coquetamente, implicando que los ha pasado hace rato. Pues te deseo que sigas así hasta los ciento veinte, comenta X, pero el tío tiene la respuesta preparada, no gracias, ya me dieron más y no quise aceptar. Sin embargo, cita a algunos de los amigos, y hasta a un miembro de familia que eran más jóvenes y sin embargo fueron al lugar donde es seguro que los jubilados no tienen que hacer cola, eso te lo digo porque estando en la cola del cine alguien me dijo que los jubilados no tienen que hacer cola y yo le comenté eso del único lugar, y no le gustó lo que dije, estaría pensando en sí mismo. X nota que cuando Jaime habla de aquellos que ya se fueron, sus ojos adquieren un brillo inusual, que interpreta claramente como una especie de triunfo temporario sobre la muerte, ya que se sabe que al final es ella la que sale ganando, pero Jaime parece sentir una pequeña satisfacción o consuelo por haber seleccionado la parca a quien cronológicamente él tenía que haber precedido. X pasa a hablar de la familia y ahí Jaime le dice en general, volviendo sobre el tema de todas las visitas, que eso de Claudia es lamentable, él la previno contra ese matrimonio pero ella se encandiló con ese vividor y ya ves lo que pasó. X no le cuenta sus tribulaciones, pero como quien no quiere la cosa le habla de una amiga que tiene un pro-

blema parecido al de su hermana. Jaime se interesa, da una opinión, si él fuera el padre lo agarraría al tipo por las solapas y le sacudiría el dinero de los bolsillos, o tal vez haya otras maneras de inducirlo a pagar, enviarle a alguien que le haga una oferta que no pudiera rehusar, como se dice. A X no lo sorprende la animosidad del tío, al parecer ha adivinado su poco sutil subterfugio. El tío pregunta por Julia por la cual tampoco tiene simpatía, parece implicar algo pero no va más allá. X sigue hablando un rato, banalidades, el tío a pesar de no decir nada práctico lo ha turbado, y finalmente se despide con un abrazo, se da vuelta para echar una última mirada, y al levantar la mano en señal de saludo repara en que Jaime, antaño un hombre fuerte y apuesto, se ha como encogido, esos consuelos de que otros lo hayan precedido le parecen pueriles, y sin embargo hace un esfuerzo por entender que a esas alturas de la vida ya no quedan muchos consuelos. Fuera de la indudable simpatía del tío, X no ha salido con nada concreto y como, por lo menos psicológicamente, se ha hecho cargo de la situación y ha reconocido que le atañe, se devana los sesos tratando de llegar a algo objetivo. Para él, Manuel es un vanidoso sin remisión, le gustan las mujeres, le gustan los aparatos, los autos, tiene uno rojo sport equipado con todos los adelantos para presumir con sus conquistas, y sin embargo no trabaja mal, no le falta habilidad en las relaciones sociales, es él el que consigue no pocos contactos, el de Japón, por ejemplo, X le reconoce ese talento pero lo resiente y cree que tiene que darse maña para afrontar las cosas solo, tiene que considerar las alternativas conflictivas de obligarlo a pagarle a Claudia, nada fácil, o librarse de Manuel, difícil, o neutralizarlo en la fábrica, más difícil aún. Para empezar le propone algo poco habitual, ya que en general no tienen grandes conversaciones, ir a un café a charlar, implicando que no quiere que esa conversación particular trascienda en la

oficina para no crear revuelos innecesarios. Manuel encuentra un hueco entre sus múltiples actividades, trabajo, mujeres, Julia, y se dan cita en un lugar céntrico, pero en cuanto entra, lo saludan a Manuel, hombres, mujeres, le estrechan la mano, le dan palmadas en el hombro, uno que otro abrazo, besos. X mira y envidia pero se mantiene en el molde, acepta con un forzado amago de sonrisa alguna que otra presentación, finalmente termina la avalancha de conocidos y se van a sentar en una mesa libre, algo apartada, y tratan de hablar y hacerse escuchar por sobre el bullicio general. Sin duda Manuel ha elegido ese café porque tendrá continuación con otros encuentros o tal vez una nueva conquista, piensa X, al que le gustaría poner en práctica literalmente la idea del tío, que por ahora sólo queda en el ámbito imaginario. Campechano, Manuel pregunta al camarero, sugiere, ordena dos copas de vino sin darle demasiado tiempo a X a dar voz a sus dudas, no tiene tiempo para largos debates sobre qué se quiere o no se quiere. Bueno, dice Manuel con una sonrisa saludando de paso a alguien con la mirada, ¿de qué querías hablar tan misteriosamente? X carraspea, ha llegado el momento de decir algo, y con voz ronca dice lo primero que se le ocurre a pesar de todas sus preparaciones mentales: pues deberíamos hablar de ese encuentro con los japoneses. Manuel se sorprende de que éste sea el tema, de eso se podía hablar en la oficina, pero de buen grado, está de excelente humor, le explica a X durante unos minutos la estrategia a seguir, éste asiente y de vez en cuando echa leña en el horno de la locomotora para animarlo a Manuel a seguir, pero ni falta que hace porque está muy animado. Y ya que está de explicaciones, le habla del fantástico fin de semana con Olga (algo nuevo en el horizonte con el que X está generalmente familiarizado), un paseo magnífico a un lugar al lado del mar, el hotel con sus ofertas y sus atenciones, Olga no menos magnífica, tendrías

que verla pero ya sé, eres un marido fiel y no intentaré corromperte. Y el nuevo artefacto que he instalado y que te guía a todos lados, una maravilla, debieras tener uno, si quieres te lo consigo y te lo hago instalar, hay que modernizarse, cuñadito o socio, lo que prefieras. X diría que prefiere a Olga a eso, no lo dice pero lo piensa y hace un leve movimiento con la cabeza que Manuel interpreta como asentimiento a su proposición. Bien, pasado mañana te lo instalo, el manejo es muy simple y hasta lo consigo con descuento. X no tiene fuerza para oponerse, le preocupa lo otro, a lo que ha venido realmente. De pronto se hace un silencio, los temas se han agotado, el vino se ha terminado y Manuel ordena otra vuelta, X echa una mirada alrededor, algunos se han ido, nuevos han venido, finalmente con voz débil dice: me ha llamado Claudia. ¿Y?, ¿cómo anda?, hace tiempo que no sé nada de ella, le paso las mensualidades pero de su parte no hay nada fuera de que me entero por la cuenta de que ha cobrado, profiere Manuel, sonriente, pero se siente la tensión por debajo de ese gesto amistoso. Si será caradura, piensa X. Pues ella dice que hace tres meses que no recibe nada, dice. ¡Pero si será caradura!, exclama Manuel, y tú le creíste. Te puedo mostrar, si bien no tengo obligación de hacerlo, los cobros mensuales, no me importa que veas mis cuentas, al fin y al cabo somos socios y en cierto modo parientes, Manuel se desborda en su ataque de justificaciones y X siente que se va encogiendo, más o menos como el tío Jaime. Se acuerda de eso del zarandeo que éste recomendó y dice que él no tiene por qué andar revisando cuentas privadas por más socios que sean, su hermana está alterada y... Sí, alterada, lo interrumpe Manuel, eso es lo que está, pero yo no te pido que me creas, te quiero demostrar cómo yo cumplo y me tengo que aguantar, al parecer de X iba a decir "a esa histérica" pero se contuvo, de todos modos sigue siendo la hermana. Sabes qué, dice Manuel, déjame llamar-

la y solucionamos el asunto en seguida. No, la llamaré yo más tarde y te haré saber, X se quiere salir de la situación engorrosa, no le cree demasiado a Manuel pero en cuanto al estado mental de Claudia tampoco está muy seguro, así que opta por lo de siempre, posponer situaciones desagradables que lo obliguen a hacer algo desagradable. De todos modos verifica y verás, y yo te instalo ese artefacto, y vuelvo a recomendarte el hotel, qué digo, te lo encargo para este fin de semana, Julia va a estar de acuerdo, estoy convencido y si hace falta la convenzo a ella también, remata Manuel. Con eso más o menos se da por terminada la conversación, siguen algunas banalidades, X se levanta y se despide y desde la salida del café ve como su lugar en la mesa es ocupado inmediatamente por una mujer de muy buena apariencia y amplia sonrisa. Cuando vuelve de la oficina a la noche y le cuenta la conversación con Manuel omitiendo a Olga y a su hermana, la idea del hotel no le cae mal a Julia, hace tiempo que no salimos a ningún lado, observa, me parece muy bien que tengas iniciativas aunque no sean tuyas, algo así tenía que decir, piensa X que, no obstante, se sorprende de su repentina dosis de buena voluntad a pesar de dorar la píldora (así se dice, ¿no?) con una leve capa de amargura matrimonial. Tal cual lo prometido, Manuel lleva el auto de X y le instala el artefacto que lo ha de guiar por caminos desconocidos y le permitirá, en primera instancia, llegar para el fin de semana, al mentado hotel. El precio resulta obviamente caro pero X decide no sacar el tema del dinero, ya el proceso está en marcha y para qué ponerle palos a las ruedas, se resigna, se ha dejado tentar y ahora cualquier comentario podría ser contraproducente. Julia ha ventilado su mejor guardarropa, algunas cosas ya no le van tan bien pero quedan bastantes para la gran maleta. X es menos meticuloso con los preparativos, un bañador, unas camisas livianas, jeans, zapatillas, Julia insiste en que lleve

la raqueta de tenis, tienes que ser juvenil, lo reprimenda ante sus amagos de protesta de que no ha jugado en años, pues eso volverá, no te preocupes, le asegura. Es así que la mañana del viernes llega, el turismo plateado de X carga con lo que debe cargar y se embarcan en la aventura. X ha aprendido a usar el aparato, le indica el punto de salida y la dirección y de ahí en adelante aparece una voz agradable de mujer indicándole el camino, dónde y cuánto seguir derecho, en qué salida de la rotonda ubicarse, no te hace falta ningún mapa, ha dicho Manuel, y efectivamente la voz lo acompaña y hasta lo tranquiliza cuando durante un tiempo que le parece exagerado calla, pero reaparece cuando hace falta y sigue con las indicaciones. Son casi tres horas de viaje, el tráfico está cargado, pareciera que todos han decidido ir en la misma dirección, X está un poco tenso pero Julia parece transmitir una calma olímpica, va cambiando de música, luego escucha el pronóstico del tiempo, luego se pinta las uñas y le pide a X que no salte, después se pone a leer una revista. De vez en cuando lanza un comentario sobre la prudencia de haber llevado un mapa, su prudencia, porque ella lo ha hecho, y cuando X la mira de tanto en tanto, controla la señalización del itinerario y se declara satisfecha; cuando X observa que no hacía falta, ella le contesta que qué pasaría si de pronto el famoso aparato dejara de funcionar y estarían Dios sabe dónde sin tener idea acerca de cómo seguir. X calla, algo de razón tendrá ella pero no quiere concedérsela, ese viaje que no lo ha entusiasmado, por decirlo apocadamente, todavía le pesa. Lo que sí lo entusiasma es esa voz que aparece y lo emociona y desaparece y lo decepciona, pero siempre tiene esperanzas de que vuelva. En la oficina ha estudiado el mapa general que está ahí, nota que pasa por lugares conocidos y le ha cobrado plena confianza al artefacto como contrapartida a la poca que le tiene a Manuel, quien, extrañamente, se ha hecho

acrededor a una felicitación y un agradecimiento. En cierto momento casi le habla a la voz a pesar de saber que se trata de una comunicación impersonal en una ruta de sentido único. Esa voz que ya dura tanto tiempo, le hace casi obviar la presencia de Julia con sus actividades enervantes, si sólo se quedara quieta, deseo vano. Tímidamente le ha pedido que no ponga la música a todo volumen, no le permite escuchar la voz y ella ha aceptado de mala gana. Puede imaginar en algunos momentos que la voz le habla con especial cariño, cae en una especie de ensueño del cual lo saca un grito de Julia, ya que se ha distraído y se ha salido hacia el arcén. Julia le pregunta si está borracho y si quiere que ella conduzca, no, no está borracho, y por supuesto no, no está dispuesto a que ella conduzca y lo desconecte de la voz femenina que le habla personalmente y que le produce esas turbaciones que no sentía desde hacía tiempo. Ese casi contratiempo lo ha despabilado, pero sigue tratando de imaginarse el cuerpo y la cara detrás de esa voz, es cierto que parece grabada porque tiene una especie de tono mecánico y tal vez venga de un satélite, pero X le encuentra encantos imprevistos para él, por supuesto. ¿Será alguna Paula, Iris, Roberta o una semejante?, no, les conoce la voz por su encuentro breve. Tal vez la nueva adquisición, Olga, a la que no ha conocido. Pero qué tontería, ¿qué puede tener que ver esa mujer con alguna de las conquistas banales de Manuel, por el sólo hecho de haber él instalado el artefacto? O más bien, hecho instalar. ¿Hasta dónde puede uno desvariar en ese largo camino?, se pregunta X en un cada vez más infrecuente destello de lucidez. La adorable cantilena, que para él no es tal, sigue, seguramente sin darse cuenta de la conmoción que provoca, doblar a la izquierda dentro de tanto y tanto, se acerca otra rotonda, tomar el camino del medio, otra salida a la derecha, y finalmente oye que Julia larga un prolongado ¡uf!, porque el hotel que responde a la descrip-

ción de Manuel está repentinamente a la vista. Terminó la compañía de la voz, hay que aparcar, lo hace un botones que antes saca las maletas del baúl, se encaminan a la recepción, el agua en la fontana interior aturde a X al que espera la sonrisa artificial del empleado, artificial todo él, sí señor, su cuarto ya está listo, reciban un folleto con las múltiples actividades que ofrece el hotel, que parece empeñarse en que los huéspedes que vinieron a descansar no tengan un momento de descanso, comenta socarronamente Julia. Pero en cuanto toman posesión del cuarto se pone a estudiar los programas de actividades y elige algunas, casi no descansan, se van a la piscina, juegos infantiles, piensa X arrastrado a la fuerza a ese torbellino, después una sesión de yoga o viceversa, arco y flecha, tomar el café, tenis con algún desconocido, después cena, después discoteca, en algún momento X cree que la imaginación le está jugando una mala, o quizás buena, pasada, ya que cree haber escuchado la voz que tanto lo ha fascinado, mira alrededor, se expone a las miradas curiosas y burlonas de Julia que inquiere por su repentino interés sin recibir respuesta, bailan, X torpemente, y bastante después de medianoche vuelven al cuarto, y ahora es Julia la que lo atrae, lo envuelve, X protesta débilmente, el cansancio, etcétera, pero ella lo desnuda después de hacer ella lo mismo, y para su gran sorpresa se encuentra encima de ella, adentro de ella que murmura algo vago, un nombre que no es el suyo, pero él oye otra voz, la de la carretera que le va indicando qué hacer, cómo hacer, dónde parar y cuándo seguir, Julia ha dejado de existir y se ha transformado en esa otra imaginaria, y, para su gran sorpresa, esa atracción lo lleva a una culminación que hacía tiempo no experimentaba, la voz se ha retirado, él también y ahí está al lado de Julia que ha vuelto de no sabe dónde y lo mira con no disimulada admiración. Muy buena idea ha tenido Manuel, comenta, estás hecho una

fiera. X preferiría que no hablara, no puede impedirlo pero su silencio acompañado de un gesto afirmativo tal vez lo logre, y después vienen las rotondas, ésta vez no hay quién le indique cómo continuar, se encuentra en la ruta y viaja a la deriva buscando carteles conocidos, el mapa no lo encuentra, un auto de policía le indica que se aparte al arcén y se detenga porque molesta al tráfico, no tiene los documentos que le piden, lo sacan del auto, lo llevan a una celda oscura, le cae agua encima, agua fría, repelente, trata de llamar, de gritar, una voz femenina le dice algo, qué te pasa, lo zarandean, y ahí está Julia mirándolo preocupada, qué te pasa, está completamente sudado, pues si eso es lo que pasa cuando haces el amor, mejor no lo hacemos, dice Julia, se da vuelta y se duerme inmediatamente, X sale al balcón, se ve el mar débilmente iluminado, siente un poco de náusea pero el aire fresco de la noche lo recompone, no puede dormir, se viste con *shorts* y una camiseta y baja al *lobby* y de ahí sale a pasear por un sendero, hay poca gente, algunas parejas, otra vez esa voz que no sabe si le viene a los oídos desde adentro o desde afuera, actúa como contrapesadilla a la que estuvo teniendo hace poco, se convierte en una especie de sabueso que busca y husmea, provocando imaginarias burlas de Julia que duerme tan tranquila, se sienta en un banco, está agotado, y sin darse cuenta se duerme tranquilamente arrullado por el ruido acompasado de las olas del mar, y sólo los trinos matutinos de los pajaritos lo devuelven a la realidad de ese hotel, retorna a su cuarto, Julia no está, habrá ido a la piscina, piensa, se acuesta, y otra vez, zarandeos, vamos, es Julia, espera el desayuno, además, ¿dónde estuviste?, me desperté y estaba sola, ¿no te habrás encontrado por ahí una aventura o más bien una aventurera?, X sonríe, no, no tengo intereses tales, comenta, y al final de esa noche tan activa que no estaba en el programa del hotel se van a comer el desayuno que prome-

te ser delicioso, así reza la foto en el ascensor, gente feliz sonriendo como demostración, coloridos exagerados, manjares comunes, exóticos, panes, tortas, postres, sólo faltan los olores. X está cansado, Julia radiante, él no le pregunta dónde estuvo, todavía está en otra parte. ¿En esa otra parte también figuraba la voz de Manuel? Estás desvariando, se dice, y siguiendo a la camarera se sientan en la mesa indicada y después de un breve intervalo de nada en el que no admira ni el decorado, ni los cielos rasos en los que se han gastado una fortuna, ni los mármoles, ni el mobiliario, manteles, servilletas, todo haciendo juego perfectamente, se levanta detrás de Julia en camino al mostrador, un plato, cubiertos, ensaladas, pan, huevos, y de vuelta a la mesa y la taza de café. En una mesa no lejana se oye una viva discusión entre una pareja, algo sobre una infidelidad escandalosa, ella dice, qué dice, chilla que él la engaña con un semejante, qué le habrá encontrado, la barba tal vez, a lo que viene la respuesta gritada del hombre de que en todo caso es preferible a la suya; en otras mesas se pueden observar sonrisas, como decía alguien, la tragedia de unos es la comedia de otros, comenta secamente X, pero calla al notar que Julia no le presta atención y tiene la mirada perdida, ahí en la piscina, X no distingue nada especial, no todos los hombres con barba son necesariamente Manuel. No me contestaste dónde estuviste, repite en voz alta su demanda no formulada de hace una hora. No me preguntaste pero te diré, me desperté, fui al bar, encontré a mi amante, fuimos a su cuarto, ¿estás contento?, Julia ha perdido el humor, y, en realidad, X también. Ese día cada uno se ocupará de sus asuntos, él se ha traído algunos archivos de la oficina y su computador portátil, se va a la piscina, se sienta en la sombra y se pone a trabajar mientras Julia va al gimnasio, y a todo el resto de las actividades del día, además también incluye una visita a la playa. Hacia la noche

X hace un amago de reconciliación y es así que la escena tórrida de la noche anterior se repite, X está asombrado de sí mismo, pero la mañana que despunta parece devolver los ánimos agrios de la mañana anterior, y X finalmente anuncia sorprendentemente, sorprendiéndose a sí mismo, que tiene que volver a la oficina esa misma tarde para preparar la reunión con los japoneses. Julia da muestras de una leve sorpresa pero su oposición a esa ruptura en el programa original es más leve aún. La verdad es que han sido demasiadas turbaciones para X que ha seguido soñando con la voz que tantas emociones ha despertado y el adelanto de su partida se debe, además de las desavenencias con Julia, al ferviente deseo de retornar a los sentimientos y a los ensueños con esa misteriosa mujer, claro que podría ser que en el camino de vuelta hubiera otra voz que lo guiara pero X confía, sin demasiado fundamento, que será la misma, y aunque no lo sea tal vez el satélite esté equipado con voces de parecido atractivo, al fin y al cabo tienen que hacerle compañía al viajero durante horas, es más que una conclusión avalada por una larga experiencia personal, un deseo avalado por emociones íntimas de corta duración. La despedida ni llega a serlo porque cuando X se interesa por el paradero de Julia para hacerlo, ella se ha ido a la playa, así que le deja una nota fría y correcta al pie del espejo de la cómoda. Junta desordenadamente sus cosas en la maleta, paga la succulenta cuenta y se instala en el auto, lo pone en marcha y va saliendo hacia la ruta, han sido dos días muy diferentes en su rutina habitual, y para volver a sus ensueños aparece la voz, la misma pero al parecer un poco ronca, que comienza a indicarle, cariñosamente siente X, seguir derecho 500 metros, doblar a la izquierda, seguir adelante a la rotonda, tomar el tercer camino. X ha vuelto a sus ensueños y no está Julia para fastidiarlo con sus incesantes actividades de las uñas, la crema, la música ruidosa, la re-

vista que en una de las vueltas casi le tapa la vista, será por eso que se salió al arcén, es una posibilidad real y no el ensueño debido a la misteriosa mujer que da las instrucciones. Ahora lo acompaña una música clásica, cree que es Brahms, la locutora de la radio ya le informará, pocos autos hasta ahora, uno parece seguirlo a la distancia pero tal vez simplemente mantiene la misma velocidad baja, X no está apurado, estaba apurado por irse pero ahora que lo ha hecho nada lo presiona, no reconoce el camino, cierto que visto desde una dirección opuesta a la venida la ida de vuelta no se le parece, piensa para tranquilizarse, pero por qué preocuparse, a cada rato irrumpen suavemente las instrucciones. La leve ronquera de la voz se podría explicar por el constante uso, pero si estuviera grabada, no sería así, y por lo tanto X opta por adjudicarle una presencia humana y real, no un mero servicio virtual que también lo fascinó pero ahora tiene la virtud de tenerla casi al alcance de la mano, por así decirlo. De repente ve que el tanque de gasolina está a un cuarto o menos de su contenido, en su atolondramiento no había reparado en eso antes, pero no hay por qué preocuparse, ha visto muchas estaciones de servicio en el camino al hotel y seguramente habrá una que otra en el de vuelta, se calma. Se tranquiliza por algún tiempo pero sus preocupaciones resurgen, los kilómetros se van acumulando a medida que la gasolina va mermando, algo previsible pero no obstante al no reconocer nada en el camino que haya visto como por ejemplo una estación de servicio para mencionar algo, X vuelve a sus preocupaciones, la voz le sigue indicando el camino, pero ¿qué camino? ¿Podría ser que no haya puesto correctamente el dato de su dirección y por eso habrá desorientado a la voz? Pero también podría ser que la elección del camino ahora sea diferente, vaya uno a saber los designios de esas naves que flotan en las altas esferas cerca de alguna divinidad o hasta sería posible que

esa misma divinidad dé las instrucciones, y ahora nota un tono impersonal en la voz que le sigue indicando la ruta desconocida a ninguna parte, le sigue confiando pero necesita una comprobación que, de alguna manera, reafirme esa confianza. Decide detener el auto, se sale de la autopista en la primera oportunidad y mira el mapa que ha estudiado Julia antes con tanta dedicación. Pero, ¿qué es esto?, casi exclama X, un mapa de la ciudad que no tiene ni asomo de señales de carreteras, ¿se estaría ella burlando de él?, o quizás se habrá llevado el mapa correcto en su bolso y éste sea simplemente parecido pero no tiene nada que ver con lo que necesita en este momento. Con el ánimo caído vuelve a la autopista, la voz retoma las instrucciones, el auto que lo estaba siguiendo está a la misma distancia de siempre, pero X está muy intranquilo.

En la oscuridad X repasa lo ocurrido. Cuando detuvo el auto y revisó el mapa su seguridad había flaqueado un poco pero siguió adelante acompañado de la voz, qué tonteería pensar que fuera impersonal, la duda no era buena consejera y podía influir y agriar ese romance que tenía con la desconocida, vamos, no te dejes vencer por ser un tonto y no cargar el tanque de gasolina. Pero justamente éste decidió jugarle la mala pasada a los pocos kilómetros y lentamente el auto se fue deteniendo, una que otra tos del escape y ya, estacionamiento en el arcén sin ningún auto a la vista, el celular no le sirvió demasiado porque llamar a auxilios sin precisar el punto en el cual se encontraba permitió algún comentario divertido del otro lado de la línea, que terminó con el consejo de que tratara de ubicarse para que pudieran ubicarlo. Sin que lo notara un auto se detuvo a su lado y a través de la ventanilla abierta una joven mujer le preguntó si necesitaba ayuda. Le había parecido raro que justamente una mujer hiciera algo tan inusual, un hombre vaya y pase, pero tenerle confianza a un extraño con todo

lo que ocurría en las carreteras. Sin embargo no era cuestión de andarse con remilgos, sí necesitaba ayuda, muchas gracias, me he quedado sin gasolina, una tontería imperdonable. No sea severo con usted mismo, dijo la mujer, a mí me ha ocurrido varias veces, suba y lo acerco a una estación de servicios. ¿Usted sabe dónde estamos?, pregunta X esperanzado. Estamos en la carretera M5, el lugar justo no lo sé, pero en la estación de servicio seguramente le indicarán, suba nomás. Ella no dijo, qué otra le queda, pero lo insinuó con su tono de voz. X estaba tan turbado por todos esos contratiempos que casi juraría que la voz de la mujer se parecía a la que lo había guiado hasta ese lugar, pero pensó que realmente estaba perdiendo el juicio así que por el momento no trató de averiguar algo sobre la inesperada autora del socorro. También se le ocurrió que el auto se parecía al que lo había seguido pero la distancia era siempre demasiado grande para identificaciones, y además, ¿qué importaba? Ya había oscurecido hacía casi una hora y estar sentado en su auto no servía de nada, así que aceptó la invitación gentil, la calificó de esa manera, se sentó al lado de la conductora que arrancó inmediatamente. Al mismo tiempo un aparato que estaba callado se puso a hablar dando indicaciones como las que él había estado recibiendo, seguir derecho, doblar a la izquierda, en la rotonda tomar el tercero, pero hay algo que lo asombra, la voz es la de un hombre y hasta hace unos instantes, en ese mismo camino era la de una mujer, la que lo había hecho soñar. Era el mismo camino, ¿se trataría de un cambio de guardia? Otro pensamiento ridículo, no podía haber cambios de guardia en mensajes grabados y éste, y por qué no admitirlo, también el anterior eran grabaciones como cuando la telefónica indica un número de teléfono, cifra a cifra. X se devanaba los sesos pero con lo alterados que estaban no se podía esperar que de ahí saliera un pensamiento que aclarara un poco las interrogan-

tes que, inesperadamente, se iban planteando y acumulando. Tal vez una conversación con esa mujer atractiva permitiría alguna información pertinente. X, contrariamente a su natural timidez, se embarcó en una conversación trivial, el tiempo, la carretera, las distancias, resulta que ella también venía de su ciudad, que trabajaba en una oficina de abogados, que era soltera, que tenía un novio, bueno no tan novio, más bien un picaflor pero esperaba amaestrarlo y volverlo sedentario. A medida que hablaba, y tal vez como contraste a la voz del aparato, la suya le parecía familiar a X pero no podía ubicarla. A su vez él le había contado que era un hombre casado, quizá eso la había hecho pasar a un terreno más personal, que venía de un hotel, y en el camino de vuelta se había perdido. X tuvo la sensación de que todo lo que decía era conocido pero ella lo dejaba hablar para que se tranquilizase. Él podía haber pensado que ella era una asaltante o alguna de esas que complican a un hombre y después lo extorsionan, pero ya no valía la pena seguir en esa vertiente, ya estaba ahí y lo que viniera, pues que venga, estaba fatigado y se le cerraban los ojos. Por eso se sobresaltó cuando el vehículo se detuvo y se dio cuenta de que estaba en una estación de servicio no muy iluminada, no parecía que hubiera alguien ahí, en todo caso ella le indicó que había llegado a su destino y debía bajarse. Al salir del auto despidiéndose a través de la ventanilla abierta, X se presentó y le agradeció la gentileza que ofreció retribuir si tuviera su número de teléfono; ella sonrió, y al poner el auto deportivo de nuevo en marcha comentó que cualquiera haría lo que hizo, le deseo buena suerte, me llamo... pero el ruido del motor tapó sus últimas palabras, y rápidamente se perdió en la noche. Si X estaba aturdido antes, ahora más aún, la confusión se había apoderado de su mente. Creyó haber escuchado parte del nombre pero no estaba seguro. De la oficina de la estación salió un hombre, jeans,

zapatillas, camiseta celeste, cabello negro, barbita, ¿qué se le ofrece? X contó lo que había ocurrido, tal vez un taxi podría acercarlo al auto con un galón de gasolina y ya se vería qué hacer, por lo menos no dejarlo abandonado en la carretera. El hombre se rió como si hubiera escuchado el mejor chiste del año. Apareció otro hombre con una furgoneta que X no había advertido y se ofreció a ayudarlo por una suma, lo que sea, murmuró X, y con el galón se fueron a buscar el auto al que nunca llegaron. En todo caso X no recordaba nada, algo de un rescate, un complot, Manuel, Julia, todo mezclado, y también tal vez la misteriosa Olga, la voz.

Ha pasado mucho tiempo. Ha llegado el momento del ajuste de cuentas que sigue al ajuste de cuentas que le han hecho. X se pone en camino, está resuelto a pagar de otra manera lo que le han cobrado. Ahora X es realmente X, ya no tiene nada fuera de estar en posesión completa de su absoluta falta de identidad.

LLAMADAS

Mirar en la tele un partido de tenis que no se ha visto, pero cuyo resultado se conoce de antemano, y si es posible desconectarse del tiempo presente (mi intención por un rato), se puede suponer que tal ha de ser la manera de rozar la divinidad, y si no es para irse tan lejos, por lo menos es como mirar un drama que ahora es drama no tanto por el qué sino por el cómo. Ahí está el afán de los jugadores que se empeñan, corren, sudan, no sabiendo lo que una sabe desde hace tiempo. Asimismo, hay que agregar a los comentaristas con sus observaciones simultáneas que pueden apreciarse como videntes o necias, pronostican lo uno y lo opuesto con la misma seguridad, se suman las reacciones particulares de los esperanzados o desesperados que pueden ser cínicas, patéticas o cómicas, y hasta puede resultar una combinación de las tres variantes. Podría darse, por ejemplo, la situación increíble en la cual el perdedor estuviera por ganar cuando se sabe perfectamente que está destinado a perder a pesar de la impresión positiva que crea, como si lo hubieran decretado fuerzas superiores que ayudarán oportunamente al ganador del partido a zafarse de la situación engorrosa a pesar de la acumulación de todos sus errores no forzados, como se dice en la jerga implicando que se trata de tonterías que uno hace sin poder achacárselas sino a uno mismo. Se mira y se sabe que, contrariamente a lo que se ve, las cosas no se resolverán como pintan sino al revés. Eso es posible

hoy en día en el deporte porque se graba y se puede reproducir lo que ocurrió, pero lo importante e invariable es el resultado que se conoce. Entonces, ¿por qué mirar un partido del cual se conoce el resultado? ¿Revivir una experiencia? ¿Acaso masoquismo? ¿Regodearse otra vez con la derrota del no preferido y/o con la victoria del preferido? ¿Confiar, de alguna manera, en que el resultado que se conoce se deba a una equivocación, no importa de quién, y el partido mismo se encargará de hacer la corrección anhelada? Pero esa gente que juega ya no es gente, son imágenes virtuales sin la base de realidad de figuras actuales y simultáneas de lo que ocurriría en la realidad, y no en una visión postergada del partido. Es como una película, pero sin ningún elemento artístico, sin una voluntad discernible detrás de lo que ocurre, a menos que una sea religiosa o haga comparaciones como, por ejemplo, sí, yo sé, y por eso me puedo considerar un dios en cuanto a lo que saben esos que están lidiando en vano en la pantalla. Es lo que les gustaría a los religiosos inferir, sin ninguna base rigurosamente lógica, una inferencia quizás humanamente necesaria pero no suficiente para confirmar la existencia de un dios que hizo todo esto (abarcando el panorama con amplio gesto de las manos). ¿Es el partido, así visto, una película de ficción o, acaso, una ficción de película?

Me gusta el tenis y estoy como repasando mentalmente el partido que he estado viendo antes de irme a la ducha, estaba aturdida, me dolía la cabeza y fue lo primero que se me ocurrió, prender la tele y dejarme llevar por alguna bobería inocua, pero lo he dejado al rato porque me estaba aburriendo ya que de todos modos no parecía, en lo que estaba viendo, que el futuro ganador estuviera corriendo grandes peligros aun en las vicisitudes supuestamente duras del partido. Ahora que estoy en la ducha suena el teléfono. ¿A esta hora? El agua ha estado muy buena, me ha acaricia-

do, me he acariciado y me he sumergido en pensamientos sobre algo distante, quizás para salirme del presente, más allá de la ducha. Del champú emana un aroma agradable. Extrañamente, el lugar es lo suficientemente grande como para moverse sin dificultad y no chocar los codos con los azulejos. Esa es una de las cosas que me gustan, porque generalmente no es así, una tiene que mantenerse con las manos casi cerca del cuerpo, y ya no hablo de la ducha misma, que la obliga a una a acercarse a la pared de donde sale el chorro, y de éste también se puede hablar bastante, pero aquí se está portando muy bien y no tengo ganas de terminar con esta repentina tranquilidad después de los nervios de la noche que también incluyeron esa relación, o lo que fuera, con su malhadado incidente. Estaré un poco pasada de peso pero no estoy mal, así lo he visto en el espejo antes de que los vapores lo empañasen. Firmeza de carnes, pechos generosos, lo de abajo no desentona y hasta se atreve a sugerirme levemente cosas que en mi estado nervioso actual me parecen lejanas. Un alivio corporal que funcionaría en otras circunstancias no viene al caso. No seré una actriz de cine pero aun entre éstas se pueden encontrar ejemplares que no necesariamente apuntan a una Julia Roberts, para mencionar a una de esas anoréxicas que dominan y determinan la moda de las ingenuas que creen poder parecérseles a aquellas con sólo bajar unos kilitos. Yo no estoy en ese rubro, sí, hay que conservarse, pero no enloquecer. Estoy cantando bajo la ducha, no sé exactamente qué, el agua me inspira y como no tengo que rendirle cuentas a nadie, a ese pensamiento fugaz me entrego, puedo cantar tonterías, desafinar, hacer lo que me dé la gana, así creo en este momento, pero por debajo pugnan por asomarse la inseguridad y el desasosiego que trato de mantener fuera de la ducha, no quiero que se infiltren y me amarguen la vida, aun aquí. No sé cómo escuché el teléfono con el

ruido del agua, bueno, eso de no sé se aclara pronto, el celular lo coloqué sobre la cama para precisamente esta circunstancia. Por otra parte, no estoy tan segura de haber escuchado el sonido, ¿será quizás la imaginación?, ¿la ansiedad?, ¿el querer y no querer que llamase?, ¿y cómo llamaría?, ¿y si no fuera él?, ¿quizás debiera ser yo la que llame, considerando?, mi mente comienza a vagar por otras posibilidades fantásticas y menos preocupantes por lo irreales en las presentes circunstancias. ¿Y si se tratase de una de esas llamadas, hartamente improbables a esta hora, de compañías que te quieren vender cualquier cosa?, ¿o de un breve sondeo si usted lo permite?, ¿qué piensa del servicio de la telefónica?, ¿cuántas veces por día habla? No, no quiero participar, les he dicho siempre. Ah, y están los otros, la asociación por la alimentación racional de animales, la protección de las ballenas, los aquejados de ésta u otra enfermedad, un trasplante, una colaboración les ayudará, el recibo le será enviado por correo, cualquier suma (que no resta, obviamente), gracias, llamaré otro día si tiene que salir en este preciso instante. ¿Cómo, no me cree? Pues francamente podría usted regalar un minutito, es todo lo que se necesita. Pero me tengo que ir. Señora, disculpe que sea insistente, pero este trabajo es bastante ingrato, eso de andar rogando a desconocidos a que accedan a ser mínimamente generosos. Silencio de mi parte. Está bien, si no puede la llamaré mañana, espero no molestar. Que amable que es esa gente, yo en su lugar seguramente habría salido con una serie de improperios y ya no me importaría que esa tipa, que sería yo misma para el caso, se ofendiera; se lo merecería, se le pide una miseria y no desaprovecha la oportunidad para mostrarse miserable. Pero al fin y al cabo yo nunca me metería en un trabajo semejante, si de eso se estuviera tratando, menos mal que estoy en la ducha y no me tengo que medir con esos suplicantes de tu atención

que, si dejasen de lado su artificial zalamería, ya te hubieran acogotado hace rato. Pero no te da vergüenza, pobres, ellos también tienen que comer, si bien no pocas veces se trata de señoras que intentan denodadamente otorgarle un peso a lo que ellas perciben como una magra vida, y ya no están en la edad de hacerse las locas, seguramente nunca lo estuvieron. Es algo que podría verse como una contradicción en los términos si se lo refiriera a algunas que, casi sin duda, más bien casi seguramente, han de padecer de un no reducido peso, esto puedo hasta percibirlo en la voz. ¿Y si lo que ha sonado hubiera sido el timbre? ¿Timbre? No, no voy a interrumpir mi ducha a pesar de que ya casi está terminando y de pronto otra serie de asociaciones irrelevantes, y si se quiere ridículas, se desencadena. No le abriré a otro de esos colegas virtuales de aquellos del teléfono, vendiéndome cuadros, o pidiendo una donación, u ofreciéndome una de sus enciclopedias o libros de cocina que la convertirán a usted en una chef casera que hará las delicias de sus amigos. ¿Amigos? Pero si casi ni hay, le digo, y si usted se encargara de conseguírmelos yo me comprometería a comprarle esas maravillas que me está sugiriendo, agrego sugestivamente como para terminar, cuando el joven confuso ese ya se ha vuelto demasiado insistente en su tarea. Esa es mi manera de finalizar algo que nunca hubiera debido empezar, no dependía de mí, pero ahora sí porque no pienso abrir la puerta. Divagaciones, todo esto más bien tiene probabilidades nulas aquí. Y ahora a otra cosa, cuando estoy en la ducha me viene a la memoria, no sé por qué, la pobre Marion-Janet Leigh —asesinada en la ducha de *Psycho* por el loco de Norman Bates-Perkins. En los films de Hitchcock, el asesino detrás del asesinato, aun los asesinados no son la pureza personificada, aquella escena me ha quedado grabada en la memoria y, hasta aún logra, de vez en cuando, estremecerme. Pero como para sacarme de esos pensamientos

suenan el celular otra vez, la segunda, ahora sí. Me estoy secando y podría hacer un esfuerzo, casi me parece que la repetición del sonido me quiere ofrecer la oportunidad de atender, pero no me muevo en su dirección y calla, no necesariamente ofendido sino como para tomar impulso para otro timbrado o como se llame eso que vendrá pronto, a menos que del otro lado se hayan fatigado o arrepentido o equivocado. O muerto. Esto último me sugiere otro film, ese con la pobre Leona (Stanwyck) en —Perdón, número equivocado— que se pasa el film hablando hasta eso de —perdón... Pero ella estaba en la cama y yo estoy en la ducha. ¿Quién será? ¿Los otros?, improbable, pero la pregunta basada en mi creciente angustia persiste sin que yo sepa la respuesta, algo que la hace insistir aún más en su presencia.

Hace tan poco y ya tanto ha ocurrido, y empezó en aquel grupo que se llama SC, siglas de solteros(as) codiciados(as) (o codiciosos(as), comentó mi otro yo, o solterones(as), agregó). Acaso algunos(as) no eran necesariamente solteros(as), más bien gente que se autoproclamaba como libre de vínculos. Yo no tenía novio, entonces. La memoria hace un breve repaso sin que se lo pida. Novio, bueno, la gente llama novio a una relación, es la simple necesidad de ordenar el casillero, encajonar lo revuelto sin nombre, y al ponérselo, se hace que vuelva a reinar una armonía que, demás está decirlo, nada tiene que ver con la realidad íntima. Un punto oscuro menos, se crea la impresión de que algo se aclara, sobre todo para los muchos que no soportan la duda, la ambigüedad, la indeterminación. Otra de las vaguedades de la memoria respecto de algo que ocurrió hacía años. Durante mucho tiempo fue así, él estudiaba derecho, yo, estudios generales, filosofía, ya que ningún estudio práctico me atraía a pesar de las insistencias de mi (¿agregar pobre?, no sé) madre, y trabajaba en un salón de belleza,

tenía ambiciones de actriz pero las tablas me asustaban, me abatataba, y entonces, como consuelo, podía rozarme con alguna de esas beldades que venían y sentirme parte de eso que no me permitía, por defectos míos, pienso, pertenecer a ese rubro artístico que tanto me fascinaba. Cómo llegué a trabajar ahí no tiene demasiada importancia, la cosa es que iba aprendiendo y parece que no lo hacía tan mal porque de mera ayudante pasé a tratar directamente a las clientas y todo parecía pintar bien hasta que una de ellas se quejó de que yo la había dejado demasiado tiempo bajo ese secador, se habría achicharrado mientras yo leía algo, y ahí se terminó la cosa, pasé a trabajar en otra de esas instituciones para exprimir el dinero de las ilusas. Respecto al noviazgo había discusiones, duró lo que duró, y se terminó de una manera no demasiado sorprendente. Por lo menos para mí. Luego hubo otros pero ahora eso no viene al caso, había amigas pero no demasiado amigas, más bien relaciones que se crean con ese trabajo intenso, maquillaje, no sólo mostrar lo mejor, y si fuera necesario hasta se logra empeorar lo peor, como en el cine, sin ir más lejos. Estuve bastante tiempo sola pero no tan deprimida como para dar pasos drásticos, siguiendo la cita de no me acuerdo quién, que decía que lo que no lo mataba era justamente la curiosidad, la de querer saber lo que sucedería después. Estando deshabitada durante bastante tiempo por el sexo masculino, una amiga me dio esa dirección, enfatizó que el lugar había obrado maravillas para ella, que debiera salir de mi vida de claustro sin fobia, y juntarme con gente para conocer más gente, te aseguro que hay allí personas de valor, académicos, buena posición económica, nivel (alto, se entiende —para bajo, la calle). Gente. Finalmente me armé de valor y entré al cabo de algunos amagos indecisos luego de llegar al lugar varias veces y dar la media vuelta sin siquiera tratar de atisbar. Estaba ubicado cerca de la estación de tren, en un

primer piso, ascensor bastante desvencijado y con olores, digamos de falta de limpieza, para no entrar en detalles. La nariz protestaba pero las piernas funcionaban e imponían la presencia renuente del cuerpo en ese lugar. ¿He dicho ascensor pequeño? Pues sí, pero a pesar de su tamaño conmigo entraron otras tres mujeres de edades diversas, pintadas, maquillaje barato, conversando a toda voz sobre algo que habían visto o vivido; era un vehículo lento, así que también fui testigo involuntaria de algunos comentarios sobre contrapartes masculinas que, al parecer, provocaban mucha menos admiración que jolgorio, una manera ostentosa de combatir vergüenzas embarazosas que no se quieren confesar. La lata de sardinas se abrió y salí disparada detrás de las otras que me habían mirado de reojo con curiosidad, sería acaso esa la manera en la que sardinas mirarían a una recién llegada, no lo sabía, pero ya me entretuve demasiado con ese pensamiento y había que pasar a otra cosa. Un salón, una mesa de recepción, una joven masticando desganada su fatigado chicle. Anotarse, no demasiados datos, recibir tarjeta a cambio de pago, cheque se acepta, la muchacha pesada se levantó pesadamente, adhirió no sin alguna discusión la tarjeta sin mi nombre a la blusa blanca —yo me había negado a ponerlo, quizás por pudor o porque no estaba segura de que quería una identificación para evitar pertenecer ahí— y señaló con la mano el lugar al cual se suponía que una tenía que dirigirse. Se trataba de otro salón más grande, música grabada, parejas bailando, sillas alrededor, un mostrador bastante gastado, con taburetes no menos gastados, bebidas alcohólicas sobre estantes fijados en la pared trasera, detrás de la barra un barman joven apurado y despeinado al cual no presté mayor atención. Me senté en uno de los taburetes y pedí una bebida cualquiera, me parece que un gin con tónica, la cosa era tener algo en la mano, un hecho que da seguridad, como si se tratase de un

salvavidas en aguas revueltas. Eché una mirada alrededor, gran mayoría de mujeres, más bien diría mayoría abrumadora de mujeres no precisamente abrumadoras a pesar de sus evidentes esfuerzos por parecerlo. Eres nueva aquí, ¿no?, me di vuelta, una de las del ascensor se había sentado a mi lado. Ahora la tenía cerca y la podía ver de cuerpo entero, perfume barato, flaca, rubia teñida, un exceso de lápiz labial, el rimel se había corrido un poco, un cigarrillo. Y además anónima, agregó. Pues sí soy nueva, me recomendaron este lugar para conocer gente y la chica se habrá olvidado de poner mi nombre, tenía que contestar algo de cualquier manera. Pero te estás cuidando; de todos modos yo soy Lea y a ti no sé cómo te llamaré. Si quieres, Raquel, dije de una manera bastante inaudible, para hacerle juego a su nombre. ¿Lea?, bueno, que sea. Ahora me tocaba a mí superar el bullicio y le pregunté si hacía tiempo que venía allí. Más de un año, me dijo, y por ahora, fuera de uno, sólo he tenido unos contactos pasajeros. Entonces si eso le pasa a una buena moza como tú, comenté, me parece que la recomendación virtual supera ampliamente a la oferta real. Era verdad, había una tristeza en su tono. Hay uno que le he echado el ojo y hasta hemos salido en algunas ocasiones, hubo buen contacto pero las últimas veces no ha venido, sin embargo no quiero desanimarte, mi historia puede que no sea muy exitosa pero mis amigas (¿serían esas del ascensor?), me dicen que les va muy bien. Y no me digas, agregó, ya sé que yo también puedo decirlo, total, pero no me parece bien contarte cuentos, pareces buena persona y preferible que te andes con los ojos abiertos porque no faltan vividores entre todos esos hombres que al principio te arrullan y después... Esa conversación que no llevaba a nada quería darla por terminada y se me ocurrió la brillante idea de irme a los aseos donde siempre se puede perder el tiempo con la cola, y en este caso aun sin la necesidad de entrar, pensé

que con la ayuda del tiempo también la perdería a ella, simplemente me estaba aburriendo. Después de unos veinte minutos volví a mi lugar, la tal Lea había desaparecido y yo decidí seguir un poco más en mi taburete con otra ronda de bebida, al final de la cual me iría. Pero entonces se sentó a mi lado un tipo y empezó a asediarme, a preguntarme quién era, cómo había llegado, si era la primera vez y otras tonterías por el estilo. Ingenio, no demasiado, quizás lo estuviera ocultando, acercamiento directo en ese mercado de carnes, finalmente de eso se trataba, una primera impresión que no ha cambiado demasiado con el tiempo. Me imaginé como uno de esos trozos grandes de carne colgados en refrigeradores de carnicerías, algo que me produjo un ligero escalofrío. Había en ese lugar una falsa alegría, algo como para tapar el discernible olor a fracaso que me transmitía la nariz y hasta confirmaba el gusto del paladar. Ernesto, Ernesto, repitió, por si la música y los ruidos me hubieran impedido oírlo. ¿Le puedo ofrecer algo? Estoy tomando gin con tónica, mostré mi vaso, buena idea pero yo prefiero cerveza, dijo él como respuesta a una pregunta que no hice. Voz de bajo, casi como cantante. Hablamos no sé de qué, lo que sí puedo decir es que la importancia de Ernesto no aumentaba a pesar de que trataba denodadamente de impresionarme.

Otra vez suena el celular, sonido número tres, eso me parece porque todavía tengo bastante jabón en las orejas, no me había dado cuenta y tengo que volver a mojarme, además, por ahí estoy fantaseando. No tengo ganas de hablar, eso está claro, lo que no está claro es por qué se me ocurren cosas harto improbables. ¿Quién será? Podría mirar si se trata de un número conocido pero me da pereza, además las manos mojadas justifican mi indolencia. La angustia realiza un desfile breve de creaciones de una mente alterada. Mamá no, claro, esa enfermedad la tuvo mal y ahora está

internada, así que no. ¿Mi hermana? ¿Podría ser? ¿A esta hora? Siempre se anda quejando de que yo no ayudo, que todo lo tiene que hacer ella. Hermanas. Se habla de eso como algo bueno, algo fraternal, algo que implica que esa relación está por encima de todo, como una garantía de protección y de respaldo, pero no entiendo de dónde sale esa tontería si en el primer encuentro serio entre hermanos uno mató al otro de pura envidia, claro que el otro tampoco era una oveja inocente a pesar de su relación directa con esa especie, eso sucedió, así dicen las escrituras, pues entonces ¿dónde está el amor fraterno? Bueno, el pecado no sería tan grande porque aún no se habían instituido los pecados, eso vino bastante más tarde, y cabe la pregunta, ¿el hecho se condenó en base a qué? No sé por qué tengo que andar pensando en esas cosas, ella eligió su camino, se casó con un don nadie, sin embargo ningún santo inocente a pesar de su tartamudeo ya que conmigo también se tiró un lance varias veces pero le llevó demasiado tiempo expresarlo en palabras. En todo caso no es milagro que ella esté envidiosa de mi libertad. No creo que me mate, siguiendo esa tradición, eso se daba entre hombres que pugnaban por quedar bien con Dios, a pesar de no faltarle mucho con sus recriminaciones, las cuales yo me aguanto sin pestañear, pero cuando me saca de quicio tampoco me quedo tranquila, y si piensa que justamente yo le envidio su estado civil está profundamente equivocada, a mí que me deje tranquila con sus insinuaciones, tengan base o no. Es que hay límites. ¿Quién está pagando la mayoría de los gastos del sanatorio de mamá? ¿Y quién se ha metido en líos para eso? Estoy cansada de las divagaciones, de esos monólogos interiores donde me hablo a mí misma como si fuera una oyente, y después también me contesto, me enojo y me dan ganas de matar a alguien pero no está a mano y no sé exactamente a quién, pero hay que parar porque eso es de nunca acabar. Se apagó

la luz, ah, debe ser que tiré inadvertidamente de la cuerda de la lámpara cuando estaba devolviendo el jabón a su lugar. Muy molesto eso del jabón en las orejas pero peor aún en los ojos, me acuerdo de los berrinches que armaba cuando mamá me duchaba, y eso sólo cesaba después de una cachetada con el grito de: ahora por lo menos vas a saber por qué estás llorando. Y lloraba, se puede mirar eso positivamente si se quiere ya que las lágrimas tenían que hacerse su lugar y expulsaban al jabón, un llanto terapéutico e higiénico al mismo tiempo. Pero eso lo pensé mucho más tarde, como ahora, y sí oigo el celular pero detengo mentalmente el movimiento que estaba por hacer involuntariamente, no querida, cuidado con tocar el aparato y menos aún apretar la tecla con las manos mojadas, pero en realidad la electricidad no está ahí sino en otra parte.

¿Y cuál es su gracia? No importa, le dije distraída sin mirarlo. No me parece, no importa, no es un lindo nombre para una mujer linda. Se estaba tratando de congradar, hasta pensé burdamente, pero mi otro yo se sintió agradablemente acariciado con eso de linda. Era imparable. ¿Me permite ofrecerle otra bebida ya que veo que la suya se está acabando? Gracias, todavía tengo, yo, impasible. Ah, dijo, es de las impasibles. O habrá dicho imposibles, en aquel momento la diferencia no era tan grande. ¿Y cómo ha venido aquí? Sin duda no me iba a librar, habría que pasar por un charco enorme de banalidades insulsas para llegar a tierra firme. Una amiga me trajo, pero en realidad ya tengo que irme. Gran idea tuvo su amiga, dijo ignorando lo otro, ¿y dónde está? Ya me estaba fastidiando y me di vuelta para mirarlo de lleno, un decir porque todo estaba a media luz, si no menor aún. Pero no dije nada. Apuesto, bigotito, sonrisa de dientes bastante perfectos, ojos de color indistinguible detrás de esos anteojos, alto a juzgar por su postura en el taburete. Bueno, que sea Ernesto, me dije, ya que ningún

otro asomo de candidato estaba a la vista. Amagué una sonrisa, no tenía sentido seguir en esa pose huraña de ofendida y continuar reaccionando de mala manera. A mí me parece que usted no está muy a gusto aquí y ya me dijo tengo que irme, entonces se me ocurre que un nombre adecuado para usted sería Irma. Me hizo mucha gracia su salida, no podía parar de reírme, entre risa y risa le pregunté como en chiste, cómo había adivinado, y tal vez sacudí la cabeza de una manera que fácilmente se podría interpretar como asentimiento. Es Irma entonces, dijo, y yo no dije no, simplemente me seguí riendo pero la risa terminó, el gin se había acabado y ya no tenía sentido seguir esgrimando una copa vacía. ¿Qué se le puede ofrecer?, Ernesto. Un coñac, pero que sea bueno, yo, marca no importa. Otra vez con el no importa, Irma, comentó, ya vuelvo. Ya estaba consagrada. A los dos minutos volvió con dos copas. Brindemos, y ahí nomás entonó eso de *libiam* de *La Traviata* y al final nos largamos a reír al unísono como ocurre en esas comedias musicales para terminar una escena de canto y pasar a otra cosa. Estaba entrando en calor y casi me arrepentía de esos pensamientos altaneros o santurrones sobre pedazos de carne colgando. Otra copa, qué importa, ya no me acordaba para qué había venido, Ernesto hablaba y revoloteaba alrededor y de lo que me estaba dando cuenta era que sus revoloteos se iban realizando en círculos concéntricos cada vez más pequeños. ¿Será por eso que la música tiene que atronar para, por un lado aturdir y por otro acercar para oír, y por la relativa oscuridad, también ver? Todo está planeado con la intención de llegar a ese acercamiento que, se promete, arribará más temprano que tarde, para eso están hechos esos lugares, y si el cuerpo se acerca quizás se le brinda una ocasión al alma para salir de su aislamiento y ofrecer una oportunidad de encontrar una así llamada alma gemela, y fusionarse.

Los desvaríos de la cabeza los interrumpe otro timbrazo del celular. No sé cuánto va a seguir eso pero no voy a atender, menos mal que hay un intervalo entre un sonido y otro. Almas gemelas o más bien almas de gemelas. Mi hermana siempre envidiándome mi libertad. Si supiera que eso también cuesta y que su falta de libertad, como ella la llama, por otra parte le evita meterse en líos como su hermana, que a veces tiene que atisbar por encima del hombro para ver si no hay alguien con intenciones nada amigables, por decirlo de alguna manera.

¿Podría invitarla a bailar? No, no bailo, no sé bailar, mentí. El alcohol estaba comenzando a hacer efecto y temía que la inestabilidad resultase en un acercamiento excesivo en esa primera noche. Experiencias anteriores de una noche sola me inclinaron a ser muy comedida, pero según mi amiga, ahí se venía para algo más serio. Ernesto insistió, no lo puede creer, le parezco una bailarina nata. Estuvimos enganchados en un tira y afloje durante unos minutos, pasó una pieza, pasó otra, y a la tercera, un vals relativamente tranquilo, claudiqué y nos fuimos a la pista o como se llame ese cuadrado de *parquet* poco iluminado, donde hombres y mujeres se meneaban lentamente, así lo dictaban los códigos románticos, como si fuera, pero a mí por falta a esa inclinación me parecían a lo sumo luchadores en la batalla de los sexos, y si fueran más corpulentos mi perversa fantasía los categorizaría como luchadores de Sumo. Ernesto puso una mano firme sobre mi cadera, se la tuve que subir, forcejeé un poco para mantener las distancias y así comenzamos a girar y girar y tuve que decirle, o más bien gritarle que cambiásemos de sentido porque mi cabeza, casi sin sentido, ya estaba girando más rápidamente que mis pies. Eso del vals no estaba mal, me imaginé que los encargados pensarían que a esa edad de mediados de los treinta o más, no había que abundar en ritmos más jóvenes que, por otra parte, alejarían

más que acercaría. Seguimos bailando y yo me dejaba mecer una vez que había recuperado el equilibrio, y hasta dejé que mi cabeza se posara en su hombro, casi, porque la diferencia en la estatura era más evidente estando parados. Terminó el vals, empezó algo rítmico y no volvimos a la barra sino seguimos bailando varias piezas más. Ernesto de vez en cuando me susurraba cosas al oído, como tratando de suggestionarme, o hasta hipnotizarme, ni me acuerdo lo que me decía, que quería encontrarse otra vez, que le diera mi número de teléfono, que era encantadora, un cuerpo sensacional, y otras banalidades que suenan bien. En cierto momento decidí que por esta vez ya bastaba, retornamos a la barra, le di mi número de teléfono, y además le prometí que nos veríamos dentro de algunos días cuando retornara al lugar. Dejaba una opción abierta pero podría cerrarla cuando quisiera porque acepté su número, le dije que yo abogaba por la igualdad. ¿Es que yo quería seguir en esa relación? Lo cierto es que, y eso se reveló no mucho más tarde, con todo lo que había bebido, el ruido de la gente, la música y cierta reticencia, al parecer me equivoqué al dictarle el número; quizás, me dijo una reflexión posterior, inconscientemente te inclinaste por un sí y no, o más bien algo que se podría resumir en un tal vez, pero querías ser tú la que tomaras la iniciativa si te diera la gana de hacerlo. Eso de las ganas era algo que, para mi sorpresa, se estaba insinuando más que levemente.

El flujo violento del agua en el inodoro me impide escuchar si lo que está sonando es el celular o el timbre. ¿El timbre? ¿Pero hay aquí un timbre? El conserje bajito y oscuro que me acompañó, Manuel, dijo que se llamaba, me explicó que esa era una de las facilidades, no meros golpes en la puerta, un timbre, y hasta con un sonido musical; parece que me vio sorprendida porque me hizo una demostración. Claro que yo estaba pensando en cosas que no tenían

nada que ver con él, que habrá tomado mi distracción como una señal de sorpresa, si no de admiración. En todo caso esperó amablemente a que yo saliera de mi letargo y pusiera en su mano la propina que consideraba merecida por sus esfuerzos. No me detuve a pensar cuánto, creo que fui bastante generosa porque sus ojos se abrieron, esta vez me tocó a mí sorprenderlo, la cosa es que quería que se fuera cuanto antes. Equipaje no tenía porque me había ido a la disparada por muy buenas razones. Y ahora ese maldito teléfono del cuarto que no debo contestar de ninguna manera, entonces no era el timbre que tenía un sonido muy diferente. Si fuera Ernesto, no sé, pero quién sabe si Ernesto ahora sería Ernesto mismo o llevaría a alguien escondido tras su voz, una especie de fácil vehículo para llegar a mí. No sufro de paranoia, algo de la imaginación, mi ansiedad está basada en una realidad muy real y por eso me he acercado a la puerta, no sería imposible que al no responder al supuesto timbre, alguien, una camarera, un conserje, no sé, simplemente introdujera una llave y entrase, y como buena tonta he dejado la cartera con todas mis posesiones sobre la mesita de café. Lo primero es esconderla en el armario, o tal vez mejor en el minibar que ponen ahí para incrementar exponencialmente los gastos del cliente. Otra tontera, quien entrase no tendría precisamente interés en mi cartera. Seguro que no era el timbre porque lo que suena otra vez es el teléfono, el del cuarto, y francamente no sé por qué digo otra vez si nunca lo había escuchado hasta entonces. Ernesto me ronda otra vez por la mente.

Lo cierto es que se portó como un caballero en aquella primera ocasión; cuando le dije que ya estaba fatigada y quería retirarme a mis aposentos, un comentario que lo hizo sonreír, me acompañó a mi auto y hasta me abrió la puerta después que libré el seguro con el comando a distancia. Lo cierto era que había bebido demasiado, no había alternativa

a Ernesto porque Ernesto se estaba convirtiendo en todas las alternativas posibles, yo no había percibido en todo el tiempo que se me acercara algún otro, él no lo había posibilitado para el caso que existiera semejante galán, así que la decisión de retirarme era algo bastante lógico en las circunstancias. Para una primera vez no estaba mal, en mi fuero interno yo pensaba que no sólo sería una primera vez sino probablemente habría otras. Me senté al volante pero sentí un leve mareo que Ernesto, que no se había ido, notó. Me dijo que le parecía peligroso que yo manejase en ese estado y se ofreció a acompañarme con su auto para cerciorarse de que todo estaba bien. Si yo estaba mal, como él insinuaba, no quería hacer de eso una historia: le agradecí y le aseguré que estaría bien, que no se preocupara. Pero parece que el motor de mi pequeño Fiat me escuchó, no me creyó, y se negó a entrar en marcha, extraña actitud del que yo consideraba mi fiel corcel que nunca me había defraudado, hasta entonces por lo menos. Después traté de reconstruir ese incidente y creo que simplemente no logré meter la llave en el lugar correcto o quizás ahogué el carburador con un exceso de gasolina, de todos modos me juzgué bastante tonta cuando estuve algo más sobria. Ahora ya ni se trataba de acompañarme, más bien el asunto era llevarme y yo sentí que el no haberme movido ya estaba yendo demasiado lejos. Mi mente conspirativa no dejaba de pensar que lo que estaba sucediendo acaso no fuese mera casualidad, pero mis resistencias habían mermado bastante, y después de unas débiles negativas para mostrar mi reticencia a tanto contacto en el primer día, acepté la oferta, y respecto al auto, ya no tenía sentido repetir ese lugar común de que mañana será otro día. Ernesto tenía un auto deportivo rojo, dos asientos, y ese sí que arrancaba. Estaba dudando si darle la dirección exacta, me pareció que ese podía ser otro dato que le proporcionara más combustible a su

intenso asedio, pero ya era muy tarde. Viajamos a casa avanzando por calles mojadas por la lluvia que había caído mientras me divertía "locamente" en ese club. De pronto el panorama cambia, gran sorpresa. Es de día, el sol no se ve por ningún lado pero hay mucha luz. La tierra un poco rala, arbustos, arbolitos, árboles, y por ahí aparecen tres leoncitos más bien juguetones, pero, los puedo mantener a distancia si quiero y en realidad no parecen peligrosos, no les temo. Sin embargo miro el sendero que se ha formado entre la vegetación y surge un pensamiento desde preocupante hasta alarmante. En cierto momento ha de volver la leona, y ella sí que puede atacarme. ¿Y entonces qué será preferible? ¿Qué me vea con los leoncitos y piense, si piensa, que yo implico un peligro para ellos, o que me vea sola en las inmediaciones e infiera que les he hecho algún daño y hasta se le ocurra que los he eliminado? Hay como una puerta de esas de seguridad de los apartamentos en el sendero y trato de pasar y cerrarla dejando a los leoncitos atrás porque he optado por la segunda alternativa, pero uno de ellos la cruza sin que yo pueda echarlo con una rama que he levantado del suelo para ese propósito. Me siento acorralada, pero una sacudida me hace abrir los ojos, o sería una disminución de velocidad, en todo caso nada de leoncitos, vuelta a las calles mojadas y mal iluminadas. Ya estaba cerca de casa, recuperé mi compostura, y evitando explicaciones embarazosas sobre mi falta de educación, le indiqué a Ernesto que se detuviera ahí nomás, le agradecí la amabilidad y murmuré algún pedido de disculpa. A la pregunta si habíamos llegado le dije que quería caminar unos pasos, pero rehusé a que el acompañamiento se tornara pedestre y se extendiera más allá de ese lugar; lo que sí acepté: un casto beso en la mejilla que se convirtió en tal al esquivar yo su boca, la castidad es finalmente, sin duda, una esquivada. Su auto comenzó a alejarse lentamente y yo

no quería señalar el edificio, mejor dicho, que él lo identificara, así que yo también avancé lentamente y a los tumbos. Vi que el auto casi se detenía, y luego, tomando impulso, se alejó lo suficiente como para no poder distinguir la puerta de entrada por la que yo desaparecería de la calle. A los dos días apareció en la casilla de correo una notita que decía que había tratado de llamarme, pero lamentablemente siempre le daba algo equivocado, debía haber habido algún error cuando anotó el número; no pude dejar de admirar la caballerosidad de tomar la responsabilidad que, yo sabía perfectamente, no era suya, pero siempre se puede achacarla al alcohol, que para eso está, deslindarse de responsabilidades y además divertirse "locamente". Sin embargo no sólo la aparición de la notita fue lo más sorprendente. Mucho más sorprendente fue un encuentro de algunas vecinas en la entrada al edificio, comentaban las notitas que habían recibido y por lo que alcancé a oír se trataba de lo mismo, la misma nota. Ernesto había optado por un tiro al aire, por ahí tenía suerte. Me hizo recordar un comentario respecto a un presidente americano del cual se decía socarronamente que tiró al aire pero no le acertó. El revuelo de las vecinas probablemente se originó porque era posible que Ernesto se fijara en qué puerta de entrada yo había desaparecido, pero el nombre no lo tenía o, más bien, el que tenía no era el nombre pero se habrá tirado un lance. Luego resultó que esa nota también apareció en casas vecinas y fue la comidilla de esas mujeres, alimento para su congénita inclinación a la chismorrería, que si no innata, casi. A pesar de la delicia de entregarse a esa actividad eran inevitables las miradas de sospecha buscando quién podría ser la destinataria correcta, afortunada no sería después de descubierta. Claro que yo estaba a salvo ya que la nota estaba dirigida a una Irma, no mi nombre, por supuesto; Ernesto fue víctima de su frívola inventiva.

De nuevo el sonido del celular. Otra vez surge, ¿a esta hora? Con los nervios, ahora sería adecuado tomarme un trago, abro el minibar, la botellita de whisky no resiste y yo tampoco. Calculo que el largo intervalo se debía a una interrupción y ésta era una segunda llamada. ¿Qué hacer con ese aparato? ¿Ahogarlo, cómo había visto en ese terrible film austriaco?, otra que tortura china. Y esa violencia gratuita. Aquí no se trataría de eso. El simple pánico me ha traído a este lugar. Tengo que ganar tiempo, me dije, por lo menos eso. Digo me dije como si hubiera pasado mucho tiempo. Por ahora prefiero ser inalcanzable pero eso también tiene un límite, si ese estado perdura es preferible que siga perdurando porque por ahora no me puedo imaginar ninguna buena alternativa.

No sé qué es lo que me llevó más veces al club de las carnes, mi calificación despectiva, sería acaso por la curiosidad de ver cómo reaccionaría Ernesto, sería quizás debido al hecho de que me sentía sola a pesar de que no me importaba ser solitaria. No se puede estar todo el día con el trabajo, ¿hiciste eso?, ¿hiciste lo otro?, ah, ¿y por qué no? Muchos muy bien no había, lo que sí, muchos nervios, y una no puede estar sumergida todo el tiempo libre en telenovelas, a cual más tonta. Encontré varias veces a Lea, no me aburrí poco pero además me sentí bastante decepcionada porque Ernesto no aparecía por ninguna parte, algo que, debo confesarlo, me contrarió, quizás porque hubiera querido poder jugar el juego de las escondidas, un flirteo agradable sin compromisos ulteriores por ahora. Era curioso ese juego, no había más jugadores que yo misma, soplando frío y caliente, lo primero cuando estaba y lo segundo cuando no estaba. Yo podía haberlo llamado por teléfono pero no sé que recato estúpido me frenaba siempre a último momento y me dictaba que el encuentro debiera ser casual, una necesidad de ser cortejada y no cortejar, se diría una manera

de ver algo chapada a la antigua. No encontrarlo acuciaba mi interés y me puse como límite ir una vez más, y si no lo encontrase, lo llamaría. En cuánto entré esta vez al tal club escuché su voz de bajo tratando de superar el ruido. Ahora sí estaba, al parecer hablando con alguien, procedí a sentarme en uno de los taburetes y de pronto, Irma. Miré alrededor fingiendo no ver, combinación de mis frustradas venidas anteriores y la necesidad de mostrar una falsa indiferencia, el llamado se repitió, ahora con un leve toque a mi hombro. Ya no me podía seguir haciendo la impasible, me di vuelta y ahí estaba. Llamé a ese número que me diste pero era una oficina de algo, al final me dieron con una Irma que resultó no ser la Irma que buscaba. Traté de localizarte, te envié una o varias notitas, pero nada. Sin embargo no me rendí e hice algunas averiguaciones, al otro día el auto ya no estaba ¿Cuándo volviste para llevártelo o lo remolcaron? No recibí ninguna notita, dije, y respecto al auto, llamé a auxilios y se lo llevaron al taller, una tontería, parece que inundé el carburador de nervios además de gasolina. En todo caso traté de dar contigo y me alegro de que hayas venido, sonrió Ernesto. ¿Por qué si te doy tanto trabajo?, estaba con ánimo de provocar y le seguí la onda con el tuteo. Perdona, el ruido, ¿qué me dijiste?, casi gritó. No tenía idea cómo seguir esa aventura, si ese no fuera un nombre demasiado ambicioso para lo que estaba ocurriendo. Me distraje un poco tratando de adivinar qué número le habría dado “en mi confusión” a Ernesto. No sabía si preguntárselo, debería encontrar el momento adecuado para averiguarlo sin hacer papelones. Mi imaginación se puso a trabajar. Tal vez habrá llamado preguntando por una Irma sin apellido. Habrá llegado a esa oficina que mencionó y al responderle una Irma, Ernesto habrá vacilado porque no era la voz que conocía, pero por seguir averiguando, habrá dicho a la interpelada —usted no me conoce (no era yo, por supuesto) pero he

recibido este número de una amiga suya. —¿Qué amiga?, habrá preguntado Irma, y ya en tren de inventar, Ernesto habrá optado por un tiro al aire. —Paula, habrá dicho. Para seguir con el asunto, Irma se habrá mostrado sorprendida porque no la ha visto a Paula hace tiempo y se habrá interesado por ella. Ernesto seguirá inventando, tratando de no delatarse, contestando a alguna pregunta de Irma y notando el interés que ha despertado. Con un poco de suerte, Irma le dirá que está ocupada ahora, un respiro bienvenido para Ernesto que seguramente estará sudando empeñado en ocultar sus mentiras con otras, habrá aprovechado para sugerir una continuación de la conversación, algo más tarde. Irma no se negará, y como le estará cayendo bien, Ernesto se sentirá como cuando uno mete un pie que impedirá que se cierre la puerta a un futuro contacto. Estas divagaciones con el bullicio de trasfondo ya me tenían intrigada, ¿de qué oficina se trataría? ¿Podría ser?, asoma la duda por lo extraordinario de la posible respuesta. No, demasiada casualidad. Sin embargo historias personales, no pocas veces, justamente tienden a nacer de casualidades. Como volviendo de ese paseo extraterrestre donde se insinuaban algunos celos y algunas dudas, de todos modos le dije que lamentaba los equívocos por los cuales él había tenido que pasar, y tal vez alguna fuerza desconocida me había traído de vuelta para pedirle disculpas. No, caballero él, no me pidas disculpas, seguramente la tontería fue mía, agregó arreglándose esa corbata a rayas diagonales que yo no le hubiera elegido porque me parecía de mal gusto. Y ese bigote habría que quitárselo, o tal vez arreglárselo, ¿Para que se pareciera a quién?, no lo sabía aún pero la inevitable deformación profesional entró a funcionar a todo vapor, eso por lo menos me ayudaba a salir de un estado incipiente de indecisión. ¿Y el auto se arregló?, preguntó solícito. Claro, y gracias otra vez. Y ahora vino la ceremonia de las copas, elegí algo fuer-

te como para sacudirme y de pronto me comencé a sentir alegre, no sé por qué, acaso algo que habría echado él en la copa, no imposible, si estábamos sentados en esos taburetes y todo lo que hubiera tenido que hacer sería extender la mano. ¿Alguna complicidad con el barman? Qué importaba, la cosa era que Ernesto estaba empezando a caerme bien, pero me avergonzaba de confesarle que todo el asunto del nombre había sido una tontería mía, por ahí se enojaría y me dejaría sin compañía entre todo ese bochinche que, al ser abandonada, recrudecería mi sensación natural de soledad en ese ambiente. ¿Por qué no salimos un poco?, sugirió, hay una terraza que a esta hora puede ser muy agradable. Sí, ¿por qué no?, no dije. Pero me levanté implicando con esa acción un asentimiento tácito. Por mí, pensé, vamos a ver adónde nos lleva esto. Algo de bueno había en esa salida del ruido, la música, copas, platos rotos, charlas a toda voz, grititos histéricos, olores, sudores, miradas ansiosas; apenas cruzar la puerta, sentir una brisa y ver un cielo estrellado borró todo aquello de golpe. Y estaba Ernesto y la luna, cursi y real simultáneamente. Mis inclinaciones románticas iban en aumento y la cabeza se me llenó de frivolidades y lugares comunes que se toman muy en serio cuando la predisposición se impone al temor al ridículo. Él se puso a cantar, voz bien agradable, un bolero, creo, romántico solamente hasta conseguir su objetivo, sospeché, pero otra voz me dijo que no fuera tan desconfiada. Hacía un poco de frío, sería el contraste con el calor de adentro. Ernesto notó que me estaba frotando los brazos con las manos para calentarme y, galante, me ofreció su chaqueta. Al ponerme su cara se acercó mucho a la mía, y el beso en la boca para el que no me había preparado no dejó de gustarme pero inmediatamente me aparté como para tomar aire. Volviendo a la realidad o tal vez considerando que debía calentar mi motor algo más, me dijo que iba a traer alguna

bebida para entrar en calor, salió o entró según se mire, tal vez un café, y yo me quedé mirando la calle desde la baranda. No sé qué fue lo que me llevó a meter una mano en el bolsillo, frío, curiosidad, pero ahí estaba, el anillo debajo de unos papeles. De oro. Una alianza, qué duda cabía. La luz al lado de la puerta de vidrio me mostró que tenía nombres grabados, E-I. O sería L, o no sé, ¿quién puede leer bien esas letras microscópicas? Pero la E estaba clara. Ajá. ¡Así que un anillo! Dejarme la chaqueta, señal de confianza para inspirar confianza. Claro, qué ingenua, ¿qué me creía? Me enojé pero me acaricié la frente y las sienes para calmarme y decidí no hacer inmediatamente una escena, había que proceder lentamente, dejarlo que se enredase con sus mentiras, gozar con sus embarazos y su no tan brillante inventiva para salirse de la situación, del descubrimiento. Y finalmente escuchar su confesión dolorida, ella no lo entendía, ya hacía tiempo que no se acostaban, la frialdad era insoportable, estaban por separarse, otras banalidades por el estilo, cualquier cosa con tal de engatusarme, y eso, me imaginaba, le sería importante para que no se corriese la bolilla sobre su estado civil dificultándole el camino al corazón de incautas de turno, pero sobre todo para llegar a sus lugares más íntimos. Por otra parte, me dijo otro yo aún más reflexivo, qué te las das de puritana como si nunca se hubieran visto cosas semejantes o no hubieras estado enredada con hombres casados. No estamos en vías de relaciones muy serias, el hombre parece estar interesado, entonces, ¿por qué desecharlo de plano? Y por ahí son meras suposiciones. Preferible esperar y ver cómo se desenvolvía el asunto, y si en general había un asunto para desenvolver. El clima estaba realmente agradable pero con el transcurso del tiempo mi atención se fue desviando al reloj. Los minutos pasaban y Ernesto no volvía. Sabía que había un atasco en el camino al y del bar pero hay un límite. Dejé que el clima se ocupa-

se consigo mismo, seguramente encontraría la manera de hacerlo, lo había hecho antes de que yo apareciera. Volví al salón. Bullicio, conversaciones, ruido, música, alegría falsa o no, no me importaba. Me dirigí al lugar donde estuvimos sentados, los taburetes ya estaban ocupados por otras personas, de Ernesto ni señales, ni de confianza ni de nada. ¡Y yo con su chaqueta sobre mis hombros! Un gesto del barman me conminó a acercarme. Ahora lo miré, no era el anterior, éste era un muchacho joven, melena negra, anillo en el lóbulo, remera, una afeitada no estaría de más, en sus ojos verdes se veía una expresión de inquietud, contrariamente a la indiferencia del anterior que había percibido al entrar. Me tendió, como quien no quiere la cosa, un papelito, y volvió a sus quehaceres con la expresión de aquí no ha pasado nada señores, sigan circulando.

De pronto siento una presión, una urgencia, y el lugar que puede calmarla es el baño, y más precisamente el inodoro. Dos alivios tiene: el alivio natural y el hecho de que de ahí no se oye casi el timbre del teléfono, ya que, a pesar de estar sola, y quizás por estarlo dejo la puerta entreabierta. Cuando se está solo, me imagino, o sola, sé, se hacen cosas que serían impensables, e inaceptables aun estando en compañía íntima, no necesariamente cochinas objetivamente, pero que serían vistas como tales por otros ojos, aun los benévolos. Me he llevado el periódico que compré y lo ojeo distraídamente. La política no me interesa, son todos iguales de aburridos. Las noticias sociales son cursis hasta reventar. Quedan las policiales, atracos, estafas, violaciones, asesinatos. Asesinatos. Eso me hace pensar y no específicamente en el que estoy leyendo, sospecha de marido que mató a mujer por celos o ésta lo envenenó. No, esa es otra noticia. Dejo el periódico de lado ya que la máquina de los recuerdos vuelve a entrar en funcionamiento.

Lo mejor era ir a los aseos para leer la nota sin dejar el lugar, tal vez Ernesto quiso decirme algo pero no alcanzó a hacerlo, pero dejarme la chaqueta era algo que contribuía al misterio. Mucho de aseado no tenían los aseos, ya lo había notado en ocasiones anteriores, más bien lo contrario, y había una cola en el de damas, una de las desventajas de nuestro sexo al que no le basta con abrir la bragueta. De una de las cabinas venían gemidos, no precisamente de la actividad que se suponía que debía desarrollarse ahí, sino de otra que, generalmente, pero no siempre, implicaba la presencia de otra persona, otra vez generalmente, del sexo opuesto al que estaba señalado en la entrada. Risitas, miradas cómplices, gestos procaces, y protestas, acompañaban de afuera lo que se podía adivinar que estaba ocurriendo adentro. No era la primera vez que había oído algo semejante pero la primera en tener el dudoso placer de seguirlo de cerca. Lo cierto era que sentí más molestia que excitación porque ésta estaba dedicada a la nota. Esperé pues mi turno, además de lo de la cabina en cuestión había olores diversos, los naturales, los perfumes baratos y alguna descompostura que no acabaron de limpiar, si alguna vez lo harían. Azulejos sucios, piso sucio, espejo empañado, todo bastante desagradable, y la nota sólo agregaba algo más en ese sentido. Entré finalmente. Una letra apremiada, nerviosa, me decía que tuvo que abandonar el lugar apresuradamente, que le guardara la chaqueta, que nos encontráramos más tarde en el hotel tal y tal, y ahí me explicaría todo. Por lo pronto, me aconsejaba dejar el lugar lo más pronto posible para mi bien. Una firma apurada, un Ernesto casi ilegible precedido de "un abrazo" cerraba el brevísimo e inquietante, qué digo, alarmante texto, sobre todo por su vaguedad, lo bajé con el agua como si así me librara de su contenido. Frenéticamente me puse a buscar en los otros bolsillos de la chaqueta, algunos papeles, un peine que hasta me hizo sonreír en las

circunstancias, un pañuelo con el monograma E, dos entradas a una película reciente, y, por supuesto, el anillo. Apenas salí a las escaleras, las preferí a la lata de sardinas del ascensor, me increpó una mujer furiosa, no la vi muy bien pero la voz me parecía conocida a pesar de sus chillidos. ¿Adónde vas con esa chaqueta?, me espetó al mismo tiempo que me agarraba una mano, impidiéndome bajar. La verdad es que me asusté, el lugar estaba algo oscuro, tal vez debido al prematuro fallecimiento de una bombilla, y a pesar de que yo la aventajaba en estatura, ella me ganaba en determinación ya que yo no tenía idea acerca de qué podría querer de mí. Déjame pasar, atiné a murmurar. Primero me vas a decir dónde está el de la chaqueta, gritó en soprano, y no hagas la mosquita muerta de la primera vez. Traté de empujarla y ahí aparecieron dos matones que ahora sí me retuvieron violentamente. ¡Contesta, maleducada!, me gritó uno de ellos mientras el otro me torcía la mano hacia atrás de la espalda y me hacía doler. Y que no se te ocurra llamar a nadie, susurró ese otro, amenazante. Desasosiego no es la palabra, estaba francamente aterrorizada. Ella me arrebató la chaqueta, se puso a buscar, encontró el anillo, y me gritó, ¡esto es mío, basura, si te encuentro otra vez con él, te mato, pero primero lo mato a él, por mi hijo que los mato a los dos! Uno de los hombres trató de calmarla, Lea, ésta no sabe nada, sugirió. No me importa, replicó Lea, esta vez la va a pagar por todas las otras. Estaba hecha una fiera. Me amagó un cachetazo, uno de ellos le retuvo la mano, sin embargo ella alcanzó a tirarme la chaqueta a la cara y a darme un empujón, me caí al suelo, me di un golpe en la cabeza y sólo al rato volví a tener conciencia dónde estaba, sentada en el suelo, apoyada en la pared, con mujeres alrededor mirándome desconcertadas. Alguna preguntó esa ridiculez de costumbre, ¿estás bien?, cuando se veía perfectamente que no estaba nada bien. Me levanté temblando, revisé que no

me faltara nada, fuera del golpe no se registraba ningún daño, una de las curiosas me dio mi cartera, revisé al tacto, ahí tampoco faltaba nada. La chaqueta la dejé tirada ahí como merecía la culpable de lo que me sucedió. Tambalearo, bajé por las escaleras. Salí del edificio, mirando alrededor y esperando lo peor pero parece que éste se postergó, llegué a mi auto que esta vez sí respondió y me puse a viajar sin rumbo. ¿Ir a ese hotel? ¿Qué hotel, le pregunté a mi vapuleada memoria? ¿Y si todo fuera una patraña cuya naturaleza todavía no me era clara? Al poco rato de manejar lentamente en dirección a casa, el auto lo había decidido por mí, me percaté de un *jeep* negro grande que me seguía a distancia fija, era siempre el mismo y a pesar de la escasa iluminación se podía distinguir de otros autos que me pasaban o se iban alejando a medida que avanzaba. Si mi sospecha era fundada, lo último que debería hacer sería ir a casa. Seguí manejando, pasé al lado de casa pero no me detuve. Sí, hotel, pero tenía que sacármelos de encima y poseída por el miedo entré sin darme cuenta en una calle en sentido contrario a toda velocidad, un silbato, no le hice caso pero pude ver en el espejo que un policía detenía al *jeep* negro que me había seguido. Que anotara mi número de licencia, no me importaba, volví a la zona de la estación de tren y llegué no sabía a dónde, estacioné a la disparada, me parece enfrente de un hotel que ni me fijé si era el tal y tal, ya era bastante tarde, los de la recepción me miraron como una loca, despeinada, desarreglada, pero me atendieron con cortesía o quizás temor, que no fuera a provocar un escándalo a esas horas, ofrecí un nombre cualquiera y se contentaron con eso, sólo que a las 12 hay que librar el cuarto, señora, Manuel la acompañará. No hace falta, no tengo equipaje. No importa, señora, es nuestro placer servirla; por qué viene tan tarde con esa pinta de loca, no dijo el empleado soñoliento y tampoco tan arreglado que digamos, estaría

ocupado con la telefonista y yo lo habré interrumpido con las manos en la masa, o eso parecía. Afortunadamente no me habían tocado la cartera, o tal vez sí, pensándolo bien, oportunidad no faltó, pero por ahí no había problemas, señora, el señora me resonaba en la cabeza, quizás un eco de la imaginación.

En todo caso, Manuel, explicaciones, propina, ducha, teléfono, timbre o teléfono. A esta hora no tengo a quien recurrir, lo que no está tan mal porque es seguro que haría el ridículo con mis cuentos de telenovela de tercera categoría, suponiendo en vano que hubiera otras que la precedieran en rango, pero por otra parte estoy muy tensa y esos timbrazos no agregaron sosiego. Con el vaso de whisky en la mano me pongo a ponderar la situación. No estoy convencida de que no era ese el hotel que indicó Ernesto, con el escándalo me olvidé del nombre y por otra parte tal vez mi inconsciente había elegido el anonimato, quién sabe en qué complicaciones me hubiera metido o hubiera participado involuntariamente en las complicaciones de Ernesto que, en este caso, no pintaban bien que digamos. La mañana traería nuevas ideas pero sonaban por turnos, el maldito celular, el teléfono del hotel, el timbre, todo para sobresaltarme más de lo que ya estaba. ¿Llamar a Ernesto para informarme? De todos modos no podría ubicarme y de algo me enteraría, pero mi cabeza estaba mal adaptada para sutilezas nocturnas. A esas horas de la noche después de los sucesos reales, los alarmistas interiores pugnan por adelantar ideas mal cocidas, a cual más descabellada, sin tomar ninguna responsabilidad por sus despropósitos. Suena el celular y esta vez, no sé por qué ahora y por qué no antes, miro y en la pequeña pantalla veo el número de la casa de mi hermana. Eso es inusual a estas horas. Lo dejo sonar, ya me tiene fastidiada, pero cuando termina le cambio la llamada al modo de vibración, estoy harta pero llamo a casa

para oír si me habían dejado mensajes, y, efectivamente, había uno urgente de mi hermana. Decido llamarla de todos modos a pesar de cierta aversión a recibir otra ducha de quejas, de acusaciones, de despechos no velados, pero, por otra parte quién sabe. Del otro lado suena el teléfono, por un breve momento hago una transposición muy actual, como si yo estuviera ahí y un flujo de asociaciones me impidiera contestar. Pero de pronto, me siento sorprendida a pesar de no haber razón objetiva para estarlo. Ho-ho-hola, dice Ca-Ca Ca-Carlos en su manera peculiar de expresarse, en un tiempo me burlaba de él en mis arrebatos naturales de maldad, pero ahora estoy demasiado tensa como para encontrar humor en ese defecto, como reír del hombre que pisa una banana, ya hubo quien explicó por qué causa risa, el saber la razón no influye para nada en el estallido de risa, pero veamos qué me tartamudea Carlos. Después de un largo desfile de sílabas repetidas me entero de que mi madre está mal y que tu hermana se fue al sanatorio. ¿A esta hora manejar tal vez dos horas entre ida y vuelta?, pregunto-exclamo-exagero. Ahora ponerme a viajar en mi estado me parece una locura, no diferente de todo lo que me está ocurriendo y con eso ya tuve bastante. Mientras Carlos habla, por así decirlo, me fijo en la luz, en el cuadro banal, paisaje con ovejitas, en el tapizado raído del sillón, en la alfombra que ha visto o se ha visto en mejores tiempos, bueno, qué se podía esperar de un hotel semejante. Le digo a Carlos que no tengo modo de llegar, que mi auto está deteriorado, pero he aquí que, le lleva tiempo, pero oigo la oferta, pues te vengo a buscar y te llevo si quieres. Tu hermana ya se ha ido con una amiga. ¿Pero vas a venir especialmente para buscarme? La oferta se ha convertido en obsesión. No logro convencerlo, seguro que tienes que venir tú también, me dice. Pero no quiero que me venga a buscar al hotel, y a casa no me atrevo volver. Pues será en un café que te espero, le

doy el nombre de uno que creo haber visto al pasar. No contesto a su pregunta de extrañeza que, como todo lo anterior, demora bastante en formularse, le corto con un hasta luego. Tengo tiempo, pasará por lo menos media hora, no más duchas pero sí, ahora vibración del celular, número desconocido como los anteriores que he revisado fuera del anterior, no contestar pues. Y por supuesto tampoco al del cuarto que ha vuelto a sonar. Esa salida augura algo bueno, por lo menos no tendré que escucharlo por un tiempo. No tengo guardarropa, me pondré eso con lo que llegué que, afortunadamente, no he ensuciado ni arrugado demasiado en mi caída y mi fuga. ¿Y si los que llaman saben que estoy aquí y me esperan? ¿Me esperan para qué? Seguramente no para algo bueno. En fin, ya veré cómo me las arreglo, podía haber pospuesto el asunto, alegar algún malestar, pero tal vez el malestar de estar aquí escapando a otro malestar se impuso en esa parafernalia o competencia de malestares. Un pensamiento al respecto me confirma que en mi experiencia no pueden dos problemas, malestares o lo que sean, ocupar el primer lugar en la conciencia, siempre es uno de ellos el preponderante, si bien no hay promesas de permanencia en ese puesto, es como en el deporte, claro que exactamente al revés en cuanto a la sensación, se puede ganar una copa pero no perpetuar el estado de ganador. Y en el caso de penas o dolores, ¿quién en su sano juicio quiere perpetuarlos? Sano juicio, eso me hubiera evitado, por lo menos en parte el lío en el que me veo envuelta. Vestirse, maquillarse un poco, molestarse por la mancha en la blusa. ¿Maquillarse? Tal vez es mala idea, se me ocurre de pronto, salir tal como vine, no me siento segura. Abro la puerta y miro alrededor, en el corredor está aparcado uno de esos carritos con los artículos que usan las de la limpieza. Me acerco, no hay nadie y lo que sí una puerta abierta. Entro al cuarto, cuando la locura se pone a andar no hay quien la

pare, abro el ropero, falda y blusa a pedido, además una boina elegante, una chaqueta. No pensar dos veces, otro vistazo afuera, vuelta adentro, apropiarse, salir corriendo volver a mi cuarto, y ahora sí, maquillarse, cambiar de peinado y ponerse toda esa ropa adquirida, digamos un préstamo, no sé a qué plazo, y si culpan a alguien tal vez más tarde se me ocurrirá algo para subsanar lo que estoy haciendo. Lentes de sol también encontré ahí, no demasiado oscuros, un toque final delicado y efectivo. He hecho todo muy rápido, no obstante para asegurarme me miro en el espejo, no está mal, no estoy mal, ahora a tomar otra copita, prender la tele para realizar un paseo árido por canales aburridos, una manera de perder o dejar pasar el tiempo que tampoco es mucho según me confirma el reloj. No sé si el cansancio u otro desvarío me hicieron ver algo desconocido de Woody Allen. Ahí estaba con una vaguedad de mujer, eso no era vago, y alguien sentado a su lado, ¿yo?, le preguntaba por sus proyectos futuros pero a pesar de repetir la pregunta varias veces él, inmutable, sentado a tres cuartos de perfil, no contestaba y de pronto el celular me saca de ese estado catatónico, no es en la tele apagada, me doy cuenta que suena, pues que suene. No contesto pero seguramente es el mismo Carlos para anunciarme que ya ha llegado o algo por el estilo. Entonces, salir, mirando para atrás y a los costados como en algún film del lejano oeste o una policial. Nadie por aquí, nadie por allí, como en el juego de las escondidas, el hombre en la recepción que al parecer no ha visto una hojita de afeitar desde hace unos días, me mira con extrañeza, se ve que no me reconoce y esa es una manera de aprobar mi disfraz pero se guarda las preguntas y me cabecea una especie de saludo, y yo sé que ni me presta atención, si no estuviera casi dormido preguntaría algo. Las puertas giratorias están fijas, abrir la del costado, el clima un poco fresco para mi atuendo, pero no terrible, hay lo que hay,

busco el auto que recuerdo haber estacionado enfrente o casi, y ahora no lo veo donde debiera haber estado, según me dice mi mente confusa, hay ahí un agujero negro e inmediatamente se realiza una transfusión de un vacío que la calle me transfiere directamente al estómago. ¿Lo habré dejado ahí, o en mi apuro por entrar no recuerdo bien dónde? ¿Y si lo hubieran robado? ¿O remolcado? Me siento desnuda y no sé qué hacer primero, ir a buscarlo en otro lado, escrutando cuidadosamente los autos estacionados como si me estuviera haciendo una jugarreta, barajando recuerdos ambiguos pienso en otros lugares, es posible que esté a la vuelta de la esquina, una breve deliberación con alguno de mis yos presentes me conmina a dejar de preocuparme por él, por ahora, e ir caminando esas pocas cuadras hasta el café. ¿Woody Allen? Sí, sin duda, ¿pero por qué tenía que aparecer ahora? ¿Una película? ¿Y yo qué hacía ahí? Creo que la mujer no era asiática como en su vida real o lo que yo sé de ella. No hay proyectos futuros, eso me resuena, y si los hay no hay ideas al respecto. Nadie en la calle, pero me acompaña una no sorprendente sensación de desasosiego incrementada por la ausencia inesperada del auto, como una vaga amenaza que me sigue o tal vez me espera pero estará agazapada en algún lado y no sólo en mi cabeza ya algo inclinada a la paranoia. En esa caminata el presente mismo no existe o deja de existir en cuanto se pone a existir, sólo futuros virtuales o pasados constantemente hambrientos que lo tragan todo pero sólo recordados nebulosamente y con rellenos imaginarios de la mente en los lugares vacíos. El aire fresco, afortunadamente no llueve, me calma y justifica mi impulso de llegar de incógnito a ese café, por las dudas. Lo cierto es que me lo imaginaba un poco más cerca y ahora que lo pienso no estoy tan segura de que exista en general, pero sigo caminando, un gato negro se me cruza en el camino, trato de evitarlo pero se escurre por una de

las verjas y su presencia, no quiero exagerar diciendo nefasta, me da mala espina. Pero ese gato negro no viene solo, ahora se detiene un auto a mi lado, en realidad no se detiene, sigue a mi velocidad y desde la ventanilla abierta una voz me invita a un paseo, mira, caminar así sola por la calle puede ser muy peligroso, aquí te ofrecemos protección, cariño, te trataremos bien y te conviene porque además de gozar de nuestra compañía vas a gozar en nuestra compañía. Y sigue hablando sus sandeces y yo sigo caminando, acelerando el paso, tengo miedo de que el auto se detenga, todo tiempo que viaje no deja de ser una molestia pero es sólo eso. ¿Cuánto quieres finalmente? Yo, muda y aterrorizada. Del lado del volante viene otra voz, ooo ye chii ca nnooo noos haagas espee raaar. No lo puedo creer. ¿Será Carlos?, esto parece un chiste donde la gracia está en que no me haya reconocido, no se atrevería a insinuar sus groserías de saber que yo soy yo, pero por otra parte quién sabe. Sinvergüenza. Los hombres son muy impredecibles, sobre todo cuando la sangre les abandona la cabeza y se va para abajo, al parecer no puede nutrir las dos cosas a la vez. Tengo que encontrar una manera de librarme de ellos. Yo cobro 100 a cada uno, pienso que es mucho pero la respuesta no se hace esperar. Vamos, sube. Para el humor no es ésta la ocasión, pueden ofenderse y entonces sí que estaré en un problema. No sé de dónde me sale esto, un riesgo no controlado pero preferible a uno certero, y de repente digo en voz baja, pero no muchachos no les conviene, se los digo porque me parecen simpáticos, hoy me hicieron el *test* y salió positivo, soy un peligro andante y mucho más aún acostada. Hay un momento de silencio, una breve deliberación mientras sigo caminando, oigo algo de para qué buscarse líos y por ahí es cierto, no parecen gente violenta al estilo del destripador, el silencio cunde otra vez y de pronto se oye el chirrido de los neumáticos y el auto se aleja rápidamente. Carlos, no lo

puedo creer. Pero quién sería el otro, retrospectivamente esa voz me suena quizás conocida y quizás no, ahora que el susto ha pasado y la memoria repasa lo que ocurrió en pocos minutos. Mientras sigo caminando, ahora con mucha más cautela, no estoy segura de que el truco funcione cada vez, en realidad con todo este asunto ya no me acuerdo tan bien si el café que le describí a Carlos era el café que había visto. No hay un alma en la calle así que tampoco puede ser un lugar de concentración de mujeres que ofrecen la mercadería con la que vienen equipadas desde siempre, más bien es posible que todo el asunto haya sido una broma y no se tratara de hombres en busca de un alivio en un lugar que tradicionalmente, supongo, puede ofrecer lo necesario para llegar a él. Tal vez he pensado injustificadamente mal de Carlos ya que mucha simpatía no le tengo, y en casos de duda la interpretación de sus posibles acciones se inclina hacia la negativa. Ahí está el café y su presencia me saca de esas digresiones que no llevan a nada, a lo sumo al café. Me acerco con mucha aprensión, de todos modos quiero que el encuentro se produzca cuando yo haya evaluado la situación. Tres o cuatro tipos en la barra, dos parejas en las mesas, el lugar transpira fatiga y desgano, no hay rastro de Carlos. Decido sentarme en uno de los taburetes de la barra, una mesa para una persona me parece inconveniente, no promete soledad, y lentamente voy sintiendo que todo el asunto es inconveniente. Tenía que haber encontrado cualquier excusa para no venir, pero ya estoy aquí, así que a no llorar por leche derramada. Le daré media hora y si no llega me vuelvo al hotel, tampoco es tan aconsejable estar ahí sola, una prolongada permanencia le podría sugerir ideas pecaminosas a alguno de los que están sentados en taburetes en la barra que, a pesar de su aparente indiferencia, no dejarán de estar interesados en una inesperada aventura nocturna. Ya le habrán contado al barman todas sus penas, sus pérdi-

das en las carreras, sus desengaños con amigos que se reveló que no lo eran, con mujeres pérfidas que traicionaron su confianza, en fin, un buen incubador de tangos de antaño, antes de que los sofisticados o exquisitos se apoderaran de ellos y les encontraran significaciones subyacentes que ni se les habrán pasado por la cabeza a los pioneros en esas lides, porque el tango es precisamente una lid y un lamento. Mientras tomo mi cerveza pienso en eso, como para prevenirme y distraerme, los minutos pasan y no hay señales de Carlos, es muy tarde, y si no viene tendré que regresar otra vez por esas peligrosas semioscuridades poco propicias para una dama, lo que soy yo al fin y al cabo. Claro, podría llamarlo, pero cuando reviso la cartera resulta que he dejado el maldito celular en el hotel, supongo que le habré desarrollado una aversión al aparato a raíz de sus llamadas insistentes, explicación psicológica banal como la mayoría, que no arregla nada ni da satisfacción, además, me digo, tonta, si no sabes el suyo. De pronto sucede algo inesperado, estoy tomando mi cerveza y mirando ese lugar, un piso sucio, mesas gastadas haciendo juego con la pintura desconchada de las paredes, oigo una voz, miro y es el barman que me dice que alguien por teléfono está buscando una mujer de nombre tal y tal y como soy la única de ese sexo en ese momento piensa que tal vez... No, lo interrumpo, no soy yo. Que lástima, comenta como defraudado, al hombre le llevó bastante tiempo decir lo que quería. Cuando vuelve a sus asuntos me pregunto si mi reacción inmediata era la apropiada, y después de unos segundos me lo confirmo afirmativamente. No tiene sentido que yo conteste una llamada, disfrazada como vine, es cierto que no soy visible pero de todas maneras hice eso para ver primero de qué iba la cosa. Pero esa supuesta certeza no dura mucho. La alternativa de andarme marchando por la calle ahora resulta menos atractiva aún porque a través del ventanal veo que se ha largado

una lluvia poco propicia para una caminata desprotegida, tanto del clima como de los hombres, no pensé humanos porque no necesariamente lo son, seguramente no los que mis temores pintan. Salir y confiar en el paso de un taxi fortuito tampoco es buen consejo. Eso es lo que necesitaría, un buen consejo.

La llamé en uno de esos momentos de confusión, en que sentía que estaba atascada y poseída por una buena dosis de angustia. Hacía tiempo que no la había ido a ver y pensé que con esta nueva situación en la cual no sabía cómo actuar respecto a mi vida en general y Ernesto en particular, un extraño, en mi caso una extraña, podría iluminarme si no en mi búsqueda de no sabía qué, por lo menos ayudarme a definir mis opciones. La llamé pues, consulta al día siguiente, hacia la nohcecita. "Mi" psicóloga. Ese "mi" se tiende a aplicar a muchas personas que la rodean a una, será "mi" banquero, "mi" almacenero, "mi" médico y hay una lista larga de más "mis". Cuando me oigo a mí misma diciendo eso me suena bastante ridículo a pesar de ser una expresión de uso general. Como si yo tuviera un banco que me perteneciera, o un médico "mío", en fin, un grupo de profesionales o artesanos que estuvieran a "mi" servicio, algo que mirado desapasionadamente parece una manera absurda de agrandar el perímetro de una para incluir a todos esos "mí" de que se puede disponer a voluntad. De todos modos verla tenía una ventaja, por lo menos me conocía y no tendría que presentarme y exponer mis problemas y, sobre todo, escucharme a mí misma mientras lo estuviera haciendo con una sensación hueca de sentir que estaba hablando de una persona extraña y por otra parte, ¿de mí? Si así fuera ella aún no sería "mi" psicóloga, para llegar a ese título tendría que trabajar un poco. O no poco. Salita de espera, dos o tres sillones que habrán visto tiempos mejores, no sé para qué los otros, luz ahorrativa, alguna reproducción de un

cuadro conocido, mente en blanco, ¿de qué hablaré, para qué vine? Pero si no hablo no pasa nada porque ella tampoco se explayará y el silencio sólo aumentará mi opaca inquietud, y ya he visto que de la opacidad no sale nada, como dijo Lear, de nada sale nada. Salió una muchacha joven, desgarrada, con un pañuelo en la mano que indicaba algo pero no suficiente para formarse una historia, así que me puse a concentrarme en lo mío. Después de una exposición que me sorprendió viniendo de alguien que hace sólo un rato no sabía de qué iba a hablar, conté sobre mis últimas experiencias, del otro lado silencio, en cierto momento paré porque se me había agotado el caudal de las palabras y la miré. Estaba anotando algo, ¿tendría que ver con lo que dije o alguna receta de cocina? No, no seas irrespetuosa, alcancé a amonestarme antes de que ella, sacudiendo su cabello gris, había envejecido algo, me dijera que todo dependía de mí y que yo debiera averiguar qué es lo que quería y después actuar. Sabias palabras que escuché muchas veces, traté de adivinar qué se escondía detrás de ellas. ¿Ernesto sí?, ¿Ernesto no?

Tengo que dejar esas divagaciones porque entretanto el panorama aquí va cambiando. Oigo los comentarios de mis compañeros de barra sobre cómo cambia el clima, y qué pasará si esto sigue así porque el partido se suspenderá, y otras cosas por el estilo. Siento que mi presencia está despertando un interés que no me atrae para nada, alguno que otro ya se ha ido mientras mi cabeza funciona ponderando mi situación y tengo que hacer algo antes que, si no por mi iniciativa, los líos se sigan metiendo conmigo. Renuevo la búsqueda en la cartera, dicen los detractores que no faltan que las carteras de mujeres se distinguen por contener todo y no encontrar nada, por lo menos no inmediatamente cuando se necesita algo, tal vez tengan razón a pesar de la aversión natural que me inspiran esos machistas con su tonito de supuesta superioridad. Por esta vez, no pensé an-

tes que estaba nerviosa pero parece que algo de eso había, me doy cuenta que mi búsqueda anterior no fue lo suficientemente meticulosa, si hubiera estado sola hubiera vaciado la cartera sobre la barra pero no era el caso, no obstante en uno de los rincones sentí el contacto de ese objeto pequeño que estaba buscando y que probablemente mi rechazo lo llevó a ocultarse como si temiera alguna violencia de parte de su azorada dueña. Lo tengo en la mano y reviso las últimas llamadas, una de ellas seguramente será de mi hermana o de Carlos, y, efectivamente hay una llamada de un número que no conozco. Pero hay otro que conozco, me dice una voz repentina desde algún lugar interior en el momento preciso en el que uno de los de la barra con su carga de cerveza se sienta a mi lado y me dice algo con su voz pastosa que no logro distinguir pero tampoco quiero mostrar interés pidiéndole que repita lo dicho. Marco el número que dio Ernesto, afortunadamente, me felicito, encontré el papelito. Suena, y suena. Al final, contestador del número tal y tal, favor de dejar mensaje. Ese favor no lo cumpliré, no tiene sentido. Tampoco tiene sentido seguir ahí, lo llamo al barman y le pido que me encargue un taxi, no, volver por esa calle, no. Me mira con sorpresa, habrá pensado que mi compañero de barra, tal vez un habitual de ahí iba teniendo éxito. Juego nerviosamente con la cartera, prefiero ir a los aseos, tampoco aquí se distinguen por su limpieza pero por lo menos no hay colas ni gemidos. Cuando salgo, me entero para mi satisfacción que el taxi me está esperando, saludo atentamente, creo que también pago y salgo a la intemperie, ya está haciendo algo de frío y llueve, menos que antes, y me sumerjo en el taxi, el chofer se muestra decepcionado por un viaje tan corto, pero ya es demasiado tarde para deshacerse de mí. Y así llego al hotel no sin antes otro llamado del número anterior que no contesto, si es Carlos, prefiero ignorarlo, y si es otro, no me interesa. En el hotel

me espera una sorpresa, el de la recepción que, sospecho, no me había reconocido antes, me llama y me comenta que han llamado a mi cuarto muchas veces porque mi auto estaba mal estacionado, o en lugar incorrecto y se lo querían llevar, la remolcadora, dice, no tiene el texto muy ordenado que digamos pero finalmente llega a algo, le han pedido a los de la remolcadora que lo metieran en el estacionamiento del hotel. Esto sí que está bueno, y yo que no le había dedicado pensamiento y en realidad lo daba por perdido, me lo encuentro de vuelta, y le agradezco profusamente. Tiene que agradecerle también a Manuel que fue quien se dio cuenta de ese inconveniente y nos avisó. Pues entonces gracias también a Manuel que ya se ha retirado. La existencia renovada del auto me da una idea inesperada que hace una hora me hubiera parecido absurda. Volver al club, es tarde pero ahí seguro que siguen hasta la madrugada, y por ahí, Ernesto. Lo cierto es que me está cayendo cada vez mejor a pesar de las acusaciones de Lea, ya no sé si lo que hace la cosa es más su ausencia que su presencia, pero qué importa. Y así como estoy con mi ropa prestada me voy a buscar el auto y emprendo un viaje que no es largo porque el club está bastante cerca. Estaciono en el aparcamiento, me parece ver el auto de Ernesto, no sé si lo es o responde a un deseo, autos rojos no faltan, lo que falta es Ernesto. Ahora subo con el ascensor, estoy sola, apurada, pero alcanzo a mirarme en el espejo deslucido que me devuelve una imagen nerviosa y despeinada, arreglo lo posible, ese fleco, y en cuanto se detiene ese vehículo lento y se abre la puerta me precipito al salón donde todavía reina el bullicio y hay bastante gente, como antes, y tal vez aún más mayoría de mujeres. Me siento perdida, no sé si he hecho bien y lo único que se me ocurre es sentarme en la barra, una cerveza, por favor, basta de exquisiteces. Entre todas las voces y el ruido, una me resulta conocida. ¿Será posible? Me paro

y voy en busca de la voz, y ahí está. Mi hermana. La miro y es ella. No me ve o no me reconoce o se hace la tonta. El impulso es demasiado fuerte pero me retengo. Pero cuando aparece Ernesto y se acerca a ella, muy cerca, lo reconozco por la famosa chaqueta, no puedo evitarlo y me aproximo. Ahí ella ya no puede hacerse pasar por ignorante y me increpa con, ¿qué haces tú aquí?, Ernesto se da vuelta y lo único que se le ocurre es exclamar —vaya, dos Irmas. ¿Irma?, ¿desde cuándo te llamas Irma? Cae la moneda, el número que le había dado a Ernesto era el de mi hermana, mucho trabajo para la psicóloga. Contraataco. ¿No era que te fuiste a ver de urgencia a mamá? No es cosa tuya, responde con bastante veneno mi hermana, ¿restos de la serpiente bíblica? Pe-pe-pero s-sí es co-co-sa mi-mi-mía, de dónde habrá salido Carlos, tal vez me siguió y ahora le aplica una bofetada a la azorada Irma. Ernesto, caballero, pretende salir en su defensa pero por ahí aparece Lea que se echa sobre él hecha una furia. Todo sucede a velocidad de rayo, Carlos arrastra a Irma, Ernesto emprende la fuga y yo de pronto siento un enorme cansancio. No sé qué pasará mañana pero todavía tengo a mi disposición el cuarto de hotel con su maravillosa ducha y, por lo menos esta noche no habrá más llamadas, lo que sí, a pesar de sus complicaciones y sus complejidades, Ernesto.

¿TÚ?

Qué extraño. Me parece oír tu voz en la otra cabina telefónica pero no estoy segura. Yo estoy enfrascada en una conversación con una doctora después de la sesión con el ordenador. No son esas tonterías sin importancia para llenar el aire de algo, me ha dejado dudando, y de repente oigo una voz conocida cerca y mi atención a la conversación mía pasa a la conversación que estás teniendo, si ese tú que se me figura que eres tú eres realmente tú. Es muy difícil prestar esa atención porque se oye sólo un lado y en este caso ese tal lado no es muy conversador que digamos. De vez en cuando dices algo, sigo creyendo cada vez con mayor convicción que eres tú, sí, ajá, no, claro, mientras el resto son largos silencios que la doctora va llenando con lo que ahora ya me interesa bastante menos. Quiero interrumpirla para ver quién es ese tipo en la otra cabina telefónica pero tampoco puedo ofenderla. Estoy buscando algún pretexto para terminar la conversación de una manera civilizada, finalmente fue ella la que gestionó la conversación, y comienzo, después de algunos monosílabos, sí, no, ajá, a decir que no se oye bien, que de repente le pierdo la voz, repito varias veces no la escucho, no la escucho y finalmente cuelgo diciendo, volveré a llamarla. Ya sé que eso no está bien, que tendré que justificarme, pero la curiosidad me ha picado y pareciera que el resto ya no tuviera importancia. Tengo que encontrar el medio de contestar a la pregunta: ¿puede ser?

Cuando salgo de la cabina te busco con la mirada pero ya te has ido si tú eras verdaderamente tú, lo que veo es toda clase de individuos, no sé qué hacen aquí en este locutorio, dejo vagar mi mirada por caras que no me interesan buscando esa conocida pero no hay ningún tú a la vista. Y en todo caso, ¿qué estarías haciendo tú en este locutorio después de tanto tiempo? ¿Ya estás mejor y te recuperaste de los celos que fueron la causa de que te sintieras mal, decías? ¿Sería quizás un fenómeno psicossomático sobre el que no tuvieras dominio? Claro, por qué no echarme la culpa a mí. ¿Por eso me dijiste que mejor que me fuera? Viste, algo aprendí, ja ja, no soy la tonta que piensas y ya no me vas a pescar en esas ingenuidades. Y lo cierto, eso lo pensé, había algo bueno en la desconexión de la causa si esa era la causa, pero hete aquí que te apareciste sin advertirme de antemano. ¿Y precisamente en el mismo locutorio? Esto está muy lejos de ser una casualidad, casualidades semejantes se dan de a una en millones, como la posibilidad de sacarse el billete ganador en la lotería. Salgo corriendo, no presto atención a alguien que me grita no sé qué y casi choco con una silla de ruedas, pido disculpas, no me importa la señora que se ha enfadado y me maldice, miro alrededor, creo divisar a alguien parecido pero la distancia es grande y te estás alejando deprisa si ese de ahí eres efectivamente tú. Pero caramba, por algo estarías aquí, ¿no? ¿Siguiéndome? ¿Perseguiéndome acaso? ¿A pesar de tus quejas, me siento mal, y qué sé yo? Ahora la curiosidad ya me espolea y decido convertirme de seguida en seguidora si esa es la situación. Hay de pronto un ruido tremendo. La quieta calle se ha convertido en una avenida que se está llenando de más gente a medida que avanzo y que me dificulta el progreso. Estás caminando a paso redoblado como si estuvieras en el ejército y estás poniendo a prueba mi estado atlético pero mantengo el ritmo a pesar de los tacones que te deben sonar

lejanos si en general los oyes. Si lo que pienso es cierto, no me tengo que acercar demasiado para no delatar mi sospecha mediante mi presencia, pero al no acercarme tampoco puedo tener la seguridad de que mi hipótesis no se basa en una construcción endeble de mi mente endeble sino que tiene firmes bases en la realidad, en otras palabras, camino rápido pero no corro, mantengo más o menos la misma distancia todo el tiempo. Está comenzando a hacer calor pero no hay nada que pueda quitarse de este vestido. Veo que te has detenido y miras un escaparate, estamos llegando a una zona de negocios, y yo como una buena tonta me pongo a mirar otro donde hay vestidos de novias de todo tipo, fotografías de las felices futuras infelices que aún no lo son pero lo serán tanto lo uno como lo otro a su debido tiempo. Y sonrían mostrando los dientes que se han hecho limpiar y cepillar para la ocasión. Peinados extravagantes me miran. Ojos ensoñadores, embelesados, preparados para el gran evento de la foto, para la eternidad que no durará mucho, hombres no especialmente apuestos que muestran su mejor cara afeitada con un bigotito retocado, no hay barbas, esas vienen después como la tuya. La tuya, me digo y veo que en mi atolondramiento no he notado que te has puesto en marcha otra vez. Estoy ardiendo de curiosidad por mirar el escaparate que ha suscitado tu interés. Sin perderte de vista, sigues andando, le echo una ojeada al que creo que fue. ¿Zapatos? ¿Eso es lo que te interesa ahora? ¿Y de qué tipo? Ah, si pudiera preguntarles a ellos. ¿Y si fuera la pastelería que está al lado? De pronto te veo a la mañana mojando una medialuna en el café, leyendo el diario distraídamente sin prestarme atención pero yo sé que me prestabas atención pero no querías mostrarlo, estabas manteniéndote indiferente como si fuera. Pero no era así, los celos que al principio eran pequeños enanitos con el tiempo se fueron convirtiendo en gigantes hasta casi asfixiarme. O

por lo menos esa era la sensación. ¿Qué hiciste, dónde estuviste, con quién hablaste? No me puedo permitir esos ensueños porque ya te paraste en otro escaparate y has reanudado la marcha. ¿Adónde demonios estás yendo? ¿Y ahora es una ferretería? ¿Te interesan las herramientas? ¿Desde cuándo? ¿O será ese negocio de muebles? ¿El sofá? Ay, el sofá, sí, ya estoy cansada pero no puedo cejar en mi empeño, pareciera que estoy embarcada en una misión digna de un 007 por lo menos, pero él sabría con certeza a quién estaría siguiendo. Bueno, ya sé, hay otras diferencias, yo no tengo los gustos refinados, no me interesan las mujeres, lo que sí, de todos los Bond me gustaba el añejo Connery. No, qué tonta, no era el negocio de los muebles, era el grande ese de artículos de oficina que está un poco más allá y en el que has entrado y parece que es lo que estabas buscando porque en cuanto lo viste dejaste de vagar y entraste sin vacilar. ¿Para qué? Trato de mirar a través del escaparate pero estos malditos lo han llenado con sus porquerías, carpetas, impresores, lapiceras, rotuladores, engrapadoras, calculadores, ordenadores portátiles, cámaras de foto, tienen de todo pero a ti no te veo si bien me consta que entraste. Mejor me alejo del escaparate, no quiero que me veas y me eches a perder mi pesquisa. Me paro detrás de un quiosco de la lotería que promete succulentas ganancias a quien participe en el próximo sorteo. Dicen cualquier cosa para tentarte, por otra parte, tal vez sea ese mi día afortunado, si bien no lo creo, sería un gran milagro, casi como el que hayas aparecido, y otra vez la vacilación, ¿tú o no tú?, parafraseando al inglés aquél. Con la vista constantemente sobre la entrada al negocio me compro un billete con el poco dinero que encontré en el bolsillo, tampoco quiero estar parada ahí como una estúpida. La del quiosco tarda y tarda en darme el vuelto, me pongo nerviosa, en realidad más de lo que ya estoy y no tengo paciencia para que con sus dedos de plas-

tilina cuente las monedas una a una. Y le dejo el vuelto, me agradece profusamente, que tenga mucha suerte bella señora, me dice con su voz gangosa. ¿Estará bebida? ¿Pero oí bien? Me dijo bella, algo que me hace mirarme inconscientemente en el vidrio para ver mi imagen pero no se ve bien así que me conformo con lo que dijo. Bella. ¿Escuchaste? No, qué vas a escuchar. Es algo que no sabes apreciar. Mejor volver a mirar el escaparate, ahora sí creo que te veo. Me ha llamado la atención que sigas usando ese traje de hace tiempo, gris, con rayas negras delgadas, supuestamente elegante pero bastante usado. En realidad me lo imagino más que lo veo, sobre todo eso de las rayas negras es una ilusión pero me consta que tienes uno así. Esa gorra negra no te la conozco, pero la barba del mismo color, sí. Me parece que estás hablando con alguien, estás de espaldas, la verdad es que podían haber limpiado un poco el vidrio que se ensució con la lluvia de anoche o de muchas noches. Estás hablando con un empleado, eso parece por el uniforme, ¿pero qué es eso?, llama a una empleada rubia, infiero que es empleada si bien no lleva uniforme, él se va y te deja con ella que te sonrío, eso puedo verlo ahora que he descubierto un trozo limpio y transparente en el escaparate. Ella te muestra uno de los ordenadores, se sienta y te hace una demostración, la verdad que esa blusa que tiene forma parte de otra demostración, tiene una delantera generosa (así se dice con respeto, en cambio cuando se quiere denostar se dice algo muy vulgar asociado con el género vacuno). Yo siempre me sentí de menos en ese terreno, si bien solías decir, con una convicción cada vez menor, que te gustaba así. Por la inclinación de tu cabeza, te has sacado ese gorro negro y veo la cabellera negra u oscura, me parece que tu vista no puede estar orientada hacia el ordenador sino a su pecho. De repente te mueves, presiento que estás por darte vuelta, y al trote me salgo del lugar para pasar al escapa-

rate vecino que contiene ropa interior para mujeres. Y hay unos corpiños que seguramente le van bien a esa tipa, a mí me quedarían bailando. Me quedo mirando como embobada y no me doy cuenta de que estás saliendo, de eso me entero cuando vuelvo a tu escaparate. Y no estás ahí y casi tengo un ataque, miro para todos lados y al rato ahí te veo de lejos, si tú eres tú. Me acerco deprisa y noto que no estás solo, te acompaña esa tipa rubia por la cual te entusiasgaste, estoy casi segura a pesar de no haberte visto la cara. Van hablando como viejos conocidos, se siente una energía de intimidad que, qué te voy a decir, me fastidia bastante a pesar de que me prometí no hacerme mala sangre. Camino y trato de distraerme para no comerme el hígado. Eso de la energía también ya me tiene fastidiada. El mundo está lleno de charlatanes y hay que tener mucho cuidado para no caer en sus manos magnéticas llenas de energía que curan lo que sea. O si no son las manos te pinchan con sus agujitas, y si no son las agujitas te leen tu futuro en la borra del café o te hacen un mapa con las estrellas que te influyen, cuídese de Venus y los anillos de Saturno o era al revés; me embrollaron la cabeza y me creí todo lo que decían pero después resultó todo al revés. Así es la mayoría de estos videntes o curadores por no decir curanderos o como se llamen, pero a pesar de mi desconfianza natural confío en Jacqueline, puedes burlarte si quieres, a mí no me afecta. No tienes ni idea de las cosas que me dijo acerca de ti y tus aventuritas, pero no lo vas a saber porque yo no pienso decirte nada. Me dijo que estoy casada con un hombre moreno, tú, de unos treinta y cinco años, tú, que trabaja con otra gente, tú, que le gusta el deporte, tú, que es muy celoso, tú, que me anda vigilando constantemente, tú, pero como dije (¿a quién?) antes, también tiene sus líos, tú, y que puede llegar a ser violento, tú, pero no necesariamente, que eres un escéptico descreído, en fin tú, tú y tú. Ya ves, a pesar de no conocerte sabe todo de

ti. Ah, y me habló de un viaje, claro, y aquí estoy. Y un viaje tuyo, no me acuerdo si dijo conmigo o no. Y parece que hay una mujer que te influye, dijo, algo mayor, no especificó, pero estoy segura de que se refería a tu madre. O casi segura. ¿¡Qué es eso!? ¿Van a entrar a un café? ¿Y tú le pones la mano en la espalda guiándola suavemente para que entre? ¿Es que se opone? Para nada, veo que te sonríe pero nunca logro verte la cara a ti o será que cuando miras en mi dirección estoy parpadeando o dándome vuelta apresuradamente. ¿Será que me has visto y decides hacerte el tonto, el que no ve, que se hace pasar por el que no sabe? ¿Y ahora qué? ¿Me quedaré afuera, de guardia, comiendo un sándwich desabrido con un montón de mostaza y fiambre y alguna otra porquería como Gene Hackman en el papel de Popeye en *La conexión francesa*? Por ahora no hay sándwich y francamente no sé para qué me he metido en esta peripecia que me tiene sobre ascuas, de salto en salto siguiéndote como si fuese una sabuesa en una agencia de detectives.

Me voy a la acera de enfrente porque veo que estás sentado en una mesa cercana a la vitrina, pero de espaldas a la vitrina, más o menos en el medio de ese local. Veo que te levantas, se trata de un lugar de autoservicio, y al rato traes una bandeja con no logro ver qué es lo que contiene pero puedo imaginarme café y tostadas o algo por el estilo, ella te sonríe y me fastidian ella, tú y la situación. Me doy cuenta de que me muero por un café y justo enfrente del tuyo, "del tuyo", hay un café, esta ciudad está llena de esos lugares con gente parada al lado del mostrador hablando y hablando sin parar, Dios sabe de qué se puede hablar tanto. Yo también me paro en una posición estratégica, en la punta del mostrador para tenerte a la vista en todo momento. Llega el café, con un churro, eso es lo que se me ocurrió pedir a la disparada con las monedas que me quedaron, una tontería porque el churro está lleno de grasa y al primer

mordisco desisto, no por la línea sino porque me repele. Y el café tampoco gran cosa pero por lo menos es líquido y pasable. Y los olores a frituras, cerveza, comida en general, me producen náuseas. El mostrador parece ser un lugar de encuentros, entra un tipo, saluda a todo el mundo, se abraza con los hombres, reparte besos en las mejillas a las mujeres y se le hace lugar para seguir con las infinitas chácharas. Hola, guapa, me dice la que está sentada a mi lado y en la cual no he reparado, ¿te puedo invitar con una copa de vino? La miro, flaca, no especialmente bonita pero tiene una linda sonrisa. Si tengo que seguir ahí por un rato mejor socializar, pienso. Sí, gracias, digo distraída, por lo menos no se trata de un hombre que ve a una mujer sola y se precipita como si fuera una presa fácil por esa situación y hasta tal vez esté buscando a alguien como él. No eres de aquí, me dice, ¿de dónde eres? Se está poniendo pesada; no tiene importancia, profiero. Ciertamente, lo importante es que estás aquí, asiente ella. Después viene el vino y otras preguntas que contesto como al pasar. No sé si su propósito es meramente conversacional o tiene otras intenciones respecto a las cuales, si las tiene, está completamente despistada. Tengo que seguir ocupando este lugar que me permite verte y ver que le acaricias la mejilla a la tipa que te llevaste de ese negocio. Estoy segura de que sonrío, ya lo vi antes, pero, ¿qué es eso?, te acaricia la mano o te la quiere quitar de su mejilla, demasiado lejos para divisar e interpretar eso pero mi ausencia mental del lugar donde estoy ya es notoria y se manifiesta en la pregunta de mi interlocutora (eso sí que es exagerado, no hay nada de inter entre nosotras y la locutora es ella) si me siento bien o el vino me ha caído mal. No, la tranquilizo, es que estoy esperando una llamada urgente. ¿Para qué dije eso?, ahora me comienza a asediar con más preguntas y ya no sé qué hacer para librarme de ella. Tal vez sea una buena persona pero hay circunstancias en

las que ese tipo de bondad es simplemente fastidioso y hasta malo. Me levanto del taburete donde me he sentado, le agradezco el vino, le estrecho débilmente la mano y salgo, besarla no se me ha ocurrido. ¡Qué alivio!, de pronto el ruido de la calle parece silencio de tumba comparado con los gritos, charla que te charla, exclamaciones, chocar de vasos y platos, de todo lo que me acabo de librar. Pero ahora, ¿qué hago? Una mirada me revela que la mujer ha quedado sola y tú has desaparecido. ¿Habrás ido a los aseos? ¿O te habrás mandado a mudar? En mi experiencia ya has hecho cosas así. Miro alrededor, como si estuviera jugando a las escondidas, sólo me falta decir eso de adelante y atrás mío y no me acuerdo cómo sigue el juego, la niñez ha quedado bastante atrás. Y ya estoy preocupada, toda esa carrera, todo ese sobresalto quedaría en la nada por un minuto de distracción. De todos modos, ella se ha quedado con su café y de ti ni rastro, si estabas en los aseos ya deberías haber regresado hace rato. Espero unos minutos más y... ¿y qué? ¿Desistir y seguir con mis planes originales que ya no me acuerdo en qué consistían? En cierto modo llegué escapándome de esos celos obsesivos, para eso vine hace tiempo a ese encuentro de escritores de aventuras de misterio y policiales. He publicado algunas historias de ese tipo ya que tengo inclinación hacia ese terreno y en cuanto al encuentro, lo cierto es que no me lo inventé, ha existido realmente, aun en las mentiras tiene que haber algo de verdad, lo que sí, yo no pensaba participar en todas las sesiones, apenas iría a unas cuantas y trataría de encontrar nuevos materiales para seguir con eso que ya se estaba convirtiendo en pasión. Tengo mi libertad que, si bien es provisional, es bastante grande porque no estás tú y no están los celos. Pero de pronto resulta que tal vez sí estás tú, sólo que no sé dónde. Estoy parada como una tonta, hasta la del quiosco se burla, otro de lotería o de quiniela, no sé,

ella sabe bien que no le compraré nada y me dice con un sarcasmo azuzado por el hecho de mirar y no comprar, que el sorteo es dentro de dos días y no hace falta esperar ahí mismo, que los resultados se publican en todos los medios. No le digo nada, no vale la pena. Ya no sé para qué vine aquí. Pero de pronto surge un pensamiento, ella debe tener algún dato para dar contigo. Cruzo apresuradamente la avenida, uno o dos autos frenan con un chirrido de ruedas, los conductores me lanzan maldiciones, y, el colmo, al subir a la otra acera se me quiebra un tacón y ahora rengueo ridículamente, algo terrible considerando que quiero hacer una buena impresión para caerle bien a ella. Disimulo lo mejor que puedo la cojera, entro al café y me dirijo directamente a ella. Le digo que casualmente pasaba por aquí y me pareció ver a un viejo conocido sentado con ella pero hasta que llegué aparentemente él se ha ido y como no tengo medios para ubicarlo tal vez ella me podría asistir en el asunto. Somos colegas de la escuela, no lo he visto en años, hemos sido muy amigos y la verdad es que fue mi primer novio, usted sabe lo que eso significa, es una emoción única e irrepetible. Sigo parada hablando y ella, tal como pensaba, me invita a sentarme. La emoción que siento no es fingida pero por supuesto no tiene nada que ver con lo que estoy diciendo. No me diga, dice, qué casualidad más fantástica, así que hace mucho que no se ven, entonces debe usted tener una memoria de fisonomista de primera para desde una distancia grande reconocer a alguien que seguramente ha cambiado con los años, no muchos, pero de todos modos. Me sonrío, me está dando un cumplido, verdadero o falso, sea cual fuere su intención no deja de ser un cumplido. Me presento, me llamo Lidia, le digo, y estoy de paso aquí. Ella, rubia como ya dije, cabello corto, ojos verdes, nariz algo chata, cara agradable, blusa blanca que apenas oculta aquella delantera de la cual hablé, chaqueta y falda azules, me sonrío,

se llama Ofelia, no la de Hamlet, se ríe. Me río con una risa falsa esforzándome para que suene a verdadera, tengo que estimularla a cooperar. ¿Tiene usted una idea acerca de a dónde ha ido Nardo?, me atrevo a preguntarle. ¿Nardo?, ¿tiene otro nombre? A mí me dijo que se llamaba Eduardo, ¿será tal vez un apodo cariñoso por raro que parezca?, agrega, y creo percibir un tono de ironía Así que te estás haciendo el vivo y crees que con eso me vas a engañar, no me voy a dejar atrapar por tus trampitas baratas. Es que tiene varios nombres pero yo lo conozco de antaño, no sé cómo le nació el apodo, creo que de la casa, de todas maneras así lo llamábamos. No sé, dijo que tenía una gestión cerca, que lo esperase, pero si sigue así me voy a ir, dice Ofelia, tengo que volver al negocio de artículos de oficina, trabajo ahí y se está terminando mi pausa. Miro el reloj y veo que ya estoy empeñada más de una hora y media en esta insensata aventura, pero por otra parte pienso que si ella se va, me puedo quedar, si le dijiste que volverás, volverás, no te ibas a perder semejante budín. ¿Pero qué clase de gestiones tienes aquí? Si nunca me dijiste que ibas a aparecerte precisamente cuando yo estoy, es algo que sigo sin entender. Pero tengo que seguir hablándole a Ofelia, mire, por qué no se queda un poco más, me gustaría que me hiciera compañía porque tengo muchas ganas de verlo y no quiero quedarme sola, imagínese, justamente me lo vengo a encontrar después de tanto tiempo, me parece una casualidad fantástica. ¿Usted cree en el destino?, sigo hablando con la esperanza de retenerla, porque yo creo en él ciegamente y ayer leí en el horóscopo sobre un encuentro emocionante esta semana, y estoy segura de que se refería a este encuentro. No creo en eso, me parece que todos los horóscopos se reciclan y no tienen nada que ver con lo que sucede y si lo que sucede se parece a lo que dicen es simplemente pura casualidad, me contesta la escéptica con la cual estoy de acuerdo pero

tenía que sacar algo del arsenal oscurantista para que no se me fuera. Se nota bastante decepcionada por tu inexplicable ausencia, yo también lo estoy y me siento muy mal de que te me hayas escurrido de esa manera. Ya no tenemos de qué hablar, tú, como tema, mejor no tocarte. Trato de entablar una conversación sobre lo que cada una hace. Resulta que ella es hija del dueño del negocio y parece que te interesaste por una compra, y por eso te acompañó, pues la invitaste. Así que también aquí no has perdido la vergüenza y tal como lo hacías antes no te molesta agregar más individuos a tu cosecha de incautos que nunca faltan, y estoy casi convencida de que de alguna manera me incluyen. Bueno, nada tan dramático, me estoy dejando llevar por mi frustración, fíjate: me he expuesto a un encuentro desagradable al presentarme en el café, pero simplemente quiero saber cuáles son tus móviles al venir. De pronto oigo a Ofelia diciéndome aquí está. Muy conmovida me doy vuelta, no sé, no te reconozco bien, será por esa odisea que he vivido, te pareces, la cosa es si eres. Pero algo he de hacer porque ella me mira y tú me miras, digo entonces, ¡qué sorpresa después de tantos años, Eduardo!

Me miras realmente con sorpresa, ¿de cuáles años estás hablando? Te veo con dudas y digo, de la escuela, ¿no te acuerdas? Noooo, francamente, dices cortésmente, ¿de cuándo estás hablando? Así que haciéndote el olvidadizo, en fin hay que lidiar con la situación. Soy yo, Lidia, ya sé, he cambiado y la verdad es que tú también has cambiado, esa barba no la tenías, me río tratando de hacerme la graciosa. ¿Lidia?, preguntas fingiendo sorpresa. Eres capaz de cualquier cosa, con tal de impresionarla a esa posible nueva conquista, hasta te harás pasar por ignorante. Pues sí, Lidia, insisto, no te acuerdas del colegio secundario y de cómo me ayudabas en las matemáticas que nunca fueron mi fuerte, pero fíjate que a pesar de eso hice uno más uno cuando te vi e inmediata-

mente me acordé de muchas cosas. ¿Matemáticas?, persistes en tu actitud, pero de pronto como si te acordases, Lidia, claro, sí, yo era bueno en matemáticas. ¿Y cómo no iba a serlo siendo analista de informática?, interviene Ofelia. ¿Analista de informática?, pregunto siguiéndole la corriente a pesar de que sé que tu profesión es abogado después de pasar por varias otras carreras y de eso tampoco estoy tan segura.

Sí, mientes descaradamente, empecé con otras cosas pero finalmente uno tiene que dar libre curso a lo que domina bien y no meterse en aventuras extrañas. ¿Me estarás insinuando algo? ¿Entonces ya te acuerdas de mí?, pregunto en voz alta. Sí, dices, claro, Lidia, cómo no me voy a acordar. Pero Lidia mencionó otro nombre, Nardo, creo, acota Ofelia. Su presencia se está haciendo indispensable en nuestro juego de ficciones. Sí, dices, mirándome con, diría odio, es un sobrenombre o apodo de casa, pero con el tiempo lo dejé de lado y ahora ya pocos son los que lo emplean. Digo dices, y no estoy muy convencida que digamos. Y, de paso, ¿qué es esa pronunciación española, desde cuándo ceceas? Me paso la mano por la frente, siento que estoy transpirando y ahí me doy cuenta que no tengo puestos los lentes. ¿Dónde demonios me los habré olvidado?, ese atolondramiento me persigue incesante. Pero tengo que contestar algo y digo, estoy asombrada por esta casualidad, como le decía aquí a la bella y simpática Ofelia, el horóscopo en el cual creo siempre me anunció un encuentro emocionante y aquí estás, y por qué no nos sentamos y hablamos un poco más ya que salió así. Ah, los habré dejado en el locutorio del cual salí corriendo para seguirte. Yo no me puedo quedar, Lidia, ya se lo he dicho, dice Ofelia. Lidia, profieres con una nota de asombro haciéndote otra vez el interesante y ceceando tratando de hacerte pasar por un local, sí, claro que me acuerdo de una Lidia pero he perdido su aspecto, la memoria, ya sabes. ¿Ya sé qué?, sigues haciéndote el des-

pistado. Pero Ofelia, siendo la hija del dueño no tendrá dificultad en tardar unos minutitos, quiero sonar a convincente, además es usted testigo de algo bien extraordinario, como si los dos hubiéramos aterrizado ahora justo aquí. Eso lo digo para provocarte. Pues yo no he aterrizado, vivo aquí hace bastantes años, dices empeñado en tu descarado y tu ceceo. Pues veo que te has aclimatado muy bien ya que no se te nota más nuestra pronunciación, recalco socarronamente la última palabra, la que yo no he perdido o permutado. Siento que paulatinamente me estoy ahogando, anegada por mis pensamientos, ya no sé nadar en ellos confortablemente, me he olvidado de la natación mental y ni siquiera puedo flotar por la agitación que me consume. Tengo que tomar un paso decisivo, tal vez cantarte unas cuantas verdades e ignorar la presencia de esta testigo de la descomposición total de nuestras relaciones si me tratas así como si fuera una extraña y ni siquiera estás dispuesto a entrar en ese juego que he inventado para permitirte una salida honrosa. ¿Es posible que me hayas seguido o es que me viste sentado en este café?, cambias de tema, parece que eso de la pronunciación te tomó por sorpresa ya que hiciste la pregunta de tal manera que no haga falta cecear para dártelas de ser de aquí. Me pareció que te vi salir de un locutorio y te seguí de pura curiosidad pero caminas muy rápido y me fue difícil alcanzarte, menos mal que no te perdí de vista, sigo en un tono conciliador. ¿Yo?, ¿en un locutorio?, estaría loco para entrar ahí, dices sonriendo como si hubieras dicho la cosa más graciosa del mundo. Hiciste reír a Ofelia pero a mí para nada, ya estoy muy furiosa contigo y conmigo misma sobre todo. Ese desprecio, esa superioridad, ¿pero de qué estás presumiendo conmigo? ¿Entonces quién va a un locutorio es un loco? No, te echas atrás, no dije eso, sólo dije que eso no forma parte de mi vida, es bueno quizás para quien viene del exterior. Ya veo que no llego a ninguna par-

te contigo. Bueno, los voy a dejar con sus cosas, no quiero molestar más, digo más para mí misma que para ellos. Ofelia interviene, si tienes tiempo libre te invito a ver todas las cosas que tenemos, tal vez habrá algo que te interese. Estoy llena de dudas pero no quiero más humillaciones. Tengo que hacer una llamada a casa, antes traté en un locutorio, te miro intensamente, pero no había nadie. ¿Y cómo podría haber alguien si estás aquí? Además tengo que recuperar los lentes que estoy casi segura que me los olvidé ahí, agreggo. ¿Así que usas lentes?, te sigues haciendo el ignorante. Bueno, que te aproveche, ya tendremos otras oportunidades, me digo. Adiós, encantada, le doy la mano a Ofelia, menos encantada contigo, te pongo cara ácida, pero tendrás que admitir que ella sí es encantadora, te doy una mano flácida y sudada, estoy segura de que nos veremos pronto. Miras a Ofelia, callas. Salimos y nos separamos, yo camino, por supuesto rengueando, otro motivo de burla, imagino, rengueo para arriba en la avenida, ustedes para abajo de regreso al negocio, y cuándo me doy vuelta a los pocos segundos os veo a ambos caminando, hablando y deteniéndose riendo, y hasta me parece que tú me estás imitando, a esa loca como me hiciste quedar ante Ofelia. Tengo ganas de llorar, la humillación, la decepción de encontrarte y que me ignorases y eso públicamente porque tuviste público. Y lloro de pronto y rengueo llorando, sin rumbo, la gente me mira, lo sé, pero no puedo parar, es algo que se ha acumulado y las lágrimas fluyen y fluyen. Es un alivio, no es que me haga sentir mejor pero por lo menos no me siento congestionada. De repente paso ante un negocio de óptica y me acuerdo de mis lentes que he dejado atrás, así que cambio de dirección y comienzo a desandar el camino cojeando en la esperanza de encontrarlos ahí, sí, estoy segura de que me los saqué en ese lugar porque hacía calor y los puse sobre el pequeño estante y salí corriendo al escucharte. Porque eras sin duda

tú, y tu manera de comportarte como un extraño, probablemente tu manera de escaparle al bochorno me lo confirmó. Los zapatos ya me tienen irritada y me detengo ante el primer negocio que ofrece esos artículos y me quiero comprar un par chato y barato que me libere de esta renguera que sólo agrega a mi tremenda confusión, mezcla de enojo, vergüenza, humillación, despecho, eso, sobre todo despecho, pero no me alcanza el dinero. Me miro en el espejo en la zapatería y veo que estoy hecha un esperpento, despeinada, los ojos hinchados y ese vestido celeste semejante a un uniforme, me da vergüenza pensar en toda esa gente que me mira y Dios sabe qué estará pensando, una despistada. Mi furia se está cocinando a fuego lento en el estómago mientras, ahora sí, camino a paso acelerado hacia mi locutorio porque me he sacado los zapatos. Demás está decir que no sé cuál es, hay varios que tal vez se parezcan a pesar de que no se parecen. Intentos vanos, reza locutorio pero no es mi locutorio, entro a alguno, pregunto por lentes olvidados y la muchacha que no sabe bien el idioma no entiende de qué estoy hablando. Reviso las cabinas, nada. Así me ocurre en varios locutorios hasta que, cansada, agotada, desisto. Tal vez tenga otro par, pero no estoy segura y por eso no puedo permitirme olvidar estos y dejarlos atrás como he hecho antes para salir precipitadamente en tu búsqueda frustrante y humillante, es una vivencia que resurge constantemente a pesar de mis intentos de reprimirla. Ese autodomínio yoga que me enseñaron en ese lugar donde está mi locutorio se revela como otra de las tonterías esotéricas, como los horóscopos y sus semejantes, no en vano Jacqueline no usa ninguna de ellas. No, no me importa la sed, primero debo encontrar mi locutorio. Ya hay menos gente en la acera, ¿estarán almorzando? Miro el sol, ya es mediodía pasado y yo sigo deambulando, perdida. Pero esa idea de que todos estarán comiendo a esta hora me recuerda que tengo prisa,

que por ahí me pierdo el almuerzo y si antes no lo sentía, ese pensamiento hace surgir algo saludable en este día tan enfermante, el hambre. Es la hora habitual que llama, desde la cabeza pasando por el estómago o al revés. No importa, de repente me doy cuenta de que estoy en camino y me siento algo orgullosa ya que ese trayecto lo hago por primera vez, ahí está el portón y al salir no presté atención al jardincito que no está muy cuidado que digamos. Entro al edificio y ahí está el locutorio pero no llego porque un hombre de guardapolvo me detiene. Calvo, con lentes, me mira severamente. Lidia, lo que ha hecho es imperdonable. ¿Qué es eso de salir así sin pedir permiso? Es que escuché la voz de mi marido y lo seguí en un impulso, digo tímidamente. ¡Su marido!, exclama el doctor. Sí lo he reconocido, estoy casi segura. Ay, Lidia, otra vez con esas alucinaciones. La volveremos a encerrar en el ala sur si sigue de esa manera, vaya a lavarse, ¿y cómo es que anda descalza? Llama a una enfermera y le comenta en voz alta que hay que tener mucho cuidado con ésta, casi mató al marido por celos y no se acuerda de nada, al final acabará matando a otro ya que su obsesión es de nunca acabar. Una de esas parejas de latinos desafortunados que vienen aquí a buscar su fortuna, comenta alejándose. Las cosas que tengo que oír, me trata como un objeto. Está loco sin duda porque el complot de ellos contigo es lo de nunca acabar. Antes de dejar que me lleve la enfermera le echo una mirada a la cabina telefónica, no están los lentes. Le pregunto por los lentes y me dice con esa mirada supuestamente comprensiva que yo nunca usé lentes. Están todos locos. Estrujo el billete de lotería en el bolsillo, tal vez ahí se ocultará el milagro que me libere de esto. Estoy exhausta. No te permitiré más burlas, la próxima vez que te aparezcas ya verás, ¡haciéndote pasar por español! ¿A quién quieres engañar?

BETTY

Cuando me preguntan lo que hago, si ya me preguntan, digo que trabajo en un hospital. Hay quien insiste y quiere detalles, ¿médico?, ¿enfermero?, ¿sanitario?, más bajo no se atreven a preguntar o sugerir, se me ve bastante bien, un tipo educado, de buenas maneras, no apesto a nada desagradable fuera de, tal vez, un olor a alcanfor que yo mismo ya no siento. Por supuesto no propongo estúpidas adivinanzas, a ver si se imaginan de qué, no tengo interés en esos jueguitos tontos y además no veo ninguna razón de darle materia para pensar a los curiosos, que ya con la mera pregunta están invadiendo mi privacidad. Hay quienes van más adelante y se interesan por cuánto gano por mes pero a esos me los sacudo con un gesto de hombros indiferentes. Claro que quienes me conocen más no me preguntarían al respecto, pues a pesar de que no soy muy dado a hablar habrían sabido lo de la clínica, y ahora, hospital, bueno el hombre ha avanzado, pero para ser amistosos y hablar de algo probablemente inquirirían si he vuelto a montar y yo sólo contestaría que con mi trabajo que me ocupa todo el día no puedo llegar a hacerlo, además ya no me atrae, lo que sí a veces me intereso por espectáculos de caballos con jinetes de ambos sexos elegantemente vestidos, haciendo despliegues de destreza, saltando vallas y superando fácilmente pruebas aparentemente difíciles, siempre muy ufanos; es mi único contacto actual con esos cuadrúpedos (los caballos

que no los jinetes) que de alguna manera contribuyeron a mi estado presente del que podría decir sin equivocarme demasiado que no sé cómo termina como termina.

Todo empezó con un capricho de Betty, por lo menos eso es lo que pensé hasta cierto momento. Aquella tarde fuimos a pasear por los campos para aprovechar el buen tiempo. Yo, la verdad, hubiera preferido quedarme en casa pero ella insistió, adujo que nunca salíamos al aire libre y siempre que proponía algo debíamos discutirlo hasta que el tiempo hiciese de lo suyo y truncase todo proyecto, aun el más modesto. Me vestí con *jeans* y camisa floreada o será a rayas o una simple camiseta, ella iba de *shorts* azules, que le quedaban muy bien a su trasero compacto, y blusa blanca, y nos fuimos con el auto que nos llevó a los campos que no estaban lejos. Viajando así, sin un propósito determinado, apareció de repente una granja donde se podía alquilar un caballo por una hora por el precio módico de... no importa, según rezaba el cartel oxidado inclinado y a punto de caer. Betty se entusiasmó, el perfume de la alfalfa hizo de lo suyo, detuve el auto y entramos por el portón abierto a averiguar. Sólo le dije que no había montado en bastantes años, en mi juventud había sido un buen jinete en los campamentos de verano y hasta solía hacerlo sin montura pero nunca logré superar la envidia que me daban los muchachos que se subían al caballo de un salto, agarrándolo por la crin y abriendo oportunamente las piernas. Yo siempre fracasaba en ese intento, me caía y me magullaba pero una vez que lograba subirme de alguna manera, no le iba en zaga a nadie en cuanto al manejo del caballo; íbamos al galope, el trote sin montura es muy incómodo, puede resultar en una tortilla. Los olores estaban ahí, a caballos, estiércol, alfalfa y alguno que otro pasto, pero el tiempo aquél ya era un pretérito más o menos perfecto y poco me atraía el experimento que Betty propuso, que montáramos sin guía, mucho

más divertido que ir al paso aburriéndonos nosotros y los caballos, agregó. Nos acercamos a un señor que parecía administrar el asunto, bigotes grandes, sombrero a lo vaquero, habla pausada pero fuerte como para cubrir distancias. ¿Podría haberse presentado como Andy? Una idea vaga. Betty le explicó nuestra intención que se despertó al ver el cartel. El hombre preguntó por qué no teníamos botas de montar, todos los que venían, tenían. Betty no se dejó amilanar, le dijo que somos expertos y no trajimos las botas por lo espontáneo de la idea, era ver los caballos y enamorarse, remató. Yo seguía distraídamente esa conversación, mirando a los caballos que no me parecían gran cosa, más bien daban la impresión de estar regularmente atendidos y sus ojos, los que lograba ver porque estaban comiendo, denotaban una notable fatiga y desgana, como si pensaran, uf, otro par de aburridos que no saben qué hacer con su vida. El tal Andy, creo más firmemente que era Andy, quedó impresionado con Betty, le ocurre a la mayoría de la gente por su figura, su inmediata simpatía y su fácil acceso a sus interlocutores que se quedan prendados de ella. Claro que yo, después de algún tiempo, experimentaba en esa relación lo que me había dicho en su tiempo una lectora de manos, una quiromántica —usted es fácil de impresionar, difícil de influir. Me impresioné con la rubia Betty que trajo una frescura y cierta aparente estabilidad bienvenidas a mi vida después de las, a veces insulsas y otras veces tormentosas relaciones anteriores, pero con el tiempo ya no me impresionaba tanto, y en cuanto a eso de influir, a veces daba mi brazo a torcer, como en este caso. No diré que estábamos cuesta abajo en la rodada, como dice el tango, pero sin duda el entusiasmo inicial se había enfriado un poco con la rutina de la convivencia y aun decir eso es por sí mismo rutinario. Andy me trajo una yegua marrón con manchas blancas y me dijo, es mansa y no tiene de qué temer, creo que leyó lo

que ocurría en mi mente y su manera de aseverar las bondades de esa yegua tenía por objeto tranquilizarme. A Betty, en cambio, le trajeron una yegua blanca con manchitas negras que daba la impresión de ser bastante más briosa. Nos subimos a los caballos y seguimos el consejo de ir por los campos de cultivo y llegar al pequeño bosquecito para guarecernos de los rayos del sol, a pesar del buen tiempo hacía calor y una hora al sol podía hacer estragos. Betty estaba encantada. Yo me sentía bastante vacilante a esa altura, la tierra firme se había alejado y ahí estaba a merced de los caprichos de la yegua cuyo nombre era, bah, dejemos eso. Salimos al trote para dar la impresión de que sabíamos lo que hacíamos, Betty adelante y yo detrás tratando de mantener un equilibrio menos que estable, precario. Al rato se puso a correr y yo la seguí detrás tratando de no agrandar las distancias. La verdad es que me sentía flotar en el aire, una sensación de libertad repentina a la que me entregué sin darme cuenta, era algo olvidado de hacía mucho tiempo pero la montura, para comparar los tiempos, me parecía algo engorrosa, me molestaba en la apertura de las piernas, no estaba acostumbrado, a Betty no parecía molestarle, bueno, no era inusual, pero no nos metamos en eso. Así siguió nuestra pequeña carrera que me sorprendió, me sorprendí de mí mismo de lo rápido que me impuse al escepticismo y de cómo me dejaba llevar por la yegua y la sensación crecientemente embriagadora. No creo que quien montase todos los días o que eso fuera parte de su trabajo tuviera acceso a esa sensación, ¿rutina ya dije? Varias veces llamé a Betty pero parecía que ella había decidido ignorarme completamente, tal vez pensando que yo le iba a reprochar toda esa aventura en la cual nos habíamos metido. De repente oí unos ladridos, la yegua zigzagueó bruscamente y me sentí volar en el aire ahora sin ningún ser viviente debajo mío, y aterricé en un campo de coles con su olor pene-

trante que se me había venido acercando a gran velocidad. Afortunadamente pude sacar el pie del estribo pero no lo bastante rápido así que fui arrastrado unos metros por el suelo y al final caí al lado de varias coles sorprendidas que no me estaban esperando. Me dolía muchísimo la pierna, la yegua se había alejado y Betty había desaparecido. Me quedé acostado, no me podía mover y de repente ya no sentí nada. Me desperté en un auto que adiviné que era una ambulancia. A mi lado estaba sentado un hombre de guardapolvo blanco, de Betty, ni rastro. Yo no podía hablar porque sobre la nariz tenía esa máscara para respirar, quise preguntar por Betty pero imposible. Estando en el hospital antes de la complicada operación me enteré de lo que había pasado. Resulta que mi yegua, la responsable de que me encontrase ahí, una vez que se había librado de su molesta carga volvió a la granja, el dueño entendió que había pasado algo, encargó la ambulancia y fue a buscarme y a recolectarme entre las asombradas coles, acostumbradas a ser ellas las recolectadas, mientras Betty, al parecer, se seguía adentrando en el bosquecito completamente insensible a mi ausencia. No aparecía por ningún lado y como yo sufría de una conmoción cerebral además de otras calamidades por el aterrizaje no tenía modo de comunicarme con ella.

Y después el sopor insoportable, no tengo explicación en este desierto blanco en el cual me encuentro, me encuentro porque hasta hace poco no tenía idea dónde estaba, cómo había llegado, por qué estaba dónde estaba, y sólo lentamente fui uniendo los pedazos de mi ser despedazado y me fui encontrando, fui encontrando eso que llaman yo, que se quiere creer que une todas esas partes dispersas que estaban volviendo y encajándose unas en otras como un rompecabezas, término muy apropiado para mi estado. No es que yo hiciera un esfuerzo o que eso se diera por sí mis-

mo. Justamente cada esfuerzo tenía la cualidad endemoniada de crear oposición y me volvía a dividir y entonces ese “me” no quedaba nada claro, ¿qué me?, ¿de qué se compone y cómo ha evolucionado con el tiempo? Vagamente oigo como en una bruma un guardapolvo blanco, creo que son eso, diciéndole a otro que sólo el tiempo dirá. ¿Dirá qué? ¿Cuándo? ¿Cuando se le ocurra hablar? Muevo los labios para decir algo pero en vez de palabras escucho gemidos. Un calmante, dice el guardapolvo primero. ¿Inyección?, pregunta el segundo. Sí, con la infusión, contesta el primero. ¿Infusión? ¿Ahora me van a dar un té? Pero yo prefiero agua simple y pura y transparente. Murmuro algo que ni yo mismo entiendo. ¿Cómo pretendo que ellos entiendan? Muevo los labios, es lo único que puedo mover, el esfuerzo de abrir los ojos ya pasó, fin de fuerza, fin de esfuerzo. Si me van a dar algo, pues ya, ¿por qué se demoran? Calma, oigo la voz del guardapolvo primero. Ahora también oigo la voz de una mujer, ¿o serán ellos mismos que andan cambiando de voces? ¿Un falsete? ¿Un contratenor? No, porque esa misma voz dice, le voy a mojar los labios, ¿está bien? El primero dice sí, pero nada de gotear adentro. No entiendo. ¿Y cómo piensa darme el té? Tengo sed, me oigo diciendo de pronto. Está bien, querido, dice la voz de mujer. La otra voz de guardapolvo acota, no es terrible darle una cucharita de agua cada hora. No entiendo. ¿Ahora resulta que ya no me hablan de infusión sino de agua? Y esa voz ya no me gusta. Demasiados cambios. De repente me suena a Andrés. ¿En guardapolvo blanco? ¿Cómo llegó aquí? ¡Sáquenlo por favor!, me oigo diciendo, apenas oigo porque susurro y eso me enoja porque no puedo oír, pero parece que me sale Andrés. Pobrecito, dice la voz de mujer, está delirando. Qué extraño olor le sale de la boca. ¿Alcanfor? ¿Habrá tomado alcanfor? Eso es muy peligroso. Hay que advertirle. ¿Hay que advertirle? ¿Y quién le va a advertir, si ellos están ahí tan impávidos? ¿El cloro-

formo? Debo haber dormido, ni tengo idea cuánto. Un ruido me habrá despertado o al revés porque las cosas han cambiado y ahora ya no están los caballos azabaches que estaba cepillando en el establo para la carrera de la tarde. Me costó separarme de Sulky con sus grandes ojos negros que me decían que un terrón de azúcar no le vendría nada mal como postre después de la alfalfa que le prodigué según la cantidad justa que me enseñó Andrés el cuidador, un tipo de bigote pero buena persona que me había contratado para ese trabajo entre varios postulantes, es que yo traje mi diploma de bachiller en ciencias equinas y eso lo convenció a tomarme en lugar del profesor enojado que no paraba de estornudar. Claro, el muy cabrón no podría ser competidor con esa alergia que volvería locos a los caballos y especialmente a Sulky en el cual Andrés ponía grandes esperanzas considerando su immaculado pedigrí y el padrillo que lo había apadrillado. Y su madre también. Andrés me dijo algo en secreto, pero su vozarrón no podía guardar secretos y yo no sabía por qué me tenía que contar secretos a mí, finalmente él era el empleador y yo no era más que un ayudante con diploma de doctorado en ciencias equinas, ya lo querría tener aquel profesor de física nuclear con sus estornudos pretenciosos. Había un problema y había que guardar el secreto, dijo o gritó. El flaco Perdone o Perrone, no le alcancé a tomar el nombre, se enfermó para su gran rabia o de rabia, no estaba claro, dio parte de ausente y sólo faltaban unos minutos, y Andrés había venido corriendo con el pelo revuelto y los ojos desencajados y cuando lo vi me asusté porque parecía un loco alcanforado. Cálmate Andrés, le dije, hay que mantener la calma, toma este terrón de azúcar, y le alcancé el que no que no le había dado a Sulky, pero lo hice muy subrepticamente para no ofenderlo a éste, ya bastaba con que Andrés hubiera sucumbido a la rabia por Perrone o Perdone. El terrón lo calmó un poco porque tam-

bién agregué una pequeña pastilla de metilpropenolestreptobenzinacina o tina, no sé, eso sí lo vio Sulky al cual hasta le noté lo que percibí como una sonrisa de complicidad. Claro que había un peligro, unos relinchos de placer de Andrés que contagiaría a todos los equinos del establo; de todos modos se supo contener y logró decirme que todo dependía ahora de mí ¿Cómo es eso?, aventuré la pregunta. Si yo sólo tengo un diploma de posdoctorado en ciencias equinas, ¿en qué te puedo ayudar además de lo que estoy haciendo? Y lo hago con gusto, no te creas, a pesar de que puede que haya quien piense que eso de andar juntando el estiércol por las noches puede tener sus bemoles. Yo sabía, bueno, finalmente uno tiene una educación, que eso de los bemoles sería problemático para Andrés que me había contado que su padre en un arranque de rabia, eso se repetía en la familia aunque no hubiera ningún Perrone, le había asestado un golpe de violín en la cabeza a la madre dejándolo casi huérfano a una temprana edad. Después ya nunca más quiso tocar el violín a pesar de que más adelante habría promesas de una carrera musical, pero esa parte no recuerdo si existió. De todos modos para mi sorpresa Andrés no se dio por aludido. Estaba muy obsesionado con algo y cuando se obsesionaba con algo no podía salir de eso, afortunadamente en este caso. Andrés me dijo que el cabrón de Pedrone o Perrone se había emborrachado y no había modo de tenerlo estable sobre Sulky así que alguien tenía que reemplazarlo. No me mires a mí, le dije aterrado, cierto que tengo el profesorado en ciencias equinas pero eso es sólo teórico, mis habilidades ecuestres dejan mucho que desear, yo no las deseo y no podría reemplazar a Perrone por más rabia que te dé. Pero Andrés insistió, él era demasiado corpulento y yo en cambio era lo suficientemente flaco como para tirarme un lance, dijo. Y sin esperar mi respuesta me presentó el uniforme o algo parecido y me dijo que me

lo pusiera, que no había alternativas y que no agregase a sus ya considerables dificultades, que eso no iba a afectar la opinión de la posteridad (estaba tratando de hacerse pasar por culto) que no me iba a juzgar por una carrera. De todos modos, tienes que ganar, dio por cerrado el debate. Me entregó la ropa del *jockey*, y me dijo que me apurase porque pronto se lanzaría la carrera. La verdad es que no me daba ninguna gana participar en la competencia, mi carrera académica no me había preparado para eso. Traté de ponerme esa ropa pero era muy chica, no me pude cerrar el pantalón así que dejé la camisa afuera para cubrir esa inconveniencia. Me lo llevé a Sulky a la pista, le hablé tranquilizándolo, que en realidad era una manera de tranquilizarme a mí mismo, percibí su leve sudor y el olor equino tan conocido, lo monté y me puse en la línea con los otros esperando el disparo. Éste llegó con un tremendo ruido.

Estoy acostado y me vuelve ese olor penetrante a cloroformo o será alcanfor. Asqueroso y estimulante, dicen. ¿Y entonces cómo me dormí? ¿Habrá sido cloroformo y yo en mi confusión lo tomé por alcanfor? No tengo fuerzas para meterme en esos dilemas. Lentamente siento que me estoy despertando, percibo que hay mucha gente alrededor con guardapolvos blancos mirándome. Alguien observa que he abierto los ojos, pero otro lo interrumpe diciéndole que no lo interrumpa. Parece estar dando una explicación médica complicada que ni trato de entender, no sé de qué está hablando pero paulatinamente voy comprendiendo que habla de mí. Por la voz creo reconocerlo como guardapolvo primero. Pone un poco de orden, me parece, entre la multitud de opiniones sobre mi estado, le pregunta a una de las estudiantes, deduzco que eran estudiantes, y es que de alguna manera la mente comienza a funcionar, qué le parece eso de las vendas en la pierna izquierda pero parece que la respuesta que no alcanzo a oír no le gusta y la corta antes

de que termine la frase. Hay otra a la cual se dirige y ésta parece que sí dice algo de su agrado porque la alaba, linda voz la de ella. Este fenómeno se repite varias veces y no puedo dejar de pensar que hay ahí algún tipo de favoritismo porque lo que logro oír no me pareció tan genial que digamos, además de que algunas respuestas las completa él mismo. Pues parece que yo padezco de múltiples fracturas, lesiones internas, la vesícula no funciona, no sé cuál, además del coágulo que anda paseando por ahí y que en cualquier momento puede bloquear el flujo de sangre y ya no me acuerdo qué más porque decido no escuchar más y concentrarme en el extraño sueño en el cual yo era un *jockey* que reemplazaba a un tal Pedrone, lentamente lo voy reproduciendo pero en cuanto a lo que significa no tengo la menor idea a pesar de haber leído interpretaciones de sueños. Pero la mente no me funciona así que trato de meditar una de esas meditaciones hindúes de las cuales participé alguna vez y así aislarme del bullicio alrededor mío. Después pasan a hablar del tratamiento adecuado, preguntan por el yeso, la infusión, tal vez también algo sobre los pulmones y un anticoagulante. Y ese olor a remedios, ¿alcanfor? Me parece una obsesión de la cual no me puedo librar. Y esto se demora y se demora y a medida que voy ganando conciencia de lo que ocurre, me siento más y más fastidiado. No hay derecho, me digo. Está bien que uno sea un paciente pero eso no quiere decir que su paciencia sea infinita y estos guardapolvos la están agotando. Estoy por decir algo pero un dolor repentino en la boca me frena. Sin embargo la voz de aquella enfermera se hace oír, yo no puedo verla por la gente alrededor y porque mi campo de visión de cualquier manera está limitado. Le dice al guardapolvo principal que ya se han demorado bastante y el enfermo parece sentirse mal. No le gusta esa observación al principal y le dice a la enfermera que no se meta en lo que no le incumbe. Se arma

lentes colegas que nunca faltan le habría insinuado algo, y con el tiempo de sobra que uno tiene a su disposición estando acostado en esa blancura toda clase de ideas se le pasan por la mente y esa era una de ellas. Me iba recuperando lentamente, el cuerpo comenzaba a funcionar pero el corazón estaba herido, yo quería a Betty, tal vez no siempre lo demostré, y tal vez ella esperaba algo más, pero ahora su ausencia que todavía no lograba concebir me golpeaba de pleno, una pérdida mucho más grande que cuando uno da todo por sentado, por sobreentendido y esa posibilidad ni por asomo llega a las dimensiones de cuando sucede en la realidad. Pero además estaba esa otra cosa que recién iba tomando cuerpo en mi mente y ya sé que eso tiene un toque de absurdo, pero en el reino del absurdo todo es absurdo y por lo tanto no lo es, ya estaba viendo que la influencia de lo que me habían dado me traía pensamientos que, me imagino, eran de la misma índole.

El doctor había llegado a mi cama en una de las visitas con su horda de estudiantes y el *show* del análisis del objeto en posición horizontal (yo) sujeto por toda clase de ligaduras, yesos, y tubos, creo que era el número uno, y cuando todos salieron se me acercó tranquilamente, me quitó los tubos y las ligaduras y me sonrió con una amplia sonrisa: usted no necesita estas cosas amigo, ya hace días que se le pueden sacar pero como tengo que enseñarle a esta calaña de inútiles me pareció su caso bastante ejemplar como para hacerles funcionar la mente, o lo poco que tienen ahí sobre el cuello, y examinar la aplicación de lo que estudian en un caso complicado, el suyo. Tenía una cara sonrosada, una calva hasta la mitad del cráneo, gafas, se parecía un poco a ese actor de comedias de unos hermanos, se me escapó el nombre. No dije nada, estaba completamente anonadado, por un lado era como si se estuvieran aprovechando de mi desvalía pero por otro parecía que ahí había algo más que

no acababa de entender, caramba, dije, si estoy bien por qué me retienen y si no lo estoy, ¿cómo me sacan toda esa armazón con tanto desparpajo? Veá, contestó, usted se ha vuelto muy valioso, los estudiantes, ese conjunto de débiles mentales que encarnan muy bien su condición de tales, hablan mucho de su caso, de lo interesante que es y hasta de una estudiante que justamente es muy dotada desde muchos puntos de vista y que vino varias veces y me da gusto que lo haga, si me entiende. Después me preguntó qué hacía yo, de qué me ocupaba, cómo me ganaba la vida y le conté un poco y además se había enterado de la carta de Betty por la enfermera. Nunca hubo galeno que me dedicara tanta atención. Al cabo de mi relato me dijo, mire, vayamos al grano ya que de alguna manera somos colegas. ¿Sería por mis estudios o porque de vez en cuando le vi echando la mano al traste de la enfermera como quien no quiere la cosa, que en cambio me imagino que sí la quería? Siguió de todos modos sin pausa, tengo para usted una propuesta ventajosa, creo, y más aún en las condiciones que me acaba de contar, la cosa es que usted está avanzando bastante bien y eso le permitirá pensar favorablemente en la siguiente idea. Usted sigue aquí por unos meses, iremos cambiando su patología según la posible evolución pero no necesariamente ciñéndonos a los libros que no valen mucho fuera de algunos de los cuales soy autor, y no quiero presumir más. Tiene cama, comida, de noche hasta es posible que pueda salir con la condición, claro, de volver muy temprano para ponerle todo lo que haga falta antes de la tradicional visita médica con los estudiantes, que los fines de semana no se realiza, así que ahí también tiene un tiempo libre. ¿Y paga?, atiné a preguntar. No se preocupe, aquí le traje un contrato, por supuesto esto es un secreto que debe guardarse estrictamente, y que no se le ocurra que no tenemos medios de imponerlo si usted no cumple su parte del negocio, no

le recomiendo ponernos a prueba y si no vuelve como dije, siempre tendremos algún pretexto a mano, pero lo que usted no tendrá a mano es el sueldo que sólo se le entregará para poder moverse y mantenerse durante los tiempos en los que no esté aquí. Ah, agregó viendo mi cara de absoluta consternación, no tiene que preocuparse por el equipo, todos están al tanto y cumplirán su parte con la mayor discreción. Sepa que aquí hay gente importante, comentó displicentemente con una rara sonrisa de dientes parcialmente amarillos por el tabaco; el hecho de que estaba fumando a pesar del cartel que rezaba —estrictamente prohibido— me causó la asociación con la publicidad de una marca de cigarrillos con el vaquero sonriendo su sonrisa impecable montado en su brioso caballo, claro que había notorias discrepancias físicas y ese hombre en la publicidad siempre parecía joven y nunca moriría de cáncer en la foto. El doctor continuó, sacándome de mis divagaciones, sin ir más lejos, y muy lejos no se puede ir, hay aquí un testigo bajo supervisión policial, algunas quemaduras leves y deformación en la cara, pobre, pero no tengo que agregar más, agregó y se retiró devolviéndome a los tubos sin esperar mi respuesta, lo que constituía una actitud bastante cuerda considerando que yo no tenía respuesta o no sabía cómo formularla.

Era una oferta tentadora pero algo inverosímil y una voz interior me hablaba de algún peligro pero el azar me había llevado hasta ahí y no sé por qué decidí seguirlo a pesar de lo que había dicho la quiromántica. En otras palabras, me dejé impresionar e influir y al otro día cuando vino a verme el doctor le dije que a pesar de mis aprensiones había decidido aceptar su idea, eso de servir de modelo patológico era también una manera de hacerse famoso a pesar de que ese “se” quedaría siempre, o por un largo tiempo, a oscuras (eso no lo dije). Algún día se publicaría un libro, o por lo menos yo podría después de cumplir el período del contrato que

firmé para mantener el secreto, publicar aunque sólo fuera un cuento que quien quisiera lo tomara por invento pero con suficientes datos como para poner en duda su parte supuestamente fantástica. Mi primera salida, para eso también había disposiciones rigurosas, me llevó a una puerta lateral y a un callejón de servicios que daba a la calle principal. Rengueaba un poco, restos del accidente, pero los sentidos se dejaban, lo quisieran o no, impactar por el bombardeo de ruidos, olores, música, y los ojos no podían creer lo que estaban viendo, el tráfico, las luces, los bocinazos, los gases de los escapes, en fin, como si yo fuera un aborigen que hubiera bajado en paracaídas. Claro que no me asusté pero sentí una leve náusea con fuertes retoques claustrofóbicos. El autobús que me habían indicado me parecía una maravilla, afortunadamente era de noche y los pocos pasajeros no me prestaron mayor atención. Llegué al apartamento que me habían alquilado según figuraba en el contrato, bastante parecido al mío que ya no lo era desde el accidente, parecía que alguien se había encargado de limpiar y ordenar, hasta había un jarrón con flores, la nevera estaba llena, todo muy extraño. Me senté y prendí el televisor, y, cosa rara, daban el film *El Padrino*. Me quedé mirando un poco hasta que llegué a la parte dónde el productor de cine descubre que mientras dormía le colocaron a su lado la cabeza degollada de su caballo favorito. El grito de horror fue tal que no sabía si era yo o éramos ambos los que estábamos gritando, me fui corriendo al inodoro y vomité lo que había pellizcado mientras veía la película. El hecho que seguía a ese acto, cuando le dan la parte al cantor famoso a raíz de ese desmán ya no quise verlo, apagué el aparato y me fui a dormir, varias veces me desperté sobresaltado por la imagen tremenda que acababa de ver, y aunque ya la había visto hacía tiempo, mis susceptibilidades equinas habían cambiado desde entonces. Muy temprano volví al hospital,

me internaron en mi lugar y para la visita estudiantil todo estaba preparado. Ahora se trataba de jóvenes diferentes, y puedo decir que yo sin duda era un caso excepcional, mis males virtuales serían demasiado cuantiosos para enumerarlos aquí. Así volvió la rutina, alguien ordenaba el apartamento y hasta me dejaban un periódico. En uno de ellos leí casualmente sobre un proceso criminal y un testigo al cual habían convencido a atestiguar contra uno de los jefes de la organización y al parecer lo tenían guardado en algún lugar como el as que le daría la victoria a la fiscalía. De repente me sentí importante porque deduje que yo sabía en qué manga estaba escondido ese as, pero por otra parte la campana de peligro sonó otra vez. Después de unos días me cansé del asunto, tenía pesadillas con caballos y le dije al doctor que había decidido darme de alta, finalmente ya sabía bastante de medicina y que, para no ser desagradecido, les debía mi vida a ellos, seguiría unos días más, pero que preparase mi cheque y nos separaríamos como amigos. Me miró de una manera curiosa, no podría decir que de mal grado, pero dijo que respetaba mi decisión y esperaba verme mañana temprano para algo más complicado que lo habitual. Cuando volví de noche, esta vez me esperaba en casa una sorpresa enorme, Betty estaba ahí afuera y me abrazó con mucho cariño, mucho más de lo que yo, completamente anonadado, era capaz de demostrar. No alcancé a hacer muchas preguntas, en realidad no hice ninguna, ella mencionó un incidente que tuvo con su caballo, cuando volvió yo ya no estaba, pensó que yo la había dejado, se fue a lo de su madre (el padre había fallecido hacía tiempo) y me escribió aquella carta. Estaba más delgada, cabello corto, al parecer había dejado el trabajo, no se había sentido bien en estos tiempos y por eso no había podido venir antes. Lo cierto es que me emocioné pero no le creí demasiado, su historia me parecía más bien traída por los pelos, se me

ocurrió que se había enredado en algo turbio y ahora volvía, tal vez me extrañaba, finalmente algo fui en su vida. Y la verdad es que a pesar de que no todo estaba claro sentí por primera vez en mucho tiempo una alegría. Le pregunté cómo sabía dónde vivía y me contestó que ya hacía varios días que había vuelto a la ciudad, que siempre estuvo en contacto con el hospital y el doctor la había puesto al tanto de mi situación y mi trabajo, llamémosle así, y ella prefirió encontrarme en casa en lugar de ir al hospital, el lugar le causaba depresión, otra vez sin explicaciones. Pero vamos a festejar el reencontro, proclamó con una repentina alegría que no me sonaba muy convincente, a pesar de la emoción yo estaba todavía algo frío pero alguna vez hubo pasión y algo de eso renació en ese momento. Tomamos unos tragos, yo ya no estaba tan acostumbrado y ella insistía en seguir festejando, también puso música latina, bailamos de alguna manera, y finalmente hicimos el amor con mucha torpeza, como si recién nos hubiéramos conocido y para entonces ya estaba bastante ido. Le había dicho antes que me habían pedido volver en la madrugada porque se trataba de algo complicado que les llevaría mucho tiempo preparar, así que mejor me encargaba un taxi. Para qué tienes que tomar taxis, yo te llevo, tengo el auto de mi madre, dijo. A estas alturas mi cabeza flotaba embebida en alcohol, flotaba a la deriva y lo único que quería era dormir y nada más y creo que eso sucedió en el sofá donde me recosté para seguir hablando y me quedé profundamente dormido. Otra vez esas imágenes del caballo descabezado, ya no de la cabeza sino del cuerpo, montado por un jinete descabezado, ¿yo?, no estaba claro eso pero me hizo temblar, no quiero, me escuché gritando y el zarandeo del caballo en zigzag me despertó, era Betty la que me estaba zarandeando, ven, vamos, ya es la hora, dijo suavemente y me besó en la frente ¿Qué hora? atiné a preguntar. La hora de volver. ¿A la granja de Andy?,

¿a casa?, ¿al hospital? Al hospital. No tenía que vestirme porque me había quedado dormido vestido, me cepillé los dientes, apestaba a alcohol pero Betty se encontraba extrañamente sobria. Nos fuimos al auto, uno japonés me pareció, las calles estaban desiertas esa madrugada y al poco tiempo llegamos al hospital. Le comenté que ese auto era raudo. Raudo como un caballo, rió Betty, claro si tiene una potencia de cincuenta caballos o más y todos metidos en ese motorcito japonés. Cuando llegamos me acompañó por la callejuela a la entrada por la cual solía volver, pasamos por el mostrador con la enfermera dormitando y fuimos a mi cuarto, me extrañaba mucho cómo Betty se desenvolvía tan bien en ese lugar, no sabía por qué y tampoco se lo pregunté, yo me sentía cansado, le dije que la vería al día siguiente, todo lo que yo quería era mi cama, me pareció que soltó una lágrima, pensé ahora te estás poniendo sentimental, algún rencor no se había borrado del todo, me dio un beso después de mirarme largamente de una manera bastante extraña que hasta me produjo una sensación angustiante de despedida final y se me cruzó por la cabeza el pensamiento de si acaso la volvería a ver, luego dio media vuelta y se fue y en cuanto la perdí de vista entré al cuarto, me acosté y me dormí. Me despertaron unos ruidos y unos gritos en otro cuarto, ¡no vas a vivir para contar tu cuento!, y después algo que sonó a disparo. El sobresalto fue muy grande. No sabía qué hacer. Levantarme y salir podía ser muy peligroso, ya me había advertido el doctor sobre uno de los instalados en esa guardia, pero quedarme tampoco era sensato. Opté por algo intermedio, me acerqué a la puerta y la entreabrí, y de repente otro disparo me hizo retroceder, pero al minuto hubo una música y alguien que anunciaba que el desenlace se vería en el próximo capítulo, era un maldito aparato de televisión en el cuarto de las enfermeras que había, por decisión propia, aumentado el volumen mientras la enfer-

mera estaba con uno de los enfermos que padecía de esto o de lo otro. ¿Y si fuera algo premonitorio? La música venía acompañada por el galope de caballos, ¿se trataría de una serie de vaqueros? Salí al pasillo y hacia el final vi a un hombre de uniforme que estaba leyendo un diario, probablemente el encargado de cuidar al testigo. Ahora ya me picó la curiosidad y pensé preguntarle algo a pesar de que no recibiría respuesta, tal vez me trataría mejor si estuviera con uniforme de enfermo; volví al cuarto, me cambié y salí otra vez, el hombre me miró y se levantó como para ir en mi dirección justo cuando llegaba la enfermera con una ayudante para prepararme para el *show* del día, me llevaron a la cama y adiós preguntas. Algo extraño estaba ocurriendo de todos modos, qué novedad, ya debiera estar acostumbrado a todas las extrañezas y no juzgar algo como extraño cuando todo era extraño, me dije. El maquillaje que me hicieron esta vez era algo que no parecía indicar una enfermedad demasiado grave, sólo algunas quemaduras leves y algo en la cara con un yeso en una mano y una atadura; luego me dieron una píldora que yo pensé que era un sedante pero dijeron que no lo era sino un placebo para ver mi reacción pero yo sentí en seguida que me estaba durmiendo y ahora se repetía aquello de no vivirás, muy cerca de mí, y lo próximo era esa sensación de sopor y esos tubos de los cuales tal vez ya nunca saldría, y gracias a que yo no lo haría, aquel del otro cuarto sí contaría el cuento, no el mío, claro, pero el que ellos querían.

Ya no leería el diario que relataría que trascendió que habían herido gravemente al testigo, o tal vez lo habían matado. No lo leería después del proceso y la sorprendente aparición del testigo con su testimonio; un gran golpe teatral de las autoridades con la subsiguiente larga condena. Tampoco vería las fotos de algunos de los relacionados con el proceso, entre ellas una bastante antigua de un hombre de

civil presentado como un oficial de la unidad antidrogas, una de las víctimas del reo a las que se les había hecho finalmente justicia, junto con su joven hija rubia que me resultaría muy conocida a pesar de los años, ésta salía sonriendo y sosteniendo las bridas de un caballo cerca de unos establos que se veían al fondo.

LA LECTURA
(ASISTIR, INSISTIR, DESISTIR)

Eso de andar mandando cuentos a concursos ya se ha vuelto una obsesión. Y no es menor obsesión la de tratar de conseguir los textos ganadores para ver por qué uno no figura ahí casi nunca. ¿Es que hay una fórmula para por lo menos llegar a ser finalista? ¿Cómo funciona todo este asunto? ¿Qué cuentos se toman en cuenta (¡otra vez haciéndote el gracioso!), y cómo hacer para que los cuentos de uno se tomen en cuenta? Muchas preguntas que no sé si algún día tendrán respuesta. Pero de todos modos hay que hacer algo. Me imagino que cuando se trata de un concurso grande, con premios suculentos, la cantidad de cuentos o relatos como le dicen en España, puede llegar a cifras enormes; hasta he oído que para el concurso de una revista se presentaron 12 mil cuentos. Tal vez hayan exagerado, pero aún así no habrán exagerado hasta llegar al absurdo. Es decir que algunos miles seguramente habrá habido. Y aun si el plazo de la decisión estuviera muy alejado del de la entrega, no se trataría de más que de unos meses a lo sumo. Entonces es cuestión de ver cómo funciona la logística del asunto, quién lee, cuánto lee, cómo son los pasos hasta llegar a formar parte de los finalistas que seguramente serán determinados por un jurado elegido a tal efecto. Pero el jurado mismo a pesar de estar integrado por unos cuantos individuos no puede leer todo, es humanamente imposible. Por lo tanto no cabe duda que delegarán la lectura primera a un grupo de

lectores que serían el primer filtro para pasar a una segunda etapa, algo parecido como las eliminatorias de un torneo de fútbol donde se compite por una copa, no un campeonato de liga, sino por el sistema de *knock out*, como en el boxeo (que de ahí viene el nombre), otro deporte que me disgusta profundamente como otros de ese tipo corporal sudoroso que no admite que la cabeza sirva para otra cosa que para recibir golpes. Me imagino que para esa fase o etapa y tal vez una segunda, contratarán a personas con experiencia literaria, digamos alumnos o egresados universitarios, jubilados en ese terreno, o cualquiera que tenga el conocimiento y la idoneidad suficiente para no hacer papeones. Se puede suponer que los tales lectores recibirán un formulario con los aspectos relevantes que es de su incumbencia señalar para que sus superiores puedan aplicar un primer criterio de eliminación. Es muy posible que en la primera instancia a lo sumo uno o dos lectores tendrán en sus manos un cuento y la opinión conjunta será la que se considerará para pasar a la próxima etapa. Este primer paso es muy importante porque o se vive o se muere a manos de la espada imaginaria del primer lector, o los primeros lectores, si efectivamente hay más de uno. ¿De qué manera puede uno asegurarse de que recibirá una evaluación honesta desde el principio? Esa pregunta me tiene constantemente ocupado y por eso estuve buscando una idea para poder influir sobre el lector a fin de que su lectura sea meticulosa, aplicada y no realizada a la buena de Dios. Y si bien no me disgustarían favoritismos en mi caso, prefiero que la decisión venga por los méritos de la obra misma y no por ser cuñado o primo de éste u otro mandamás que, de paso, no lo soy, y agrego, lamentablemente. Estuve elucubrando durante mucho tiempo, había conocido un sinnúmero de fracasos que ni siquiera llegaban a ser rechazos ya que los organizadores de concursos dejan bien en claro que no admitirán haber

recibido el envío, que no devolverán obras, no darán las razones de sus decisiones y no mencionarán a quién no hubiera sido premiado y la obra que se ha enviado se la tragará el vacío.

Esta vez he escrito algo que me parece de valor y un fracaso más me hará desistir del todo en este tipo de empresas, una lástima porque además del reconocimiento se ofrecen premios nada desdeñables en mi caso y en mi situación. La solución me llega en un sueño o un ensueño, no recuerdo bien, y es algo bastante sencillo como solía decir el profesor de física acerca de la teoría de la relatividad, es una idea sencilla pero lo sencillo no necesariamente es fácil. En todo caso nada de violencias, de asaltos a mano armada, de disfraces o todas esas necesidades que se ven en decenas de películas. Un autor tiene un privilegio aparte de los sufrimientos, las desilusiones, los bloqueos, las páginas en blanco que son un insulto, los paseos buscando respuestas a preguntas que no supo formular, las palpitaciones de que ahí, ahí, y después nada, y otras cosas por el estilo. Nunca lo he intentado pero la cosa es clara, hay que acompañar a la obra y quién mejor que uno mismo. Fumo para tranquilizarme, hace tiempo que no lo hago, y el humo se expande dándome una sensación agradable. Y entonces, como distraídamente, decido introducirme entre las páginas del cuento que he de presentar para supervisar personalmente la actividad del posible lector (selector) en la primera lectura. Es así como llego a una oficina destartada con montones de papeles desparramados por el piso, por estantes y sobre la mesa, algo que Kafka describiría mucho mejor y entonces por qué medirme con alguien de su estatura, hasta podría decir véase tal y tal obra suya, aun indicando la página y la edición pero no creo que haga falta, con la mera mención ya es suficiente. Tampoco es necesario irse por las ramas en pseudo virtuosismos que tanto gustan a

ciertos escribas describiendo los avatares del trayecto, los bandidos que han querido robarse el sobre que nos contiene, las peripecias en el avión, algunos animalitos que se han acercado pero no han tenido tiempo para abrir y leer, si esa era su intención; todo eso lo considero superfluo porque podría ser un cuento por sí mismo pero me distraería innecesariamente de mi objetivo, así que volvamos a la oficina. Y ahí está sentado un joven de pelo largo, lleva gafas, suéter azul, un aro en la oreja derecha y llevo a sus manos una tarde mientras está tomando un café y comiendo un sándwich sin poner demasiado cuidado para no ensuciar mis hojas. Veo que las está pasando de largo sin prestar atención, leyendo a los saltos y llenando displicentemente un formulario. Parece un robot que casi ni mira lo que tiene delante, con un desdén que en seguida me irrita y me impulsa a tomar acción. Todo estará perdido si no intervengo sin demora, y lo hago saliendo de entre las hojas, algo que le causaría sorpresa a cualquier persona normal pero no le hace ninguna impresión al impávido joven, que sigue en su actitud de zombi que sabe leer. ¿Qué cómo lo he hecho? Lo he hecho y ya está y no pienso detenerme en explicaciones largas o someterme a interrogatorios banales de empedernidos y puntillosos escépticos, y si se quiere puristas, que hacen de la incredulidad crónica y a veces aguda su caballito de batalla congelado que nunca se mueve de su lugar porque padecen de realitis congénita, una enfermedad no necesariamente fatal pero fatalmente incurable. Pero dejemos eso. Me propongo increparlo y sacarlo de su impasibilidad.

Yo: (*bastante alterado, arreglándome la ropa después del largo encierro y tratando de ser relativamente bien educado*) Me parece que no está prestando la suficiente atención...

LECTOR: (*desinteresado, sin levantar los ojos de las páginas*) ¿Quién es usted que se permite hablarme así a mí?

Y: (*enojándose paulatinamente pero intentando no llegar a confrontaciones*) ¿Qué importancia tiene eso? Lo que importa es que no le está prestando atención al cuento.

L: (*molesto ante mi inesperada intrusión, pero siguiendo sin mirarme*) Otro fastidioso, mire deje de molestarme, ahora estoy comiendo.

Y: (*su impavidez me irrita, comer y leer al mismo tiempo, ¡qué menosprecio!*) Comer y leer al mismo tiempo, ¡qué menosprecio!

L: (*como tratando remotamente de justificarse*) Estoy muy presionado, todavía tengo cinco cuentos por delante.

Y: (*indignado, porque este jovenzuelo no tiene contemplaciones en su actividad mecánica*) Un poco de respeto al autor.

L: (*desdeñoso*) Qué respeto ni respeto, si supiera las cosas que me mandan.

Y: (*con un poco de falsa empatía*) Yo no tengo la culpa.

L: (*sigue comiendo*) Y el poco tiempo que me dan.

Y: (*con simpatía forzada*) Sí, pero yo me esforcé y no quiero caer en el primer tamiz.

L: Uno hace sólo lo que puede y eso ya es más que suficiente.

Y: (*francamente enojado*) Pues pueda más, además no sé por qué te estoy tratando de usted.

De repente suena un teléfono sepultado bajo una de las montañas de papeles. L escarba, contesta muy interesado y hasta perdiendo su habitual flema (¿una muchacha?, el tono es meloso, romántico), se levanta y sale de la oficina al corredor y en el camino enciende un cigarrillo, parece que es su recreo o pausa y ahí estoy solo en esa oficina. No lo he acompañado porque no me causa curiosidad y además está el asunto técnico de que no me puedo alejar de mis páginas haciendo uso de una liana de palabras por el peligro

de descomponer completamente el texto. Además el humo me da terror por el peligro que conlleva, fuego y después cenizas y fin de todo, mejor ni entrar a ese tipo de pensamientos apocalípticos. Me quedo pues mirando a mi alrededor tontamente pero algo me saca de mi torpor, es el ¿para qué vine? Le echo un vistazo al formulario y veo una serie de preguntas respecto a puntuación, ortografía, tiempos de verbos, sintaxis, pero hay más páginas donde, me imagino, preguntan sobre la estructura, la trama, subtramas, paralelas, etc. Veo que ya hay algunas marcas que ha hecho L pero aprovecho el tiempo para mirar otros trabajos abiertos, otros formularios. Todo esto se me antoja como una especie de carnicería donde se van degollando las obras y sólo algunas salen indemnes para pasar a la etapa siguiente. Hay obras que ya han pasado por el cuchillo y yacen sin vida en el suelo. Por un lado me dan lástima, finalmente yo sé lo que han invertido los autores además del envío mismo, pero sería hipocresía no confesar que hay otro cosquilleo que siento, uno de leve satisfacción ante la eliminación de posibles rivales, en este juego el asunto es o yo o ellos, y los ellos son demasiados de todos modos. Humano, demasiado humano, dice Nietzsche. Finalmente con todo el supuesto dolor y el rodar los ojos al cielo por esas víctimas, su aniquilación me quita competidores, no son muchos los que veo pero algo es algo. De repente noto que en una de esas obras en una página abierta yace una mujer joven, bella y rubia, fuerzo la vista y veo que se trata mayormente de poemas y algunos textos de prosa o quizás prosaicos. Probablemente ella ha tratado de hacer lo mismo que yo y ha fallado en la empresa. De su corazón, está desnuda, bello seno (que tentaría a cualquiera pero al parecer no a este *iceberg* profesional del que ya no estoy tan seguro respecto al lado al que se inclina) mana una mancha de tinta saliendo del lugar donde está clavado un cuchillo negro, es una escena que cuen-

ta todo el drama. Un escalofrío literario ante la posibilidad de que me ocurra algo semejante me sacude un minuto y me doy cuenta de que todavía tengo mucho que hacer para no quedar en el mismo estado ya que no hay nada positivo garantizado, más bien todo lo contrario es más que factible. Hasta puedo imaginarme qué podría pasar cuando vuelva L a su lugar y su indolencia, sentado, hojeando y masticando su desabrido sándwich, y mi posible reacción, dando rienda suelta a mi fantasía.

Y: (*intento seguir la conversación donde se interrumpió*)
Vuelvo a decirte que debieras mostrar más respeto.

L: (*se enoja*) ¿Con lo que me pagan?

Y: En eso no puedo intervenir.

L: (*golpea la mesa*) ¿Entonces en qué?, joder.

Y: (*duramente*) No seas insolente.

L: (*me mira directamente con odio*) Mire, viejito, ¿Por qué no me deja tranquilo?, usted no tiene ningún atractivo y finalmente su cuento saldrá perdiendo porque tengo un tiempo asignado para cada uno, o se cree que me voy a quedar en este agujero hasta después de medianoche.

Y: (*con pretendida calma*) ¿Pero, cuáles son tus criterios?

L: (*recita*) Primero puntuación, diez errores —adiós. Segundo ortografía, seis errores —fuera. Tercero, tiempos de verbos, cinco errores —adiós. Y así hasta que quedan pocos cuentos que sobreviven.

Y: (*me escandalizo*) Pero la trama, la subtrama, la narración, paralelas, los personajes, los conflictos, la identificación, el lenguaje, el final sorprendente y a veces impactante, ¿dónde queda todo eso?

L: (*desdeñoso*) Está en el formulario pero no me puedo empeñar demasiado.

Y: (*asombrado*) Entonces es posible que un buen cuento se vaya a la basura.

L: (*indiferente, sigue masticando*) Digamos que no es imposible, pero a veces se le notan tendencias que pueden hacerme preferirlo.

Y: (*en el mismo tono*) ¿Y eso le puede pasar al mío?, preferencias o basura.

L: (*murmura*) Claro que sí, además no veo preferencias en su caso.

Y: (*insistente, casi chillando*) A pesar de que he tratado de atraer la atención desde un principio.

L: (*mirando con disgusto el sándwich*) Pero yo no leo necesariamente desde el principio. A este sándwich no le pusieron mayonesa, francamente el trato que nos dan aquí es de un menosprecio terrible.

Y: (*ofendido*) ¿Cómo me hablas de mayonesa cuando yo hablo de cosas del espíritu?

L: (*limpia la hoja de unas miguitas*) Del espíritu no se come, además me está molestando para seguir.

Y: (*imploro*) Por lo menos lee el cuento con atención.

L: (*toma un trago de bebida*) Yo no tengo favoritismos, no merece más atención que los otros.

Y: (*con desprecio*) Eres un cínico.

L: (*detiene la masticación, enojado*) Repito, con lo que me pagan no hay que sorprenderse tanto.

Y: (*vuelvo a mirar a la rubia, el seno*) Entonces me puedes hacer fracasar sin siquiera poder apelar.

L: (*entre comida y bebida me mira con antipatía*) Esas son las reglas. Muy raro que me obliguen a releer un cuento. O me tienen confianza o no tienen tiempo, pero nunca sucede.

Y: (*trato de tocarlo pero no lo logro*) Yo no puedo estar tranquilo con tus métodos.

L: (*indiferente*) Mucho que me importa.

Y: (*ahora lo amenazo*) No te voy a rogar, ni pedir ni llorar, más bien pienso darte una lección, maricón.

L: (*violento*) No se me haga el machito que a viejitos como usted me los como crudos sin mayonesa.

Y: Ah, ¿sí?

L: Ah, sí.

Y: Pues ya verás.

Saco un revólver imaginario y le pego tres tiros. Y lo mato de manera imaginaria porque un Yo imaginario que le tira tres tiros imaginarios a un Lector imaginario no puede fallar. Pero a pesar de que la satisfacción por la reparación de la futura injusticia es solo virtual como todo el resto, es cierto que he realizado un sueño aunque sólo sea en la fantasía.

Por gratificante que sea la fantasía, con eso no hago nada, prefiero seguir con mi objetivo a limitarme a breves satisfacciones virtuales, y me recuerdo a mí mismo que llegué para conseguir algo, por lo menos salvar el primer obstáculo. Trataría de llenar parte del formulario pero en mi apuro para salvarme del apuro no he traído nada, ni billetera, ni lapicera, y la de él está fuera de mi alcance. Estoy cansado de todo este asunto pero sé que hay que buscar otro acercamiento y cambiar inmediatamente de actitud ya que está entrando y se acerca al escritorio se limpia los dientes con un escarbadiantes, parece un poco más calmo, la comida, el cigarrillo. Ésta es tu oportunidad, me digo, puede que ahora después de satisfacer sus bajos instintos estará más abierto a un diálogo, es imprescindible lograr esa comunicación. Cuando se sienta comienzo a conversar con él pero en un tono diferente, quiero sacarlo de su hosquedad.

Y: (*con simpatía*) Ahora volviste con energías renovadas, me imagino.

L: (*impaciente*) ¿Todavía está aquí?, esperaba que ya se hubiera ido.

Y: (*conciliador*) Es que me gusta verte trabajar y me interesa lo que haces.

L: (*algo molesto pero no en exceso*) No me trabaje la moral, ya sé que está aquí por su cuento pero me distrae en el trabajo y al final voy a hacer errores y me van a despedir.

Y: (*con horror fingido*) Eso no debe suceder, si quieres te puedo ayudar para que alcances a hacer lo que tienes que terminar ya que me hablaste de cinco cuentos más.

L: (*niega con la cabeza*) No, eso sí que no puede ser, que usted revise su propio cuento.

Y: (*finjo sorpresa*) Ni se me habría ocurrido una barbaridad semejante, pensé en otros cuentos, puedo hacer las revisiones simples si me enseñas cómo.

L: (*pensativo*): Bueno, en realidad no me parece tan mal, contar acentos, señalar errores ortográficos, revisar verbos y cosas semejantes es algo bastante simple y ahí no se pueden hacer errores, en todo caso yo podría revisar después. Vamos a ver (*abre al azar un cuento de los que tiene en el escritorio y me lo acerca*), muéstreme qué ve en esta página.

Y: (*enfrascado revisando*) Pues aquí el qué tiene que venir con acento, el cuál, igual, faltan dos comas y presisión se escribe con c.

L: (*aprobatorio*) Muy bien, bueno siga solo.

Y: Sí, pero no tengo lapicera.

L: Ah, disculpe, sírvase (*me entrega un bolígrafo que ha visto tiempos mejores*)

Yo me pongo a revisar, señalo errores y en el margen derecho hago la cuenta, pero entretanto le echo un vistazo a lo que está haciendo él con mi cuento. Se ve que no tiene muchas ganas de trabajar, lo mira, mira el teléfono, parece esperar algo, después se pone a mirar otros cuentos, vuelve a él, le da vueltas, mi presencia lo disturba al parecer. ¿Estará jugando con la idea de que yo haga el resto del trabajo y él

se ocupe solamente de mi cuento? Eso sería bastante desastroso con lo que le he visto hacer hasta ahora. Le llamo la atención a lo que estoy haciendo.

L: (*revisa aprobando*) Muy bien, viejito, siga nomás.

Y: (*ya me tiene inflado con eso de viejito. Me esfuerzo por seguir en la línea de la simpatía*) Dime cómo te llamas, yo por supuesto no puedo revelar mi nombre, mi seudónimo ya lo sabes.

L: Me llamo Jorge, el apellido no cuenta.

Y: (*no sé cómo se me ocurrió esta tontería*) Y yo soy Benvolio.

L: (*sonríe extrañamente*) Ya lo sé, de todos modos mucho gusto. Ah, y déjeme hacer a mí una pregunta para variar. ¿De dónde viene ese seudónimo, tiene algo que ver con el cuento?

Y: (*embarazado*) No tiene nada que ver, estuve jugando con nombres, uno como Malvolio de *Noche de Epifanía*, y lo cambié a Benvolio, buena voluntad en vez de mala.

En ese momento se abre la puerta y entra un muchacho joven, no lo alcanzo a ver muy bien pero Jorge sí lo ve, se levanta de la silla, ¿pero qué es esto?, se abrazan y se besan, o me parece porque no puedo cubrir todo con la vista. Ajá, me digo, conque esas tenemos, así que salieron del armario para entrar en este cuarto maloliente que es seguramente su nidito de amor, y yo tengo que presenciar todo esto y entender lo que antes sugería tentativamente sobre las preferencias. Como en los cuentos vamos de sorpresa en sorpresa. La paga será magra pero hay compensaciones, y quizás ésta sea una de ellas. Desde el momento en que entró ese tipo, Jorge me ha ignorado completamente. No es que yo tenga nada contra esa gente y ya sé que meramente al decirlo hay quién implicará lo contrario pero ahora no me puedo poner a explicar porque siento que el calor me

va subiendo. Pero así como antes, de repente se abre otra vez la puerta y hay otro vuelco en la situación contrariamente a como la había percibido hace un momento. Ahora entra una muchacha, lo adivino por la voz, y parece que se da otra escena de abrazos y besos y ya no sé en qué pensar, además no me siento tan apto para pensar en estos instantes. A falta de otro lugar creo que se sientan en el suelo fuera de mi campo de visión entre todos esos papeles y comienzan a comentar las vicisitudes de ese trabajo que han tomado para cubrir emergencias y a esa edad todo son emergencias. Los otros dos son evidentemente colegas. Le cuentan a Jorge las barbaridades que han encontrado, según ellos, en los cuentos que les ha tocado revisar. Él pregunta si los leen del principio al final, algo que provoca la risa general de esos endemoniados. ¿Estás loco o qué te pasa?, pregunta la muchacha que tiene voz bastante agradable pero lo hace con un chillido. El muchacho cuenta cómo ha eliminado un cuento ya en la tercera página y siento escalofríos y calor simultáneos. Ella le da un beso sonoro, creo que es a él y le dice que es un ingenuo, a ella no le tomó más que media página para echar un cuento a los desperdicios. Ya no quiero oír más pero no puedo evitar escuchar que se asombran de que Jorge todavía no haya terminado de revisar sus cuentos, ella dice que si necesita ayuda se la darán pero creo que el muchacho no está tan entusiasmado, le gustaría irse con ella para hacer no sé qué o ya me puedo imaginar qué. Jorge alega que ha tenido dos casos sorprendentes de autores que han aparecido desde ningún lugar para molestarlo, para insistir que revise bien sus cuentos y por supuesto para que los apruebe. De una de las autoras se ha librado, eso lo he visto, no oigo cómo porque ella se comienza a reír, según ella eso es muy gracioso y no para de reír. Después tiene un ataque de tos y de ahogos que unas cariñosas palmaditas en la espalda curan y Jorge sigue diciendo que justamente

ahora tiene a un viejito que lo fastidia, que se llama Benvolio (otra explosión de risas), que al principio lo increpó duramente y después cambió de política y se está haciendo pasar por simpático y hasta se ha ofrecido a ayudarlo y él lo consiente, tal vez así podrá librarse de él. De todas maneras, agrega, hará lo que le dé la gana con su cuento de m. No sé si Jorge dice esas cosas sabiendo que yo las estoy oyendo y trata de herirme o simplemente no se le ocurre algo tan sofisticado, no se dedica a pensar en esa posibilidad. Siento que el bochorno es intenso, me ruborizo y sudo pero virtualmente y por eso el papel queda seco. Ya no atiende a lo que hablan, pero ahora parece que se dedican a fumar porros y el olor y el humo cubren todo el cuarto, siento que me estoy asfixiando y no puedo respirar. Parece que también hacen otras cosas, oigo gemidos como de placer pero no sé de quién y de quién con quién y haciendo qué ¿Serán éstas sus juergas de medianoche? Me tapo con las hojas del cuento pero de todos modos el humo se sigue filtrando y esto ya se está convirtiendo en una pesadilla. ¿Saben qué?, dice Jorge repentinamente, ese viejito ya me tiene hartado. Espoleado por las burlas quiere mostrarle a sus compinches que él no es menos bravo que ellos, siento que se levanta, ni sé si me mira porque yo no lo veo cubierto como estoy por las hojas, mete todo en el sobre, hay oscuridad, olor, voces que se sienten como con sordina, se van apagando, apagando.

Me despierto de golpe en el sofá con un extraño olor a marihuana en la nariz que quizás me ha acompañado de allá, o tal vez, más bien, serán residuos de ese porro de anoche que me he fumado para combatir frustraciones, y además comienza a hacerse presente un tremendo dolor de cabeza en la que resuena con creciente potencia como un eco hueco el estribillo muchas veces repetido de la canción en la voz melosa de Doris Day, qué será, será....

DOBLE HOMENAJE

Mucho me impresionan esos escritores que llenan página tras página con frases rebosantes de metáforas, como por ejemplo: “La muerte tenía un horario y esta era su deshora”, o, “El alférez capellán dio la extremaunción a un alma deshecha en mil pedazos”, o “El frío se colaba por los agujeros del jersey, por donde salían bocanadas de miedo”. Impresionado estoy, admirado no tanto, más bien fastidiado. ¿Será que para mitigar la impresión que se mete por los agujeros metafóricos de mi jersey lo que sale por ellos son bocanadas de envidia? La metaformería donde se forjan las metáforas puede abastecer a otros consumidores por mero arte de contagio. Otro tipo de escritores que no me impresionan menos, son aquellos que llenan sus páginas de detalles minuciosos y meticulosos que seguramente les han dado un trabajo tremendo de investigación, como por ejemplo cuando lo ponen al protagonista a cocinar, y paralelamente a los infinitos detalles culinarios analizan su personalidad siguiendo una vena parecida. No fatigaré la página con más ejemplos. La cosa es que yo me estaba sintiendo frustrado otra vez, ese demonio verde me acosaba y murmuraba a mis oídos, ¿ves, ves?, ¿por qué eres un haragán?, ¿por qué no puedes hacer como ellos, o él, o ella? Sabes qué, deja ya de escribir, di que todo lo que tienes que decir tiene que sucumbir en el mar de holgazanería en el que estás sumergido, que por supuesto no se puede admitir siquiera como

autocomplacencia. Pero no me dejaré sucumbir, le contesté al demonio, como despertando de mi letargo, ya que no estoy complacido para nada. Para eso debería, aunque fuera a la fuerza, mantener mi curiosidad despierta y quizás así podría demostrar que yo también era capaz de hacer una investigación, por modesta que fuera. Fue así, con ese estado de ánimo de reacción combativa, que me llamó la atención una estación de Metro que lleva por nombre Méndez Álvaro en la línea 6 de Madrid.

Me picó la curiosidad justamente por la banalidad del nombre, por su, no quiero decir vulgaridad, pero sí la falta de distinción, por lo común de ese nombre. Era algo que no podría decir de una calle con la que me topé casi simultáneamente y no muy lejos de ahí, una que lleva por nombre Enrique Trompeta. Eso sí que es sensacional, me dije, pero fuera de la extravagancia misma, en un principio no le encontré mucho interés. Se trataría tal vez de un músico llamado Enrique que tocaba (o toca) la trompeta, o mejor aún, de otro músico Enrique Trompeta que tocaría el saxo. Pero cuando descubrí por casualidad, hojeando un libro muy usado sobre lugares de entretenimiento sin precisar ni fechas ni autor, lo que alguien escribió sobre un establecimiento del mismo nombre y que reproduzco de una manera textual o casi textual sin yo saber si tiene o no tiene que ver con esa calle, y reteniendo los errores, las vulgaridades y las groserías de su anónimo autor, mi interés creció, y creció la curiosidad acerca de alguna conexión entre ambos objetos. ¿Acaso se podía tratar de una mera casualidad que la curiosidad respecto a ambos lugares se hubiera despertado casi simultáneamente o por lo menos en tan corto tiempo?

Describiendo a su manera deplorable y grosera el sitio llamado Enrique Trompeta, el personaje del cual sí que no sabemos nada, se expresó en su lengua primitiva y sin un

asomo de vergüenza en una misiva a sus semejantes: *“Acabo de llegar de allí, esperaba maduras de amplias y turgentes nalgas que me metieran en un buen viaje de na y na. El sitio, oscuro, feo y penoso, a mí me gustan los sitios con luz, la madame, acorde con el sitio, me presenta a tres grandotas con ‘cuerpos raros’, una de ellas con pinta de putón, cosa que me pone, pero no me gustó ninguna, le digo que paso, que no me gustan, aunque ella lo había adivinado, y cuando me voy a ir me dice espera un segundo y me trae una francesita preciosa que me presenta como Catherine (supongo se escribe así) y me da un lindo pico en los morros, aunque ese sitio no me gustó nada, a esa niña (entre 25 y 28 años), a esa niña hay que probarla siempre. Gran besadora y folladora muy implicada y posturosa, aunque la chupa con goma, vale la pena follársela, dice que está de paso, así que si os atrae daos prisa, buen polvete. No volveré a ir a este sitio, volveré a mi local de cabecera con mis niñas, el único problema es que últimamente no traen de cuando en cuando una madura culona, que dé un buen viaje, que de vez en cuando apetece, saludos a todos”.*

En fin, una sarta de sandeces horriblemente vulgares y repulsivas que transcribo hasta con cierto bochorno, y lo hago meramente porque están conectadas con el nombre que me llamó la atención. Pero veo que me estoy yendo por las ramas, como dijo el mono que perseguía a una mona que no le prestaba atención. Vuelvo a lo del principio. Para no ser menos que aquellos otros autores investigadores, consideré necesario por mi parte hacer una investigación del porqué, cuándo, dónde y cómo se habría llegado a los nombres de estos dos lugares relativamente cercanos pero, como dije, quizás no necesariamente conectados, o tal vez sí. Por supuesto habría que hacerlo minuciosamente y con cuidado, no fuera que uno correspondiera a la descripción inmortal de un taxista mortal, no tan versado en metaformizaciones, que dijo de alguien no menos mortal y aparentemente con

mucho afán de desacreditarlo, que conducía de tal manera que aun en una ruta desierta lograría hacerse un atasco a sí mismo.

Todo comenzó con un protagonista, un señor chapado a la antigua, y cómo no iba a serlo si estaba viviendo en una época que los autodefinidos modernos calificarían de tal. Era un hombre que llegó a la tierra de las posibilidades ilimitadas sin un dólar en el bolsillo, y como dice ese adagio machista, era de esos que vienen ahí, para *far l'America* y volver (como se decía en Italia) pero América es mujer y al que llega lo encadena (como dijo el poeta). El hombre trabajó duro e hizo algo de dinero pero después lo despilfarró en gran parte en diferentes casinos que lo atraían como atrae la lámpara a las polillas que nunca llegan a aprender, porque antes se queman. Se casó, bastante más tarde en la historia, con una joven lituana que recién había llegado a las costas de Ellis Island, allá por los años 20, no se trataba de esas infames importaciones de trata de blancas sino que había venido con su familia, pero el largo viaje en el barco la dejó sola porque el padre y la madre perecieron por la mala comida que la joven, afortunadamente para ella, no probó.

Es de imaginarse el estado emocional con el cual se presentó ante los inspectores, estaba devastada y no era capaz de contestar a ninguna pregunta, especialmente por su ignorancia del idioma inglés. Nuestro protagonista que había ido a recibir a su familia italiana, encontró un medio para entrar en el galpón donde se realizaba esa ceremonia dudosa de presentar una faz bastante desagradable del país anhelado, y casualmente fue testigo cuando le preguntaban a la joven esas preguntas incomprensibles para ella. Era imposible ignorar su hermosura, esos ojos azules y ese cabello rubio, a pesar de las duras circunstancias por las cuales había pasado, y siendo un hombre no indiferente, era italiano, se acercó y ofreció su ayuda. No sabía lituano,

y por supuesto no podía comunicarle a la joven en su idioma lo que se esperaba de ella, pero le habló en voz muy bajita que de alguna manera la emocionó y ella a su vez respondió en su idioma y así el hombre (llegó la hora de que le pongamos un nombre, digamos Enrico) podía traducir lo que no entendía al idioma que los inspectores esperaban haciendo alarde de una creatividad que más adelante fue, si no muy apreciada, por lo menos notable. El examen tuvo éxito y la joven salió de ese lugar sin tener siquiera una idea aproximada de adónde iba ya que la dirección de los parientes había quedado en el bolsillo del saco del padre y la hija acongojada no se dio cuenta de que lo tiraron al mar con todas sus posesiones, es decir lo que vestía, con todo y contenido. Viendo su confusión, Enrico muy caballerosamente se ofreció a albergarla aunque sólo fuera por la noche que, entretanto, había anunciado su presencia. Lo hizo mediante señales que al parecer la joven comprendió, era la época del cine mudo y las mímicas que lamentablemente se perdieron con la aparición de la voz, estaban muy en boga y se podía hablar perfectamente sin hablar. La joven primero rechazó la oferta, pero no teniendo otra alternativa a la vista finalmente aceptó y se fue con Enrico y las hermanas de éste. El apartamento no era grande, por emplear un eufemismo, y la joven tuvo que compartir la cama con las otras dos, mientras Enrico dormía en un sofá destartado en lo que se podría considerar como el *living*. A la joven la conoceremos desde ahora como Eliana, no es seguro que sea un nombre lituano, pero no importa. Eliana, pues, durmió bastante mal, estaba bajo el peso de su tragedia y no se había repuesto. Además una de las hermanas de Enrico roncaba de tal manera que aun con la paz espiritual más grande sería imposible ignorar esos ruidos rítmicos acompañados de sobresaltos como si se estuviera ahogando.

La noche pasó, el amanecer llegó y con él una copiosa lluvia. Enrico se levantó temprano de su incómodo lecho, y ahí descubrió sentada, dormitando, a Eliana, que en su abandono a los brazos de Morfeo dejaba ver unos pechos pequeños pero bien formados y unas rodillas redondas y atractivas que nutrirían la imaginación de cualquiera que tuviera atracción fetichista por ellas, y Enrico no era una excepción. Decir que el apuesto Enrico de tez oscura como cuadra a un italiano se sintió poderosamente atraído por Eliana sería obvio, pero no por obvio falso. Se acercó a ella y cuando estaba por besarle los labios, ella se movió y con la cabeza le dio un fuerte golpe en un ojo, he tratado de figurarme cómo podía haber sido factible aquello, pero era un hecho y con los hechos no se discute. Sobresaltado, pegó un grito que a su vez la sobresaltó a ella. Ya no hubo modo de intentar un acercamiento, aunque fuera tibio.

De todas maneras, Eliana no tenía adonde ir. Y Enrico tampoco sabía qué hacer con ella pero ahí vinieron en su ayuda sus dos hermanas a las cuales había arrebatado, queriéndolo o no, una parte no desdeñable de la belleza que le estaba asignada por la naturaleza a la familia, y ya se sabe que si en el reparto general puede que haya alguna justicia, en el reparto individual no la hay. Como algunas otras oriundas del país de su procedencia, lucían la palabra lucían no es la que mejor se adapta pero a falta de otras la dejaré, un leve bigotito de vello que por un lado denota un temperamento pasional como se ha dicho en algún film, y por el otro, denota un bigotito. Las dos hermanas se aprestaban a una carrera mayormente horizontal en el país de las posibilidades ilimitadas para adelantar sus ambiciones pecuniarias, ofreciendo lo único que podría ser susceptible de alguna demanda en ese lugar donde escaseaban las representantes de su sexo y donde los hombres buscaban algún solaz más real que la imaginación pudiera proporcionar, ya

que los alivios manuales instantáneos no siempre eran satisfactorios. Hubo una breve conferencia de los hermanos y Enrico, que al principio se mostraba un poco reacio a iniciar a Eliana en la incierta carrera que planeaban sus hermanas, finalmente accedió y así fue como ella se encontró muy pronto en una casa que ofrecía aquellos servicios a la numerosa concurrencia masculina organizada en una rigurosa cola que la dueña del establecimiento en una u otra ocasión venía a supervisar, negándole la entrada a quien le pareciera demasiado violento o con señales de padecer una enfermedad que pudiera incidir negativamente en las prestadoras de los servicios, que así no podrían pagar las deudas que involuntariamente habían contraído con la institución y que ni esta ni otra vida podría alcanzarles para saldarlas alguna vez. Decir que Eliana prestó de buen grado los servicios es exagerar mucho, más bien se puede decir que se abandonaba pasivamente a los servicios a los que la exponía la dueña, o llamémosla como corresponde, la *madame*, que notando con quién se las tenía que ver y adivinando un potencial oculto que surgiría algún día con muchas ventajas para ella, seleccionaba, pero no muy cuidadosamente, a los clientes que le enviaba a Eliana a su cuarto. Para empezar, le habían dado un brebaje que la había atontado un poco y luego con el tiempo ya no hacían falta brebajes, estaba tonta y embotada por el duelo y la inesperada situación. Lentamente se fue acostumbrando a tipos transpirados y malolientes de gustos morbosos. Esto siguió por algún tiempo, durante el cual trataba de recuperarse y aprender el idioma, si bien sus clientes, llamémoslos maestros para el caso, venían armados de ganas de recibir como remuneración en "especies" lo que habían pagado en efectivo y su lenguaje era más bien elemental y primitivo. Hasta que un día apareció alguien muy diferente, delicado, sofisticado, que la trató como a una dama, sin que ella ni supiera cómo se trata a una dama,

pero no dejó de notar que el trato le agradaba y lograba sobreponerse a su natural desconfianza. El tal huésped era el mismo Enrico, que después de una visita a la iglesia y una dura confesión recibió además de una tremenda reprimenda una pena —redimir a la pobre muchacha de la cual se había aprovechado de esa manera tan repelente, como le dijo el cura. Enrico inició su vuelta a la decencia con paso vacilante, a veces venía y otras no aparecía durante días, ya se sabe que un hombre reformado es generalmente a lo sumo un hombre bueno de segunda mano. Enrico, para presentarse ante Eliana decidió cambiar completamente de identidad. El primer paso era el nombre. Después de muchas vueltas, optó por el nombre de su sastre español con una pequeña variante. Aquel se llamaba Pedro Méndez y Enrico eligió el de Álvaro Méndez, el apellido era común pero el nombre, pensó, llevaba cierta distinción. Eso del nombre español lo hizo para despistar a quien quisiera ser despistado, porque con su pesado acento siciliano difícilmente podría pasar por asturiano.

Empezó una serie de tratos con la dueña de la mansión para rescatar a Eliana, pero ella no quiso aflojar, ya que a muchos atraía la pasividad de su pupila a la que, a pesar de no poseerlos, consideraba una fructífera ponedora de huevos de oro. Enrico, o tal vez ya habrá que llamarlo Álvaro de aquí en adelante, no se amilanó y armó con unos amigos un plan de evasión que tuvo éxito, aprovechando un desfile religioso con manifestación en el cual la iglesia colaboró, porque se trataba de salvar a un alma casi perdida, no en vano se decía de las pupilas de la mansión que eran unas perdidas, y adónde escaparían siendo tales. Álvaro tenía un tío en Nueva Jersey y allí se fue a refugiar pero eso no alcanzaba, había que salir totalmente de la esfera de influencia de la dueña de la mansión y sus poderosos patrocinadores o clientes. Así que contrariamente al rumbo de los barcos

que aún seguían trayendo legales e ilegales, se embarcó junto con Eliana para el puerto de Génova en un carguero que llevaba la bandera de Liberia.

Demás está hablar de las penurias de la pareja, pero lentamente Eliana comenzó a tomarle cariño a su nuevo protector, ella lo había reconocido pero hizo como que no para no arruinar la estratagema. Las dificultades los fueron acercando y, más que las dificultades físicas, el escaso espacio asignado a cada uno de los viajeros, que si se le subdividiera equitativamente sería tolerable, pero eso no sucedía en la realidad, porque había unos matones que a la fuerza se hicieron de lugares mayores para sí mismos mostrando un egoísmo digno de la jungla, dejando a los otros mucho menos espacio para subdividir, y entre esos otros estaba también nuestra pareja. El barco destinado a Génova paró en Gibraltar por falta de combustible y estuvo anclado fuera del puerto porque las autoridades británicas sospechaban que se trataba de un complot español para afirmar su posesión jurídica sobre ese pequeño y disputado territorio rocoso. Y de disputa se trataba pero no de la que creían las autoridades. Llegaron acreedores y demandaron que se les entregara el barco como pago por las deudas, y para no hacer una historia larga, se convino en que el barco sería provisto de un mínimo de combustible para poder llegar a Cádiz y ahí pasaría a manos de sus nuevos dueños. En ese puerto se permitió a algunos pasajeros de origen español desembarcar y entre ellos se contaban Álvaro y su esposa Eliana. Él había podido demostrar, no se sabe cómo, la existencia de un abuelo español, si bien hay quien afirma que Eliana hizo empleo de algunas aptitudes que había aprendido en su odioso trabajo anterior, para convencer a un oficial de inmigración de que españolizara al abuelo italiano de Álvaro. Esto ocurrió al parecer en un lugar apartado en un galpón parecido a aquél de Ellis Island, pero Eliana ya no estaba tan horrorizada

como entonces; pareciera que no hay mejor cura para un horror que otro horror. De alguna manera, la pareja, en auto, en carreta o en tren, llegó a Madrid atravesando caminos desiertos, midiéndose con el hambre y con el hombre, que generalmente aparecía bajo la forma de asaltante malvado; toda esta historia es un poco vaga y mejor dejarla así. En el Madrid de aquel tiempo, los treinta del siglo pasado, la pareja trató de conseguir trabajo pero como de costumbre las cosas no funcionaron. Y siendo esto así, Eliana volvió a su antigua ocupación, que por lo menos daba de comer, en aquel establecimiento mencionado al principio de este relato cuya veracidad puede pero no debiera ser puesta en duda —Enrique Trompeta— un lugar de muy baja categoría, pero para entonces ella había aprendido una cosa o dos y en poco tiempo se convirtió en la preferida de alguna gente importante que visitaba el lugar a pesar de su precaria fama, o quizás por ella; qué sabe uno de las preferencias de los exquisitos. Esas relaciones se mostraron muy provechosas porque en poco tiempo Eliana logró desalojar a los dueños del local usando su influencia, o más bien la de sus protectores. De un lugar de tercera categoría lo convirtió en uno de primera, lo movió a otra casa, a un segundo piso con ascensor sin porteros ni vecinos. Una música calma recibía a los distinguidos visitantes, entre ellos concejales municipales, y ahora ese establecimiento ya llegó a ser tan distinguido que finalmente cuando pasó a la historia porque Eliana se retiró y no quiso seguir, surgió, no sorprendentemente, la idea de ponerle ese nombre a una calle, ni grande, ni ancha, ni larga, pero calle madrileña al fin, cuando ya no había quien levantara las cejas o se permitiera comentarios ofensivos; lo único que quedó fueron los signos de pregunta sobre el nombre que aquí han recibido la respuesta pertinente. Además Enrico —Enrique—, no hay casualidades.

Volviendo atrás en el tiempo queda por aclarar otra historia. La institución superó los embates de la guerra civil y volvió a prosperar. Pero eso no es todo. Eliana, al retirarse, no se iba a conformar con el nombre de una calle. La verdad es que Álvaro, con el paso del tiempo, se estaba sintiendo muy humillado por su papel de proxeneta y, lo quisiera o no, había pasado de segundo a tercer violín, por así decirlo. Ciertamente, Eliana ya no ejercitaba fuera de ocasiones extraordinarias en las que la necesidad de proteger a la institución o adelantar sus intereses lo requerían. Pero he aquí que cuando se hicieron los grandes cambios, mudanzas, refacciones, se encontró un mapa que un deudor había dejado como pago por servicios prestados, y nótese que los servicios eran prestados a corto plazo y nunca regalados. Ese mapa databa de la conquista del Perú y mencionaba lugares con fabulosos tesoros que quizá hubieran pasado inadvertidos por los esbirros (o los héroes para quien guste) de Pizarro, cuya codicia no tenía límites y justamente esa fue su perdición, porque se asemejaba a lo del cuento del oso ahogado en un tonel de miel. Como no tenía qué hacer y estaba vagando y deprimido, Álvaro consideró seriamente la idea del suicidio pero la desechó porque un salto del segundo piso a lo sumo lo hubiera dejado con una pierna rota, ya que no se le hubiera ocurrido precipitarse de cabeza y arruinarse la cara. Se rompió la cabeza no sabiendo qué hacer hasta que supo o supuso que supo. Se le veía por las noches dando vueltas con aquel mapa y a veces Eliana tenía que hacer grandes esfuerzos para que ese hombre, ya hace tiempo barbudo y desaliñado, no produjera una impresión negativa entre los distinguidos clientes en la suntuosa sala de espera; eso fue algo que la llevó a pasar de media luz a un octavo de luz. Pero ya se sabe que paliativos no son más ni menos que eso y no duran más que el tiempo marcado para su expiración. Entonces, como se dice, a tiempos desesperados ideas de-

sesperadas. Se encontró otro mapa que ya era mucho más preciso que el primero. Quien hubiera visto a Eliana visitando tiendas de anticuarios y ofreciéndoles una generosa retribución por tal descubrimiento, un decir, no estaría sorprendido, pero las cosas se manejaron con la mayor discreción y ahí estaba el mapa con todas las señales de antigüedad requerida y convincente. Álvaro atacó el tema con nuevos bríos y propuso a la no demasiado asombrada Eliana irse al Perú a buscar los tesoros señalados; eran nueve lugares que, pensaba, podrían contener otras tantas revelaciones. Ella discutió, pero no fervientemente, y finalmente aprobó el plan de Álvaro (eso de "de" es discutible), y ahí después de una cuantiosa cantidad de lágrimas, éste se embarcó metafóricamente en ellas a su destino incierto pero lleno de esperanzas. No diremos nada de las esperanzas de Eliana si ella mismo no dijo nada.

En el puerto de Cádiz, algo de sentimentalismo era necesario, Eliana y los hijos (de los cuales se hablará en otra ocasión en lo que concierne a su nacimiento, progenitores, etcétera) se despidieron agitando pañuelos blancos empapados en las susodichas lágrimas. Y nunca más se supo de él. Se decía que había sido víctima de una tribu de indios, o más bien de sus cantos persistentes y repetitivos que lo volvieron loco, ellos se los cantaban como agradecimiento por las perlas falsas y otras chucherías que había traído para congraciarse con ellos, tal como había aprendido de los libros que era lo que practicaban los conquistadores, pero en la realidad actual el oro se les había terminado y no les quedaba otra cosa que darle, ni siquiera un ramo de rosas. Se supone que una vez perdida la razón, se puso a vagar por ahí haciendo las delicias de un antropólogo argentino que demostró en un trabajo duro de investigación el nexo entre ese extraño espécimen y los antiguos vikingos que desembarcaron en la ciudad argentina de Bahía Blanca, siendo los

primeros descubridores de América, si bien la fama inmerecida se la llevaron otros. Los indios de ese último lugar, fascinados por la tez de los recién llegados, le pusieron el nombre de Blanca a su Bahía y no le fue fácil pero tampoco imposible a nuestro científico demostrar cómo ese extraño heredero de aquellos aventureros había llegado al origen del Amazonas.

A pesar del alejamiento y tal vez debido a él, a Eliana le dolió hacerse a la idea de que no vería más a ese ser fantasmagórico en su institución. Ya se sabe que el corazón, de emociones fluctuantes, a veces se queda prendado de lo que le molestaba en un tiempo, pero su ausencia le devuelve un valor que se creía perdido. Eliana se devanaba los sesos pensando cómo podría rendirle un justo homenaje a su salvador de antaño a quien no vería más. Era muy creativa, y tal como se le había ocurrido la manera de deshacerse de su molesta presencia, ahora quería perpetuar su memoria de una manera clara y tangible. Si Álvaro tal vez había pasado a una existencia subterránea, ya no se sabía nada de él, el mejor lugar para perpetuar su memoria sería darle su nombre a un lugar subterráneo, y si en eso estamos, por qué no una estación de Metro. Usando todo su ingenio, trajo al mundo el descubrimiento de que un ayudante de Pizarro llevaba el nombre de Méndez Álvaro (muy sutilmente dio vuelta el nombre y el apellido para alejar posibles rumores malévolos) y empleando sus manguantes encantos físicos compensados por su vasta experiencia, logró que a una estación de Metro no muy alejada de su ya famosa calle le pusieran el nombre del ayudante del gran conquistador, tan injustamente olvidado a pesar de traer tanta gloria al imperio español. Eliana, por supuesto tenía que quedar detrás de las bambalinas, pero tuvo dos momentos emocionantes relacionados con su perdido marido: cuando fijaron en el lugar donde aparecen hoy las placas de los nombres de la

calle y la del Metro. Como no pocas de su profesión se retiró, adquirió la respetabilidad de políticos corruptos retirados y barones del hampa que después de hacer su fortuna se han convertido en ciudadanos modelo, y escribió libros educativos para jóvenes mujeres basados en su experiencia personal, sin entrar en detalles molestos o escabrosos, pero esa ya es otra historia que puede ser base para otra investigación.

¿QUIÉN IBA DECIR?

¿Quién iba decir? Yo seguro no sabía que iba a ser así. Nací en un pueblo cerca de Casablanca, familia pobre, muchos hijos, poco padre, madre trabajando todo el día. Diez hermanos, hermanas no cuento. Quedaron sólo seis, hermanas no cuento. Al principio no había mucha comida, después tampoco, pero empecé o comencé (perdonar mal francés, sólo cuatro grados) a trabajar, cargar bolsas en el mercado, uf, trabajo difícil, hombros rotos, poco dinero, robar no se puede porque cortan mano, a veces sólo dedo, pero no. Una vez vi eso y me dije a mí no, yo voy a tener mucho cuidado. Entonces de noche entrar y llevar un pan, nadie ver y así mamá contenta, no pregunta de dónde y hermanos contentos también. A la escuela ir poco, igual el maestro pega y no sabe nada pero él puede pegar y eso sí sabe. Llamaron a mamá y dijeron tiene que ir a escuela, yo, pero mamá no ir y así se olvidaron y ya no llamaron más. Papá siempre borracho, cuando está, sólo cuando no está no está borracho. A veces cuando salgo del mercado, muchachos grandes me atacan, quieren dinero pero yo correr muy rápido y además sacar la lengua, no de correr, para enojarlos y no hace falta, están muy enojados. Un día recibí gran paliza y dije no pasará otra vez. Me llevé cuchillo y otra vez lastimar a uno y los otros escaparon y ya no más. Así pasa el tiempo, yo trabajar, otros hermanos no tanto y yo enojarme pero mamá me da un bofetón y adelante. Crecer, no tan fácil pero como

animales todos crecen. Cuidarme mucho no hacer cochinas con animales como ese tonto del mercado que todos se ríen de él. De mí nadie se reirá. Prestar atención a hermanas, no lo que ustedes pensar como todos los franceses, cuidar honor de familia. Una se fue con un muchacho de otra familia y mamá dijo cuidar honor de familia. Yo. Voy con cuchillo pero ellos eran más y me dieron golpes y policía me arrestó. Después otro hermano tomó el asunto y ya no más hermana y vuelta del honor de la familia. En la cárcel, oficial francés dice que hay guerra y que si quiero puedo salir, ser soldado para gloriosa Francia. No pensé mucho, mejor salir de la cárcel. Me llevaron a cuartel con otros voluntarios así, el oficial escuché se rió y dijo voluntarios involuntarios, no entendí, otros rieron también. No importa, mejor paga y ya no volver a casa. Mamá lloró pero dice mejor así que cárcel. Mucho entrenamiento, correr para acá y para allá, fusil, bayoneta, matar espantapájaros, eso me gusta, pero dicen que después espantapájaros alemanes, no sé pero veremos. Nos ponen en barco grande y a Francia, la gente nos mira, aplaude y yo con pecho hinchado, finalmente como dijo, gloria de Francia. Ahí invierno, frío, llueve, campamento que entra lluvia por todos lados. Después camión y a pelear nos dicen. Llegamos, ruido de cañones, mucho ruido y me meten en canaleta grande con otros y barro y lluvia y ya no me gusta, me quiero ir pero no se puede. Dormir ahí imposible. Un día dicen salir, algunos no salen porque están muertos. Yo no. Salgo, corremos adelante en la niebla, tiros. Después pasan oficiales. Oigo que hablan, no saber quién soy. Uno dice perfecto, éste, llevarlo. Vienen con camilla, yo arriba, y después camión, dicen ambulancia no hace falta, total. Viaje largo de Verdún, decían Verdún creo, a París, gran capital de la gloria de Francia. Un lugar muy grande en una plaza con caminos alrededor. Me ponen ahí, dicen el lugar es arco de triunfo de no sé quién.

Y con un mármol encima. Y yo ahí para la gloria de Francia porque dicen yo desconocido. Y muchos venir a ver y poner flores, nunca tanto honor en mi pueblo, honor para familia y mamá y hermanos, hermanas no importa. Un día mamá viene de visita, qué emoción, me sale una lágrima pero no ven, me poner flores, pero no saber que desconocido soy yo. ¿Quién iba decir?

ÍNDICE

Un tren llamado regreso	7
Un descubrimiento sensacional	13
Conversación	19
La alfombra	37
La búsqueda	47
La hucha	59
Subrayar	71
Poste restante	87
X	111
Llamadas	137
¿Tú?	179
Betty	197
La lectura (asistir, insistir, desistir)	219
Doble homenaje	233
¿Quién iba decir?	247

Cuentos de Enrique Weich, Textos de Difusión Cultural, Serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir en octubre de 2009. Composición tipográfica, formación e impresión Grupo Edición, S.A. de C.V., Xochicalco 619, Col. Vértiz-Narvarte, 03600 México, D.F. Se tiraron 1 000 ejemplares en offset, en papel cultural de 90 gramos. La tipografía se realizó en tipo Veljovic Book de 8, 9, 10 y 11 pts. La edición estuvo al cuidado de la Unidad Editorial de la Dirección de Literatura.